

ENRIQUE SIENKIEWICZ

# Quo Vadis?

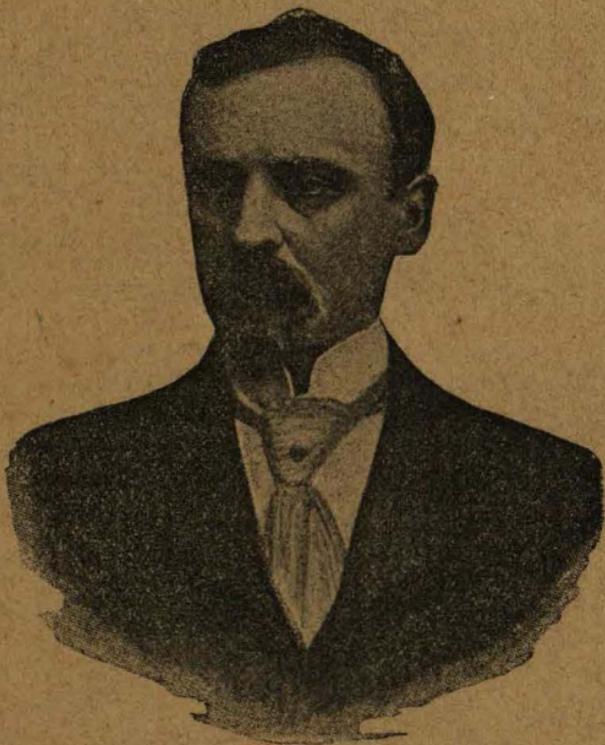


Editorial Maucci—Barcelona—Buenos Ayres—México



QUO VADIS?





ENRIQUE SIENKIEWICZ



ENRIQUE SIENKIEWICZ

# Quo Vadis?

NOVELA DE LOS TIEMPOS NERONIANOS

TRADUCCIÓN

de

EDUARDO POIRIER

Segunda edición de 20.000 ejemplares  
cuidadosamente revisada y corregida



TOMO PRIMERO



FONDO

M<sup>a</sup> Josefa Díez de Revenga Torres

BARCELONA

Casa Editorial Maucci,-- Mallorca, 226 y 228

BUENOS AYRES

Maucci Hermanos

Cuyo, 1070

MÉXICO

Maucci Hermanos

1.<sup>o</sup> del Relox, 1

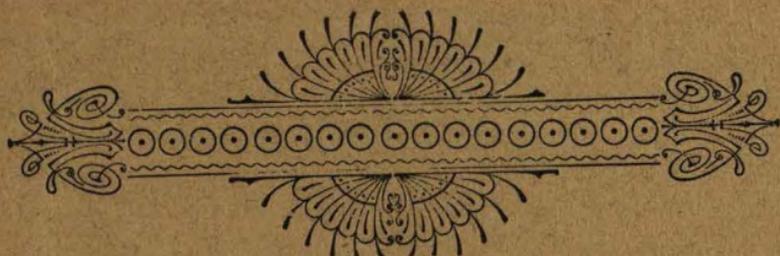
1900

## QUO VADIS DÓMINE?

---

El título de estelibro está tomado de una leyenda, según la cual, San Pedro en el momento en que se iba de Roma para huir de las persecuciones de Nerón, encontró en la vía Apia, á Cristo, el que á su pregunta: «¿*Quo vadis domine?*» (¿Dónde vas, señor?) contestó: «Puesto que tú abandonas á mis ovejas, voy á Roma, para que me crucifiquen otra vez.»

---



# QUO VADIS?

---

## PRIMERA PARTE

---

### CAPITULO I

Petronio vino á despertar cerca de mediodía y como de ordinario, grandemente fatigado. La tarde anterior había asistido á una de las fiestas de Nerón, la cual prolongose hasta horas avanzadas de la noche. Desde hacia algún tiempo la salud de Petronio venía decayendo. Hubo de confesarse á sí mismo que al desperrarse sentíase como invadido por un entorpecimiento que parecía como si le quitase la facultad de reunir sus ideas. Pero el baño matinal y el esmerado masaje de su cuerpo, hecho por esclavos expertos, hubo de acelerar gradualmente la tarda circulación de su sangre, reavivándole y volviéndole su agilidad

y sus fuerzas. De suerte que al salir del *elæothesium* (1), es decir, de la última división del baño, parecía como si viera de surgir de entre los muertos, chispeantes los ojos, rejuvenecido, exuberante de vida, irreprochable hasta el punto de que ni el mismo Oton habría podido comparársele, mereciendo realmente el título que se le había dado de árbitro de la elegancia (*arbiter elegantiarum*).

Raras veces visitaba los baños públicos excepto cuando había ocasión de admirar á algún retórico de que se hablara en la ciudad, ó cuando con motivo de cumplir la mayor edad algún joven romano, se libraban combates de interés excepcional. Por otra parte, en su propia «ínsula» (casa aislada) tenía baños privados que Celer, el famoso contemporáneo de Severo, había ensanchado, reconstruido y arreglado espresamente para él, con un gusto tan refinado que hasta Nerón reconocía la superioridad de ellos, respecto de los baños imperiales, aún cuando éstos eran más estensos, y acabados de una manera incomparablemente más fastuosa.

Petronio, después de la fiesta de la víspera, en la cual tanto le fastidiaron las bufonadas de Vatinió, con Nerón, Lucano y Séneca, había tomado parte en una discusión acerca de si tienen alma las mujeres.

Apenas se hubo levantado tomó su acostumbrado baño. Dos enormes *balneatores* (bañeros) lo tendieron sobre una mesa de ciprés, cublerta de fino lienzo egipcio, como la nieve blanco, y sumergiendo las manos en aromático aceite amasaban sus músculos. El en tanto aguardaba, cerrados los ojos, que el calor del *laconium* (estufa ó sudadero) y el calor de las manos de los bañeros penetrase en su cuerpo, y de él desalojaran el cansancio.

Solo después de transcurridos algunos instantes abrió los ojos y los labios. Preguntó que tiempo hacia, y si habían enviado unas alhajas que Idomeneo, el joyero, había prometido remitirle aquel día para que las examinara.

(1) Pieza de baños en donde se untaban el cuerpo con aceite.

Se le respondió que hacia un hermoso tiempo: que una ligera brisa soplaba de los Montes Albanos, y que el joyero no había parecido por allí. Petronio volvió á cerrar los ojos é iba á ordenar que lo trasladasen al tepidarium, (baño de agua tibia), cuando, levantando las cortinas, el nomenclator anunció que Marco Vinicio estaba allí.

Petronio ordenó que llevasen al visitante al tepidarium, donde se hizo conducir acto continuo.

Vinicio era hijo de su hermana mayor, que habiase casado con un Marco Vinicio, personaje consular del tiempo de Tiberio. El joven, al presente, servía á las órdenes de Corbulón, contra los partos, y terminada la guerra, había vuelto á Roma. Petronio tenía por este joven cierta predilección: pues Marcos era de nobles formas y cuerpo de atleta, y sabía, aún en sus momentos de orgía, conservar, según las mejores reglas estéticas, aquel justo medio que Petronio apreciaba sobre todas las cosas.

—¡Salud, Petronio!—dijo el joven,—¡Qué los dioses te colmen con sus favores muy especialmente Asclepia y Cypris! (1)

—¡Sé el bienvenido, y que el reposo te sea dulce después de la guerra!—respondió Petronio, sacando su mano por entre los pliegues del delicado tejido de kirbaso (2) en que estaba envuelto,—¿Qué novedades hay entre los armenios? Durante tu permanencia en Asia ¿has tenido ocasión de ir á Bitinia?

Petronio, muy famoso por sus gustos afeminados y su amor á los placeres, había sido tiempo atrás gobernador de la Bitinia, un gobernador enérgico y justo. Por este motivo recordaba con gusto aquella época; entonces probó que hubiera podido y sabido brillar, si tal hubiese sido su intención.

—Fuí hasta Heraclea á llevarle refuerzos á Corbulón,—respondió Vinicio.

(1) Lino finísimo que se encontraba en España según Plinio.

(2) Esculapio y Venus.

—¡Ah, Heraclea! Allí conocí á una muchacha de Cólquida, por quien daría, de buena gana, todas las divorciadas de aquí, sin exceptuar á Popea. Pero estas son historias añejas. Preferible es que me hables de lo que pasa en la frontera de los partos. En el fondo no son muy temibles todos esos Vologesos, Tiridates, Tigranes y otros bárbaros que aún caminan á cuatro patas en su país, y no imitan al hombre más que en nuestra presencia. Pero ahora, sólo se habla en Roma de esas gentes; sin duda porque es menos peligroso que hablar de otra cosa cualquiera.

—Sin Corbulón, esas guerras podían terminar malamente.

—¿Corbulón? ¡Por Baco! Es un verdadero dios de la guerra; un verdadero Marte, un gran general, un hombre á la vez fogoso, leal é imbécil. Yo le quiero únicamente por el temor que inspira á Nerón.

—Corbulón no es un imbécil.

—Puede que tengas razón; por lo demás, poco importa. La estupidez, como dice Pyrron, no le cede en nada á la sabiduría, y en nada difiere de ella.

Vinicio empezó entonces á dar noticias de la guerra, pero cuando Petronio cerró de nuevo los ojos, reparó el joven en el aire de fatiga y en el enflaquecimiento del semblante de su tío, y cambiando al punto de tema, preguntóle con interés por su salud.

Petronio abrió de nuevo los ojos.

¿Salud? No. Su salud no era buena. Cierto era que aún no llegaba al estado del joven Sisena, que había perdido ya la sensación hasta el punto de que, cuando le llevaban al baño por la mañana, preguntaba: «¿Estoy de pie ó sentado?» Pero, de todas maneras no se sentía bien. Vinicio acababa de encomendarle á los númenes Venus y Esculapio. Pero él, Petronio, no creía en Esculapio. ¡Ni siquiera sabíase de quien era hijo este dios, si de Arsídoe ó de Coronidel y si era dudosa la madre, ¿qué podría decirse del

padre? ¿Quién podía estar seguro en tales tiempos de saber quien era su padre?

Y aquí Petronio rió maliciosamente; luego, continuando, dijo:

—Cierto es que hace dos años envié á Malvasía tres docenas de mirlos vivos y una copa de oro; pero, ¿sabes tú por qué? Yo me dije: «Séame ó no esto favorable, no podrá hacerme daño alguno.» Aun cuando las gentes todavía siguen presentando ofrendas á los dioses, creo que todos piensan como yo; todos, con la probable escepción de los muleteros de alquiler que están en la Puerta Capena al servicio de los viajeros. Ademós, no sólo he tenido que habérmelas con Esculapio, sino también con los hijos de Esculapio. Cuando el año pasado sentí cierto malestar en la vejiga, perpetraron en mí no sé cuantos cuidados.

Yo comprendí que no eran sino unos embaucadores, pero me dije: «¿Qué mal hay en ello? El mundo hállase asentado sobre bases de engaño, y la vida no es más que una ilusión. El alma, á su vez, también es ilusión. Pero, uno debe tener el discernimiento suficiente para saber distinguir las agradables de las ingratas ilusiones.» Daré orden para que en mi *hypocaustum* (1) quemén madera de cedro rociada con ámbar gris, pues mientras viva he de preferir los perfumes á los hedores. En cuanto á Venus, bajo cuyos auspicios me has querido también colocar, me he familiarizado con su guarda hasta el punto de que estoy sintiendo unos punzantes dolores en el pie derecho. Pero, por lo demás, es una buena diosa. Supongo que tarde ó temprano habrás de llevar á su altar la ofrenda tuya, de unas palomas blancas.

—Verdad es,—le contestó Vinicio.—Las flechas de los partos no han tocado mi cuerpo, pero un dardo de amor acaba de herirme inesperadamente á pocos *stadia* (2) de una de las puertas de esta ciudad.

(1) Estufa para calentar las piezas ó habitaciones. Se llamaba también así la misma pieza calentada con la estufa.

(2) Estadios, medida itineraria de 125 pasos.

—¡Por las blancas rodillas de las Gracias! Ya me contarás esto en hora de mayor reposo.

—Venía justamente á pedirte consejo.

En el mismo instante aparecieron los depiladores (1) que rodearon á Petronio, en tanto que Marco entró en un baño de agua tibia.

—¡Ahl Será superfluo preguntarte si tu amor es correspondido,—replicó Petronio contemplando las marmóreas carnes de Vinicio,—si Lisipo te hubiera visto, servirías de ornato en la puerta que conduce al palatino, bajo los rasgos de cualquier Hércules juvenil.

El joven sonrió y se hundió en la pila, salpicando un mosaico que figuraba á Juno en el momento en que suplica al Sueño que duerma á Júpiter.

Terminado el baño, Vinicio, á su vez se entregó á las ágiles manos de los depiladores, y en este momento entró un lector (2), llevando sus papiros en un estuche de bronce.

—¿Quereis oir algo?—preguntó Petronio.

—Si se trata de una obra tuya con mucho gusto;—respondió Vinicio,—no siendo así, prefiero hablar. Actualmente, los poetas hasta tratan de detenernos para ofrecernos sus lecturas en todas las esquinas...

—Y no se puede salir á la calle sin ver á un poeta gesticulando como un mico. Agripa, á su regreso de Oriente, los tomaba por locos furiosos. El César hace versos, y todo el mundo sigue su ejemplo; pero no hay derecho á perpetuarlos mejores que los del César. Por eso siento algún temor por Lucano... En cuanto á mí, hago prosa y no regalo los oídos de nadie, ni aún los míos. Lo que el lector quería hacernos oir son los *Codicilos* de ese pobre Fabricio Vejento...

(1) Depilador, el que entresacaba las canas ó estirpaba el vello del cuerpo.

(2) Los lectores eran siervos literatos que tenían los romanos para que les leyesen.

—¿Por qué dices *ese pobre*?

—Porque se le ha hecho saber que debe vivir confinado en Odisa, sin que pueda tornar á su hogar doméstico hasta no recibir para ello una nueva orden. Esa Odisea será para él más fácil que para Ulises, pues seguramente su esposa no es ninguna Penélope.

Con todo, creo innecesario decirte que Fabricio obró estúpidamente. Pero, aquí ya nadie ve las cosas sino de una manera superficial. Su libro, bien mirado, no es más que una obrilla deleznable y tonta, que las gentes han empezado á leer con pasión desde que el autor ha sido enviado al destierro. Ahora escúchanse á porfía las voces ¡Escandalo! ¡Escandalo! y es posible que Vejento haya inventado algunas cosas; pero yo, que conozco la ciudad, que conozco á nuestros patricios y á nuestras mujeres, te aseguro que todo ello es pálido ante la realidad. Entre tanto, no hay hombre que hoy no busque el libro con zozobra, por lo que á él propio pueda referirse; con regodeo, por lo que toque á sus conocidos. En la librería de Avirno, cien escribientes se ocupan en copiarlo al dictado, y el éxito de la obra es cosa cierta.

—¿No figuran en ella tus asuntos?

—¡Sí! pero el autor está equivocado, porque soy á la vez peor y menos insípido de lo que él me presenta. Ya lo ves: desde mucho tiempo hemos perdido la noción de lo digno y de lo despreciable. Aun á mí mismo paréceme ya que, en realidad de verdad, no existe diferencia entre esos términos, si bien Séneca, Musonio y Trasca, pretenden verla. ¡Para mí todo es igual! ¡Por Hércules, digo lo que pienso! No obstante, he conservado el sentimiento estético, porque distingo perfectamente lo deforme de lo bello; pero nuestro poeta Barba de Bronce (1) por ejemplo, el

(1) En latín *Aenobarbus*, significa barba de bronce. Era el sobrenombre por el cual se conocía á la familia Domicia, de la cual descendía Nerón que, como se sabe, era hijo de Domicio Enobarbo, pretor y cónsul en tiempo de Tiberio, y de Agripina, hija de Germánico, siendo adoptado por Claudio, cuando éste casó con Agripina.

automedonte, el cantor, el comediante, no comprende esto.

—¡Lo siento, sin embargo, por Fabricio! Es un buen compañero.

—La vanidad fué la causa de su ruina. Todos sospechaban de él, nadie tenía certidumbre plena; pero no supo reprimirse y reveló el secreto á todos bajo reserva. ¿Has oído la historia de Rufino?

—No.

—Entonces ven al *frigidarium* (refrigerador) á enfriarte: allí te la referiré.

Y pasaron entonces al *frigidarium*, en el centro del cual veíase una fuente de la que brotaba un líquido de brillante color de rosa, y con olor á violetas. Allí sentáronse en sendos nichos cubiertos de terciopelo, y se dispusieron á refrescar sus cuerpos.

Reinó el silencio por espacio de algunos instantes. Vinicio, entre tanto, contemplaba con aire pensativo un grupo en que un fauno de bronce, inclinado sobre el brazo de una ninfa, procuraba ansiosamente unir sus labios á los de ella.

—Tiene razón, —dijo el joven.—No hay cosa mejor en la vida.

—¡Más ó menos! Pero, además de esa afición, tienes tú, amor á la guerra, por la cual no siento yo ninguna, porque bien me sé que bajo la tienda de campaña se rompe uno las uñas y pierden éstas su rosado tinte. De ahí que todo hombre tenga sus especiales preferencias. Barba de Bronce ama el canto, particularmente el propio; y el viejo Escauro ama su vaso corintio, que mantiene cercano á su lecho durante la noche, y al cual besa en las horas de insomnio. Y tanto, que en fuerza de este incesante besar, le tiene ya gastados los bordes. Dime: ¿no haces tú versos?

—No; jamás he compuesto ni siquiera un hexámetro.

—¿Y no tocas el laud, ni cantas?

—No.

—¿Ni sabes conducir un carro?

—Hace años tomé parte en dos carreras en Antioquía, pero sin resultado.

—Me tranquilizas. ¿De que partido eres en el Hipódromo?

—De los Verdes.

—Estoy tranquilo del todo, tanto más, cuanto que á pesar de tu gran fortuna, no eres tan rico como Pallas ó Séneca. Porque indudablemente se pueden hacer versos, cantar acompañándose con el laud, declamar y guiar un carro; pero hay una cosa muy preferible y sobre todo menos peligrosa: y es, no hacer versos, no cantar, no tocar el laud y no guiar carros. Es todavía mucho mejor admirar todos esos artes cuando Barba de Bronce los practica. Tu eres hermoso: Popea puede enamorarse de tí, hé aquí el único peligro. Pero no, tiene demasiada experiencia. De amor, sus dos primeros maridos la han saciado, y con el tercero, tiende á otra cosa. ¿Crearás que ese imbécil de Oton la ama todavía con delirio? Allá está paseándose por los campos de España y soltando suspiros al viento. Ha perdido sus antiguos hábitos, y se ha abandonado hasta el punto de que solo emplea tres horas para su peinado. ¡Quién lo hubiera creído!

—Yo comprendo á Oton,—respondió Vinicio,—sin embargo, en su lugar, haría otra cosa.

—Dí.

—Reclutaría entre los montañeses de aquella nación legiones leales. ¡Son bravos soldados esos iberos!

—¡Vinicio! ¡Vinicio! Tengo deseos de decirte que no serías capaz. Porque esas cosas se hacen y no se dicen, ni aún á título de hipótesis. En cuanto á mí, en su lugar, me burlaría de Popea, me burlaría de Enobarbo; quizás alistaría iberos en mis legiones, pero no hombres, sino mujeres. Todo lo más, escribiría epigramas que no leería á nadie... al revés de ese pobre Rufino.

—Me has prometido contarme eso.

—Te lo referiré en el *unctorium* (untorio) (1).

Pero en el *unctorium* la atención de Vinicio dirigióse á otros objetos, á saber; las admirables esclavas que allí aguardaban á los bañistas. Dos de ellas, africanas, semejantes á estatuas de ébano, empezaron á unjir sus cuerpos con delicados perfumes de la Arabia; otras, frijias, peritas en peinados, llevaban en sus manos, flexibles como serpientes, peines y espejos de acero bruñido; dos doncellas griegas oriundas de Cos, que eran verdaderas deidades como bellezas, hallábanse presentes en calidad de *vestipli-cae* (2) aguardando llegara el momento de adaptar pliegues estatuarios á las togas de sus señores.

—¡Por Júpiter, el gran desparramador de nubes!—exclamó Marco Vinicio,—¡qué selecciones haces!

—Prefiero la selección á la agrupación,—contestó Petronio.—Toda mi *familia* (3) de Roma no pasa de cuatrocientos siervos, y juzgo que para el servicio personal, solamente los improvisados necesitan de mayor número de individuos.

—Cuerpos más hermosos no los posee ni mismo Barba de Bronce,—dijo Vinicio, en tanto que sus narices dilatábanse con fruición.

—Tú eres mi pariente,—contestó Petronio con aire de amistosa indiferencia,—y yo no soy ni tan misántropo como Barso, ni tan pedante como Aulio Plaucio.

Cuando Vinicio oyó este último nombre, olvidó por un momento á las doncellas de Cos, é irguiéndose con viveza, preguntó:

—¿Cómo vino á tu mente el nombre de Aulio Plaucio? Sabes tú que después de haberme dislocado el brazo fuera de la ciudad, pasé varios días en su casa? Quiso el aca-

(1) El sitio en que se untaban ó frotaban con aceite ó esencias los que salían del baño.

(2) Doncellas ó camareras encargadas de vestir á sus amos.

(3) Familia llamaban los romanos al número total de siervos de una casa.

so que Plaucio acudiera en el momento del accidente, y viendo que yo sufría mucho hizome conducir á su casa. En ella un esclavo suyo, el médico Merion, me hizo recobrar la salud. Precisamente deseaba hablarte de este asunto.

—¿Por qué? Acaso has ido á enamorarte de Pomponia? En ese caso, te compadezco: Pomponia ya no es joven, ¡y es virtuosa! Imposible imaginar una peor combinación. ¡Brr!

—De Pomponia, no, por cierto,—contestó Vinicio.

—¿Y de quién entonces?

—Yo mismo no lo sé. Ni siquiera conozco su nombre de un modo cierto: ¿Ligia ó Calina? La llaman Ligia en la casa, por ser oriunda de la nación ligia ó Ligur, pero tiene su propio nombre bárbaro de Calina. Es una admirable casa la de los Plaucios. Hay en ella muchos individuos, pero se vive allí tan calladamente como en los bosques de Subiaco. Por espacio de varios días, nada supe acerca de la divinidad que bajo aquel mismo techo habitaba. Una vez, al rayar el alba, la ví bañándose en la fuente del jardín, y te juro, por esa espuma de que surgió Venus afrodita, que los primeros rayos del sol jugaban á través de su cuerpo. Creí que el sol al levantarse la hacía disipar delante de mí como se disipa el crepúsculo de la mañana. La ví dos veces más y desde entonces no conozco la tranquilidad; se han desvanecido todos mis otros deseos. No me preocupan los placeres que pueda brindarme la ciudad; no quiero ya mujeres, ni oro, ni bronces de Corinto, ni ámbar, ni nácar, ni vinos, ni festines, solio quiero á Ligia. Petronio, mi alma se lanza hacia ella, como en el mosaico de tu tepidario, el Sueño se lanza hacia Paisitea.

—Si es una esclava, cómprala.

—No es una esclava.

—¿Qué es, pues? ¿Una liberta?

—No ha sido jamás esclava.

—¿Entónces?

—No sé. Una hija de un rey...

—Me intrigas, Vinicio.

—La historia no es muy larga. Tú quizás hayas conocido á Vannio, rey de los Suevos, que, arrojado de su país, habitó largo tiempo en Roma, donde se hizo célebre por su destreza en el juego de dados y su habilidad para conducir un carro. Druso le restauró en el trono. Vannio gobernó al principio con mucha oportunidad y emprendió gloriosas guerras, pero luego comenzó á desollar no sólo á sus vecinos, pero también á sus súbditos. De manera que Vangio y Sidon, hijos de Vibilio rey de los Hermundurios, se concertaron para que viniese á Roma á probar suerte en el juego de dados.

—Lo recuerdo; eso fué en tiempo de Claudio. La fecha no es remota.

—No... Estalló la guerra. Vannio llamó en su auxilio á los Yazigos, en tanto que sus sobrinos se concertaban con los ligios. Estos, muy inclinados á la rapiña, y que habían oído hablar de las enormes riquezas de Vannio, llegaron en tan gran número, que el mismo Claudio empezó á temblar por la seguridad de sus fronteras. Claudio no tenía el ánimo de intervenir en una guerra entre bárbaros, pero escribió á Atelio Hister, que á la sazón tenía el mando de las legiones del Danubio, encargándole que vigilara de cerca las operaciones bélicas y no permitiese á los combatientes perturbar la paz de que disfrutábamos. Hister exigió entonces á los ligures la promesa de que no traspasarían [la frontera; y estos, no tan sólo convinieron en ello, sino que además constituyeron rehenes en prenda de su compromiso, entre los cuales rehenes figuraban la esposa y la hija de su caudillo. Bien sabes tú [que los bárbaros llevan consigo á la guerra á sus esposas y á sus hijos. Mi Ligia es la hija de ese caudillo.

—¿Cómo te hallas al corriente de todo eso?

—Aulo Plaucio me lo ha referido. Los ligios en realidad no atravesaron la frontera; pero esos bárbaros van y vienen con un ímpetu de tempestad. Así, pues, un día los ligios debían hacerse humo, coronadas las cabezas con cuernos de auriochs (1). Mataron á los suevos y yazigos de Vannio; pero su propio rey cayó también. Desaparecieron entonces, llevándose su botín de guerra, y los rehenes quedaron en poder de Hister. La madre murió poco después, y no sabiendo Hister qué hacerse con la hija, remitióla á Pomponio, gobernador de Germania. Este á la terminación de la guerra con los catos, regresó á Roma, donde Claudio, como sabes, permitió que fuese recibido en triunfo. La doncella en esa ocasión seguía tras del carro del conquistador; pero, una vez terminada la solemnidad, no pudiendo los rehenes ser considerados como cautivos y no sabiendo Pomponio qué hacer definitivamente con la niña, dióla á su hermana Pomponia Graecina, esposa de Plaucio. En esa casa, en que todos,—empezando por los amos y concluyendo por las aves de gallinero,—son virtuosos, la doncella creció, ¡ay! tan virtuosa como la propia Graecina, y tan bella que Popea misma, á su lado, parecería un higo de otoño, junto á una manzana de las Hespérides.

—¿Y qué?

—Y yo te repito que desde el momento en que ví cómo los rayos del sol, en aquella fuente, pasaban directamente al través de su adorable cuerpo, me enamoré de ella como un loco.

—¿Es pues transparente como una lamprea ó una sardinita?

—No te rías, Petronio. Una brillante vestidura puede cubrir heridas dolorosas. Has de saber además, que á mi regreso de Asia, pasé una noche en el templo de Mopso. Mopso se me apareció en sueños y me anunció que el amor modificaría mi vida profundamente.

(1) Toro salvaje de las antiguas Germania y Galias,

—Yo he oído decir á Plinio que no creía en los dioses, pero sí creía en los sueños; puede que tenga razón. Además, se trata de un dios, ante el cual, mis burlas se detienen, porque creo en la eternal y omnipotente Venus Generatriz. El amor ha hecho surgir el mundo del caos. ¿Ha hecho bien? Es discutible; pero su poder es patente; se puede no bendecirla, pero hay que reconocerla.

—¡Ay de mí, Petronio! ¡Una disertación filosófica no equivale á un buen consejo!

—Dime, pues, qué deseas, con toda claridad.

—¡Quiero á Ligia! Quiero que mis brazos que ahora abrazan el vacío, la estrechen á ella. Quiero respirar su aliento. Si fuese una esclava, yo le daría á Aulo por ella cien jóvenes, bellas y vírgenes. Quiero guardarla en mi casa hasta el día en que mi cabeza sea tan blanca como la cima del Soracta en invierno.

—Ella no es esclava, cierto, pero en definitiva, forma parte de familia de Plaucio, y como es una niña abandonada se tiene el derecho de considerarla como una alumna (1), y Plaucio puede cederla si quiere.

—Parece que no conozcas á Pomponia Gracina. Por otra parte, los dos esposos la quieren como si fuera hija propia.

—Conozco á Pomponia; un verdadero ciprés. Si no fuese mujer de Aulo Plaucio, la contratarían como plañidera. Desde la muerte de Julia no se ha quitado la estola negra y tiene el aire de caminar ya por el prado sembrado de asfodelos. Es además, «la mujer de un sólo hombre,» y por consiguiente, entre nuestras romanas, cuatro ó cinco veces divorciadas debe ser considerada como una especie de ave fénix. Y á propósito, ¿no te has enterado de que en el alto Egipto, dicen que ha sido vista el ave fénix? ¡Un acontecimiento que sólo ocurre cada quinientos años!

—¡Petronio, Petronio! en otra ocasión podremos hablar del fénix.

(1) La que se criaba como hija.

—¿Qué puedo yo decirte, Marco mío? Conozco á Aulo Plaucio, el cual, aún cuando vitupera mi sistema de vida, me es en cierto modo adicto, y acaso hasta me respeta quizás más que á otros, porque sabe que nunca he sido delator, como Domicio Africano, y toda esa canalla de los íntimos de Enobarbo. Sin abrigar la pretensión de ser un estoico, más de una vez me han sublevado ciertos actos de Nerón, que Séneca y Burro miraban cubriéndose los ojos con las manos abiertas. Si tú crees que algo puedo hacer en tu favor cerca de Aulio, estoy á tus órdenes.

—Creo que sí puedes. Tienes influencia sobre él; y además, tu ingenio te ofrece inagotables recursos. ¡Si tú quisieras hacerte cargo de la situación y hablar á Plaucio!

—Tienes una idea exagerada de mi influencia y de mi ingenio; pero si no deseas más que eso, hablaré á Plaucio inmediatamente que él y los suyos hayan regresado á la ciudad.

—Regresaron hace dos días.

—En tal caso, vamos al *Triclinium* (triclinio) (1), en donde nos aguarda la comida, y cuando hayamos reparado nuestras fuerzas, daremos orden para que nos conduzcan á casa de Plaucio.

—Tú has sido siempre bueno para conmigo,—contestó Vinicio con efusión,—y ahora voy á ordenar que coloquen tu estatua entre mis *lares* (2)—una tan hermosa como ésta—y colocaré ofrendas ante ella.

Y esto decía vuelto el semblante á las estatuas que ornamentaban todo un costado de aquella perfumada cámara y señalando una en que veíase á Petronio representando á Mercurio con el caduceo en la mano; luego exclamó:

—¡Por la luz de Helios! (el sol) Si el «divino» Alejandro se pareciese á tí, comprendería yo á Helena!

(1) Lecho ó escaño con capacidad para que se recostaran á comer tres persona». También cenador ó pieza para comer.

(2) Lar, dios del hogar doméstico, genio protector y conservador.

Y en esta exclamación había á la vez tanta sinceridad como lisonja, porque Petronio, si bien de más edad y de formas menos atléticas, era más hermoso que el propio Vinicio. Las mujeres de Roma admiraban, no tan solo su flexible ingenio y su buen gusto,—que le habían conquistado el título de *arbiter elegantiae*,—sino también su cuerpo. Esta admiración traslucíase evidentemente en aquellos instantes hasta en los rostros de las doncellas de Cos que á la sazón se ocupaban en arreglar artísticamente los pliegues de su toga; una de las cuales, cuyo nombre era Eunice, que le amaba en silencio, tenía ahora fijos en él los ojos con expresión de sumiso arrobamiento. Pero Petronio ni siquiera reparó en ello; y sonriendo á Vinicio, por única respuesta recordó la expresión de Séneca referente á las mujeres: *Animal impudens*, etc.

Y en seguida, poniendo familiarmente una mano sobre el hombro de su sobrino, lo condujo al triclinio.

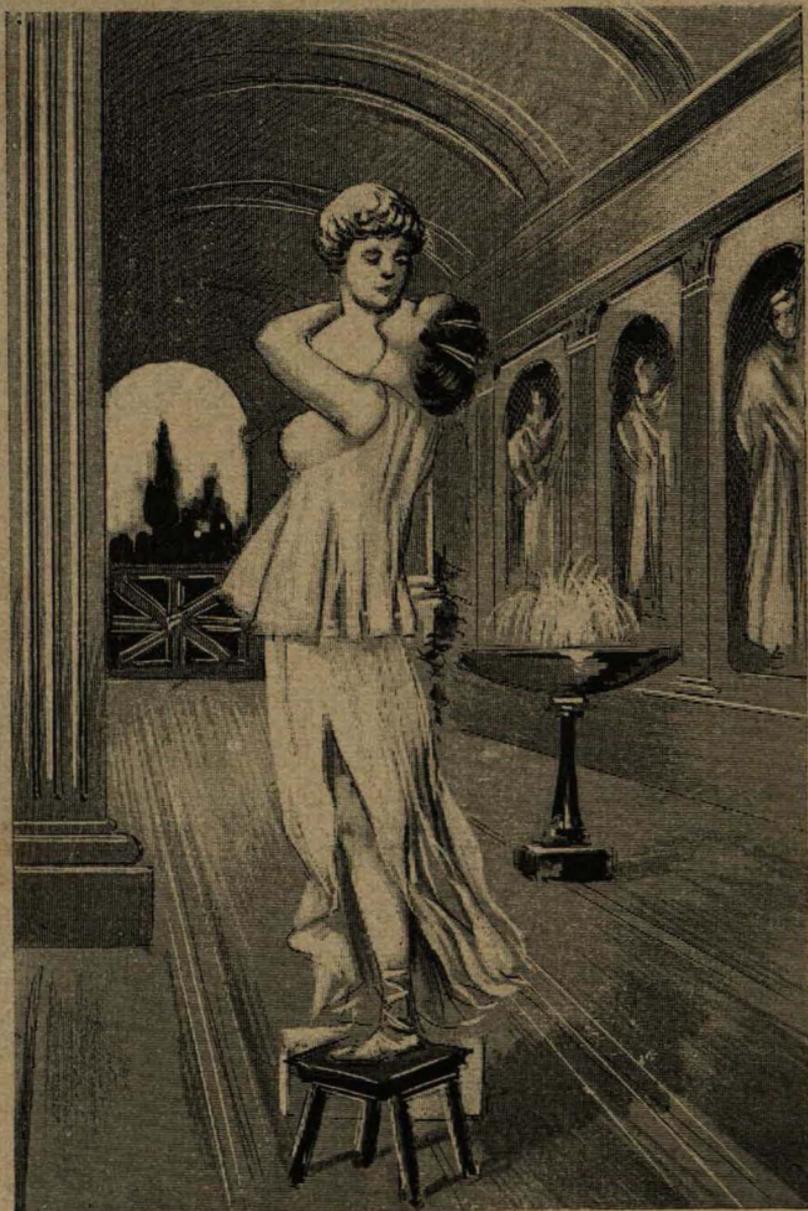
En el uncturio, las dos jóvenes griegas, las frigias y las etiopes, se quedaron arreglando los utensilios del tocador. Pero en el mismo momento, bajo la cortina levantada por el frigidario, aparecieron las cabezas de los bañeros y se oyó un ligero «pst». A este llamamiento, una de las griegas, las frigias y las etiopes desaparecieron: aquel era el momento en que empezaban en las termas las escenas de juego y disipación, á las cuales no se oponía jamás el inspector, pues gustaba también de echar una cana al aire. Petronio se recelaba lo que ocurría, pero en su cualidad de hombre indulgente, hacía la vista gorda.

En el uncturio quedaba solamente Eunicia. Durante un momento, con la cabeza inclinada, oyó las risas que se alejaban; luego tomó el taburete de ambar y marfil en que Petronio había estado sentado y lo colocó delante de la estatua de éste.

De pie sobre el banquillo, echó los brazos al cuello de la estatua; sus cabellos rodaron hasta su cintura en olea-



QUO VADIS?



Su boca estaba pegada á los frios labios. (Pág. 17)

das de oro; su carne se pegó al mármol; su boca estaba pegada á los frios labios de Petronio.

## CAPÍTULO II

Después de una comida, á la que se le daba el nombre de almuerzo, y que los dos amigos empezaron á una hora en que los simples mortales habían ya comido su principal comida (el *prandium*) Petronio propuso á su huésped que reposaran algunos momentos, pues según él no era la hora aquella oportuna para hacer visitas.

—Hay es cierto,—dijo,—gentes que empiezan á visitar á sus amigos casi desde la salida del sol, creyendo que esa es una antigua costumbre romana, pero yo la considero más bien bárbara. Las horas de la tarde son más adecuadas, pero no antes de aquella en que el sol pasa al lado del templo de Júpiter en el Capitolio, y empieza á mirar oblicuamente al Forum (Plaza). En otoño hace calor aún y place á las gentes dormir un poco después de comer. Al mismo tiempo, es agradable escuchar el murmurio de la fuente en el *atrium* (vestíbulo) y después de dar el obligado millar de pasos, dormir una siesta iluminados por la roja luz que penetra al través del medio alzado *velarium* (1) de color de púrpura.

Vinicio reconoció la justicia de estas observaciones y ambos empezaron su paseo y reanudaron su conversación comentando negligentemente lo que se decía en la morada del César y en la ciudad, y filosofando un poco acerca de la vida. En seguida, Petronio retiróse al *cubiculum*, (dormitorio), pero no durmió sino breves momentos, saliendo al cabo de media hora; y habiendo ordenado que le trajeran verbena, aspiró este perfume y con él se frotó las manos y sienes, diciendo á Vinicio:

---

(1) *Velarium, velaria*—Lienzos, telones ó cortinas para defenderse del calor y del agua.

—Parece increíble cómo reanima y refresca. Ya estoy listo.

La litera les aguardaba desde hacía rato: entraron á ella y Petronio ordenó que le condujesen al Vicus Patricius (barrio de los patricios ó nobles) á casa de Aulio. La «insula» de Petronio se hallaba situada al costado sur del Palatino, cerca del llamado barrio Carinae (1). Por lo tanto, la vía más corta hacíase tomando dirección más abajo del Forum; pero como Petronio deseaba detenerse en el camino, en casa del joyero Idomeneo, hizo que los condujeran, por el Vicus Apollinis (barrio de Apolo) y el Forum, en dirección del Vicus Sceleratus (barrio impío, maldito), á cuyo extremo había muchas *tabernae* (2) de todas clases.

Unos africanos gigantescos conducían la litera, precedidos de esclavos llamados *pedisequii* (3). Petronio al cabo de algunos instantes de silencio, se llevó á las narices la palma de la mano, perfumada con la verbena y pareció quedar en actitud meditabunda.

—Se me ocurre,—dijo luego,—que si tu diosa de las selvas no es una esclava, bien podría abandonar la casa de Plaucio y trasladarse á la tuya. Tú le prodigarías tu amor y la colmarías de riquezas, cual he hecho yo con mi adorada Crisotemis, de quien hablando entre nosotros, estoy ya casi tan harto como ella lo está de mí.

Marco movió la cabeza.

—¿No?...—preguntó Petronio.—Poniéndose en lo peor, la cosa sería sometida al emperador, y puedes tener la seguridad de que, con ayuda de mi influencia, la decisión de nuestro Barba de Bronce te sería favorable.

—No conoces á Ligia,—respondió Vinicio.

—Entonces, permíteme que te pregunte si la conoces

(1) Barrio de Roma así llamado por sus casas, cuyos techos se asemejan á las carenas ó quillas de los navíos.

(2) Tiendas, tabernas, posadas y también casas de mal vivir.

(3) Pajes, lacayos ó criados que acompañaban á pie á sus amos,

tú... de otro modo que no sea de vista. ¿La has hablado? ¿La has declarado tu amor?

—La ví en el baño, ya te lo he dicho; después la he encontrado dos veces. Durante mi permanencia en casa de Aulo, ocupaba un departamento destinado á los huéspedes, y, con mi muñeca dislocada, no podía comer en la mesa de familia. La víspera de mi partida ví á Ligia, durante la cena, y no pude dirigirla una palabra. Tuve que escuchar la narración de las victorias de Aulo en Bretaña y sus quejas sobre la decadencia de la pequeña propiedad en Italia. Luego, en cuanto escapé de las victorias y la pequeña propiedad, cayó en una serie de lamentaciones sobre las costumbres afeminadas del siglo. Tienen faisanes en sus corrales, pero se guardan muy bien de comérselos, partiendo del principio que cada faisán que se sirve á la mesa, precipita el final de la pujanza romana. Encontré á Ligia la segunda vez en la cisterna del jardín. Llevaba en la mano una caña de pescar, que acababa de atraer hacia sí y cuyo extremo volvía á la sazón á sumergir en el agua esparciendo al rededor cristalinas gotas irisadas. Observa mis rodillas. Por el escudo de Hércules te declaro que no me temblaron cuando las legiones de partos avanzaban como nubes sobre nuestros *manípulos* (1) lanzando tremendos aullidos; pero sí tembláronme delante de la cisterna. Y entonces, confundido como un muchacho que todavía lleva una *bula* (2) al cuello, imploré compasión con los ojos, ya que por prolongados instantes no me fué posible desplegar los labios, ni articular una sola palabra.

Petronio le contempló casi con aire de envidia y exclamó:

—¡Dichoso el hombre! Porque, aún cuando el mundo y la existencia fueran, si es posible, peores de lo que son, hay en ellos una cosa perdurablemente buena: la juventud!

---

(1) Manipulo, compañía de soldados en las cohortes romanas.

(2) Anillo en forma de corazón que los nobles romanos ponían al cuello de sus hijos hasta que llegaban éstos á la edad de 14 años.

Transcurrido un breve espacio, preguntó:

—¿Y no la hablaste?

—Cuando me hube repuesto un tanto de mi emoción, la dije que me hallaba de regreso del Asia, que me había dislocado un brazo cerca de la ciudad, y había sufrido cruelmente; pero que en el instante de abandonar tan hospitalaria casa, venía á comprender que el sufrimiento en ella era más de desear que el placer en otro sitio; que la enfermedad allí era preferible á la salud en otra parte.

Confusa ella á su vez, escuchaba mis frases con la cabeza inclinada, en tanto que algo trazaba con la caña de pescar sobre la arena de color de azafrán. Después alzó la vista y en seguida volvió á observar las líneas trazadas en el suelo. Una vez más dirigió luego hacia mí los ojos, cual si fuera á interpelarme, y por último, huyó de repente, cual una *amadriada* (1) que se hallara delante de un feroz estulto.

—Deben ser lindos sus ojos.

—Como el mar, y como en el mar me he ahogado en ellos. Créeme: menos azul es el archipiélago. Un momento después vino un niño, hijo de Plaucio, á hacerme una pregunta. Pero yo nada oía ni entendía á la sazón.

—¡Oh Minerval!—exclamó Petronio, —arranca de los ojos de este mancebo la venda que Eros ha puesto sobre ellos; si no se romperá la cabeza contra las columnas del templo de Venus.

—¡Oh tú, botón primaveral del árbol de la vida,—agregó dirigiéndose á Vinicio,—primer verde retoño de la vida! En vez de llevarte á casa de Plaucio, debiera ordenar que te condujesen á Gelocio: allí hay una escuela para jóvenes no familiarizados con la vida!

—¿Qué deseas en particular?

—Dime qué escribió en la arena. ¿Sería acaso la palabra amor, ó un corazón atravesado por una flecha, ú otra

---

(1) Ninfa de los bosques y selvas.

cosa semejante, merced á la cual pudiéramos saber si los sátiros han hablado al oído de esa ninfa y revelándole algunos de los secretos de la vida? ¿Cómo es posible que no reparase en esos signos?

—Hace más tiempo que me puse la toga del que á tí te parece,—dijo Vinicio.—Antes de que el pequeño Aulio echase á correr, fijé cuidadosamente la atención en esos signos, porque no ignoro que á menudo las doncellas de Grecia y de Roma escriben en el suelo imágenes que sus labios no traducirían en palabras. Adivina lo que pintó.

—Si no lo he adivinado ya, no lo adivinaré jamás.

—Un pescado...

—¿Dices?...

—Digo, un pescado. ¿Significa eso que aún circula sangre fría por sus venas? No lo sé. Pero tú, que me has llamado botón primaveral, me explicarás ese signo.

—Querido mío, interrogaremos á Plinio. Es especialista en peces.

La conversación tuvo que interrumpirse, pues la litera atravesaba en aquel momento calles animadísimas, de donde salía un vocerío espantoso, y bien pronto por la Vía de Apolo, llegaron al Foro.

Una multitud inmensa se paseaba bajo los arcos de la basilica de Julio César, ó estaba sentada en las gradas del templo de Castor y Polux, ó daba vueltas alrededor del pequeño santuario de Vesta, semejante, sobre aquel despilfarro de mármol, á enjambres multicolores de mariposas y escarabajos. Por lo alto, descendiendo las enormes gradas del templo consagrado á Júpiter,—*Jovi, Optimo, Máximo*,—afluían nuevas oleadas de gente. Cerca de los Rostros (1), peroraban algunos oradores callejeros. Los industriales vendían, anunciando con grandes gritos, vino ó agua mezclada con zumo de higos. Los charlatanes encomiaban la virtud de sus drogas; los adivinos, los zahories

---

(1) La tribuna desde donde se arengaba al pueblo.

y los intérpretes de sueños ponderaban su ciencia. El sistro, la sambuca egipcia (1) y la flauta griega, mezclaban sus sonidos al tumulto. Los enfermos y los devotos llevaban cestas cargadas á los dioses. Entre las piernas de los transeuntes, los palomos picoteaban en las losas el grano de las ofrendas, se elevaban un momento con gran estrépito de alas, y se abatían luego sobre los sitios que la concurrencia dejaba libres. Los grupos se apartaban dejando paso á las literas; veíanse en ellas rostros hermosísimos de mujer ó caras macilentas de caballeros y senadores. La población políglota repetía en voz alta sus nombres con el aditamento de algún epíteto de alabanza ó de burla. Por entre aquellos heterogéneos grupos surgían de tiempo en tiempo, avanzando con paso mesurado, partidas de soldados ó guardias que conservaban el orden en las calles. Y por todas partes el idioma griego escuchábase á la par que el latino.

Vinicio, que por largo tiempo había estado ausente de la ciudad, contemplaba con cierta curiosidad aquel enjambre de seres y aquel Foro Romano, que á la vez dominaba el mar de gentes y se veía inundado por él. Petronio, que adivinó los pensamientos de su acompañante, calificó muy apropiadamente aquello de «nido de los Quirites, (ciudadanos romanos), sin los Quirites.» Porque, á la verdad, el elemento local hallábase casi perdido en aquella masa de hombres, compuesta de todas las razas y naciones.

Veíanse allí etíopes, individuos procedentes del norte lejano y que ostentaban sus tallas de gigantes y sus cabellos rubios; britanos, galos, germanos, habitantes del Lérico, notorios por sus oblicuos ojos; hombres del Eufrates y del Indo, con barbas teñidas de rojo, sirios de las márgenes del Orontes, con sus ojos negros de mirada dulce;

---

(1) Instrumento músico de metal, á modo de trompeta, que se alarga y acorta recogiendo en sí mismo, para que haga la diferencia de voces que pide la música. \*

habitantes de los desiertos de la Arabia, con su aspecto de hombres disecados hasta el hueso; judíos de pechos enjutos; egipcios, con su eterna é impasible sonrisa en los labios: numidios y africanos; griegos de Tesalia, quienes, al igual de los romanos, eran dueños de la ciudad, pero en ella imperaban por la ciencia, el arte, la sabiduría y el engaño; griegos de las islas, del Asia Menor, de Egipto, de la Italia, de la galia narbonense. Entre la turbamulta de esclavos de orejas agujereadas, no faltaban los hombres libres,—población ociosa á la cual el César divertía, alimentaba y aun vestía,—y los visitantes de fuera, á quienes la vida fácil y las expectativas de hacer fortuna, atraían á la gigantesca ciudad. No escaseaban tampoco los mercenarios.

Había sacerdotes de Serapis, que llevaban ramos de palma en las manos; sacerdotes de Isis, á cuyos altares presentábanse mayor numero de ofrendas que al templo de Júpiter Capitolio; sacerdotes de Cibeles, conduciendo en las manos, doradas espigas de arroz; y sacerdotes de las divinidades nómadas; y danzarinas orientales, con sus tocados relucientes, y vendedores de amuletos, amansadores de culebras, y videntes, ó profetas de Caldea; y por último, individuos sin ocupación alguna, que semanalmente acudían en demanda de cereales á los graneros situados á orillas del Tiber, que se batían por adquirir billetes de lotería para el Circo, que pasaban las noches en las casuchas desmedradas de los barrios transtiberinos y los días de sol bajo los pórtidos cubiertos, ó en los sucios figones del Subura, en el Puente Milvio, ó delante de las «ínsulas» de los grandes, de donde se les arrojaba de cuando en cuando los sobrantes de la mesa de los esclavos.

Petronio era conocido de toda aquella multitud; en los oídos de Vinicio resonaban á cada paso estas palabras: «¡Es él!» Se le amaba por su liberalidad; y su fama había-se aumentado aun, desde el día en que intervino acerca del César, contra el decreto que condenaba á muerte á to-

dos los esclavos del prefecto Pedanio Segundo, sin distinción de sexo ni edad, porque uno de ellos había asesinado á aquel monstruo. Petronio, por otra parte, declaró claramente que el negocio le importaba poco, y que había hablado al César como particular, en su cualidad de «Arbitrio de las elegancias,» en el cual, aquella matanza, digna de Escitas, pero no de romanos, había ofendido el sentimiento estético.

Petronio, en efecto, se preocupaba poco del reconocimiento del pueblo. Este mismo pueblo, y él lo recordaba perfectamente, idolatraba á Británico, á quien Nerón había envenenado, y á Agripina, á quien hizo asesinar, y á Octavio, á quien mandó ahogar por evaporación hirviente en la isla Paudataria, después de haberle hecho abrir las venas, y á Rubelo Plauto, á quien desterró, y á Tráseas, que cada mañana esperaba su sentencia de muerte; la popularidad, pues, podía considerarse como un funesto presagio, y nuestro escéptico no dejaba de ser un tanto supersticioso... Petronio despreciaba á la multitud en su doble cualidad de aristócrata y esteta. Aquellas gentes que comían habas agusanadas y que enronquecían y sudaban jugando á la morra en las esquinas ó bajo los peristilos, no merecían el nombre de humanos...

De ahí que no diese respuesta alguna á los aplausos, ni á los besos que le enviaban á porfía. Entre tanto, refería á Marco el caso de Pedanio, á la vez que se sublevaba, indignado, contra la volubilidad de la canalla, que á la mañana siguiente de la horrible carnicería batió palmas á Nerón, á su paso por las calles que le conducían al templo de Júpiter Stor.

Luego hizo detener la litera frente á la librería de Avirno, descendió y compró un lujoso manuscrito que entregó á Vinicio, diciendo:

—Hé aquí un obsequio para tí.

—Gracias,—contestó Vinicio.

Y luego al leer el título, preguntó:

—«¿Satyricon?» ¿Una obra nueva? ¿De quién es?

—Mía. Pero yo no deseo seguir por los rumbos de Rufino, cuya historia he ofrecido contarte, ni los de Fabricio Vejento. De ahí que nadie sepa nada respecto á este libro, y por eso te digo que no hables de él, como mío, á persona alguna.

—Tu has dicho que no escribes versos,—dijo Vinicio, hojeando el manuscrito como por la mitad;—pero aquí veo que la prosa á menudo alterna con ellos.

—Cuando lo leas, fija tu atención en la fiesta de Trimalquion. En cuanto á versos, me han hastiado desde que he visto á Nerón escribiendo un poema épico. Vitelio, cuando desea aliviarse de sus excesos gástricos, emplea unos dedos de marfil que se introducen en la garganta; otros se sirven al efecto de plumas de flamenco (fenicóptero) empapadas en aceite de oliva, ó en una decocción de tomillo silvestre. En cuanto á mí, bástame leer una poesía de Nerón: el resultado es inmediato. Al instante me encuentro en aptitud de aplaudirla, si no con la conciencia tranquila, con el estómago limpio.

Dicho lo cual, hizo nuevamente detener la litera, esta vez delante de la tienda de Idomeneo, el orífice, y después de haber ajustado el negocio de las joyas, dió por fin orden para que la litera fuese conducida directamente á la mansión de Aulio.

—En el camino te contaré la historia de Rufino,—dijo luego,—como una prueba de lo que puede llegar á ser la vanidad en un autor.

Pero antes de que hubiera empezado su relación, había torcido la litera por el Vicus Patricius, y bien pronto se encontraron delante de la casa de Aulio.

Un joven y fornido *janitor* (portero) abrió la puerta que conducía al *ostium* (entrada, antecámara) frente á la cual una urraca encerrada en su jaula les dió una chillona bienvenida, gritando la palabra «¡Salve!» (¡Salud!)

En el camino de la segunda antecámara, al *atrio*, Vini-  
cio dijo:

—¿Has notado que los porteros en esta casa no llevan cadenas?

—Esta es una admirable casa,—contestó Petronio, ba-  
jando la voz.—Por cierto que se sospecha que Pomponia  
Graecina sustenta esa superstición oriental que consiste  
en rendir homenaje á un cierto Chrestos (1). Al parecer,  
quien le prestó este servicio, fué Crispinilla, la misma que  
no puede perdonar á Pomponia porque á ésta le ha basta-  
do un marido de por vida. ¡Una mujer de un solo marido!  
Hallar hoy día en Roma algo semejante, es más difícil  
que procurarse medio plato de hongos frescos de Nórico.  
Has de saber que la juzgaron ante un tribunal domés-  
tico.

—A tu juicio, esta es una casa admirable. Más tarde te  
referiré todo lo que he visto y oído en ella.

Entre tanto, habían llegado al *atrium*. El esclavo que  
allí estaba, y que llevaba el nombre de *atriensis* (2), orde-  
nó á un *nomenclador* que fuese á anunciar á los visitantes.

Petronio, que se figuraba que en aquella mansión aus-  
tera debía reinar un tedio eterno, no salía de su asombro;  
miraba en torno suyo con cierta sorpresa desatinada, pues  
ninguna tristeza se sentía en aquel atrio luminoso. De lo  
alto, por una ancha claroboya, caía un haz de luz deslum-  
brante que se fragmentaba en mil chispas sobre las aguas  
de una fuente que se vertía en un pilón cuadrado; el im-  
pluvium estaba rodeado de anémonas y lirios. Indudable-  
mente había en aquella casa, singular predilección por los  
lirios, pues había platabandas enteras, plantadas de aque-  
lla flor, blancos, rojos; había también lirios color zafiro,  
cuyos pétalos delicados parecían bañados de gotitas de  
plata líquida. Estatuitas de bronce, figurando aves acuá-

(1) Cristo, llamado entonces por los romanos Chrestos ó Chrestus por  
ignorancia de la etimología del nombre.

(2) Especie de mayordomo de una casa.

ticas, y niños, surgían del musgo y de las hojas compactas. En un rincón un caballito de bronce, inclinando sobre el agua su cabeza, verde por la humedad, parecía beber. El piso del atrio estaba pavimentado de mosaico. Las paredes, incrustadas de mármol rojo en parte y en parte cubiertas de pinturas, representando árboles, peces, pájaros y grifos, encantaban por la feliz combinación de los colores. Los marcos de las puertas que caían sobre las piezas laterales estaban embutidos de concha y marfil; contra las paredes se erguían estatuas de antepasados de Aulio.

Por todas partes reinaba en aquella morada una atmósfera de tranquilidad y de holgura tan distante del derroche, como decorosa, y sobre firme base establecida.

Petronio, que vivía de manera incomparablemente más ostentosa y elegante, no pudo, sin embargo, encontrar allí nada que ofendiera su buen gusto; y acababa de volverse hacia Vinicio para hacerle aquella observación, cuando un esclavo, el *velarius* (1) corrió hacia un lado la cortina que separaba el *atrium* (vestíbulo) el *tablinum* (sala de recibimiento), desde el cual pudo verse á Aulio Plaucio que con paso apresurado venía hacia ellos.

Era un hombre que se acercaba ya al ocaso de la vida, blanca de canas la cabeza, pero fresco aún el semblante enérgico, un tanto deprimido, en el cual dibujábanse todavía unas líneas como de águila. En ese instante advertíase en él. una expresión parecida al asombro y aun al temor, á causa de la inesperada visita del compañero, amigo y consejero de Nerón.

Petronio era demasiado perspicaz y hombre de mundo para no reparar en ello; de ahí que, después de las primeras frases de saludo, anunciara con toda la desenvoltura y elocuencia de que era capaz, que había venido á tribu-

(1) El que estaba á la puerta y cortina de la cámara del príncipe ó amo, y facilitaba la entrada.

tar sus agradecimientos por los cuidados de que fuera objeto en aquella casa el hijo de su hermana, agregando que la gratitud era el sólo móvil de aquella visita, para la cual había alentado además la antigua amistad que lo ligaba á Plaucio.

Este, á su vez, le aseguró que en su casa sería siempre un bienvenido huésped; y en cuanto á gratitud, declaró que á él animábalo el propio sentimiento para con Petronio, aun cuando estaba cierto de que éste no adivinaría por el momento la causa.

En efecto, no la adivinaba Petronio. En vano alzaba hacia arriba sus pardos ojos, en su empeño por recordar el más mínimo servicio que hubiera prestado á Plaucio ó á cualquiera otra persona. Ninguno venía á su mente, á no ser que fuera el que intentaba prestar ahora á Vinicio. De manera que el aludido por Aulio había podido en realidad prestarlo él involuntariamente, pero sólo involuntariamente.

—Siento gran afecto y estimación por Vespasiano, cuya vida salvaste,—dijo Aulio,—cuando tuvo la desgracia de dormirse mientras escuchaba los versos de Nerón.

—Buena fortuna fué la suya al no escucharlos,—replicó Petronio;—pero no he de negar que la cosa pudo tener un desenlace fatal. Barba de Bronce deseaba irremisiblemente enviarle un centurión portador del amistoso anuncio de que se abriese las venas.

—Pero tú, Petronio, le hiciste desistir de ese empeño, haciendo mofa del asunto.

—Así es; mejor dicho, no es así. Dije á Nerón, que si Orfeo hacía dormir con su canto á las bestias feroces, el triunfo suyo era igual, puesto que había logrado adormecer á Vespasiano. A Enobarbo puede censurársele, á condición de que á una ligera crítica se agregue una gran lisonja. Nuestra graciosa Augusta, Popea, sabe esto á la perfección.

—¡Ay! Tales son los tiempos—exclamó Aulio.—A mí

me faltan dos incisivos, que me hizo caer una piedra arrojada por un bretón; desde entonces silbo al hablar; y sin embargo declaró que mis mejores días fueron los que en Bretaña pasé.

—Porque fueron días de victoria,—agregó Vinicio.

Pero Petronio, alarmado ante la perspectiva de que el viejo general pudiera dar principio á la narración de sus campañas, cambió el tema.

—Sabe—dijo—que en las inmediaciones de la comarca Palestrina fué encontrado muerto un lobezno de dos cabezas; y por ese mismo tiempo, durante una tempestad, un rayo cayó sobre un ángulo del templo de Luna, cosa inaudita por estar el otoño tan avanzado. También un cierto Cota, que había referido esto, agregó que los sacerdotes de aquel templo predecían la ruína de la ciudad, ó cuando menos la ruína de una casa poderosa; pudiéndose conjurar tan sólo el peligro con grandes sacrificios.

Aulo manifestó que, en efecto, tales señales no eran cosa de despreciar; cuando los crímenes sobrepujan toda medida; ¿cómo asombrarse de que se irriten los dioses?

En semejante caso pareciale que se imponían las ofrendas propiciatorias.

Petronio emitió su opinión:

—Tu casa, Plaucio no es demasiado grande por más que la habite un grande hombre; la mía, á decir verdad, cubre con exceso las necesidades de su modesto dueño, pero es aun pequeña. Y si se trata de la ruina de una casa tan importante, por ejemplo, como la Domus Transitoria (1) ¿vale la pena de que hagamos ofrendas para conjurar su ruína!

Plaucio no respondió, y esta reserva hirió un tanto á Petronio, porque, á pesar de la infinita elasticidad de su moral, jamás había sido un delator.

Así, pues, segunda vez llevó la conversación por otros

---

(1) La casa del César.

derroteros; empezó á encomiar el buen gusto que reinara en aquella casa.

—Es una antigua casa,—dijo Plaucio,—en la cual no se ha hecho cambio alguno desde que yo la heredé.

Cuando se hubo corrido la cortina que separaba el *atrium* del *tablinum*, pudo verse la casa abierta desde un extremo al otro, de manera que á lo largo del *tablinum*, y del peristilo que le seguía, y del vestíbulo situado á continuación y que llevaba el nombre de *oecus*, (1) la mirada se extendía hasta el jardín, que visto á esa distancia semejaba un cuadro brillante colocado en un oscuro marco. Desde allí risas alegres é infantiles llegaban hasta el *atrium*.

—¡Oh, general!—dijo Petronio.—Permite que escuchemos más próxima á nosotros esa risa placentera que tan raras veces suele oírse en estos días.

—Con mucho gusto,—contestó Plaucio levantándose.—Son mi pequeño Aulio y Ligia, que están jugando á la pelota. Por lo que á la risa toca, creo, Petronio, que toda nuestra vida se emplea en ella.

—La vida solo risa merece, por eso las gentes se rien de ella,—contestó Petronio.—Pero la risa en tu casa tiene un timbre diferente.

—Petronio pasa días enteros sin reír,—dijo Vinicio,—pero en cambio después ríe noches enteras.

Así conversando, recorrieron la casa en toda su extensión y llegaron hasta el jardín, donde Ligia y el pequeño Aulio jugaban con pelotas que esclavos destinados exclusivamente á ese juego y llamado *spheristan* (jugadores de pelota,) recogían y ponían en sus manos.

Petronio dirigió una mirada rápida, fugaz, á Ligia; el pequeño Aulio, al ver á Vinicio, corrió á su encuentro á saludarlo; pero el joven tribuno siguió sin detenerse hasta llegar delante de la hermosa niña, á quien saludó con una

(1) Sala, pieza para hacer su labor las mujeres. El comedor.

inclinación de cabeza. Ligia á la sazón estaba de pie, con una pelota en la mano y el cabello en ligero desorden, anhelante por la agitación del juego y con las mejillas encendidas.

En el triclinio del jardín, al que daban sombra la hiedra, la vid y la madre selva, estaba sentada Pomponia Graecina y se acercaron á saludarla. Petronio la conocía, porque, aún cuando no visitaba á Plaucio, habíala visto en la casa de Antistia, hija de Rubelio Plauto, y además en la casa de Séneca y en la de Polion. Petronio no podía abstraerse á un cierto sentimiento de admiración que le causaban el semblante de Pomponia, pensativo y apacible, y la dignidad de su porte, de sus ademanes y palabras. Ella venía á perturbar de tal manera su concepto acerca de la mujer, que aquel hombre, corrompido hasta la médula de los huesos y despreocupado como ningún otro habitante de Roma, en presencia de Pomponia no solamente se sentía inclinado á estimarla, sino que perdía un tanto el dominio de sí mismo, que era su cualidad saliente. Y ahora, al tributarle sus agradecimientos por las atenciones que había prodigado á Vinicio, dejó escapar, casi involuntariamente, un «domina,» (señora,) cosa que jamás le ocurría cuando hablaba, por ejemplo, con Calvia Crispinilla, Escribonia, Veleria, Solina, y otras mujeres de la alta sociedad. Después de los saludos y agradecimientos consabidos, se quejó de que la veía en muy raras ocasiones, manifestándole que no era habitual encontrarla ni en el circo ni en el anfiteatro; á lo cual contestó ella con acento apacible, poniendo su mano en la mano de su esposo:

—Nos hacemos viejos, y amamos cada día más las dulzuras del hogar doméstico.

Petronio quiso protestar de aquellas aficiones al retiro, pero Aulo Plaucio añadió con su voz sibilante:

—Y cada día nos sentimos más extraños entre esas gentes que inundan de nombres griegos nuestros dioses romanos.

—Hace ya algún tiempo que los dioses se han convertido en figuras retóricas,—respondió negligentemente Petronio,—y son los griegos los que nos han importado la retórica; yo confieso por mi parte que me es más fácil decir Hera que Juno,—é indicó con la mirada que en presencia de Pomponia se imponía el evocar á Juno.

Después protestó contra lo que la dama dijera de la vejez.

—Verdaderamente, la vejez llega pronto, más ó menos pronto, según el género de vida que se ha observado; pero hay rostros que Saturno parece olvidar.

Petronio dijo esto con bastante sinceridad, porque Pomponia Gracina, aun cuando de edad madura, conservaba una rara frescura en su rostro; y como tenía la cabeza pequeña y las facciones delicadas, á pesar de sus negros ropages y á pesar de su austeridad, en ciertos momentos parecía joven y bella.

El niño, que durante la permanencia de Vinicio en la casa, le había cobrado cariño, le invitó á jugar á la pelota.

Detrás del niño, Ligia había entrado en el triclinio. Bajo las hiedras, con mil rayos de sol que jugueteaban en su rostro, pareció á Petronio más bonita que á primera vista, y semejante á una ninfa. Y, como no le había dirigido aún la palabra, levantóse, é inclinándose ante ella, le dijo las palabras con que Ulises saluda á Nausicaa:

—«Me postro ante tí... diosa ó mortal... Si eres una de las mortales que viven sobre la tierra, tres veces bendecidos tu padre y tu madre, y tres veces bendecidos tus hermanos.»

La exquisita cortesanía de este hombre de mundo era grata aun á la misma Pomponia. En cuanto á Ligia, escuchóle ruborizada y confundida, sin atreverse á levantar la vista. Pero, casi inmediatamente después, una sonrisa sutil agitó como á impulsos de un estremecimiento las comisuras de sus labios, y pudo notarse en la expresión de

su rostro una lucha entre la natural timidez de la doncella y el deseo de dar una contestación. Evidentemente triunfó el deseo, porque dirigiendo una rápida mirada á Petronio, le contestó en un impulso subitáneo con las propias palabras de Nausicaa, repitiéndolas sin tomar aliento, en una sola emisión, casi á la manera de una lección aprendida.

«Extranjero, no pareces ni hombre avieso, ni de juicio escaso.»

En seguida volvióse y echó á correr como una tímida avecilla.

Esta vez tocó á Petronio el turno del asombro, pues no había esperado escuchar versos de Homero de labios de una doncella, cuyo bárbaro origen le era conocido por Vinicio. De ahí que dirigiese una mirada interrogadora á Pomponia, mirada que no pudo ésta contestar, porque en el propio momento había vuelto la vista sonriendo á su esposo, en cuyo semblante, á la sazón, reflejábase una expresión de satisfecho orgullo.

No podía él ocultarlo. En primer lugar, había sentido desde el principio por Ligia un afecto paternal; y en seguida, y á despecho de sus arraigadas preocupaciones de romano, que le impelían á tronar contra el griego y la generalización de este idioma, consideraba que poseerlo era llegar á la más alta cumbre del pulimento social. El mismo, jamás había podido lograr aprenderlo con perfección y por ello sentíase íntimamente mortificado. Complaciale sobremanera, por lo tanto, el que se hubiera dado una respuesta en el idioma y con los versos de Homero, á este hombre de exquisita cultura, tanto en las letras como en sus maneras, y quien acaso no habría estado lejos de considerar como casa de bárbaros el hogar de Plaucio.

—Tenemos en casa un pedagogo griego,—dijo volviéndose á Petronio,—que dá lecciones á nuestro hijo, y la niña asiste á ellas. Todavía no es más que una pajarita

de las nieves, pero ha llegado á ser para nosotros muy querida.

Petronio miró al través de las ramas de madreSelva hacia el interior del jardín, y á las tres personas que allí estaban ahora jugando.

Vinicio se había quitado la toga, quedándose solo con la túnica y en ese momento tiraba la pelota que Ligia, de pie en el lado opuesto, con los brazos levantados trataba de recibir. La niña á primera vista no había hecho una muy grande impresión en Petronio, pues habíale parecido demasiado delgada. Pero desde el momento en que la contempló más de cerca en el triclinio, díjose á sí mismo que la Aurora podría comparársele: como juez en la materia encontraba que no había nada de vulgar en aquella criatura. Fué tomando en consideración y apreciando en todo su valor cada una de sus bellezas, desde su rostro de claro y sonrosado tinte, sus frescos labios que parecían reclamar un beso, sus ojos azules como el azul del mar, la blancura alabastrina de su frente, la opulencia de sus negros cabellos, que al ondear daban brillantes reflejos de ámbar ó de bronce corintio, su delicado cuello, la divina curvatura de sus hombros, su talle flexible, delgado, juvenil, con toda la frescura de Mayo y todo el perfume de las flores recién abiertas. El apreciaba todas aquellas perfecciones con ojo de artista, y como adorador de la belleza, declaraba que al pie de la estatua de aquella virgen podría esculpirse la palabra «Primavera». E inmediatamente vino á su memoria Crisotemis y no pudo menos que estallar en franca risa. Ahora Crisotemis, con su polvo de oro en el cabello y en las teñidas cejas, se le presentaba fabulosamente marchita, y semejante á un rosal de hojas amarillentas que las va sembrando una á una. Pero todavía Roma seguía envidiándole á esa Crisotemis. Luego también recordó á Popea; y aun Popea, la famosísima, presentósele como una mujer sin alma, como una máscara de cera. En esta niña de contornos tanagros, no solo había

una primavera, sino también un alma radiante que destellaba al través de su cuerpo de rosa, como la llama al través del cristal de una lámpara.

—Inicio tiene buen gusto,—pensó,—y mi Crisotemis se remonta al sitio de Troya.

Y volviéndose hacia Pomponia:

—Ahora comprendo, domina, que al lado de esos dos seres, preferáis vuestra casa al circo y á los festines del Palatino.

—Sí,—respondió Pomponia con los ojos fijos en Aulo y Ligia.

El jefe de la casa se puso á contar la historia de la joven y cuanto sabía, por Atelio Hister, acerca de aquellos ligios, esparcidos en las brumas septentrionales.

Los jugadores, á todo esto, habían cesado. Luego de dar unos paseos, sentáronse en un banco, cerca de la piscina. Bien pronto el niño se apartó para agitar los pecesillos, y Inicio reanudó la conversación empezada durante el paseo.

—Sí,—decía con voz temblorosa y muy bajito,—apenas dejé la toga pretexta (1), me enviaron á las legiones del Asia. No he podido conocer la ciudad, ni la vida ni el amor.

Sé de memoria un poco de Anacreonte y de Horacio; pero no puedo, como Petronio, repetir versos cuando la razón hállase supeditada por la admiración é incapaz de encontrar siquiera palabras propias con que expresar lo que se siente. Cuando niño frecuenté la escuela de Musonio, quien me enseñó que la felicidad consiste en desear lo que los dioses desean y que por consiguiente ella depende de nuestra voluntad. Creo, sin embargo, que existe algo más, algo de mayor precio y magnitud, y que no ésta subordinado á la voluntad, algo que solo el amor puede con-

---

(1) Vestidura talar guarnecida en su parte inferior con una tira de púrpura, que llevaban en Roma los jóvenes nobles de ambos sexos hasta la edad de 17 años.

quistar. Los dioses mismos persiguen esa felicidad; natural es entonces que yo tambien. ¡Oh, Ligia! que hasta ahora no he conocido el amor, siga los pasos de los dioses. También yo busco á la que habría de darme la verdadera felicidad ..

Aquí calló Vincio; y por espacio de algunos instantes no se escucharon otros ruidos que los que hacía el pequeño Aulio al arrojar piedrecillas al agua para asustar á los peces. Después de un rato, Vincio repuso con voz aun más baja y contenida.

—Pero tú conoces á Tito, el hijo de Vesperiano, ¿verdad? Dicen que acababa apenas de salir de la pubertad, cuando sintió por Berenice tal amor, que el sentimiento le arrancó la vida. También yo podría amar así, ¡oh, Ligia! La fortuna, la gloria, el poder, son solo humo, vanidad! El hombre rico encontrará siempre otro hombre más rico que él; la mayor gloria de otro hombre ha de eclipsar la del hombre famoso; los fuertes, vencidos serán por otros más fuertes que ellos. Pero, ¿podría acaso el mismo César, podría cualquier dios, experimentar delicia mayor, ó mayor felicidad que la de un simple mortal en el instante en que sobre su pecho siente el aliento de otro pecho amado ó en que besa unos adorados labios? ¡De ahí que el amor nos haga iguales á los dioses, oh, Ligia!

Ella escuchaba con cierta alarma, con asombro, y al mismo tiempo sonaban esas palabras á sus oídos cual si fuesen las notas de una flauta griega ó de una cítara.

Parecíale por momentos que Vincio estaba entonando una especie de canto maravilloso que iba infiltrándole por los oídos, agitando su sangre, penetrándole hasta el corazón y llevando hasta él una especie de desmayo y de temor, á la vez que una delectación antes no comprendida. Parecíale también que Vincio la estaba hablando de algo que vivía dentro de su ser desde antes, pero de lo cual no había podido hasta entonces darse cuenta. Comprendía que él estaba despertando en su alma lo que había existido en

ella latente y adormecido; y que en aquel momento, uno como nebuloso ensueño iba presentándosele á la vista y tomando más y más definidas, y halagadoras, y hermosas formas.

Entre tanto, el sol había, salvado la línea del Tiber desde hacia rato é ido á hundirse por sobre el Janículo (1). Por encima de los inmóviles cipreses caía la luz dorada que llenaba toda la atmósfera. Ligia alzó hasta Vinicio sus azules ojos, como si en aquel instante despertara de un sueño; y el joven, al inclinarse entonces hacía ella y mirarla con ojos en que temblaba una súplica, presentóse á la sazón á la doncella, visto, á los reflejos de la tarde, como el más hermoso de los hombres, más hermoso que todos los dioses griegos y romanos cuyas estatuas había ella visto en las fachadas de los templos. Y oprimiéndola Vinicio con los dedos ligeramente el brazo, más arriba de la muñeca, la dijo:

—¿No adivinas lo que te estoy diciendo, Ligia?

—No,—contestó ella en voz tan baja y contenida que el joven alcanzó apenas á oirla.

Mas él no la creyó. Tomó la mano de Ligia, atrájola más vigorosamente hacia su cuerpo, é iba á llevarla ya á su corazón,—el cual, bajo la influencia de los deseos despertados por aquella virgen de maravillosa hermosura, daba palpitaciones semejantes á los golpes de un martillo,—y la hubiera dirigido un torrente de frases llenas de fuego, si en ese instante no apareciera Plaucio, quien habiendo venido por un sendero que atravesaba un cerco de mirtos y aproximándose á los jóvenes, les dijo:

—Se está poniendo el sol; así, pues, tened cuidado con el frío de la tarde. No hay que chancearse con Libitina. (Proserpina. La Muerte.)

—Me he quitado la toga—replicó Vinicio—y no siento el frío.

---

(1) Uno de los siete montes de Roma del otro lado del Tiber

—Sin embargo, sólo se ve la mitad del disco solar por encima del Janículo—replicó el viejo soldado.—Habládme del dulce clima de Sicilia, donde el pueblo se reúne á la puesta del sol sobre las plazas, para saludar en coro á Febo, que se oculta.

Y con abundancia de datos celebraba la Sicilia, donde tenía una gran explotación agrícola. Las hojas aun no caían de los árboles, y sobre la ciudad sonreía todavía un cielo clemente; pero cuando la viña amarillease, cuando la nieve hubiese cubierto las montañas albanas y soplasen los dioses un viento hostil sobre la Campania, entonces, quizás se trasladaría con toda su familia al apacible refugio del campo.

—¿Tendrías la intención de dejar á Roma?—preguntó Vinicio con inquietud.

—Hace tiempo que la tengo,—respondió Aulio,—pues allá abajo la vida es más tranquila y segura.

Y acto seguido cantó las alabanzas de sus verjeles, de sus ganados, de su quinta oculta entre el follaje y de las colinas donde fiorecían el tomillo y el romero, sobre los cuales zumban enjambres de abejas. Pero Vinicio era sordo á esta nota bucólica. Pensaba en los medios de conquistar á Liguria. A veces echaba rápidas ojeadas á Petronio.

Este, entre tanto, sentado cerca de Pomponia, prestaba alternativamente su atención al hermoso espectáculo de la puesta del sol, al jardín y al grupo de personas que se hallaban ahora de pie junto al estanque de los peces. Sus blancas vestiduras resaltaban sobre el fondo oscuro de los mirtos, brillando como el oro al recibir los últimos rayos del sol.

En el firmamento, las postreras luces de la tarde empezaban á presentar reflejos, ora purpurados y violáceos, ora cambiantes como de ópalo, viendose también una ancha faja de color de lirio. Las siluetas oscuras de los cipreses fueron haciéndose más y más pronunciadas. En las per-

sonas, en los árboles, en el jardín todo, reinaba ahora una dulce calma vespertina.

Esa calma impresionó á Petronio, y le impresionó especialmente por lo que tocaba á las personas. En los rostros de Pomponia, del anciano Aulio, de su hijo y de Ligia, advertíase algo que no estaba él habituado á ver en los rostros de las personas que le rodeaban todos los días, ó mejor dicho, todas las noches. Había en los que ahora observaba cierta luz, cierto reposo, cierta serenidad, que parecían irradiar íntimamente, como emanaciones de la vida que todos esos seres llevaban. Y con una especie de asombro pensó Petronio que bien podrían existir una belleza y una dulzura que él—que vivía acechando la belleza y la dulzura incesantemente—no había llegado á conocer todavía.

No le fué posible guardar para sí aquel pensamiento, y dijo, volviéndose á Pomponia:

—Estoy considerado, desde lo íntimo de mi alma, cuán diferente es este mundo vuestro del mundo que gobierna nuestro Nerón.

Ella alzó su delicado semblante hacia la vespertina luz, y dijo con dulzura:

—No Nerón, sino Dios gobierna el mundo.

Sucediose un momento de silencio. Sintieron luego cerca del triclinio y por el sendero del jardín, los pasos del viejo general, de Vinicio, Ligia y el pequeño Aulio, mas, antes de que llegaran, Petronio alcanzó á hacer á Pomponia esta otra pregunta:

—Pero entonces, ¿crees tú en los dioses, Pomponia?

—Creo en Dios, que es uno, justo y todopoderoso,—contestó la mujer de Aulio Plaucio.

### CAPÍTULO III

—Ella cree en Dios, que es uno, todopoderoso y justo,  
—dijo Petronio cuando se encontró de nuevo en la litera

con Vinicio.—Si su Dios es todopoderoso, El gobierna la vida y la muerte; y si es justo, El envía la muerte con justicia. ¿Por qué, entonces Pomponia viste luto por Julio? Al hacerlo, culpa á su Dios. Debo repetir este raciocinio á nuestro Barba de Bronce, al mono, puesto que me considero en dialéctica el igual de Sócrates. En cuanto á las mujeres, pronto estoy á declarar que cada una tiene tres ó cuatro almas, pero ninguna de ellas capaz de raciocinio. Medite Pomponia en buena hora, en compañía de Séneca ó de Cornuto, sobre la cuestión acerca de quién sea su gran Logos (verbo, inteligencia suma, Dios). Evoquen de una vez las sombras de Jenófane, Parménides, Zenón y Platón, que se hallarán tan incómodos allá en las regiones de Cimeria como un jilguero en una jaula. Yo deseaba hablar con ella y con Plaucio acerca de otro asunto. ¡Por el sagrado estómago de la egipcia Isis! Si les hubiera manifestado abiertamente cuál era el objeto de nuestra visita, se me figura que su virtud habría armado un alboroto tan grande como el estrépido que produce el golpe de un garrote sobre un broquel de bronce. ¡Y no me atreví á decírselo! ¿Querrás creerlo, Vinicio? ¡No me atreví! Los pavos reales tienen un hermoso plumaje, pero tienen también una voz muy desapacible. Y yo temí un estallido. Pero debo hacer el cumplido elogio de tu elección. Es aquella una verdadera «Aurora de rosados dedos.» ¿Y sabes tú qué otra idea trajo á mi mente su visita? ¡La de una primavera! No ésta nuestra primavera italiana, en donde el manzano apenas si da una que otra flor, y los olivares tornanse grises, hoy como ayer; sino la primavera que un día conocí en Helvecia: joven, fresca, verde, brillante.

¡Por esa pálida luna, no me sorprende ahora Marco, tu anhelo! Pero sabe que te has enamorado de Diana, porque Aulio y Pomponia están prontos para destrozarte en mil pedazos, cual hiciéranlo antaño con Acteón sus propios perros.

Vinicio permaneció por espacio de algunos instantes si-

lencioso y con la cabeza inclinada. Luego, así habló, con acento en el cual se advertían los quebrautos de la pasión:

—Si antes la deseaba, deséola hoy mucho más. Cuando le hube oprimido un brazo, sentí mi alma envuelta en llamas. Es menester que sea mía. Si yo fuera Júpiter la envolvería en una nube, como él lo hizo con Io, ó caería sobre ella convertido en lluvia, como lo hizo con Danae; ¡y la besaría en los labios hasta que los labios le dolieran! ¡Quisiera hacerla gemir bajo la presión de mis brazos! ¡Matar á Plaucio y á Pomponia y traer á Ligia aprisionada junto á mi pecho! No podré dormir esta noche. Daré orden de flajelar á uno de mis esclavos y escucharé sus alaridos...

—Cálmate,—dijo Petronio.—No has de manifestar tus anhelos en la forma que lo haría un carpintero del Subura.

—Me es igual todo cuanto alegues. Quiero que Ligia sea mía. He venido á tí para que me ayudes; pero si tal ayuda en tí no encuentro, la he de buscar yo mismo. Aulio considera como hija á Ligia; ¿podría mirarla yo cual esclava? Y sin embargo, si no hay otro medio de poseerla, venga á exornar la puerta de mi casa, cúbrala de grasa de lobo y que ocupe en seguida en mi hogar el sitio de la esposa.

—¡Cálmate insensato descendiente de cónsules! No traemos los bárbaros atados detrás de nuestros carros de victoria, para hacer de sus hijas esposas nuestras. Guárdate de las exageraciones. Agota los medios naturales y decorosos, y toma, y dame el tiempo de que habemos menester para la indispensable meditación del caso. También Crisotemis parecióme un tiempo hija de Júpiter, y sin embargo no me casé con ella, de la propia manera que Nerón no se casó con Actea, si bien llamábanla hija del rey Atalo. ¡Cálmate! Piensa que si Ligia, por amor á tí, quiere abandonar á Plaucio, no tendrá éste derecho alguno para detenerla. Sabe asimismo que no sólo tú estás ar-

diendo en amor. Eros ha despertado en ella también la amorosa llama. Yo he visto eso y bien harás en creerme. Ten paciencia. Hay siempre un medio de llevar á efecto las cosas; pero hoy he pensado en demasía y eso me fatiga. En cambio, te prometo que mañana me preocuparé de tu amor, y, á menos que Petronio haya dejado de ser Petronio, descubrirá el medio convenientre.

Ambos permanecieron en seguida silenciosos un instante. Por último Vinicio, dijo:

—Te doy gracias. Sea contigo pródiga la fortuna.

—Ten paciencia.

—¿A dónde vas á ordenar que nos conduzcan?

—A casa de Crisotemis.

—Eres feliz poseyendo á la que amas.

—¿Yo? ¿Sabes qué es lo que aún me entretiene en Crisotemis? Esto: que me engaña con mi liberto Teocles y cree que yo no he reparado en ello. Un tiempo la amé, pero en la actualidad tan sólo me divierte con sus embustes y su estulticia. Ven conmigo á su casa. Y si empezara contigo á coquetear y á escribirte sobre la mesa con sus dedos empapados en vino, sabe que no tendré por ello celos.

Y ordenó que los condujesen á casa de Crisotemis.

Antes de entrar, Petronio puso una mano en el hombro de Vinicio, y le dijo:

—Aguarda: paréceme que he encontrado un plan.

—Si es así, pido á todos los dioses que por ello te otorguen su galardón!

—¡Lo tengo! Creo que mi plan es infalible. ¿Sabes una cosa, Marco?

—Te escucho, sabio varón.

—Pues bien, dentro de pocos días la divina Ligia partirá contigo en tu casa el grano de Deméter.

—¡Tú eres más grande que César! —exclamó Vinicio lleno de entusiasmo.

## CAPÍTULO IV

En efecto, Petronio cumplió su promesa.

Al siguiente día después de haber parado en casa de Crisotemis, había en verdad dormido hasta la siguiente noche; pero llegada ésta, se hizo llevar al Palatino, tuvo con Nerón una entrevista particular, y, el tercer día, apareció delante de la casa de Plaucio un centurión al frente de una quincena de pretorianos.

En aquel tiempo de incertidumbre y de terror, los enviados de este género, eran frecuentemente mensajeros de muerte. Cuando el centurión llamó con el puño de su espada á la puerta de Aulio, y el vigilante del atrio anunció que habían soldados allí, el espanto invadió la casa. Toda la familia rodeó á su jefe, pues todos estaban convencidos de que él era el particularmente amenazado. Pomponia, echando los brazos al cuello de su marido, se estrechó contra él, y sus labios balbucientes murmuraban misteriosas palabras. Ligia, pálida como la cera, le besaba las manos; el pequeño Aulio aferrábase á su toga. Desde el corredor, desde los aposentos del piso bajo destinados á las sirvientas y acompañantes, desde el baño, desde las arcadas de las habitaciones, desde todos los ámbitos de la casa, en fin, empezaron á brotar multitud de esclavos y se oyeron las exclamaciones: «¡Heu! ¡heu! ¡me miserum!» (¡Ay! ¡ay! ¡miserable de mí!) Las mujeres prorrumpían en amargo llanto, algunas se rasguñaban el rostro, otras cubríanse la cabeza con sus pañuelos.

Solo el viejo general, habituado desde hacia muchos años, á mirar de frente á la muerte, permanecía tranquilo y su deprimido rostro de águila manteníase tan imperturbable, cual si fuese tallado en piedra. Después de transcurridos algunos instantes, cuando hubo logrado restablecer el silencio, acallando el rumor que por todas partes se le-

vantaba y dando á los individuos de su servidumbre la orden de retirarse, dijo:

—Déjame marchar, Pomponia. Si mi fin ha llegado, tendremos tiempo para despedirnos.

Y la apartó suavemente á un lado; pero ella dijo:

—Permita Dios, ¡oh, Aulio! que sean uno mismo tu destino y el mío!

Y en seguida, cayendo de rodillas, empezó á orar con la vehemencia que solo puede infundir el temor que se tiene por la suerte de un sér querido.

Aulio pasó en seguida al *atrium*, donde le aguardaba el centurión. Este era el viejo Cayo Asta, su antiguo subordinado y compañero de armas en las guerras de Bretaña.

—Te saludo, general,—dijo.—Soy portador de una orden y de un saludo del César: vé aquí las tablas y el sello que demuestran que vengo en su nombre.

—Presenta mis agradecimientos al César por su saludo; y en cuanto á la orden, estoy pronta á cumplirla,—contestó Aulio.—Sé bien venido Asta, y dime cuál es esa orden de que eres portador.

—Aulio Plaucio,—contestó Asta,—el César ha sabido que en tu casa vive la hija del rey de los ligures, la cual hija, durante la vida del divino Claudio, fué puesta por aquel rey en poder de los romanos como prenda de que las fronteras del imperio jamás habrían de ser violadas por los ligures.

El divino Nerón te está agradecido, ¡oh, general! por la hospitalidad que has dado á esa rehen durante muchos años; pero no deseando seguirte gravando por más tiempo con esa carga, y considerando por otra parte, que la doncella que está en rehenes debiera seguir bajo la custodia del César y del Senado, te ordena la pongas en mis manos.

Aulio era demasiado soldado y demasiado veterano para permitirse manifestar su sentimiento, ni expresar vanas palabras ó quejas ante orden tan perentoria. No obs-

tante, una ligera arruga de súbita cólera y de dolor, se dibujó en su frente. Ante ese ceño habían temblado un tiempo las legiones de Bretaña, y ahora mismo una expresión de temor dejábase ver en el semblante del propio Asta. Pero en vista de la orden, Aulio Plaucio, sentíase indefenso. Permaneció por espacio de algunos instantes con la vista fija en las tablas y en el sello cesáreo; en seguida alzó los ojos, y mirando al viejo centurión le dijo:

—Aguarda, Asta, en el *atrium*; en breve te será entregada la rehén.

Y dichas estas palabras, se dirigió al otro extremo de la casa, al vestibulo llamado *æcus*, en donde Pomponia Græcina, Ligia y el pequeño Aulio le aguardaban llenos de zozobra y de temor.

—La muerte á nadie amenaza; tampoco el destierro á lejanas islas,—dijo.—No obstante, el mensajero del César es un heraldo de infortunio. Se trata de tí, Ligia.

—¿De Ligia?—exclamó atónita Pomponia.

—Sí,—contestó Aulio.

Y volviéndose á la niña, agregó:

—Ligia, has sido criada en casa como hija nuestra, y como á tal te amamos, Pomponia y yo. Pero sabe que no eres nuestra hija. Eres un rehén dado á Roma por tu pueblo y tu custodia corresponde al César. Así, pues, el César es quien de nuestra casa te arranca.

El general dijo estas palabras con tranquilo acento, pero con una insólita y extraña inflexión de voz. Ligia le escuchaba con los ojos en blanco, cual si no comprendiera de qué se trataba. Pomponia palideció intensamente. En las puertas que conducían del corredor al *æcus* empezaron por segunda vez á mostrarse los aterrorizados semblantes de los esclavos.

—La voluntad del César debe ser cumplida,—dijo Aulio.

—¡Aulio!—exclamó Pomponia rodeando á la doncella

con sus brazos, cual si quisiera defenderla contra un grave peligro;—¡preferible para ella sería la muerte!

Ligia se apegó estrechamente á Pomponia, cual si buscara refugio en su seno y exclamó: «¡Madrel ¡Madrel!» entre sollozos, sin poder articular otras palabras.

De nuevo dibujáronse la ira y el dolor en el semblante de Aulio.

—Si me hallara solo en el mundo,—dijo con sombrío acento,—no la entregaría viva, y mis deudos podrían en este día presentar sus ofrendas á «Júpiter Liberator.» Mas, no tengo el derecho de arrebatáros la existencia á tí y á nuestro hijo, quienes, viviendo, pueden llegar á tiempos mejores. Hoy mismo veré al César y le imploraré que modifique su mandato. Ignoro si mi súplica será escuchada. Entre tanto, adios, Ligia, y sabe que yo y Pomponia bendecimos siempre el día en que viniste á ocupar un asiento á nuestro lado en esta casa!

Y diciendo estas palabras, puso una mano sobre la cabeza de la joven, é hizo grandes esfuerzos por conservar su calma habitual; pero cuando Ligia volvió hacia él los ojos llenos de lágrimas y apoderándose de su mano la llevó á sus labios, quebrantóse la voz del anciano, y en ella advirtiéronse tiernas inflexiones de padre. Entonces la dijo:

—¡Adiós, alegría nuestra, luz de nuestros ojos!

Y con paso rápido encaminóse al *atrium*, temeroso de verse dominado por la emoción, indigna de un romano y de un general.

Entre tanto Pomponia, una vez que hubo conducido á Ligia al *cubiculum* empezó á darle ánimo, á consolarla y alentarla, pronunciando para ello palabras que ahora resonaban estrañamente en aquella casa, donde, en una sala contigua á la que en ese instante ocupaban, existía todavía el *lararium* (1) y se conservaba también el altar en

(1) Capilla privada á modo de oratorio, en la que se veneraban en las casas á los dioses *Lares* ó domésticos.

que Aulio Plaucio, fiel observante de los antiguos usos, presentaba ofrendas á las divinidades familiares.

—La hora ha llegado,—decíale Pomponia. — En un tiempo Virginio había atravesado el pecho de su propia hija para salvarla de caer en manos de Apio; y antes que ella, Lucrecia había redimido su vergüenza al precio de su vida. La casa del César—agregó—es un antro de infamia, depravación y crimen. Pero tú y yo, Ligia mía, sabemos por qué no tenemos el derecho de levantar la mano sobre nosotros y disponer de nuestras vidas. ¡Sí! La ley que á ambas nos gobierna es otra, es más grandiosa, más santa, pues autoriza para defendernos del pecado y de la vergüenza, aun cuando tal defensa debiéramos pagarla con la vida y el martirio. Así, quien quiera que de este modo sale pura de la morada de corrupción, se conquista por ello mayores méritos. La tierra es esa morada; pero ¡por fortuna la vida sólo puede compararse á un parpadeo fugaz; la resurrección es la que tiene su punto de arranque en la tumba; más allá de ella, no es Nerón, sino la Misericordia quien reina; y allí, en vez de dolores hay delicias; en vez de lágrimas, goces.

En seguida empezó á hablar de sí misma. ¡Sí! Estaba tranquila, pero en su corazón sangraban dolorosas heridas. Por ejemplo, Aulio era para ella como una catarata en un ojo: la fuente de la luz no había inundado aún el alma de su esposo. Ni siquiera estábale permitido, á ella, inculcar á su hijo los principios de la verdad. Por consiguiente, cuando pensaba en que aquello hubiera de continuar así hasta el fin de sus días, y en que para ambos bien podría soboeverir entonces la hora de la eterna separación espiritual, cien veces más dolorosa y terrible que la separación temporal que á la sazón rufrían, no alcanzaba á comprender cómo podría llegar, sin los seres más queridos, á disfrutar felicidad, aun en el cielo. Y ya muchas noches había llorado al solo pensar en esto, muchas noches había pasado en oración é implorando gracia y misericordia.

Pero ella ofrecía sus dolores á Dios, y esperaba, y confiaba. Y ahora, cuando venía á herirla un nuevo golpe, cuando la orden del tirano le arrebatava un sér querido, —aquel á quien Aulio había llamado luz de sus ojos,— ella confiaba todavía, creyendo que existía un poder superior al de Nerón y una misericordia superior á su cólera.

Y así diciendo, estrechaba tiernamente contra su pecho la cabeza de la joven.

Ligia, después de un momento, cayó de rodillas y ocultando los ojos entre los pliegues del *peplo* (1) de Pomponia, permaneció largo tiempo silenciosa en esa actitud. En seguida, y al ponerse de pie nuevamente, pudo notarse alguna serenidad en su semblante.

—Me aflijo por tí, madre, por mi padre y por mi hermano; pero bien sé que la resistencia es inútil y que sólo conduciría á la destrucción de todos nosotros. Te prometo que en la casa del César jamás he de olvidar tus palabras.

De nuevo echó los brazos al cuello de Pomponia. Luego salieron ambas al *æcus* y Ligia se despidió del pequeño Aulio, del anciano griego maestro de ambos, de la camarera que había sido su aya y de todos los esclavos.

Uno de estos, un ligur alto y de anchas espaldas, á quien llamaban Ursus (oso) en la casa, y que en unión de otros sirvientes había en su tiempo acompañado á la madre de Ligia y á ésta al campamento de los romanos, postróse ahora á los pies de la joven, y en seguida se inclinó hasta tocar las rodillas de Pomponia y la dijo:

—¡Oh, dóminal permíteme que siga á mi señora, la sirva y vele por ella en la casa del César!

—Tú no eres siervo nuestro, sino de Ligia,—contestó Pomponia;—pero, si te permiten salvar los umbrales de la casa del César, ¿de qué manera podrás velar por ella?

(1) Manto, velo de mujer con bordados.

—No lo sé, dómina; sólo sé que el hierro se quiebra en mis manos, al igual de la madera.

Cuando Aulio, que acudía en ese instante, supo de qué se trataba, en vez de oponerse á los deseos de Ursus, declaró que ni siquiera tenía el derecho de retenerlo. Enviaban á Ligia como un rehen que reclamaba el César; estaban, pues, obligados á enviarle de igual manera su comitiva ó séquito, el cual pasaba, junto con ella, al dominio de Nerón.

Y en ese instante dijo al oído á Pomponia que en la forma de tal séquito de acompañantes agregara ella el número de esclavos que creyera conveniente, pues el centurión no podría negarse á recibirlos.

Hubo en esto una especie de alivio para Ligia. Pomponia también experimentó algún consuelo al saber que podría rodear á la joven de acompañantes de su propia elección.

Así, pues, además de Ursus le señaló para su séquito á la anciana modista, dos doncellas germanas para el baño. La elección recayó exclusivamente en siervos adictos á la nueva fe; Ursus también habíala profesado desde hacía muchos años. Pomponia sabía que podía contar con la fidelidad de esos sirvientes y al mismo tiempo consolábala el pensamiento de que todos ellos serían otras tantas semillas de verdad, aptas para fructificar en la casa del César.

Escribió también unas cuantas líneas en las cuales colocaba á Ligia bajo la custodia de la liberta de Nerón, Actea. Cierto es que Pomponia no la había encontrado en las reuniones de los confesores de la nueva fe; pero había sabido por ellos que Actea jamás les rehusaba un servicio y que siempre leía con interés las cartas de Pablo de Tarso (San Pablo.) Sabía también Pomponia que la joven liberta llevaba una vida melancólica, que era una persona diferente de todas las demás mujeres de la casa de

Nerón, y que en general podía señalársela como el buen espíritu de palacio.

Asta prometió entregar la carta personalmente á Actea. Y considerando cosa natural que la hija de un rey tuviese un séquito de servidores propios, no opuso la menor dificultad para llevarlos con Ligia á palacio, sorprendiéndose más bien de que fueran tan pocos. Eso sí, pidió que se apresurara su salida, por temor de que pudiera tachársele de falta de celo en el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Llegó, pues, el momento de partir. Los ojos de Pomponia y de Ligia llenáronse nuevamente de lágrimas; Aulio la puso otra vez la mano en la cabeza, y después de algunos lamentos, los soldados, seguidos por los gritos del pequeño Aulio,—el cual, en defensa de su hermana, mostraba al centurión sus puños cerrados en señal de amenaza, condujeron á Ligia á la casa del César.

El viejo general dió orden para que le preparasen al punto su litera. Y entre tanto, encerrándose con Pomponia en la *pinacotheca* (1) contigua al *æcus*, la dijo:

—Escúchame, Pomponia. Iré á ver al César; aun cuando creo que mi visita ha de resultar inútil; y si bien la palabra de Séneca nada significa para Nerón al presente, iré también á ver á Séneca. En el día más influencia tienen Sofonio, Tigelino, Petronio ó Vatinio. En cuanto al César, es probable que ni siquiera haya oído hablar del pueblo ligur; y si ha pedido la entrega de Ligia, del rehen, ello no reconoce otra causa que el hecho de haberle alguien inducido á dar eso orden. Ese alguien fácil es adivinar quién es.

Ella alzó rápidamente la vista y dijo:

—¿Es Petronio?

—El es.

---

(1) Galería, gabinete de pinturas ó cuadros célebres.

Siguióse un instante de silencio; en seguida el general prosiguió:

—Ve que consecuencias trae el admitir que transpasen los umbrales de nuestro hogar gentes sin conciencia ni honor. Maldecido el instante en que Vinicio penetró en nuestra casa, pues ha sido él quien trajo á Petronio. ¡Pobre de Ligia, porque esos hombres no buscan en ella un rehén, sino una concubinal

Y el discurso del general hizose más silbante que de ordinario, á consecuencia de la ira impotente que lo inspiraba y del pesar que sentía por la pérdida de su hija adoptiva. Una sorda lucha agitaba su alma en esos momentos, lucha cuya tremenda intensidad revelaban sus puños convulsivamente apretados.

—Hasta ahora he venerado á los dioses,—dijo;—pero en este momento creo que ya no reinan ellos sobre el mundo, sino que los supedita ese monstruo malvado y protervo llamado Nerón.

—Aulio,—dijo Pomponia;—Nerón apenas es un puñado de infecto lodo ante la majestad de Dios.

Pero Aulio empezó á dar largos paseos sobre el pavimento de mosaico de la *pinacotheca*. Su vida estaba llena de grandes hechos, mas no de grandes infortunios: de ahí que no estuviese habituado á ellos. El viejo soldado había cobrado más afición á Ligia de la que alguna vez pudo imaginarse, y ahora no se podía familiarizar con la idea de perderla; por otra parte, sentíase humillado. Pesaba ahora sobre él, una mano que despreciaba; y al mismo tiempo comprendía que ante el poder de esa mano, el poder suyo era nulo.

Cuando por fin pudo sofocar dentro de su pecho la cólera que perturbaba la hilación de sus ideas, dijo:

—Creo que Petronio no nos la ha arrebatado para llevársela al César, pues por seguro que jamás querría él ofender á Popea. Por consiguiente, la ha tomado para sí ó para Vinicio. Hoy mismo he de saber esto.

Después de algunos momentos, la litera lo condujo en dirección al Palatino.

Cuando Pomponia hubo quedado sola, fuese á confortar al pequeño Aulio, quien no cesaba de llorar por su hermana, ni de amenazar al César.

## CAPITULO V

Aulio Plaucio había pensado acertadamente que no sería admitido á la presencia de Nerón. Dijéronle que el César hallábase ocupado en cantar con Terpnos, [el tocador de laúd, y que, en general, no recibía sino á las personas á quienes él mismo hubiera hecho citar. En otras palabras, que Aulio no debiera en lo sucesivo intentar que el César le diese audiencia.

Séneca en cambio, aunque estaba enfermo de fiebre, recibió al viejo general.

—No puedo hacerte más que un servicio, generoso Plaucio,—dijo sonriendo con amargura; —y es no dejar que César descubra que mi corazón te compadece.

No le aconsejó que fuese á ver para su objeto á Tijellino, ni á Vatinio, ni á Vitelio. Tal vez con dinero se podría conseguir algo de ellos; quizás también se propusieran aniquilar á Petronio, la influencia del cual iban minando; lo más probable era que fueran á contar á César el afecto que Plaucio sentía por Ligia, y entonces César la retendría con más cuidado.

—Has permanecido mudo, Plaucio; has permanecido mudo años enteros, y César no quiere á los que se callan. ¿Cómo te has atrevido á no entusiasmarte por su belleza, su virtud, su canto, su declamación, su modo de guiar y sus versos? ¿No glorificar la muerte de Británico, no hacer un panegírico del matricidio, no felicitarle por haber hecho ahogar á Octavio?

Tomó un vaso que llevaba pendiente del cinturón, to-

mó agua del *impluvium*, refrescó sus labios ardientes y continuó:

—Pero Nerón tiene el corazón agradecido. Te quiere porque has servido gloriosamente á Roma. Y á mí me quiere porque he sido el maestro de su juventud. Por eso, ves, estoy convencido de que este agua no está envenenada; y la bebo con toda confianza. El vino sería menos seguro; pero tú tienes sed: bebe valientemente de este agua. Los acueductos la traen hasta aquí de las montañas, y para envenenarla sería preciso envenenar todas las fuentes de Roma. Ya ves como todavía se puede envejecer tranquilo. Ciertamente, estoy enfermo; pero es el alma la que sufre más.

Y esto era verdad. A Séneca le faltaba la entereza de alma que poseían Corauto, por ejemplo, ó Trasea; de ahí que su vida fuera una serie de contemporizaciones con el crimen. Esto lo sentía él mismo: comprendía que un observador de los principios de Zenon de Citio, debería seguir otro camino, y sufría más por esta causa que por el temor á la misma muerte.

Pero el general interrumpió estas reflexiones llenas de amargura, diciendo:

—Noble Aneo, sé muy bien como te ha premiado el César por los cuidados de que supiste rodear sus primeros años. Pero el autor de la traslación de Ligia es Petronio. Indícame algún medio eficaz en contra suya, ponme al corriente de las influencias á que se halla sujeto, y emplea para con él toda la elocuencia que pueda inspirarte en este caso nuestra vieja y firme amistad.

—Petronio y yo,—contestó Séneca,—somos hombres pertenecientes á dos opuestos campos; yo no conozco ningún medio que pudiera ser empleado en contra suya, y sé que él no cede á la influencia de hombre alguno. Acaso con toda su depravación es más digno que todos esos bribones de que Nerón se rodea en la actualidad. Pero, intentar demostrarle que ha llevado á cabo una mala acción,

equivale sencillamente á perder el tiempo. Petronio desde há mucho tiempo perdió la facultad que permite distinguir el bien del mal. Pruébale que su acción no es bella, y se avergonzará de ella. Cuando yo lo vea le diré: «Ese acto tuyo es digno de un liberto.» Si eso de nada te sirve, ninguna otra cosa tendrá mayor poder.

—Gracias también por eso,—contestó el general.

En seguida ordenó que le condujeran á casa de Vinicio, á quien encontró haciendo ejercicios de esgrima con su maestro familiar. Aulio se dejó llevar por un tremendo impulso de cólera, á la vista del joven tranquilamente ocupado en aquel ejercicio de armas, en los instantes en que se perpetraba el ataque á Ligia; y apenas habíase corrido la cortina detrás del maestro de esgrima, cuando esa cólera estalló en un torrente de amargos reproches é injurias.

Vinicio, al saber que Ligia había sido llevada de casa de Aulio, púsose tan terriblemente pálido, que éste último no pudo ni por un instante seguir sospechando de que tuviera parte en aquel hecho. La frente del joven se cubrió de sudor; su sangre, que por un momento pareció haber afluido totalmente á su corazón, tornó á su semblante como en una oleada de fuego; empezaron sus ojos á despedir chispas y su boca á prorrumpir en bruscas interrogaciones incoherentes. Los celos y la cólera iban apoderándose alternativamente de él y sacudiéndolo como huracanes de tempestad. Parecíale que Ligia, una vez pisados los dinteles de la casa del César, se hallaba perdida absolutamente para él. Cuando Aulio pronunció el nombre de Petronio, cruzó como un rayo por la mente del joven la sospecha de que Petronio se había burlado de él y que intentaba, ó ganar mayor privanza con Nerón mediante la entrega de Ligia, ó guardarla para sí. Porque en la cabeza de Vinicio no podía haber ni siquiera la más leve duda de que ver á Ligia y desearla al punto, era todo uno.

La impetuosidad de su carácter, que en él era rasgo de

familia, le arrastraba como á potro indómito y le estaba en esos momentos haciendo perder toda su presencia de ánimo.

—General,—dijo con voz alterada,—vuelve á tu casa y espérame. Sabe que aun cuando Petronio fuera mi padre, en él había de vengar el agravio hecho á Ligia. Vuelve á tu casa y espérame. Ligia no será ni de Petronio ni del César.

En seguida dirigióse con los puños apretados á las figuras de cera que había vestidas en el *atrium*, y exclamó:

—¡Por esas máscaras precederas! Primero la mataría, y me mataría en seguida.

A Plaucio, que ya se marchaba, le repitió de nuevo que lo esperase y en seguida echo á correr como un loco desde el *atrium* y voló en dirección á la casa de Petronio, dando á su paso empellones á todos los transeuntes que hallaba en su camino.

Aulio regresó á su casa un tanto tranquilizado. Creía ahora que si Petronio había inducido al César á que reclamase á Ligia para darla á Vinicio, éste le haría volver á su hogar. Finalmente, no era pequeño consuelo para él pensar que aun en el caso de que no lograra recobrar á Ligia, sería ella vengada y se vería protegida contra la desgracia por la muerte. Creía que Vinicio haría todo cuanto acababa de prometer. Había sido testigo de su ira y conocía la escitabilidad innata de toda su familia. El mismo, aun cuando amaba á Ligia como si fuera su propio padre, preferiría matarla antes que darla al César; y, á no tener que mirar por su hijo, el último descendiente de su estirpe, indudablemente hubiera obrado así. Aulio era un soldado, apenas si había oído hablar de los estoicos, y sin embargo en su carácter no se hallaba distante de las ideas de esos filósofos: ante su orgullo era preferible la muerte á la deshonra.

Así, pues, vuelto á su casa, tranquilizó á Pomponia, la hizo partícipe de las esperanzas que ahora abrigaba, y am-

bos pusiéronse á aguardar noticias de Vinicio. A cada momento al oír pasos de alguno de los esclavos en el *atrium*, se les figuraba que ya veían á Vinicio trayéndole á su amada hija y se preparaban para bendecir á ambos desde el fondo de su alma.

Pero el tiempo transcurría y no llegaban las anheladas nuevas. Solo por la tarde sintióse un aldabonazo en la puerta.

Después de un momento entró un esclavo y entregó á Plaucio una carta. Aun cuando el viejo general demostraba siempre el mayor dominio de sí mismo, tomó esta vez la carta con mano temblorosa y empezó á leerla con tanta precipitación como si se tratara de la suerte de toda su casa.

Inmediatamente se obscureció su semblante, cual si la sombra de una negra nube pasajera hubiera venido á enlutarlo.

—Lee,—dijo, volviéndose á Pomponia.

Esta tomó la carta y leyó lo siguiente:

«Marco Vinicio á Aulio Plaucio, salud.

Lo que ha sucedido, ha sucedido por la voluntad del César, ante la cual inclinad vuestras cabezas, como Petronio y yo inclinamos las nuestras.»

Sucedióse un largo silencio.

## CAPÍTULO VI

Petronio se hallaba en casa.

El esclavo que guardaba la puerta no se atrevió á detener á Vinicio, quien penetró hasta el *atrium* con la violencia de un huracán, y habiéndosele dicho allí que el dueño de la casa estaba en la biblioteca, precipitóse en ella con el mismo ímpetu. Viendo que Petronio escribía, le arrebató la caña (1), hízola pedazos y la arrojó al suelo pisoteán-

---

(1. Caña, cálamo ó pluma para escribir.

dola en seguida; luego le hincó los dedos en el hombro y acercando su rostro al de su tío preguntó con voz enronquecida:

—¿Qué has hecho de ella? ¿Dónde está?

De pronto sucedió una cosa sorprendente. Aquel flexible y afeminado Petronio cogió la mano con que el joven atleta le oprimía el hombro, en seguida le tomó la otra y sugetando luego las dos en la suya con la presión de un torno de hierro, le dijo:

—Solo en la mañana me encontrarás incapaz; por la tarde recobro mis antiguas fuerzas. Intenta desprenderte. Algún tejedor debe haberte enseñado gimnástica y algún herrero modales.

Entre tanto, su semblante no demostraba ni asomos de cólera, pero en sus ojos advertíanse unos como pálidos destellos denunciadores de intrepidez y de energía.

Después de un momento, dejó caer las manos de Vini-  
cio. Este se hallaba delante de él, abrumado ahora de iracundia y de vergüenza.

—Tienes una mano de acero,—dijo;—pero, si me has traicionado, te juro por todas las divinidades infernales que he de clavar un puñal en tu pecho, aun cuando te refugiaras en las habitaciones del César.

—Hablemos con calma,—dijo Petronio.—Como ves, el acero es más fuerte que el hierro; así, pues, aun cuando de uno de tus brazos bien pudieran hacerse los dos míos, no te he de temer. Por el contrario, me apena tu rudeza, y si todavía pudiera sorprenderme la ingratitud de los hombres, habríame sorprendido tu ingratitud.

—¿Dónde está Ligia?

—En un prostíbulo, es decir, en la casa del Cesar.

—¡Petronio!

—Cálmate y siéntate. He pedido al César dos cosas, que ha prometido concederme. Primero, sacar á Ligia de la casa de Aulio; y segundo, dártela. ¿No llevas por ahí algún cuchillo entre los pliegues de tu toga? Porque, acaso

ya es hora de que me hieras. Solo que te advierto que aguardes siquiera unos dos días, porque serías llevado á una prisión y entre tanto Ligia se fastidiaría sola en tu casa.

Reinó el silencio. Vinicio miró por espacio de algunos instantes á Petronio con ojos atónitos, en seguida le dijo:

—Perdóname; la amo y el amor me está perturbando las facultades.

—Admírame Marco. Antes de ayer dije al César estas palabras:

«El hijo de mi hermana, Vinicio, se ha enamorado á tal punto de una escuálida jovencita que han criado los Aulios, que los suspiros tienen convertida su casa en un verdadero baño de vapor. Ni tú, ¡oh, César! ni yo, porque ambos sabemos lo que es la verdadera belleza, daríamos mil sestercios por ella; pero ese muchacho ha sido siempre obtuso como una trípode y ahora acaba de perder el resto del juicio que aun le quedaba.»

—¡Petronio!

—Si no alcanzas á comprender que todo esto lo dije para la mayor seguridad de Ligia, estoy pronto á creer que dije al César la verdad. Convencí á Barba de Bronce de que un hombre de su temperamento estético no podía considerar bonita á esa muchacha; y Neron, que hasta ahora no se ha atrevido á mirar las cosas sino á través de mis ojos, no encontrará belleza en ella, y no encontrándola, no la deseará. Era necesario que nos pusiéramos en guardia contra el mico y lo asegurásemos con una cuerda. Ahora no será él quien aprecie la hermosura de Ligia, sino Popea; y ésta, como es natural, se esforzará entonces por despedir cuanto antes de palacio á la muchacha. Además, dije á Barba de Bronce, así, como de pasada: «¡Haz venir á Ligia y entrégala á Vinicio! Tú tienes el derecho de hacerlo, porque ella es un rehen; y si tú la guardaras causarías pena á Plaucio.» Y él convino en esto; no tuvo la menor objeción que alegar, con tanto ma-

por motivo, cuanto que mi consejo le suministraba la oportunidad de mortificar á gentes honradas. Así, pues, te harán custodio oficial de ese rehén y pondrán en tus manos ese tesoro ligur; y tú, como amigo de los valientes ligures y á la vez como leal servidor del César, no querrás derrochar en manera alguna ese tesoro; antes bien, te esforzarás por procurar su incremento. El César, para salvar las apariencias, la guardará por algunos días en su casa y en seguida la hará trasportar á tu «ínsula.» ¡Hombre afortunado!

—¿Es eso cierto? ¿Entonces nada la amenaza en la morada del César?

—Si hubiera de vivir allí permanentemente, Popea llegaría á hablar de ella á Locusta (1); pero tratándose tan solo de unos cuantos días de permanencia, no hay peligro. Moran diez mil individuos en esa casa. Neron quizás ni siquiera llegue á ver á Ligia; fuera de que, por otra parte, ha dejado á mi exclusivo arbitrio el disponer todo el asunto. Sin ir más lejos, acaba de estar aquí el centurión que ha conducido á Ligia á palacio y confiándola al cuidado de Actea, de todo lo cual ha venido á informarme. Es una buena alma esa Actea, por lo cual dispuse que á ella fuese entregada Ligia. Y es evidente que Pomponia Graecina participa de mi opinión en este punto, pues ha escrito á la propia Actea recomendándole á Ligia. Mañana habrá fiesta en casa de Neron. He pedido para tí un asiento al lado de esa joven.

—Perdona, Cayo, mi impaciencia. Creí que habías dado orden de llevarla para tí ó para el César.

—Puedo perdonar tu impaciencia; pero es menos fácil perdonar tus ademanes groseros, tus exclamaciones vulgares y una voz que me trajo á la mente la de los jugadores de *mora*. No me agrada ese estilo, Marco, y debes guar

(1) Hechicera por cuyo medio Neron dió veneno á Británico y Agripina á Claudio.

darte de él. Sabe que Tigelino es el encargado de los lenocinios cesáreos; pero sabe también, que si yo quisiera esa joven para mí, ahora mismo y mirándote de frente, así te diría: «¡Vinicio! Te quito á Ligia y me propongo quedarme con ella hasta que de ella quede ahito».

Y al mismo tiempo que tales palabras decía, fijaba en los de Vinicio sus pardos ojos, en los que había una mirada insolente y fría. El joven se anonadó por completo y dijo:

—La falta es mía Tú eres bueno y digno. Te lo agradezco desde el fondo de mi alma. Pero, permite que tan solo te haga una pregunta más: ¿Por qué no dispusiste que llevaran á Ligia directamente á mi casa?

—Porque el César desea guardar las apariencias. En Roma se hablará de esto: se contará que hemos arrancado el rehen del sitio seguro donde se hallaba. Permanecerá, pues, en el palacio del César mientras duren esos comentarios. Después, la haremos llevar sin ruido á tu casa y todo quedará terminado. Barba de bronce es un canalla cobarde. Sabe que su poder es ilimitado, y sin embargo, trata de revestir cada uno de sus actos de apariencias especiosas. ¿Te has repuesto ahora hasta el punto de ser capaz de filosofar conmigo un poco? Pues bien, más de una vez, meditando sobre estas cosas, me he preguntado ¿por qué el crimen, aun cuando sea tan poderoso como el César y se halle como él á cubierto de todo castigo, siempre se esfuerza por presentarse con apariencias de verdad, de justicia y de virtud? ¿Por qué se toma ese trabajo?

Opino que matar á su hermano, á su madre y á su mujer es cosa digna de un reyezuelo asiático y no de un emperador romano; pero si eso me ocurriera, no me tomaría el trabajo de escribir al Senado cartas justificativas... y Nerón las ha escrito. Nerón quiere salvar las apariencias porque es un cobarde; pero Tiberio no lo era, y no obstante, ha tratado de justificar cada uno de sus atentados. ¿Pasa á qué ese homenaje insólito del crimen á la virtud? ¿Sa-

bes mi opinión? El crimen es feo en tanto que la virtud es bella. El verdadero esteta, pues, es un hombre virtuoso. Me siento dispuesto hoy á hacer una libación en honor de Protágoras, de Pródico y de Gorgias. Hasta los mismos sofistas pueden servir de algo. Luego continuó:—He quitado Ligia á Aulo para dártela, porque Lisipo hubiera hecho con vosotros dos, grupos admirables. Puesto que sois bellos los dos, mi acción es igualmente bella, y, siendo bella, no puede ser mala. ¡Abre bien los ojos Marco! ¡Mira, sentada delante de tí, á la virtud encarnada en Cayo Petronio! Si Aristides se hallara vivo aun, sería deber suyo venir á mí y ofrecerme cien *minae* (1) por un pequeño tratado acerca de la virtud.

Pero Vinicio, como hombre más apegado á la realidad que á los tratados sobre la virtud, replicó:

—Mañana veré á Ligia, y en seguida la tendré en mi casa todos los días, siempre y hasta la muerte!

—Tú tendrás á Ligia y yo tendré á Plaucio sobre mi cabeza. El ha de llamar en su auxilio y contra mí la venganza de todas las divinidades. ¡Y siquiera esa bestia tomase por lo menos una lección preliminar de buena declamación! Sin embargo, me culpará á mí, así como mi anterior portero imputaba sus faltas á mis clientes. Pero á este pude enviarlo á una prisión rural...

—Aulio ha estado en mi casa. He prometido darle noticias de Ligia.

—Escríbele que el deseo del «divino» César es la suprema ley, y que á tu primer hijo le pondrás por nombre Aulio. Es necesario dar algún consuelo á ese pobre viejo.

Estoy dispuesto á rogar á Barba de Bronce que le invite á la fiesta de mañana. Y así te verá en el triclinio acompañando á Ligia.

—No, no hagas eso. Siento pena por ellos, especialmente por Pomponia.

(1) Libra y moneda griega y romana. La griega pesaba y valía 100 dracmas áticas, la romana 96.

Y se puso á escribir la carta que hizo perder al viejo general hasta los últimos restos de su esperanza.

## CAPITULO VII

Hubo un tiempo en que las más altas cabezas de Roma inclinábanse delante de Actea, la anterior favorita de Nerón. Pero ni aun en aquella época de su vida demostró ella nunca el menor deseo de intervenir en la cosa pública, y si alguna vez hizo entonces valer su influjo sobre el joven gobernante, fué tan solo para implorar clemencia en favor de algún condenado. Apacible y modesta, se conquistó la gratitud de muchos y no se hizo ningún enemigo. Ni la misma Octavia pudo aborrecerla. Hasta para los que la envidiaban parecía ser absolutamente inofensiva. Era sabido que seguía amando á Nerón con un amor resignado y doliente, que ya no vivía de esperanzas, sino de recuerdos de aquel tiempo en que el César era no solo más joven y amante, sino mejor. Sabido era también que ella no podía apartar su alma ni su pensamiento de esos recuerdos, á pesar de que nada esperaba ya; y como no había ni el más ligero temor fundado de que Nerón pudiese volver á ella, se la miraba como persona del todo innocua y por lo mismo dejábasela en paz. Popea la consideraba simplemente como á una sirvienta pacífica, tan poco peligrosa, que ni siquiera una sola vez intentó hacerla salir de palacio.

Pero como el César la había amado un tiempo y luego dejádola sin hacerle agravio, de una manera tranquila y hasta cierto punto amigable, se la guardaba siempre algún respeto. Nerón, cuando la hubo manumitido, le permitió seguir viviendo en palacio y hasta le asignó departamentos especiales y unos pocos sirvientes. Y así como en un tiempo Palante y Narciso, aunque libertos de Claudio, no solo tenían asiento en las fiestas de éste, sino que llegaron á ocupar sitios de honor como poderosos ministros suyos,

así era ella en ocasiones invitada á la mesa del César. Esto hacíanlo tal vez porque sus hermosas formas constituían un verdadero adorno para cualquiera fiesta. Y por lo demás, también, el César desde hacía tiempo había dejado de preocuparse de las apariencias en la elección de sus acompañantes. En su mesa encontraba sitio la más variada mezcla de individuos de diversos rangos y profesiones. Entre éstos había senadores, pero principalmente de aquellos que á la vez gustaban de ser bufones. Había patricios, viejos y jóvenes, ávidos de fausto, de placeres y de excesos. Había también mujeres que llevaban grandes nombres y que no tenían escrúpulo para ponerse una peluca amarilla é ir por la noche en busca de aventuras de obscura calle atravesada, por vía de entretenimiento. Había asimismo altos funcionarios y sacerdotes, quienes ante una copa desbordante no habrían tenido la menor dificultad para hacer escarnio de sus propios dioses.

Al lado de estos, veíase gentuza de toda especie, cantantes, mimos (1), músicos, danzarines de ambos sexos; poetas que mientras declamaban traían á la mente la idea de los sestercios que pudieran tocarles por sus alabanzas á los versos del César; filósofos famélicos, que seguían con ávidos ojos el ir y venir de los platos; finalmente, hábiles conductores de carros, charlatanes, hechiceros, cuentistas, bufones y la más abigarrada colección de aventureros puestos á la moda durante un día por el capricho ó la locura. Entre ellos ni siquiera hacían falta hombres que ocultaban con sus largos cabellos los agujeros practicados en sus orejas en señal de esclavitud.

Los más notables sentábanse á las mesas: los de menor cuantía servían para divertir á los demás durante la comida, y aguardaban hasta que llegara el momento en que los sirvientes les permitieran abalanzarse sobre los restos

---

(1) Entre griegos y romanos, juglares ó farsantes del género cómico más bajo; bufones hábiles en gesticular y en imitar á otras personas en la escena ó fuera de ella.

de viandas y licores. Los convidados de este linaje suministrábanlos Tigelino, Vatinio y Vitelio; y en no pocas ocasiones veíanse obligados á buscarles trajes apropiados para presentarse en los aposentos del César, quien, no obstante, gustaba de su sociedad, porque en ella sentíase más libre. La suntuosidad de la corte lo llenaba todo de áureos reflejos y daba á los objetos inusitado esplendor. Altos y bajos, descendientes de grandes familias y necesitados, recogidos por las calles de la ciudad, grandes artistas y escorias viles del talento, llegaban en tropel á palacio, ávidos de abarcar con sus deslumbradores ojos aquellas escenas de esplendor, que casi sobrepujaban á toda humana apreciación, y ansiosos de aproximarse al dispensador de toda merced, riqueza ó dominio, una sola de cuyas miradas podía, ès cierto, abatir hasta el suelo, pero asimismo podía exaltar más allá de toda previsión.

Aquel día Ligia debía también tomar parte en semejante fiesta. El miedo, la incertidumbre, y una especie de torpor, que no era de extrañar después de tan repentino cambio de situación, luchaban en su interior con el deseo de no asistir. Ella temía á Nerón; temía á las gentes de palacio, á ese constante ir y venir que la privaba de su presencia de ánimo; temía á las fiestas, de cuya vergonzosa índole había oído hablar á Plaucio, Pomponia Graecina y sus amigos.

Aunque joven, no se hallaba ya tan desprovista de nociones acerca de lo que á su alrededor pasaba, pues en aquellos tiempos el conocimiento del mal llegaba temprano, aún á los oídos de los niños. Sabía, por consiguiente, que en aquel palacio la amenazaba su ruína. Además Pomponia se lo había advertido al tiempo de separarse de ella. Pero, como se hallaba dotada de un espíritu animoso, ajeno á toda depravación, y confesaba una fe sublime, inculcada en su corazón por su madre adoptiva, había prometido defenderse contra aquella inminente ruína; se lo había prometido á su madre, á sí misma y también al

Divino Maestro, en quien no tan solo creía, sino que había llegado á ser objeto del amor de su semi-infantil corazón, por la pureza de su doctrina, la amargura de su muerte, y la gloria de su resurrección.

Confiaba ella asimismo en que de sus acciones no se haría responsable ni á Plaucio ni á Pomponia; y por todo eso, pensaba también si no sería mejor resistir, negándose á tomar participación en la fiesta. De una parte, el temor y la zozobra dejaban oír sus voces en el alma de la joven; de otra, alzábase en ella el anhelo por demostrar su valor ante el sufrimiento y ante las perspectivas de la tortura ó de la muerte. El Divino Maestro había dado ya la norma para obrar así. El había trazado el camino del ejemplo. Al decir de Pomponia, los más ardorosos seguidores de su doctrina eran los que más vivamente anhelaban pasar por esta prueba, y la pedían con fervor en sus oraciones. Y Ligia, cuando aún se hallaba en la casa de Aulio, se había sentido por momentos dominada por un anhelo semejante. En una especie de ensueño, habíase visto mártir, con heridas en pies y manos, blanca como la nieve, hermosa con una hermosura ultraterrena, y llevada en alas de ángeles igualmente blancos hasta la inmensa región del espacio azul. Y su imaginación había encontrado en esa fantasía una singular delectación.

Entraba en estas especulaciones, mucha parte de ensueño infantil, como también cierta complacencia de sí misma, que Pomponia había intentado reprimir. Ahora que la resistencia podía provocar cualquier horrible castigo, y que las torturas entrevistas en la fantasía, podían transformarse en realidad, á las bellas visiones, á las complacencias egoistas, venía á añadirse una especie de curiosidad mezclada de espanto,—la curiosidad de saber cómo la castigarían y qué suplicio inventarían para ella.

Y su alma irresoluta, semi infantil, fluctuaba entre dos corrientes.

Pero habiéndose impuesto Actea de estas vacilaciones,

contempló á la doncella con asombro y la creyó víctima de algún febril delirio. ¡Cómol ¿Resistirse á la voluntad del César, exponerse desde el primer momento á su cólera? Para obrar así era necesario ser una niña que no sabe lo que se dice. Para Actea desprendíase de las mismas palabras de Ligia que no era ella, propiamente hablando, un rehén, sino una doncella olvidada por su propio pueblo. Ninguna ley de las naciones la protegía; y aún cuando la protegiese, bastante poderoso era el César para atropellar esa ley en un momento de cólera. Había sido voluntad del César pedirla, y dispondría de ella. A contar de aquel momento era juguete de la voluntad del César, por encima de la cual no existe nada en el mundo.

—Sí,—continuó Actea,—yo he leído también las cartas de Pablo de Tarso, y sé que más allá de la tierra hay un Dios, y el Hijo de Dios que resucitó de entre los muertos... Pero sobre la tierra no hay más que el César. No lo olvides, Ligia. Sé también que tu doctrina te prohíbe ser lo que he sido yo misma, y que, entre el deshonor y la muerte, vosotros, como los estóicos de que me habla con frecuencia Epicteto, no podéis escoger más que la muerte. ¿Pero estás tú segura de que sea la muerte lo que te espera y no el deshonor? ¿No has oído hablar de la hija de Seyano, una doncella, que por orden de Tiberio fué violada por el verdugo antes de su muerte, por respeto á una ley que prohíbe que se castigue á las vírgenes con pena capital? ¡Ligia, Ligia, no provoques al César! Si llega el momento decisivo en que debas elegir entre la deshonor y la muerte, podrás obrar entonces como tú fe te lo ordena; pero no busques la destrucción por tu propio arbitrio y no irrites por una causa trivial á una divinidad terrena que es al mismo tiempo una cruel divinidad.

Actea dijo estas palabras con acento de profunda compasión y hasta con vehemencia; y como era un tanto corta de vista, mientras iba hablando acercaba su hermoso rostro al de Ligia, cual si deseara observar con certeza el

efecto que causaban sus palabras. Ligia le echó los brazos al cuello, poseída de infantil confianza y la dijo:

—Actea, tú eres buena.

Complacida Actea por este elogio y por la fe que Ligia le demostraba, la estrechó contra su corazón; en seguida desprendiéndose de los brazos de la joven, contestó:

—Mi felicidad ha pasado y ha muerto mi alegría, pero yo no soy mala.

Y en seguida empezó á dar precipitados pasos por la estancia, y á hablar consigo misma con amargo acento:

—¡No! ¡Y él tampoco era malo!

En aquel tiempo creíase bueno y tenía el propósito de serlo. Yo muy bien lo sé. Toda su metamorfosis ha venido más tarde, cuando ha dejado de amar. Otras han hecho de él lo que es ahora,—sí, otras,—y Popea...

Y se llenaron de lágrimas sus ojos. Ligia la siguió por algún tiempo, con la mirada de sus azules ojos, y por último preguntó:

—¿Lo sientes por él, Actea?

—Sí; ¡por él lo siento!—contestó la griega en voz baja.

Y prosiguió su agitado paseo, con las manos apretadas como á impulsos del dolor, y en el semblante una expresión de absoluta desesperanza.

—¿Y le amas aún, Actea?—volvió á preguntar Ligia, con timidez.

—Sí, le amo,—contestó Actea.

Y después de un instante, repuso:

—Nadie, sino yo, le ama.

Sucediose un intervalo de silencio, durante el cual Actea se esforzó por recobrar su tranquilidad, que le habían hecho perder los recuerdos del pasado. Y cuando por fin, su semblante hubo vuelto á la expresión de tranquila melancolía que en él advertíase habitualmente, dijo:

—Hablemos de tí, Ligia. Ni por un momento pienses en resistir al César: sería simplemente una locura. Y permanece tranquila. Conozco bien esta mansión y juzgo que

nada te amenaza de parte del César. Si Nerón hubiera ordenado que te trajesen para él, no te habría hecho conducir al Palatino. Aquí gobierna Popea; y desde que ella dió una hija á Nerón, éste se halla más que nunca avasallado por su influencia. No; verdad es que Nerón ha ordenado que asistas á la fiesta, pero todavía ni te ha visto, ni por tí ha preguntado siquiera, luego no le preocupa tu persona en modo alguno. Es posible que te haya querido arrebatár á Plaucio y Pomponia solo porque esté irritado con ellos. Petronio me ha escrito que te cuida, y como también me ha escrito Pomponia, según ya lo sabes, puede que ambos estén de acuerdo. Es posible también que Cayo me haya hecho esta recomendación á instancia de ella. Si esto es verdad, si Petronio á petición de Pomponia se halla bien dispuesto en favor tuyo, ningún peligro te amenaza, ¿y quién sabe si á instancias del mismo Petronio se resuelve Nerón á ordenar que te restituyan á la casa de Aulio? Yo no sé si el César ama mucho á Petronio, pero me consta que muy raras veces tiene el valor de sustentar una opinión contraria á la suya.

—¡Ay Actea!—contestó Ligia,—Petronio estuvo en casa antes de que aquí me trajeran, y mi madre se halla convencida de que solo á instigación suya Nerón ha ordenado que le sea yo entregada.

—Eso no hubiera estado bien,—dijo Actea.

Púsose luego á pensar un momento, y agregó:

—Acaso Petronio se limitó á decir en presencia de Nerón, en alguna cena, que había visto en casa de Aulio un rehen de los ligures, y Nerón, celoso de su poder, te reclamaria tan solo porque los rehenes pertenecen al César, y él no quiere á Plaucio ni á Pomponia. Nó; parecíame que si Petronio hubiera deseado quitarte á Plaucio, no habría recurrido á semejante expediente. Ignoro si Petronio es mejor que los demás individuos de la corte del César, pero desde luego sé que es muy diferente de ellos. Es posible también que tú encuentres alguna otra persona que quiera

interceder por tí. ¿No has conocido en casa de Aulio á alguno que esté cerca del César?

—He conocido á Vespasiano y á Tito.

—El César no los quiere.

—También á Séneca.

—Si Séneca le insinuase algo, eso bastaría para que Nerón hiciera lo contrario.

El hermoso rostro de Ligia cubrióse de rubor, y dijo:

—Y á Vinicio...

—No le conozco.

—Es pariente de Petronio y no há mucho regresó de Armenia.

—¿Crees tú que Nerón le quiere?

—Todos quieren á Vinicio.

—¿Y él intercedería por tí?

—Sí tal.

Actea sonrió cariñosamente, y dijo:

—Entonces, con seguridad has de verlo en la fiesta. Debes, pues, ir á ella, primero: porque has de asistir, y solo una niña, como tú, ha podido por un instante pensar de otra manera. Segundo: si deseas volver á casa de Aulio, has de buscar los medios de impetrar de Vinicio y de Petronio el que mediante su influencia, obtengan para tí el derecho de regresar á tu hogar. Si ellos estuviesen ahora aquí, te dirían lo propio: que intentar la más ligera resistencia es locura y es ruina. Cierto es que bien pudiera pasar inadvertida tu ausencia para el César; pero si llegase á notarlo y juzgara que habías tenido la osadía de oponerte á su voluntad, no habría para tí salvación. ¡Vé, Ligia! ¿No sientes el rumor que ya se escucha en palacio? El sol se aproxima á su ocaso, los invitados empezarán luego á llegar.

—Tienes razón, contestó Ligia, voy á seguir tu consejo.

En cuánto entraba para esta resolución el deseo de ver á Vinicio y á Petronio, en cuanto la feminil curiosidad de

asistir, siquiera una vez en la vida, á semejante fiesta y ver en ella al César, á la corte, á la famosa Popea y otras beldades, y admirar todo el indecible esplendor de que se hablaban prodigios en Roma, no habría sabido á punto fijo confesárselo á sí misma Ligia; pero la razón estaba de parte de Actea, y eso veíalo distintamente la joven. Había necesidad de asistir; por lo tanto, cuando la necesidad y hasta el simple raciocinio venían en ayuda de la tentación latente, no la era ya dable titubear.

Actea la condujo á su propio *unctorium* para ungirle y vestirla; y aún cuando no había carencia de esclavas en la casa del César, y Actea disponía de suficiente número de ellas para su servicio personal, por simpatía para con aquella doncella cuya inocencia y hermosura le habían cautivado el corazón, decidióse á vestirla ella misma.

Y entonces pudo verse con claridad qué en la joven griega, no obstante su melancolía y su lectura de las cartas de Pablo de Tarso, palpitaba todavía mucho del anti-guo espíritu helénico, al cual habló siempre la hermosura física con harto mayor elocuencia que otra alguna en la tierra. Una vez que hubo desvestido á Ligia, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa á la vista de sus formas mórbidas, á la par que de una modelación perfecta, y de sus delicadas carnes, que parecían hechas de perlas y de rosas; y dando unos cuantos pasos hácia atrás, detúvose luego á contemplar con verdadero deleite aquella forma impecable, sin par, de primavera temprana.

—¡Ligia!—esclamó por fin,—¡tú eres cien veces más hermosa que Popea!

Pero, educada en la severa casa de Pomponia, donde observábase el mayor recato, aún entre personas del mismo sexo, aquella virgen, linda como un ensueño de amor, de contornos armoniosos como una obra de Praxiteles ó cual música genial, estaba allí, de pie, dominada por estraña alarma, púdicamente ruborosa, unidos los mulos, puestas las manos en el seno é inclinados al suelo sus hermo-

sos ojos. Por último, alzando los brazos en un ímpetu repentino, desprendió los broches que sujetaban sus cabellos y en el instante á impulsos de un ligero sacudimiento de cabeza, cubrióse con ellos como con un manto.

Actea, acercándose á ella, y tocando sus oscuras crenchas, la dijo:

—¡Oh! ¡Y qué cabellos los tuyos! No los cubriré de polvo de oro; tienen brillo propio, y unos como destellos áureos y ondulantes. Acaso les agregaré, aquí y allí, un ligero espolvoreo; pero muy leve, levisimo, como un remedo de rayo de sol que hubiera venido á posarse sobre ellos. ¡Maravilloso ha de ser tu pais ligur, ese donde al mundo vienen criaturas tan perfectas!

—No lo recuerdo,—contestó Ligia,—Ursus me ha dicho que entre nosotros todos son bosques, y bosques y bosques...

—Pero brotan gayas flores en esos bosques,—dija Actea sumergiéndola mano en un vaso lleno de verbena y humedeciéndola con ella el cabello de Ligia.

Cuando hubo terminado esa tarea, le ungió el cuerpo con perfumados aceites de Arabia y en seguida la vistió con una túnica de color de oro pálido, sin mangas, sobre la cual debía venir un peplo como la nieve blanco. Pero, debiendo arreglarle antes el cabello, púsole entre tanto una especie de vestido amplio llamado *synthesis* (1) y sentándola en una silla de brazos, la confió por algunos instantes á las manos de dos esclavas, quedando ella á distancia para inspeccionar desde allí los progresos del peinado que aquellas estaban haciendo. Otras dos esclavas calzaron los pies de Ligia con unas blancas sandalias bordadas de púrpura, atándolas á sus tobillos de alabastro con cordones de oro cruzados. Cuando por fin se terminó el peinado, le colocaron el peplo, que arreglaron á su cuerpo en leves y artísticos pliegues. En seguida Actea

(1) Síntesis, especie de capa ó bata de lienzo que se usaba para cenar ó para estar con holgura en casa.

púsole perlas al cuello, esparció ligeramente polvo de oro en las ondulaciones de sus cabellos, y terminado ya el arreglo de la joven, dispúsose ella á su vez, á vestirse por mano de sus esclavas, á quienes dió las ordenes del caso. Y entre tanto seguía mirando y admirando á la joven con expresión llena de complacencia en el semblante.

Pronto estuvo lista Actea, y cuando las primeras literas empezaron á presentarse delante de la puerta mayor de palacio, ella y Ligia penetraron en el pórtico lateral desde donde se veía la gran entrada, las galerías interiores y el patio, rodeado por una columnata de mármol de Numidia.

Gradualmente iba aumentando el número de visitantes que pasaban bajo el soberbio arco de la entrada, sobre el cual la espléndida cuádriga de Lisias parecía arrastrar hacia el espacio á Diana y Apolo.

Ligia observaba con atónita mirada toda aquella magnificencia, de la cual jamás habría podido darle ni la más ligera idea la modesta casa de Aulio.

Cafá la tarde; los últimos rayos de sol daban sobre el amarillo mármol numídico de las columnas, que brillaban como el oro á esos reflejos, y ostentaban á la vez cambiantes de color de rosa. Por entre las columnas y las blancas estatuas de las Danaides y otras, que representaban dioses ó héroes, afluían multitud de personas, hombres y mujeres, que también semejaban estatuas, pues iban envueltos en togas, peplos y mantos, que caían con gracia y belleza hacia el suelo en leves pliegues, sobre los cuales quebrábanse desmayados los rayos del sol poniente. Dominaba esa multitud, desde lo alto, un Hércules gigantesco, sobre cuya cabeza aun irradiaban los últimos destellos solares, y cuyo cuerpo, veíase ya envuelto desde el pecho, en la penumbra que las columnas proyectaban.

Actea iba señalando á Ligia senadores, que vestían togas de anchos bordes, túnicas de diversos colores, sandalias con adornos de media-lunas, y caballeros y artistas

afamados; íbale señalando damas de Roma, que ostentaban trajes romanos y griegos, ó vestiduras orientales de fantasía, y llevaban peinados que, ora semejaban torres ó pirámides, ora imitaban los de las estataas de las diosas; bajos y exornados con flores. A muchos de aquellos hombres y mujeres llamábalos Actea por sus nombres, agregando al propio tiempo sus historias, breves á las veces, y otras terribles, historias que ponían pavor, asombro y admiración en el ánimo de Ligia. Para ella era este un extraño mundo, cuya belleza deslumbraba sus ojos; pero cuyos contrastes no era posible que abarcara su casi infantil percepción.

Aquel crepúsculo vespertino, aquellas hileras de inmóviles columnas que se desvanecían á la distancia, aquellas gentes de figuras de estatua, parecían rodear á la escena de una atmósfera de imponente reposo. Era de imaginar que en medio de aquellos mármoles de líneas puras, solo vivirían semidioses, ajenos á todo afán, en plena tranquilidad y bienandanza.

Y entre tanto Actea, de momento en momento, iba en voz baja descubriendo ante Ligia algún nuevo y terrible secreto de aquel palacio y de aquellas gentes.

—Mira,—la decía,—en aquella dirección, un poco distante, se halla el pórtico cubierto en cuyas columnas y sobre cuyo pavimento vense aún las manchas rojas de la sangre con que Calígula salpicó el blanco mármol, al caer bajo la cuchilla de Casio Queroneo; allí fué asesinada su esposa; allá su hijo fué estrellado contra una piedra; debajo de aquella ala del edificio se encuentra la mazmorra en la cual el menor de los Drusos devoróse las manos en medio de los horrores del hambre; aquí fué envenenado Drusso el mayor; allá Jemelo sufrió los estremecimientos del terror y Claudio los de las convulsiones; acullá fué martirizado Británico; por todas partes, en fin, estas murallas han escuchado los gemidos del sufrimiento y los estertores de la muerte. Y esas gentes, que ahora se apre-

suran á venir á la fiesta, envueltas en sus togas, en sus vistosas túnicas, cubiertas de flores y de joyas, pueden mañana ser víctimas de una condena; en más de un semblante se oculta acaso, tras de una sonrisa, el terror, la alarma, la incertidumbre del día siguiente; la fiebre, la avaricia, la envidia, están quizá en este propio instante royendo el corazón de esos coronados semidioses, en apariencia tan ajenos á todo mundano afán.

Entre tanto, en el ánimo de Ligia los pensamientos aterrados, sucedíanse unos á otros con más precipitación que las palabras de Actea, y á la par que ese maravilloso mundo, para ella nuevo, presentaba á su vista un interés cada vez más palpitante, iba sintiendo dentro del pecho cómo el terror le oprimía el corazón, y en el fondo de su alma tomaba formas irresistibles un anhelo inmenso, inexplicable y angustioso; la nostalgia de la amada Pomponia Graecina y del apacible hogar de Aulio, en donde el poder dominante era el amor, y no el crimen.

Entre tanto, nuevas oleadas de invitados seguían afluendo en la dirección del Vicus Apollinis. Desde el exterior de las puertas sentíanse el rumor y las voces de los individuos de la servidumbre de los invitados, que venían acompañando á sus patronos.

En el patio y las columnatas, veíase como un enjambre multitud de esclavos del César,—hombres, mujeres y hasta niños,—y de soldados pretorianos que hacían la guardia de palacio. Aquí y allí, entre rostros oscuros y atezados, mirábase la cara negra de un numidio, con su yelmo adornado de plumas y grandes aros de oro en las orejas. Algunos llevaban consigo laúdes y cítaras, lámparas manuales de oro, plata y bronce, y ramos de flores cultivadas artificialmente á pesar de ser la última estación de otoño. Y el rumor de las conversaciones crecía y crecía, mezclado con el ruido que al brotar de la fuente hacía el agua, cuyos irisados chorros caían sobre el mármol, y al quebrarse en él, rebotaban como lágrimas.

Actea había suspendido su narración; pero Ligia seguía contemplando la multitud como si algo buscarse en ella. De pronto su rostro se cubrió de rubor y de entre las columnas destacáronse Vinicio y Petronio. Se dirigieron al gran triclinio, hermosos, tranquilos como dioses, envueltos en sus blancas togas.

Al ver Ligia esos dos rostros conocidos y amigos entre aquella multitud de gentes extrañas, y especialmente al mirar á Vinicio, parecióle que un gran peso habíase desprendido de su corazón. Sentíase ya menos sola. Ese incommensurable anhelo por volver á ver á Pomponia, por tornar á la casa de Aulio, que la había dominado hacía poco, cesó al punto de ser doloroso. El deseo de ver á Vinicio y de hablarle extinguieron en ella el rumor de otras voces íntimas.

En vano atraía á su mente el recuerdo de todo lo malo que había oído hablar de la casa del César, y las palabras de Actea, y las advertencias de Pomponia. Todas esas palabras y advertencias ibanse desvaneciendo ahora, mientras Ligia se decía que no sólo por obligación, sino también por deseo, debía de estar ella en la fiesta.

La simple idea de que pronto iba á escuchar de nuevo esa querida y agradable voz, que la había hablado de amor y de una felicidad digna de los dioses, en palabras que aun resonaban en su oído como dulce música, inundó su corazón de inefable y súbita alegría.

Pero, un instante después tuvo miedo á esa alegría. Parecióle estar haciendo traición á las puras enseñanzas en que la habían educado, y traición á Pomponia, y traición á sí misma. Una cosa es verse violentada y otra cosa el gozarse en esa violencia. Así, pues, juzgóse culpable, indigna y perdida. La desesperación empezaba á invadirla y sentía fuertes impulsos de llorar. A haberse hallado sola, hubiérase puesto de hinojos y exclamado, golpeándose el pecho: «¡Mea culpa! ¡mea culpa!»

Pero Actea en ese propio instante la tomó de la mano y la condujo, al través de los departamentos interiores, hasta el gran triclino, en donde iba á verificarse la fiesta. Obscureciéronse á la joven los ojos y sintió un ruido en los oídos, causado por la interna emoción que todo aquello le producía: los acelerados latidos de su corazón le acortaban casi el aliento. Como en un sueño vió miles de lámparas que brillaban sobre las mesas y pendientes de las murallas; como en un sueño oyó las aclamaciones con que los huéspedes acogieron al César; y como entre tinieblas vió al propio César. Las aclamaciones la ensordecían, el brillo la deslumbraba, embriagábanla los perfumes, y perdida ya casi toda la conciencia de sí misma, apenas si podía reconocer á Actea, que la hizo sentar en la mesa y ocupó un sitio al lado suyo.

Mas, después de un momento, una voz baja y de ella conocida, dejóse oír del otro lado:

—¡Salud á la más hermosa de las vírgenes de la tierra y de las estrellas del cielo! ¡Salud á tí, divina Calina!

Ligia, que se había recobrado ya un tanto, volvió la vista; Vinicio estaba á su lado.

Habíase quitado la toga, como se acostumbraba entonces en las fiestas, por conveniencia y por haberse así ya establecido. Su cuerpo hallábase tan sólo cubierto por una túnica escarlata sin mangas, bordada de palmas de plata. Sus desnudos brazos, depilados por completo, veíanse ornamentados á la oriental, con dos anchas fajas de oro, sujetas más arriba de los codos. Eran unos brazos suaves, pero demasiado musculares, brazos de soldado, hechos para la espada y el escudo. Llevaba en la cabeza una guirnalda de rosas. Con sus pobladas cejas unidas, sus espléndidos ojos y su morena tez, era aquel hombre por decirlo así, la personificación de la juventud y de la fuerza.

A Ligia parecióle tan hermoso en aquel instante, que aun cuando su primera impresión de estupor había pasado ya, pudo apenas contestar:

—Salud, Marco.

—Dichosos mis ojos que te vuelven á ver,—dijo él;—dichosos mis oídos que escuchan tu voz, para mí más grata que el sonido de laudes y de cítaras. Si me ordenasen elegir quién debía seguir aquí, en esta fiesta, á mi lado: tú, Ligia, ó Venus, á tí elegiría, ¡oh diosa!

Y contempló á la doncella cual si quisiera embeberse en su mirada, fundir los ojos de ella en sus propios ojos. Aquella contemplación deleitosa fué paulatinamente deslizándose de su rostro á su cuello y á sus brazos desnudos, y acariciando sus exquisitas formas. Con los ojos parecía á la vez admirarla, envolverla, devorarla; pero, además del anhelo ardiente, en él irradiaban la felicidad, el amor y un arrebatamiento sin límites.

—Yo sabía que habría de encontrarte en la casa del César,—prosiguió diciendo;—pero cuando te he visto, ha invadido mi alma tan indecible alegría, como si hasta mí hubiera llegado en ese instante una felicidad completamente inesperada.

Habiendo Ligia recobrado ya sus facultades y comprendiendo que en medio de aquella multitud y en tal casa Vinicio era el único sér que en todo sentido se hallaba cercano á ella, empezó á conversar con él y á preguntarle acerca de todas las cosas que no comprendía y que la llenaban de pavor. ¿Por quién había sabido él que la encontraría en la casa del César? ¿Por qué estaba ella ahí? ¿Por qué el César habíasela quitado á Pomponia? Manifestóle que se hallaba llena de temores en aquel sitio y todo su anhelo era volver á casa de Pomponia. Y moriría de zozobra y de dolor, á no abrigar la esperanza de que Petronio y él intercedieran por ella ante el César.

Vinicio le refirió cómo había sabido solo por boca de Aulio que la habían sacado de su casa. Agregó que ignoraba el por qué de tal traslación. El César á nadie da cuenta de sus órdenes y mandatos. Pero no debía ella abrigar temor alguno. El, Vinicio, se hallaba cercano á ella y así

permanecería. Quería quedar ciego antes que no seguirla viendo; perder la vida antes que abandonarla. Ella era su alma: de ahí el que la guardara con el propio anhelo que á su alma misma. En su casa le erigiría como á una divinidad, un altar, en el cual, le ofrecería mirra y aloe, y en verano cártamo y flor de manzano; y puesto que la casa del César la infundía pavor, prometíale que no permanecería en ella.

Y aún cuando hablaba evasivamente y en ocasiones fingía, en su voz palpitaba la verdad, porque eran sinceros sus sentimientos. Lo dominaba también una profunda compasión, y las palabras de la joven llegábanle tan plenamente al alma, que cuando ella empezó á manifestarle su gratitud, asegurándole cuánto más le quería Pomponia por su bondad y cómo, ella misma, le guardaría eterno reconocimiento de por vida, no pudo Vinicio dominar su emoción y parecióle que jamás, en su vida, le sería posible resistir á una súplica de Ligia.

Sentía verdaderamente enternecido el corazón. La belleza de la joven le embriagaba los sentidos y avivaba sus febriles anhelos; pero al mismo tiempo comprendía cuán querida érale ya esa virgen, á quien podía, en verdad, rendirle culto como á una diosa; y sentía también una irresistible necesidad de hablarla de sus belleza y de los homenajes que á ella tributaba. Y á medida que crecía el ruido de la fiesta, ibase él aproximando á la joven más y más, y diciendo á su oído dulces y amables palabras que afluían desde las interioridades de su alma, palabras resonantes como las armonías y como el zumo de la vid embriagadoras.

Y á la verdad que ellas embriagaban á Ligia. En medio de todas aquellas gentes extrañas, él ibase acercando á la joven cada vez más amante, abnegadamente fiel, y consagrado á ella con toda su alma. Tranquilizábala; prometíala libertarla de la casa del César y asegurábala que no la abandonaría y estaría siempre dedicado á su servicio. Ade-

más, antes, en casa de Aulio, había hablado solo en general, acerca del amor y de la felicidad que puede traer consigo; pero ahora declarábale sin embozo que la amaba y que ella érale cada vez más preciosa y querida.

Ligia escuchaba por primera vez de los labios de un hombre tales palabras; al llegar á sus oídos parecíale que algo despertaba dentro de su sér, como de un sueño, que una especie de rara felicidad la envolvía en un abrazo, en el cual, se confundían una alegría inmensa con una inmensa inquietud. Sus mejillas ardían, palpitábale agitadamente el corazón, y sus labios se entreabrían como á impulsos de una sensación de extraño asombro. Sentíase como sobrecogida por el temor al escuchar tales frases; y sin embargo, por nada en el mundo habría querido perder una sola palabra de ellas. Por momentos bajaba los ojos, y en seguida alzaba hasta Vinicio su límpida mirada, tímida á la vez que inquiridora, como si con ella quisiera decirle: «¡Prosigue!»

Los acordes de la música, el aroma de las flores y de los perfumes de Arabia, empezaban á desvanecerla. En Roma era costumbre reclinarse en los banquetes; y en su casa, Ligia, ocupaba un sitio entre Pomponia y el pequeño Aulio. Ahora Vinicio hallábase reclinado cerca de ella y veíase hermoso, exuberante de juventud, de amor, de pasión; y ella, al influjo de aquel calor que de Vinicio emanaba, sentía á la vez alegría en el corazón y rubor en las mejillas. Una especie de dulce angustia, de abandono y desmayo, parecieron embargarla, cual si la hubiera invadido un extraño adormecimiento.

Pero la proximidad de la joven había empezado también á ejercer imperio sobre Vinicio. Habíase dilatado sus narices como las de un corcel de Oriente. Su corazón palpitaba con tan inusitada violencia, que sus latidos advertíanse al través de su túnica escarlata; su respiración se acortaba y las palabras salían temblorosas de sus labios. Y era que también jamás había estado antes, más

próximo á ella. Sus ideas empezaron á perturbarse; en sus venas sentía arder una llama que era en vano intentase apaciguar con vino. Y seguían embriagándole más y más, no tanto el vino, cuanto el maravilloso rostro de Ligia, sus desnudos brazos, el seno virginal que á intervalos regulares agitábase dulcemente bajo la dorada túnica, y sus armoniosas formas, ocultas bajo los blancos pliegues de su peplo. Por último la tomó del brazo, más arriba de la muñeca, como un día lo hiciera en casa de Aulio, y atrayéndola hacia sí, la dijo al oído, temblantes los labios:

—¡Te amo, Calina, niña divina!

—Déjame, Marco,—dijo Ligia.

Pero él continuaba diciendo, nublados los ojos:

—¡Amame, ámame, diosa mía!

En este instante oyeron ambos la voz de Actea, quien se hallaba reclinada al otro lado de Ligia y decía:

—El César os está mirando.

Vinicio tuvo un súbito movimiento de cólera contra el César y contra Actea. Las palabras de ésta venían á perturbar el encanto su embriaguez. Para el joven habríale parecido repulsiva en esos instantes hasta la voz de su más íntimo amigo; cuanto más lo sería la de Actea, de quien juzgaba que había tenido el propósito expreso de interrumpir en ese punto su coloquio.

Así, pues, alzando la cabeza y mirando á la joven liberta por sobre el hombro de Ligia, dijo con malicioso acento:

—Han pasado ya los días, Actea, en que te veías reclinada en los banquetes al lado del César. Dicen además que la ceguera te amenaza: ¿cómo, entonces, puedes estarle viendo ahora?

Pero ella contestó con acento melancólico:

—Sin embargo, le veo. El también es corto de vista, y te está mirando al través de una esmeralda.

Todo lo que Nerón hacía despertaba la atención, aun

de los que se hallaban más próximos á él; de ahí que Vinicio se alarmara. Volvió, pues, al dominio de sí mismo y empezó á mirar de modo casi imperceptible en dirección al César. Y Ligia, que al principio del banquete se había sentido casi desvanecida y sólo entrevisto á Nerón como al través de una nube, y después, ocupado su espíritu con la presencia y la conversación de Vinicio, no había vuelto ni una vez á mirarlo, tornó hacia él ahora la vista á la vez inquisidora y aterrorizada.

Actea decía la verdad. El César habíase inclinado un tanto sobre la mesa, medio cerrado un ojo y habiendo colocado delante del otro una esmeralda redonda y pulimentada estábalos observando.

Por un momento su mirada se encontró con los ojos de Ligia, y el corazón de la joven sintióse sobrecogido de terror. Cuando era muy niña y se hallaba en una hacienda de Aulio, en Sicilia, un viejo esclavo egipcio habíale referido historias de dragones que moraban en las cavernas de montañas; y ahora parecíale que la estaba mirando el ojo verdoso de un monstruo semejante. Se aferró de la mano de Vinicio como lo haría un niño asustado y pasaron por su cerebro una serie de rápidas é incoherentes impresiones. ¿No estaba allí él, el terrible, el todopoderoso? Hasta entonces no le había visto ella jamás y había creído siempre que su aspecto era muy diverso. Habíase imaginado una especie de fisonomía siniestra, con la malignidad como petrificada en las facciones; y ahora veía una gran cabeza, fija sobre un cuello recto, terrible, es cierto, pero á la vez casi grotesca, porque á la distancia asemejábase á la cabeza de un niño. Una túnica de color de amatista, prohibido á los simples mortales, daba unos como reflejos azulados á su rostro ancho y deprimido. Tenía oscuros los cabellos, divididos en cuatro rizos, según la usanza introducida por Oton. No llevaba la barba; la había sacrificado recientemente á Júpiter, por lo cual Roma toda habíale tributado sus homenajes de gratitud, si bien

entre el pueblo se decía en voz baja que aquel sacrificio debía ser á que su barba era roja, como lo habían sido todas en su familia. En su frente, y proyectándose enérgicamente sobre sus cejas, quedaba algo de olímpico. En el contraído ceño advertíase evidentemente la conciencia del poder supremo; pero debajo de esa frente de semidios veíase la cara de un mono, de un beodo y de un comediante; fátuo, lleno de cambiantes deseos, inflado de gordura, á pesar de su juventud, y de un aspecto enfermizo y repugnante.

A Ligia parecióle aquel un sér ominoso, pero, más que todo, repulsivo.

Después de algunos momentos. Nerón dejó á un lado la esmeralda y no miró más á la joven. Esta pudo ver entonces sus salientes ojos azules, rendidos ante el fulgor excesivo de las luces, vidriosos, sin expresión de intelectualidad, semejantes á los ojos de un muerto.

—¿Es ese el rehen de que está enamorado Vinicio?— preguntó Nerón, volviéndose á Petronio.

—Es ella misma—contestó éste.

—¿Cómo se llama su pueblo?

—Los ligures.

—¿La cree Vinicio hermosa?

—Pon un tronco de olivo dentro de un peplo de mujer, y Vinicio lo declarará hermoso. Pero, en tu semblante, incomparable juez, estoy leyendo yo la sentencia. ¡Innecesario es que la pronuncies! Y esa sentencia es justa: demasiado delgada y enteca, un simple botón sobre un frágil tallo; y eso, ¡el tallo! es lo que tú, ¡oh divino esteta! más estimas en la mujer. ¡Triple y cuádruple razón tienes! El rostro, solo nada significa. Mucho he aprendido en tu compañía, pero ahora mismo no me juzgo poseedor de un golpe de vista tan perfecto. No obstante, pronto estoy á formalizar una apuesta con Tulio Senecio, acerca de su querida, y asegurar que, aun cuando nos hallamos en una fiesta en que, por estar todos reclinados, es difícil emitir un jui-

cio general respecto de las formas de una mujer, tú, en tu mente has hecho ya esta declaración: «Muy estrecha de caderas.»

—Muy estrecha de caderas,—repitió Nerón guiñando un ojo.

En los labios de Petronio se dibujó una casi imperceptible sonrisa; pero Tulio Senecio,—que hasta ese propio momento habíase engolfado en una conversación con Vestinio, á quien manifestaba su incredulidad con respecto á los sueños, en que Vestinio creía,—volvióse hacia Petronio, y aun cuando no tenía la menor idea acerca de lo que se había estado tratando, dijo:

—¡Estás equivocado! Yo opino como el César.

—Muy bien,—contestó Petronio.—Yo acababa de sostener que tienes algunos destellos de inteligencia; pero el César insiste en que eres pura y simplemente un asno.

—*Habst!* (así es)—dijo el César, riendo y volviendo hacia abajo el pulgar, como se hacía en el circo en señal de que el gladiador había recibido un golpe y debía ser acabado.

Mas, Vestinio, persistiendo en la idea de que se trataba de los sueños, exclamó:

—Pero yo creo en los sueños, y Séneca me dijo en un tiempo que él también creía.

—Anoche soñé que me había vuelto una virgen vestal,—dijo Calvia Crispinilla, inclinándose sobre la mesa.

A esta ocurrencia batió palmas Nerón, otros le siguieron y un momento después los aplausos sintiéronse por todas partes, pues Crispinilla se había divorciado una multitud de veces y era conocida en Roma por su fabuloso desenfreno.

Pero ella, sin desconcertarse en lo menor agregó:

—¡Y bien! Todas ellas son viejas y feas. Sólo Rubria tiene semejanza humana; y si ello resultara cierto, sería-

mos ya dos, aun cuando Rubria se vuelve pecosa en verano.

—Admitamos entonces, purísima Calvia,—dijo Petronio,—que tú podrías volverte una vestal, pero sólo en sueños.

—Pero, ¿y si el César lo ordenase?

—En tal caso yo creería que hasta los más imposibles sueños pueden llegar á convertirse en realidad.

—Y efectivamente llegan á serlo,—dijo Vestinio.—Comprendo que haya gentes que no tengan fe en los dioses, ¿pero cómo es posible no creer en los sueños?

—¿Y las predicciones?—preguntó Nerón.—Una vez se me predijo que Roma dejaría de existir y que yo gobernaría sobre todo el Oriente.

—Las predicciones y los sueños se hallan relacionados,—dijo Vestinio.—Una vez un procónsul muy incrédulo, envió un esclavo al templo de Mopso con una carta cerrada y con orden de no dejar que nadie la abriese: hizo esto para probar si el dios podía contestar á la pregunta contenida en la carta. El esclavo durmió una noche en el templo, á fin de tener un sueño profético y después regresó y dijo: «Ví un joven en mis sueños; era brillante como el sol y sólo dijo una palabra, «negro». El procónsul pálido y volviéndose á sus huéspedes, como él incrédulos, les dijo: «¿Sabéis lo que contenía la carta?»

Aquí Vestinio se detuvo y alzando su copa de vino empezó á beber.

—¿Qué contenía la carta?—preguntó Senecio.

—En ella se hacía esta pregunta: «¿De qué color ha de ser el toro que debo sacrificar: blanco ó negro?»

Pero el interés despertado por aquella narración fué interrumpido por Vitelio, quien, ebrio desde que había llegado á la fiesta, prorrumpió repentinamente y sin causa alguna, en insensata risa.

—¿De qué se ríe ese barril de sebo?—preguntó Nerón.

—La risa distingue á los hombres de las bestias,—dijo

Petronio,—y ese no tiene otra prueba para demostrar que no es un jabalí.

Vitelio se interrumpió á medio camino en su acceso de risa, y después de saborearse dejando así bien al descubierto los labios que se veían relucientes de manteca y salsas, miró á todos los presentes con un aire tan atónito como si jamás los hubiese visto antes; en seguida levantó las dos manos, que parecían cogines y dijo con voz ronca:

—Un anillo de caballero se me ha caído del dedo. Lo he heredado de mi padre.

—Que fué sastre,—agregó Nerón.

Pero Vitelio prorrumpió nuevamente en otro acceso de insólita risa y empezó á buscar su anillo en el peplo de Calvia Crispinilla.

En seguida Vestinio se puso á imitar los gritos de una mujer aterrorizada.

Una amiga de Calvia, Nigidia,—viuda joven que tenía rostro de niña y ojos de mujer liviana,—dijo en voz alta:

—Está buscando lo que no ha perdido.

—Y que le será inútil si llega á encontrarlo,—terminó diciendo el poeta Lucano.

La fiesta se hacía cada vez más animada. Multitud de esclavos iban y venían trayendo nuevas viandas; de grandes vasos llenos de nieve y adornados con guirnaldas de hiedra, iban extrayendo y sirviendo incesantemente vasos más pequeños, que contenían diversas clases de vinos.

Todos bebían sin restricción. A intervalos caían desde arriba rosas sobre las cabezas de los invitados.

Petronio suplicó á Nerón que solemnizara la fiesta con su canto, antes de que los presentes se hubieran excedido en la bebida.

Un coro de voces apoyó esta súplica, pero Nerón se negó al principio. No era cuestión de valor tan sólo,—dijo,—aun cuando éste le faltaba siempre. Los dioses sabían cuántos esfuerzos le costaba cada uno de sus éxitos.

Y él no los rehuía, sin embargo, porque comprendía que algo era necesario hacer por el arte; y además si Apolo le había dado el don de la voz, no era conveniente desperdiciar estas divinas dotes. A mayor abundamiento, estaba convencido de que uno de sus deberes para con el Estado era no incurrir en tales desperdicios. Pero aquel día sentíase verdaderamente ronco. La noche anterior habíase puesto pesados abrigos sobre el pecho, pero de nada le había servido. Hasta pensaba hacer un viaje á Ancio, á fin de respirar los aires del mar.

Lucano le imploró en nombre del arte y de la humanidad. Todos sabían que el divino poeta y cantante había compuesto un nuevo himno á Venus, comparado con el cual himno de Lucrecio asemejábase al aullido de un lobezno. Faltaba, pues una nota característica para que aquella fuese una verdadera fiesta. Un gobernante tan bondadoso no debía causar semejantes torturas á sus súbditos.

—¡No seas, pues, cruel, oh Cesar! — terminó diciendo.

—¡No seas cruel! — repitieron todos los que se hallaban ocupando sitios á él cercanos.

Neron extendió las manos en señal de que se veía obligado á ceder. Todos los semblantes mostraron entonces una expresión de gratitud y todos los ojos tornáronse á él. Pero, en primer lugar, Neron dió orden de anunciar á Popea que iba él á cantar. Y respecto á ella manifestó á los presentes que no había venido á la fiesta, porque se hallaba resentida su salud; pero ya que ninguna medicina la daba mayor alivio que el canto suyo, habría sido para él muy sensible cosa el privarla de aprovechar esta favorable ocasión.

En efecto, pronto vino Popea. Hasta entonces ella le había dominado como si fuera Neron súbdito suyo; pero bien sabía, por otra parte, que cuando se hallaba de por medio su vanidad de cantante, automedonte, ó poeta, era peligroso provocarla. Vino, pues, al punto, hermosa como una divinidad, ataviada como el César, en traje de color

de amatista y llevando un collar de perlas enormes, que en otro tiempo había sido robado á Masinica. Su expresión era dulce y sus cabellos dorados, y aunque divorciada de dos maridos, tenía el rostro y el aspecto de una virgen.

Fué acogida con vivas y aclamaciones de «¡Divina Augusta!» Ligia no había visto jamás una mujer más linda, y casi no daba crédito á sus ojos, porque sabía que Popea Sabina era una de las mujeres más viles de la tierra. Pomponia habíale contado cómo, á instancias de ella, asesinara el César á su propia madre y á su esposa; la conocía por los rasgos de su vida que le habían referido los huéspedes y los sirvientes de Aulio; sabía que las estatuas erigidas en su honor en la ciudad habían sido derribadas de noche; que las inscripciones, cuyos autores habían sido condenados á severos castigos, seguían á pesar de todo apareciendo sobre las murallas todas las mañanas. Y sin embargo, á la vista de la famosa Popea, considerada por los confesores de Cristo como encarnación de la maldad y del crimen, parecióle que su rostro era comparable al que podrían tener los ángeles ó los espíritus celestiales. Érale imposible quitar los ojos de aquella mujer, y de sus labios escapósele involuntariamente la pregunta:

—¡Ah, Marco! ¿Es posible?...

Pero, excitado, por el vino y como impaciente ante la circunstancia de que tantas cosas á la vez hubieran venido á distraer la atención de Ligia, apartándola de él y de sus palabras, dijo:

—Sí, es hermosa, pero tú lo eres cien veces más que ella. Tú misma no lo sabes, ó estarías de tí propia enamorada, cual Narciso lo estuvo; ella se baña en leche de burras, pero Vénus te bañó en su propia leche. Tú no te conoces á tí misma, ¡*Ocelle mi!* (1). No la mires. Vuelve á mí

(1) *Ojitos míos*, término de cariño que equivalía á cosa preciosa, cosa hechicera.

tus ojos, ¡*Ocelle mi!* Toca esta copa de vino con tus labios: yo pondré en seguida en el mismo sitio los míos.

Y siguió acercándose á Ligia más y más en tanto que ella se apartaba, estrechándose, hacia al lado de Actea.

Pero en ese momento se impuso silencio á los concurrentes. El César habíase levantado. El cantante Diodoro acababa de pasarle un laúd de la clase llamada delta; otro cantante cuyo nombre era Terpnos y que estaba designado para acompañarle á tocar, se aproximó llevando un instrumento llamado *nablium* (1). Neron, apoyando el delta sobre la mesa, levantó los ojos y por un momento reinó en el triclinio el silencio, interrumpido tan solo por el ruido leve, como un susurro, de las rosas que de arriba seguían cayendo sobre las cabezas de los concurrentes.

Entonces empezó Neron á cantar,—mejor dicho, á declamar cantando rítmicamente, como en una melopea, con acompañamiento de los laúdes,—su propio himno á Vénus. Ni la voz, aunque un tanto cascada, ni los versos, eran malos; de manera que Ligia tuvo nuevamente escrúpulos de conciencia. Porque el himno, aun cuando fuera la glorificación de la impura diosa del paganismo, Vénus, parecióle más que hermoso, y el mismo César, ornadas de laurel las sienes y alzada la vista hacia arriba, se le presentó de aspecto más noble, mucho más temible y no tan repulsivo como al principio de la fiesta.

Los presentes contestaron con aplausos estruendosos. Por todas partes oyéronse gritos de «¡Oh, celeste voz!» Algunas mujeres levantaron las manos y las mantuvieron así, como en señal de enajenación, aún después de terminado el himno; otras enjugábanse los llorosos ojos; toda aquella vasta sala bullía como una colmena. Popea, inclinando su cabeza de dorados cabellos, llevó á sus labios la mano de Neron y allí la tuvo en silencio largo tiempo. Pitágoras, joven griego de maravillosa hermosura,—el mismo con quien más tarde el ya medio loco Neron hizo

(1) *Nablium*; el salterio, instrumento de cuerdas de alambre.

que lo casaran, ordenando á los *flamens* (sacerdotes) que observaran en la ceremonia del matrimonio todas las ritualidades,—habíase arrodillado ahora á sus pies.

Pero Nerón dirigía con empeño la vista á Petronio, cuyo elogio siempre anhelaba recibir antes que el de cualquier otro cortesano. Petronio dijo:

—Si se trata de la música, Orfeo en este momento debe estar tan amarillo de envidia como Lucano, que se halla aquí presente; y en cuanto á los versos, siento que no sean peores; si lo fueran, podría yo encontrar palabras adecuadas para hacer su elogio.

No tomó á mal Lucano el epíteto de envidioso que le había dado Petronio; al contrario, dirigió á éste una mirada de gratitud y afectando mal humor, empezó á murmurar así:

—¡Maldito destino, que me obligó á ser contemporáneo de semejante poeta! A no ser así, yo podría ocupar un sitio en la memoria de los hombres y en el Parnaso pero nó, ahora estamos destinados á apagarnos como una vela ante la luz del sol.

Petronio, que tenía una memoria sorprendente, empezó á repetir extractos del himno y á citar versos sueltos, á encomiar y analizar las más bellas expresiones. Lucano, haciendo como que deponía ú olvidaba su envidia ante los encantos de la poesía, unió su éxtasis á las palabras de Petronio.

En el semblante de Neron se reflejaban la satisfacción y una insondable vanidad, que no solo se acercaba á la estupidéz, sino que llegaba hasta ella perfectamente. Les indicó los versos que consideraba él más hermosos; y finalmente empezó á consolar á Lucano, instándole á que no perdiera el ánimo, porque cualquiera que fuese la condición en que nacía un hombre, el homenaje que las gentes rendían á Júpiter no excluía el respeto á otras divinidades.

En seguida levantóse para conducir á Popea, quien, ha-

llándose realmente con la salud quebrantada, deseaba retirarse. Pero ordenó á los presentes que tornaran á ocupar sus puestos y prometió volver. En efecto, un poco más tarde hizo nuevamente su entrada en la sala, y siguió mareándose con el humo del incienso y disfrutando de otros espectáculos que él mismo, Petronio ó Tigelino, habían preparado para la fiesta.

De nuevo se dió lectura á versos y se escucharon diálogos en los cuales la estravagancia vino á ocupar el puesto del ingenio. Después Paris, el célebre mimo, representó las aventuras de Io, la hija de Inaco. Para aquellos de los presentes que como Ligia no se hallaban habituados á estos espectáculos, pareciales que asistían á escenas de milagro ó de encantamiento. Paris, con los movimientos de las manos y del cuerpo, era muy hábil para expresar cosas que á primera vista hubiérase creído imposible hacer patentes en una danza. Sus manos parecían obscurecer el aire, creando una nube animada, viva, temblante, voluptuosa, que circundaba las formas desfallecientes de una doncella agitada por inefable deliquio.

Era una verdadera pintura, no una danza; una pintura expresiva, en que se revelaban los secretos del amor, embelesante á la par que impúdico; y cuando á su terminación Coribantes adelantóse y dió principio á una báquica danza, acompañado por muchachas de Siria y al son de cítaras, laúdes, tambores y címbalos,—danza llena de gritos desenfrenados y de licenciosos desbordes,—pareció á Ligia que un vivo fuego le estaba incendiando y que un rayo debía caer sobre esa casa ó el techo desplomarse sobre las cabezas de los asistentes á esa fiesta.

Pero en vez de esto, seguían cayendo solo rosas de entre la dorada red que habíase colocado próxima al cielo de la vasta sala; y el ahora medio ébrio Vinicio decíala:

—Te ví en la casa de Aulio, en la fuente. Clareaba la aurora y tú creías que nadie te observaba; pero yo te ví. Y te veo así ahora, aunque ocultes tus formas con el peplo.

Pon á un lado el peplo, como Crispinilla. Mira como hombres y mujeres buscan y piden amor. Nada en el mundo como el amor. Reclina sobre mi pecho tu cabeza y cierra los ojos.

El pulso de Ligia latía de una manera opresiva. Parecía que sus sienas iban á estallar. De pronto apoderóse de ella la idea de que iba á precipitarse en un abismo y de que Vinicio, que antes pareciera tan allegado á ella y tan digno de su confianza, en vez de salvarla de ese abismo, iba la arrastrando á él. Y hondamente lo sintió por Vinicio. Empezó de nuevo á tener miedo de la fiesta, de su compañero y de sí misma. Una voz, semejante á la de Pomponia, parecía hacerle un llamamiento interior y decirla: «¡Oh, Ligia, sálvate!» Pero, al mismo tiempo algo parecía decirle que ya era demasiado tarde; que el sér á quien había envuelto una llama como la llama que á ella envolviera; el sér que había presenciado lo que en esa fiesta se hacía y cuyo corazón había latido como el suyo al escuchar las palabras de Vinicio; el sér de quien habíase apoderado el estremecimiento que á la aproximación de Vinicio la sacudiera, estaba perdido sin remisión. Sintióse débil. Parecíale por momentos que iba á desmayarse, y que en seguida iba á sucederle algo muy terrible. Sabía que, so pena de incurrir en la cólera del César, á nadie era permitido levantarse hasta que el César no se hubiera levantado; pero aún cuando no fuera ese el caso, no tenía ella á la sazón fuerzas para moverse.

Y entre tanto, estaba lejano todavía el fin de la fiesta. Los esclavos seguían trayendo nuevas viandas y llenando incesantemente de vino las copas. Delante de la mesa, sobre una plataforma abierta por uno de sus extremos, se presentaron dos atletas que iban a dar á los circunstantes un espectáculo de pugilató.

Empezó al punto la lidia y aquellos potentes cuerpos, lustrosos de aceite de oliva, parecieron formar una sola

masa; los huesos crujían entre sus brazos de hierro, y de sus apretadas quijadas venía un ominoso rechinar de dientes. Por momentos dejábanse oír los rápidos y sordos golpes que daban con los pies sobre la plataforma cubierta de una capa de azafrán; en seguida mirábaseles inmóviles, silenciosos, pareciendo á los espectadores que tenían ante su vista un grupo tallado en piedra. Los ojos de los romanos seguían con verdadero deleite el movimiento de incesante y tremendo esfuerzo de aquellas espaldas, muslos y brazos. Pero la lucha no se prolongó demasiado, porque Croton, que era un maestro y el fundador de la escuela de gladiadores, no pasaba en vano por el hombre más fuerte del imperio. La respiración de su adversario empezó á ser más y más agitada; luego se oyó como un estertor ronco que de su garganta salía; en seguida púsosele cianótico el semblante, y por último empezó á arrojar sangre por la boca y se desplomó al fin.

Una tempestad de aplausos saludó el desenlace de la lucha, y Croton, puesto el pie sobre el cuello de su adversario y cruzando sobre el pecho los gigantes brazos, paseó por la sala una mirada de triunfador.

En seguida presentáronse hombres que remedaban burlescamente los gritos y los movimientos de los animales; presentáronse también jugadores de pelota y bufones.

Pero eran ahora muy pocas las personas que en ellos reparaban, pues el vino había ya empezado á obscurecer la vista de la mayor parte de los circunstantes. La fiesta fué, pues, convirtiéndose por grados en colosal borrachera y licenciosa orgía. Las damiselas sirias que se habían exhibido al principio en la danza báquica, mezclábanse ahora á los invitados. La música tornó á ser un desatentado y loco resonar de cítaras, laudes, címbalos armenios, sistros egipcios (1), trompetas y cuernos. Como algunos de

---

(1) El sistro, instrumento de metal, de que usaban los sacerdotes egipcios en los sacrificios de Isis.

los presentes quisieran continuar sus conversaciones, pedían á gritos á los músicos que se retirasen. El aire, lleno del olor de las flores y del perfume de los aceites con que hermosos muchachos habían rociado los pies de los invitados durante la fiesta, é impregnado de azafrán y de las emanaciones de aquella multitud, se volvió sofocante; las lámparas arrojaban una luz muriente; las guirnaldas que coronaban las cabezas, ladeábanse sobre ellas; los semblantes habíanse vuelto pálidos y cubiertos de sudor. Vitelio había rodado bajo la mesa; Nigidia, desnudándose hasta la cintura, descansaba su ébria é infantil cabeza sobre el pecho de Lucano, quien, borracho en no menor grado, inclinábase á soplar el polvo de oro que cubría los cabellos de su compañera y alzaba luego la vista como enajenado de inmenso placer. Vestinio, con la majadería del borracho, por la décima vez repetía la respuesta que Mopso había dado á la carta cerrada del procónsul. Tulio, que hacía mofa de los dioses, dijo entonces con voz balbuciente y entrecortada por el hipo:

—Si la esfera de Jenófanes es redonda, considérese entonces cómo semejante dios podría ser empujado con el pie, como un barril, delante de nosotros.

Domicio Africano, criminal endurecido y delator, indignóse ante aquel discurso, y esa indignación le hizo derramar sobre su túnica toda su copa de vino de Falerno.

El había creído siempre en los dioses.

—Las gentes aseguran,—dijo,—que Roma ha de perecer, y hasta hay quienes sostienen que ya está pereciendo. ¡Y es cierto! Pero si eso llegara á suceder, es porque la juventud no tiene fe, y sin fe no puede haber virtud. El pueblo ha abandonado también las costumbres severas de los antiguos tiempos, y jamás les ocurre el que los epicúreos no puedan sobreponerse á los bárbaros.

En cuanto á él... En cuanto á él, lamentaba haber llegado á tales tiempos y verse obligado á buscar en los pla-

ceres un refugio contra amarguras á las cuales, si no les hacía frente, bien pronto le matarian.

Cuando hubo dicho esto, atrajo hacia su cuerpo una danzante siria y le besó el cuello y los hombros con su boca desdentada.

Visto lo cual por el cónsul Memio Régulo, estalló en ruidosa risa, y alzando su calva cabeza, en donde había-se atravesado la guirnalda que la coronara, exclamó:

—¿Quién dice que Roma está pereciendo? ¡Qué locura! Yo, cónsul, sé lo que digo. ¡*Videant consules!* ¡Treinta legiones están velando por nuestra *pax romana!*

Aquí llevó los puños hasta la altura de las sienes y empezó á gritar á voces que por todo el triclinio fueron oídas:

—¡Treinta legiones! ¡treinta legiones! Desde la Bretaña hasta las fronteras de los partos!

Pero súbitamente se detuvo, y poniéndose un dedo en la frente agregó:

—¡Por mi vida, estoy creyendo ahora que son treinta y dos!

Y luego rodó debajo de la mesa y empezó á despedir lenguas de flamenco, hongos, langostas en miel, pescado, carne y todo lo demás que había comido ó bebido.

Pero las numerosas legiones que velaban por la paz de Roma, no lograrsn pacificar á Domicio.

—¡No! ¡no!—decía —Roma debía perecer; porque se había perdido la fe en los dioses, y de igual modo habían sido olvidadas las costumbres severas! Roma debía perecer; y era mucha lástima, porque la vida seguía siendo allí agradable. El César, era clemente, y el vino, bueno. ¡Oh, qué lástima!

Y ocultando la cabeza bajo el brazo de una bacante siria, prorrumpió en lágrimas.

—¿Qué es la vida futura?—agregaba.—Aquiles tenía razón: preferible era ser esclavo en el mundo y bajo el sol, que rey en las regiones de Cimeria.

Y todavía la cuestión acerca de si existían los dioses—desde que implicaba incredulidad—estaba destruyendo á la juventud.

Lucano entre tanto había logrado aventar todo el polvo de oro que cubriera los cabellos de Nigidia, la cual, en el colmo de la ebriedad, estaba durmiendo. En seguida tomó guirnaldas de yedra del vaso que tenía delante, se las colocó á la mujer dormida y terminado esto, dirigió á los presentes una mirada satisfecha é inquisidora. El mismo se decoró luego con hiedra, repitiendo entre tanto con voz de profundo convencimiento:

—Yo en manera alguna soy hombre: soy un fauno.

No estaba borracho Petronio; pero Nerón, que había bebido poco al principio, por consideración á su voz «celestial,» hacia el fin de la fiesta empezó á vaciar copa tras copa hasta quedar ébrio. En ese estado quiso cantar más versos suyos,—esta vez en griego;—pero se le olvidaron, y por equivocación cantó una oda de Anacreonte. Acompañábanle Pitágoras, Diodoro y Terpnos, pero no pudiendo llevar bien el compás, se detuvieron. Nerón, como crítico y como esteta, hallábase encantado de la belleza de Pitágoras, y empezó á besarle extasiado las manos.

—Solo una vez he visto manos tan hermosas,—dijo.—¿Cuáles fueron?

Y llevándose la palma de la mano á la sudorosa frente, trató de recordar. Después de un momento vióse reflejado el terror en su semblante.

¡Ah, sí! ¡Las manos de su madre!... ¡De Agripinal!

Y una como tétrica visión pareció apoderarse de él y llenarle de espanto.

—Dicen,—repuso después,—que ella vaga errante, á la luz de la luna, sobre el mar, en los alrededores de Bayas y de Bauli. Se pasea simplemente; se pasea como si buscase algo. Cuando llega cerca de algún bote, lo mira y se aparta; pero el pescador sobre quien fija la vista, muere.

—No es mal tema,—dijo Petronio.

Pero Vestinio en ese instante, alargando el cuello como una cigüeña, dijo en voz baja y con aire misterioso:

—No creo en los dioses, pero sí en los espíritus... ¡Oy! (¡Ay!)

No hizo caso Nerón de aquellas palabras, y prosiguió:

—Celebré las *Lemuria* (1) y no tengo deseos de volver á verla. Este es el quinto año... Tuve que condenarla, porque envió asesinos contra mí, y si no me hubiese adelantado á ella, no estaríais vosotros escuchando mi canto esta noche.

—¡Gracias sean dadas al César, en nombre de la ciudad y del mundo!—exclamó Domicio Africano.

—¡Vino! ¡más vino, y que suenen los tímpanos! (2)

Y empezó de nuevo el estrépito. Lucano, todo cubierto y deseando con sus gritos acallar los de Domicio, levantóse y exclamó:

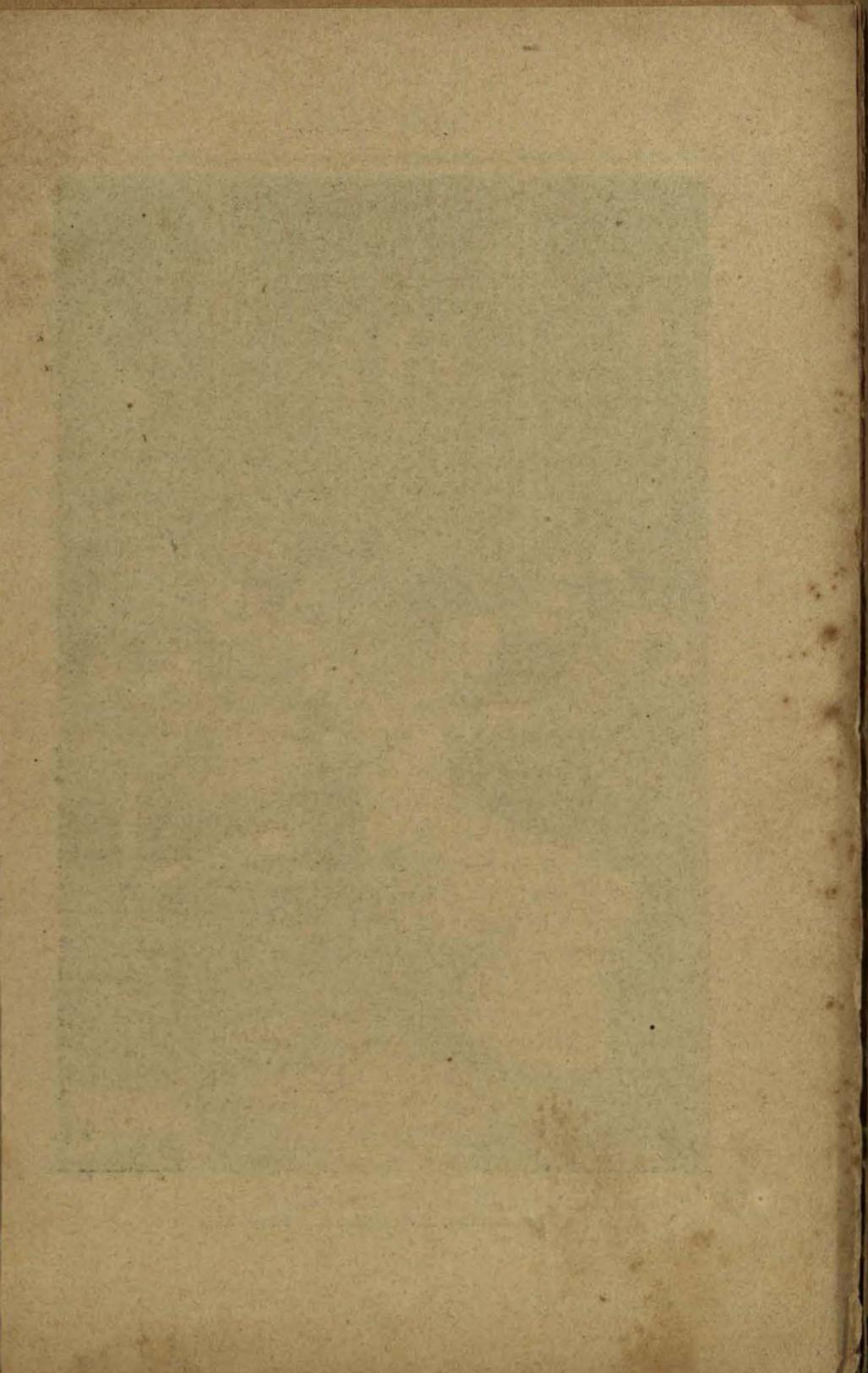
—¡Yo no soy un hombre, sino un fauno, y vivo en la floresta! ¡Eho-o-o oo.

El César bebió hasta quedar por fin beodo; beodos estaban ya también los hombres y beodas las mujeres. Vinicio no lo estaba menos que los demás; y por añadidura, fuera de los deseos que lo agitaban, habíase despertado en él un prurito de reñir que le acometía siempre al propasarse en la bebida. Su moreno semblante se había puesto más pálido que de ordinario y su lengua tartamudeaba al pronunciar las siguientes palabras, que dijo ahora en voz alta é imperiosa:

—¡Ligia, dame tus labios! Hoy, mañana, todo es lo mismo. ¡Basta ya! El César te hizo salir de la casa de Aulio para entregarte á mí, ¿entiendes? Mañana, al obscurecer, mandaré por tí, ¿entiendes? El César antes de sacarte de tu casa, me prometió que serías mía. Tendrás que ser mía.

(1) Fiestas instituídas por los romanos para aplacar las sombras y fantasmas de los muertos. (De «lemures», fantasmas, sombras, que parecen verse de noche y causan miedo. También duendes y demonios.)

(2) Tímpano; atabal ó timbal, tambor ó tamboril.



QUO VADIS?



La enlazó, ella luchó..... (Pág. 74)

¡Dame tus labios! No quiero aguardar hasta mañana...  
¡Pronto, dame tus labios!

Y se adelantó á abrazarla; pero Actea empezó á defenderla, y la defendió llamando en su auxilio todas sus fuerzas, porque vió que la joven estaba á punto de sucumbir. Mas, fué inútil que luchara ella con ambas manos por arrancar la vigorosa presión del brazo de Vinicio; en vano con voz que temblaba de terror y de pena le imploraba que no fuera cruel, que tuviese piedad de aquella débil criatura. Vinicio, ahito de vino, acercaba más y más su rostro al rostro de la joven, la cual iba sintiendo cada vez más próximo su hálito impuro. Ya no era aquel hombre el amante Vinicio, que ella conociera y á quien casi había llegado á considerar como un sér querido de su alma, no; ya no era sino un sátiro ébrio y protervo que la llenaba de repulsión y de pavor.

Pero, entre tanto, las fuerzas ibanla gradualmente abandonando. En vano ella inclinaba esforzadamente á otro lado el cuerpo y esquivaba el rostro para escapar á sus besos. Vinicio púsose al fin de pie, la tomó violentamente en sus brazos, y acercando á su pecho la cabeza de Ligia, empezó anhelante á oprimir contra los suyos los pálidos labios de la joven.

Mas, en ese momento mismo, una fuerza poderosa apartó los brazos de Vinicio del cuello de la joven, con tanta facilidad como si hubieran sido los brazos de un niño, y lo hizo á un lado como si se tratara de un miembro muerto ó de una hoja seca.

¿Qué había sucedido?

Vinicio se pasó la mano por los atónitos ojos y vió delante de él la gigantesca figura del ligur, llamado Ursus, á quien antes encontrara en casa de Aulio.

Ursus estaba allí, de pie, sereno, pero había una tan extraña mirada en sus ojos azules, fijos en Vinicio, que la sangre se heló en las venas del joven. En seguida tomó el

gigante á su reina en los brazos y salió del triclinio con paso medurado y tranquilo.

Actea le siguió.

Vinicio cayó por un instante como petrificado en su asiento; dió un salto en seguida y corrió hacia la entrada, gritando:

—¡Ligia! ¡Ligia!

Pero el contrariado anhelo, el asombro, la ira y el vino hiciéronle flaquear las piernas y sentir que la tierra le faltaba. Tambaleante una y otra vez, aferróse del desnudo brazo de una de las bacantes y empezó como á interrogarla, revolviendo los ojos, qué habia sucedido. Ella tomó una copa de vino y se la dió con una sonrisa de sus ojos anublados por los vapores del licor.

—¡Bebel—le dijo.

Vinicio obedeció y cayó al suelo.

La mayor parte de los asistentes hallábanse á la sazón debajo de la mesa; otros recorrían con pasos bamboleantes el triclinio, los de más allá dormían reclinados sobre la mesa, roncaban, ó de algún otro modo análogo daban testimonio de sus excesivas libaciones.

Entre tanto, desde la dorada red vecina al cielo de la sala, seguían cayendo rosas sobre aquellos cónsules y senadores borrachos, sobre aquellos caballeros, filósofos y poetas borrachos, sobre aquellas borrachas damiselas danzantes y damas patricias, sobre toda aquella sociedad, todavía dominadora, pero que habia perdido ya el alma; sobre aquella sociedad ceñida de guirnaldas y coronas, pero agonizante.

Fuera de las puertas clareaba ya el alba.

## CAPÍTULO VIII

Nadie intentó detener á Ursus, nadie le preguntó qué hacia siquiera. Los invitados que no se hallaban debajo de la mesa habian conservado sus primitivos asientos; de

ahí que los sirvientes, al ver un gigante conduciendo en sus brazos á una persona, creyeron que se trataba de algún esclavo que llevaba á su ama embriagada. Por otra parte, Actea iba con ellos, y su presencia bastaba para alejar toda sospecha.

De esta manera llegaron desde el triclinio hasta la sala contigua, y de allí á la galería que conducía á las habitaciones de Actea. A tal punto habían abandonado á Ligia las fuerzas, que pendía, como cuerpo inerte, del brazo de Ursus. Pero al soplo de la pura y fresca brisa de la mañana reanimóse y abrió los ojos. Las luces del día ibanse haciendo más y más distintas. Después que hubieron recorrido la columnata, volvieron hacia un pórtico lateral que daba, no al patio, sino á los jardines de palacio, en donde ibanse ya coloreando las copas de los pinos y cipreses á los primeros albores de la mañana. Esa parte del edificio hallábase vacía, de manera que hasta allí los ecos de la música y los estrépitos de la fiesta llegaban con claridad cada vez más decreciente. Ahora parecía á Ligia que había sido rescatada del infierno y vuelta de nuevo al hermoso y divino mundo exterior. Algo había entonces fuera de aquel triclinio horripilante. Existían aún el firmamento, la luz, la aurora, la paz. De pronto inundáronse de lágrimas los ojos de la doncella, y buscando abrigo en el brazo del gigante, dijo entre sollozos:

—¡Vamos á casa, Ursus! ¡A casa, á la casa de Aulio!

—¡Vamos! —contestó Ursus.

A la sazón hallábanse en el pequeño vestíbulo de los departamentos de Actea. Ursus colocó á Ligia sobre un banco de mármol, á cierta distancia de la fuente. Actea se esforzó por tranquilizarla; rogóle que descansara y le aseguró que por el momento no había peligro alguno, pues, terminada la fiesta, los embriagados huéspedes dormirían hasta la tarde.

Mucho tiempo tardó Ligia en calmarse, y oprimiéndose

las sienes con ambas manos, seguía repitiendo con insistencia de niña:

—¡Vamos á casa! ¡á la casa de Aulio!

Ursus estaba dispuesto. En las puertas había pretonianos, es cierto, pero él se hallaba pronto á pasar por sobre ellos. Los soldados, además, no detendrían á la gente que quisiera salir. El espacio que había delante del arco estaba completamente lleno de literas. Los visitantes de la víspera empezaban á marcharse en tropel. Nadie los detendría. Saldrían confundidos con la multitud y se irían á casa directamente. Así, pues, por lo que á eso tocaba, nada temía Ursus. La reina ordenaba, y ello debía de ser así. El estaba allí para llevar á cumplimiento sus mandatos.

—Sí, Ursus,—repetía Ligia entre tanto;—vámonos.

Actea vióse obligada á reconocer en principio que ambos tenían razón. Pasarían, es cierto; nadie los detendría. Pero no es permitido huir de la casa de Nerón; quien quiera que tal intente, ofende la majestad del César. Podrían irse; pero en la tarde, un centurión á la cabeza de algunos soldados sería portador de una sentencia de muerte para Aulio y Pomponia Graecina; traerían nuevamente á palacio á Ligia, y ya entonces para ella no habría salvación posible. Si Aulio y su esposa la recibieran otra vez bajo su techo, la muerte les aguardaba indefectiblemente.

Ligia dejó caer los brazos, presa del desaliento. No había, en efecto, ninguna otra salida. Debía ella escojer entre su ruina y la ruina de Plaucio. Al ir á la fiesta había esperado que Vinicio y Petronio la rescataran del poder del César y la volvieresen á casa de Pomponia; sabía ahora que habían sido ellos los que indujeran al César á sacarla de la casa de Aulio. No había, pues, amparo posible. Sólo un milagro podía salvarla del abismo: un milagro y el poder de Dios.

—Actea,—dijo Ligia con acento de desesperación,—¿oís-te decir á Vinicio que el César me había destinado á él, y

que mandaría aquí esta tarde esclavos suyos para que me condujeran á su casa?

—Sí,—contestó Actea, levantándole los abatidos brazos y guardando silencio en seguida.

Empero, la desesperación con que hablaba Ligia no hallaba eco en Actea. Ella misma había sido favorita de Nerón. Su corazón, aunque bueno, era incapaz de percibir con claridad lo vergonzoso de tales relaciones. Antigua esclava, había crecido en los hábitos de la esclavitud, y además amaba todavía al César. Si éste se dignara volver á ella, le abriría los brazos como á la felicidad. Comprendiendo claramente que Ligia debía, ó llegar á ser la querida del joven y hermoso Vinicio, ó exponer á Plaucio y Pomponia á la ruina, no alcanzaba á comprender cómo podía la joven vacilar.

—En la casa del César,—dijo al cabo de unos instantes, —no te hallarías más segura que en la de Vinicio.

Y no se le ocurrió que, aún cuando estaba diciendo á Ligia la verdad, sus palabras significaban: «Resígnate á tu suerte y ve á ser la concubina de Vinicio.»

En cuanto á Ligia, que todavía estaba sintiendo en los labios sus besos, ardientes como brasas y llenos de innobles deseos, la sangre subiósele al rostro como en una oleada de vergüenza ante el solo recuerdo de aquella afrenta.

—¡Jamás!—exclamó con ímpetu incontenible. — ¡Jamás he de permanecer aquí, ni en la casa de Vinicio!... ¡Jamás!

—Pero, dime entonces,—pregunió Actea,—¿tú aborreces á Vinicio?

A Ligia le fué imposible contestar, porque el llanto volvióse á apoderar de ella. Actea estrechó á la doncella contra su pecho y se esforzó por calmar su agitación. Ursus, entre tanto, respiraba con fuerza y apretaba sus puños de gigante, porque, amando á su reina con la fidelidad de un perro, no podía sufrir la vista de sus lágrimas. En su semisalvaje corazón ligur palpataba ahora el deseo de volver al

triclinio, ahogar á Vinicio, y, si necesario fuere, al mismo Cesar; pero temía sacrificar con ello á su ama, y no estaba seguro de que semejante acto, que á él parecia muy sencillo, pudiera ser propio de un confesor del Cordero Crucificado.

Pero Actea, que seguía confortando á Ligia con sus caricias, le preguntó:

—¿Tan odioso te es Vinicio?

—No,—dijo Ligia;—no me es permitido odiar, porque soy cristiana.

—Lo sé, Ligia. Sé también, por las cartas de Pablo de Tarso, que no es permitido perder la virtud, ni temer más á la muerte que al pecado; pero deseo me digas si tu doctrina permite que una persona cause la muerte á otras.

—No.

—Entonces, ¿cómo puedes tú querer que la venganza del César caiga sobre la casa de Aulio?

Siguióse un momento de silencio. De nuevo abriase ante Ligia un abismo sin fondo.

—Pregunto esto,—continuó la joven liberta,—porque me inspiras compasión, así como me le inspiran la buena Pomponia, y Aulio, y el hijo de ambos. Desde hace mucho tiempo he vivido en esta casa, y sé perfectamente lo que es la cólera del César. ¡No! Tú no estás en libertad para huir de aquí. Sólo un medio te resta: implora de Vinicio que te vuelva á la casa de Pomponia.

Pero Ligia cayó de rodiilas y se puso á implorar á otro Sér. Un instante después, Ursus postróse también de hi-nojos, y ambos empezaron á dirigir sus plegarias al cielo en la casa del César y al primer albor de la mañana.

Actea presenciaba aquella plegaria por primera vez y no podía apartar sus ojos de Ligia, quien vista por ella de perfil, con las manos alzadas y el rostro vuelto al firmamento, parecia implorar la protección de lo alto. La auro-ra, al envíar sus rayos sobre sus cabellos negros y su blanco peplo, iba á reflejarse en sus ojos hermosísimos. En-

teramente en el radio de la luz, parecía irradiar luz ella misma.

Se advertía en aquel pálido rostro, en los labios entreabiertos y en las manos y ojos vueltos hacia arriba, una intensa y sobrehumana exaltación. Solo entonces vino á las mientes de Actea el motivo por qué Ligia no podría convertirse en concubina de hombre alguno. Ante los ojos de la antigua favorita del César, pareció como si se descorriera, por decirlo así, una punta de aquel velo que ocultaba un mundo del todo ajeno al que había conocido hasta entonces. Presenciaba atónita la plegaria pronunciada en aquella mansión de infamia y de crimen. Un momento antes habíale parecido que no habría salvación para Ligia; ahora empezaba á creer que bien pudiera sobrevenir algo de extraordinario, que algún auxilio habría de venir, auxilio tan poderoso que el mismo César veríase incapaz de resistirlo; que algún ejército alado bajaría del cielo en socorro de aquella virgen, ó que el sol estendería sus rayos bajo sus pies, atrayéndola á su centro. Había oído hablar de muchos milagros entre los cristianos y empezaba á creer ahora que todo cuanto de ellos se decía, bien pudiera ser cierto, puesto que Ligia oraba, y oraba con tanto fervor.

La joven se levantó por fin, pintada sobre su rostro la serenidad de la esperanza. Ursus levantóse también y permaneciendo próximo al banco, miró á su ama, en demanda de sus órdenes.

Pero se hizo la noche en sus ojos, y después de algunos momentos rodaron lentamente de ellos dos gruesas lágrimas.

—Bendiga Dios á Pomponia y á Plaucio,—dijo.— No me está permitido llevar la ruina á su hogar; por consiguiente, nunca más volveré á verlos.

En seguida, dirigiéndose á Ursus le dijo que sólo con él contaba en el mundo; que debía ser para ella como un peotector y un padre. No podían ya buscar refugio en la

casa de Aulio, porque haciéndolo así traerían sobre ésta la cólera del César. Pero ella no podía tampoco quedar ni en la casa de Neron ni en la casa de Vinicio. Que la llevara Ursus entonces; que la condujese fuera de la ciudad; que la ocultara en algún sitio en donde ni Vinicio ni sus sirvientes pudieran encontrarla. Ella seguiría á cualquiera parte á Ursus, aun más allá del mar, más allá de las montañas, hasta los países bárbaros, en donde no se dejara oír el nombre romano y hasta donde no alcanzara el poder del César. Que la llevara, pues, Ursus, y la salvara, ya que solo él restábale en el mundo.

El ligur estaba pronto, y en señal de obediencia echóse á los pies de la joven y los abrazó. Pero en el semblante de Actea, que había estado aguardando un milagro, se hicieron inequívocas las señas del desencanto. ¿Era eso todo lo que habían producido las oraciones? Huir de la casa del César es cometer un delito de lesa magestad, que debe ser castigado; y aun cuando Ligia lograra ocultarse, el César se vengaría del hecho en Aulio y Pomponia. Si ella deseaba escapar, debía efectuar su fuga cuando se hallara en casa de Vinicio. Porque entonces el César, á quien no gustaba mezclarse en asuntos ajenos, acaso ni siquiera querría auxiliar á Vinicio en su persecución; y en tal evento la fuga, efectuada en esas condiciones, no sería un crimen de lesa magestad.

Pero Ligia discurrió lo siguiente: Aulio no llegaría á saber donde estaba ella; la misma Pomponia lo ignoraría. Escaparíase, pero no de la casa de Vinicio, sino cuando se hallara en camino hacia ella. Vinicio, al embriagarse, había dicho que mandaría sus esclavos á buscarla en la tarde. Indudablemente esa era la verdad, que no le habría confesado á no haber estado ébrio. También era evidente que él, ó quizás él y Petronio, habían visto al César antes de la fiesta y obtenido la promesa de su entrega en la tarde siguiente. Y si olvidaban pedirla ese día, lo harían al subsiguiente. Pero Ursus la salvaría. El se interpondría en

el momento oportuno y la arrancarí­a de la litera como la arrancó del triclinio y se irían ambos por el mundo. Nadie podría resistir á Ursus, ni el mismo terrible atleta que habí­a lidiado en la fiesta del día anterior. Más, como era posible que Vinicio mandara un gran número de esclavos, Ursus iría inmediatamente á pedir ayuda y consejo al obispo Lino, quien tendrí­a compasi3n de ella, no la dejarí­a en poder de Vinicio y antes bien mandaría cristianos que fueran en unió­n de Ursus á rescatarla. Se apoderarían de ella arrebatándola á sus conductores; entonces Ursus podrí­a llevarla fuera de la ciudad y sustraerla al poder de Roma.

Y terminada la disposici3n de este plan volvieron al rostro de Ligi­a la sonrisa y los colores. El consuelo empezaba á confortarla, como si ya fuera un hecho la esperanza de salvaci3n que abrigaba. Y en un impulso repentino echó los brazos al cuello de Actea y posando afectuosamente sobre la mejilla de ésta sus hermosos labios, la dijo al oído:

—Tú no me denunciarás, Actea, ¿verdad?

—Te lo juro por la sombra de mi madre,—contestó la liberta;—pero ruega á tu Dios que dé á Ursus las suficientes fuerzas para poder arrancarte á tus conductores.

Los ojos azules é infantiles del gigante despedían destellos de felicidad. Incapaz de idear proyecto alguno, aun cuando habí­ase llevado todo el tiempo torturando para ello su pobre cabeza, era, sí, capaz de hacer eso que le proponían, siéndole indiferente el que se verificase de día ó de noche! Iría también á ver al obispo, porque el obispo sabí­a leer en el firmamento lo posible y lo imposible. Además, él mismo podrí­a reunir un número de cristianos que le ayudaran. ¿Acaso eran pocas sus relaciones entre esclavos, gladiadores y hombres libres, tanto en el Subura, como allende los puentes? En caso necesario serí­a facil juntar hasta unos dos mil individuos. Salvarí­a á su seño­ra, y la llevarí­a fuera de la ciudad, y podrí­a irse con ella.

Llegarían hasta el fin del mundo, aun hasta los mismos lugares de donde habían venido y en los cuales nadie oía ni siquiera hablar de Roma.

Y aquí empezó á dirigir la vista como á un punto remoto, cual si viese las lejanas, muy lejanas perspectivas del futuro y dijo:

—¿Al bosque? ¡Ah, sí! ¡Qué bosques! ¡qué bosques!...

Al cabo de un momento pareció apartar de sí estas visiones y manifestó que iba inmediatamente á ver al obispo y que por la tarde aguardaría la salida de la litera en compañía de unos cien hombres. Y aun cuando no fueran esclavos, aun cuando fueran soldados pretorianos, la arrancaría del poder de éstos! Preferible era que ningún hombre se pusiera al alcance de su mano, aun cuando estuviera protegido con una armadura de hierro, porque, ¿caso era para él fuerte el hierro? Indudablemente no, pues le bastaba dar sobre cualquiera armadura de ese metal un golpe recio para que no sobreviviera la cabeza que bajo tal armadura se resguardaba.

Ligia alzó el dedo entonces con una seriedad perfecta, pero á la vez infantil, y dijo:

—Ursus, no matarás.

Ursus llevó su puño cerrado, que parecía un mazo, á la parte posterior de la cabeza y abriéndole en seguida empezó á rascarse el cuello con aire muy grave y á hablar entre dientes. El tenía que salvar á «su luz». Ella misma acababa de decir que le había llegado el turno de hacerlo. Intentaría los posibles esfuerzos para no destrozar. Pero, ¿y si algo ocurría, á pesar suyo? En todo caso él debía salvarla. Y si algo pasaba, se arrepentiría y de tal modo imploraría al Cordero Inocente y Crucificado que éste se apiadara de él, pobre muchacho. No abrigaba la menor intención de ofender al Cordero; ¡pero eran tan pesadas sus manos!

Y una gran unción, á la vez que una gran ternura, se

veían pintadas en su semblante; más luego, cual si quisiera ocultar estos afectos, se inclinó y dijo:

—Ahora mismo voy á casa del santo obispo.

Actea rodeó con sus brazos el cuello de Ligia y empezó á llorar. Una vez más comprendió la liberta que había un mundo en el cual existía una felicidad mayor, aun en medio de los sufrimientos, que la cifrada en los excesos y la molicie reinantes en la casa del César. Una vez más también parecíale como si ante sus ojos se le entreabiera una puerta que conducía hácia la luz; pero también comprendió inmediatamente que ella era indigna de salvar los dinteles de esa puerta.

## CAPÍTULO IX

Ligia sentía en extremo perder á Pomponia Graecina, á quien amaba con toda su alma; sentía también no volver ya al hogar de Aulio; no obstante, luego se disipó la desesperación que esto le causara. Porque experimentaba una especie de íntima complacencia en el pensamiento de que iba sacrificar las comodidades y el bienestar por su culto á la Verdad, y á entrar en una vida errante y para ella desconocida hasta entonces. Acaso en esto había mezclada también una especie de curiosidad infaltil acerca de lo que sería esa vida, que iba á llevar lejos, muy lejos de allí, en remotas regiones, tal vez entre bárbaros y bestias feroces.

Pero, más que esa curiosidad, movíala una fe profunda en que obrando así daba cumplimiento á los mandatos del Divino Maestro, y en que, de allí en adelante, El mismo, vigilaría sus pasos como los de una hija sumisa y fiel. Siendo ello así, ¿qué males podrían sobrevenirle? Si la aguardaban más sufrimientos, los soportaría en su nombre. Si la muerte, una muerte repentina, la esperaba, era que El llamábala así; y entonces, cuando Pomponia muriese,

ambas reuniríanse por toda una eternidad. Más de una vez, hallándose en la casa de Aulio, habíase torturado la infantil cabeza pensando en que ella, una cristiana, hasta entonces nada había podido hacer en homenaje al Crucificado, de quien Ursus hablaba con tal leal ternura. Pero el momento había llegado al fin. Ligia sentíase por ello casi dichosa y empezaba á hablar de su felicidad á Actea, quién por su parte, era incapaz de comprenderla. Abandonarlo todo: casa, riquezas, la ciudad, jardines, templos, pórticos, todo lo que es bello; dejar un suelo hermoso, bañado por el sol; separarse de seres amados, y todo, ¿para qué? Para huir del amor de un joven y apuesto caballero! En la cabeza de Actea no encontraban sitio semejantes antinomias. Por momentos llegaba á creer que acaso tuviera Ligia razón para proceder así; que bien podía encontrar en ello una especie de inmensa felicidad misteriosa; pero, en conjunto, no llegaba á darse á sí misma una cabal explicación del hecho, especialmente desde que ante los ojos de Ligia se presensaba, como perspectiva saliente, una aventura que bien pudiera tener un desenlace fatal, una aventura en la que jugaba hasta la misma vida. Actea era de índole medrosa y pensaba con terror en lo que pudiera traer consigo la noche próxima. Pero no se atrevió á descubrir á Ligia sus temores; y entre tanto, como era ya de día claro y el sol llegaba á la sazón hasta el vestíbulo, la instó á que fuese á tomar el reposo de que había menester despues de la pasada noche de vigilia. Ligia no se negó á ello y ambas entonces dirigiéronse al *cubiculum*, que era espacioso y lujosamente amueblado lo cual bien se explicaba por las anteriores relaciones de Actea con el César. Allí se recostaron una al lado de la otra, más; á pesar de su cansancio, Actea no pudo conciliar el sueño. Por espacio de largo tiempo había llevado una vida penosa y sentídose desgraciada; pero ahora experimentaba además una especie de zozobra que antes no conociera. Hasta entonces la existencia le había parecido simplemente triste y sin ma-

ñana; y ahora, merced á una subitánea evolución de su espíritu, encontraba que esa existencia era, además, deshonrosa.

Un caos cada vez más insondable ofuscaba su cabeza. De nuevo una puerta, la puerta de la luz, se abría y cerraba á intervalos ante su vista interior. Pero en el momento de abrirse, parecíale que esa luz, al dar sobre ella de lleno, la deslumbraba hasta el punto de serle imposible ver nada con claridad. Adivinaba, tan solo, que en aquel foco existía cierta clase de felicidad, de felicidad, sin medida, en presencia de la cual toda otra carecía de significación, hasta el punto de que si el César, por ejemplo, hubiera de abandonar á Popea, y volver de nuevo al amor de ella, de Actea, esto no importaría sino la satisfacción de una simple vanidad. De súbito sobrevino asimismo á su imaginación la idea de que el César, á quien amaba y á quien tenía involuntariamente por una especie de semidios, era tan digno de compasión como cualquier esclavo, y que ese palacio, con sus columnas de mármol de Numidia, valía tanto como un hacinamiento cualquiera de piedras. Y por último, todas esas ideas y sentimientos que se atropellaban en su cerebro y que era ella incapaz de traducir, empezaban á atormentarla. Quiso dormir y no pudo; y alarmada y la zozobra torturaban su espíritu.

Y creyendo que Ligia, á quien amenazaban tantos peligros é incertidumbres, tampoco hubiera podido conciliar el sueño, volvióse hacia ella con el ánimo de hablarla de su próxima fuga.

Pero Ligia dormía á la sazón plácidamente. Hasta el interior del obscuro *cubiculum* y al través de la cortina que no había sido corrida por completo, llegaban unos rayos de sol dentro de cuyo radio se agitaba una como titilante faja de átomos de polvo de oro. A la luz de esos rayos contempló Actea el delicado rostro de Ligia, que descansaba graciosamente sobre su brazo desnudo, entornados los ojos y ligeramente enireabiertos los labios. Su respiración

era regular: la respiración de quien duerme un tranquilo sueño.

—Ella duerme... ella puede dormir,—pensó Actea. No es todavía más que una niña.

Empero, al cabo de un instante, vino á su mente el recuerdo de que esa niña prefería fugarse á permanecer con el carácter de la amada de Vinicio; prefería las privaciones á la vergüenza; la vida errante, á una casa de gran señor y al consiguiente disfrute de trajes, joyas y fiestas, entre alegres sonos de laúdes y de cítaras, ¿Por qué?

Y tornaba á contemplar á Ligia, como si en las puras líneas de su rostro de angel dormido hubiera de hallar la respuesta.

Contemplaba su límpida frente, el arco sereno de sus cejas, sus oscuras trenzas, sus entreabiertos labios, su seno virginal, suavemente agitado por una respiración tranquila. Y pensó de nuevo:

—¡Cuán diferente de mí!

Ligia mostrábasele ahora como un prodigio viviente, como una especie de visión divina, como un ser predilecto de los dioses, cien veces más hermosa que todas las flores del jardín del César, que todas las estatuas que adornaban su palacio. Y por otro lado, cuando pensaba en los peligros que á esta niña aguardaban, sentía inmensa pena en el alma. Parecía haber despertado en el corazón de aquella mujer un como amor de madre.

Ligia presentábasele, pues, no tan solo hermosa como una hermosa visión, sino tiernamente amada. Y en un impulso lleno de afecto acercóse á ella y le imprimió un beso en los negros y undosos cabellos.

Pero Ligia dormía [en calma, cual si se hallara en su hogar y bajo la égida de Pomponia Graecina. Y durmió por espacio de largas horas.

Era ya más de medio día cuando abrió sus azules ojos y los paseó atónita por los ámbitos del *cubiculum*. Evidentemente estrañaba no encontrarse en la casa de Aulio,

—¿Eres tú, Actea?—dijo por fin al distinguir en medio de la semi-obscuridad del aposento la fisonomía de la griega.

—Sí, Ligia.

—¿Ha llegado ya la tarde?

—Nó, niña mía; pero son ya mas de las doce.

—¿Y Ursus no ha vuelto aún?

—No dijo que volvería, sino que iba á permanecer por la tarde, acompañado de otros cristianos, en acecho de la litera.

—Es verdad.

Abandonaron ambas en seguida el *cubiculum* y se dirigieron al baño. Allí Actea bañó á Ligia; luego la llevó á almorzar y después á los jardines de palacio, en los cuales no era de temer ningún peligroso encuentro, puesto que el César y sus principales cortesanos hallábanse durmiendo aún.

Por primera vez en su vida veía Ligia esos magníficos jardines, llenos de pinos, cipreses, robles, olivos y arrayanes, por entre todos los cuales blanqueaban aquí y allí toda una población de estatuas. Los limpios estanques de aguas tranquilas ostentaban, como espejos, su tersa linfa; estensos rosales en plena florecencia, velanse bañados por el incensante y cristalino salpicar de las fuentes; había encantadoras grutas, cuyas entradas rodeaban exuberantes la madre selva y la hiedra; cisnes argentados las aguas surcaban como velas diminutas; y por entre las estatuas y los árboles vagaban tímidas gacelas de desiertos de Africa y aves de riquísimo y vistoso plumaje; procedentes de todos los países conocidos de la tierra.

Nadie paseaba á la sazón por los jardines; pero aquí y allí había esclavos trabajando, azada en la mano, y cantando á media voz; otros, á quienes habíase permitido un momento de reposo, se hallaban sentados á orillas de los estanques, á la sombra de las arboledas, ó bajo la luz temblorosa que proyectaban los rayos del sol al penetrar

por entre las hojas; y otros, por fin, regaban los rosales ó las flores de azafran, de color de lirio pálido.

Ligia y Actea dieron un paseo bastante prolongado, como era natural, habiendo tantos primores que admirar en aquellos jardines; y aún cuando no se hallaba en reposo el ánimo de Ligia, era ella todavía demasiado niña para poder sobreponerse á la admiración, á la curiosidad y á la sorpresa que despertaba aquella sucesión de hermosos espectáculos. A su vista, ocurriósele que si el César fuese bueno, podría conceptuarse muy feliz viviendo en tal palacio y en medio de jardines semejantes.

Por fin, un tanto fatigadas, sentáronse las dos en un banco casi por completo oculto tras unos espesos cipreses, y volvieron á tratar de lo que más oprimía sus corazones, á saber: de la fuga de Ligia, que debía efectuarse aquella propia tarde. Actea hallábase mucho menos tranquila que la joven con respecto al éxito de la empresa. Hasta llegaba por instantes á calificar de insensato aquel proyecto y á considerarlo irrealizable. Y entonces acrecia el afecto compasivo que Ligia le inspiraba. Y parecíale que sería cien veces más seguro intento el de influir sobre Vinicio. Obedeciendo á este orden de ideas preguntó á Ligia cuánto tiempo había conocido al joven y si no creía posible inducirlo á que la volviese á casa de Pomponia.

Pero Ligia movió entristecida su hermosa cabeza.

—No,—dijo.—En casa de Aulio, Vinicio se condujo de muy diversa manera: fué muy bueno; pero desde la fiesta de ayer, me causa pavor y prefiero huír hasta el país de los ligures.

—Pero en casa de Aulio,—preguntó Actea,—Vinicio fué para tí un ser querido, ¿no es así?

—Lo fué,—contestó Ligia bajando los ojos.

—Y tú no eras una esclava, como lo fuí yo,—dijo Actea, después de un instante de reflexión.—Vinicio podría casarse contigo. Tú eres un rehén y la hija del rey ligur. Aulio y Pomponia te aman cual si fueras hija suya; y es

toy cierta de que gustosos te adoptarían. Vinicio bien podría unirse á tí, Ligia.

Pero Ligia volvió á contestar con sereno acento y con expresión de creciente angustia:

—Prefiero huír al país de los ligures.

—Ligia, ¿quieres que inmediatamente vaya á casa de Vinicio, le despierte, si aun duerme, y le diga lo que acabo de insinuarte? Sí, amada mía, sí. Iré hasta él y le diré: «Vinicio: es la hija de un rey, á la vez que hija querida del famoso Plaucio, su padre adoptivo; si tú la amas, vuéleva á Plaucio y á Pomponia, y en casa de ellos tómala por tu esposa.»

Mas la triste doncella contestó con voz tan apagada que apenas si Actea alcanzó á percibirla:

—¡Prefiero huír al país de los ligures!

Y dos lágrimas pendían de sus languidecientes párpados.

Esta conversación fué interrumpida por el ruido de pasos que se aproximaban. Y antes aún de que tuviese tiempo Actea de ver quién venía, presentóse delante del banco Popea Sabina, con un pequeño séquito de esclavas. Dos de ellas sostenían sobre su cabeza varios haces de plumas de avestruz, sujetas con dorados alambres; con ellos abanicaban tenuemente á la emperatriz, y al propio tiempo la protegían del sol de otoño que aún se dejaba sentir con fuerza. Delante de ella, una mujer egipcia, negra como el ébano y con los senos turgentes cual si en ellos rebosara el blanco líquido, llevaba en sus brazos una niña envuelta en púrpura con franjas de oro. Actea y Ligia se levantaron, creyendo que Popea pasaría delante del banco sin reparar en ellas; más no fué así. Detúvose á su vista y dijo:

—Actea: los cascabeles que para la muñeca enviaste no estaban bien asegurados; la niña cortó uno y lo llevó á la boca. Afortunadamente, Lilith pudo verla á tiempo.

—Perdón, divinidad,—contestó Actea, inclinando la cabeza y cruzando los brazos sobre el pecho.

Pero Popea, entre tanto, habíase puesto á mirar á Ligia.

—¿Quién es esta esclava?—preguntó después de una pausa.

—No es una esclava, divina Augusta, sino una hija adoptiva de Pomponia Graecina, é hija del rey de Liguria, entregada por éste á Roma en rehenes.

—¿Y ha venido á visitarte?

—No, Augusta. Desde anteayer mora en palacio.

—¿Estuvo anoche en la fiesta?

—Sí, Augusta.

—¿Por orden de quién?

—Por mandato del César.

Popea contempló entonces con más atención á Ligia, quien á la sazón manteníase de pie, inclinada la cabeza, ora alzando hacia Popea con curiosidad sus brillantes ojos, ora ocultándolos bajo sus flexibles párpados. De súbito, un ceño dibujóse en la frente de la emperatriz. Celosa de su belleza y poder, vivía en continua alarma por temor de que alguna vez una afortunada rival pudiera llegar á perderla como había ella perdido á Octavia. De allí que todo hermoso rostro que viese en palacio despertaba en ella mortificantes suspicacias. Con verdadero ojo crítico abarcó de un solo golpe y en conjunto las formas armoniosas de Ligia, pudo aquilatar hasta el más nimio detalle de sus facciones exquisitas, y apoderóse de ella hondo sobresalto.

—¡Esta es sencillamente una ninfa,—pensó,—y es Venus quien la ha dado á luz!

Y de pronto asaltó á su mente una idea que hasta entonces no había venido á perturbarla en presencia de ninguna otra beldad: ¡que la edad empezaba sensiblemente á transparentarse en ella! Y entonces la vanidad herida palpité con violencia en el alma de Popea, fué tomando cuerpo en ella una mortificante alarma, y varias formas suce-

sivas de inquietud medrosa vinieron á cruzar por su cerebro cual relámpagos.

Acaso Nerón no habría visto aún á esa joven, ó entreviéndola tan solo al través de su esmeralda, no había podido formarse un cabal juicio de su belleza. Más, ¿qué podría suceder si el César contemplara, en pleno día y á la luz sol, á semejante maravilla? Por otra parte no era ella una esclava: era la hija de un rey, de un rey de bárbaros, es cierto, pero al fin un rey.

—¡Dioses inmortales!—exclamó para sí.—¡Es tan hermosa como yo, y más joven!

Y se ahondó el surco en su entrecejo, y sus ojos brillaron con frío fulgor de acero bajo sus pestañas de oro.

—¿Has hablado con el César?—la dijo.

—No, Augusta.

—¿Por qué prefieres quedarte aquí á seguir en casa de Aulio?

—No lo prefiero, señora. Petronio indujo al César á que me sacara de casa de Pomponia. Mi presencia aquí mi voluntad contraría.

—¿Y quisieras tú volver á la casa de Pomponia?

Y como Popea hiciera esta última pregunta con voz más benigna y suave, despertóse una súbita esperanza en el corazón de Ligia, y extendiendo hacia ella la mano, dijo:

—Señora: el César ha prometido darme á Vinicio como esclava; más, intercede tú por mí y vuélveme á casa de Pomponia.

—¿Entonces Petronio indujo al César á que te sacara de casa de Aulio y te diese á Vinicio?

—Precisamente, señora. Vinicio ha de enviar hoy por mí; pero tú eres buena, tenme compasión.

Dicho esto se inclinó y cogiendo la orla del traje de Popea, esperó su respuesta con el corazón palpitante. Popea la siguió contemplando por espacio de algunos momentos,

iluminado el semblante por diabólica sonrisa, y dijo al fin:

—Entonces te prometo que has de ser hoy mismo la esclava de Vinicio.

Y prosiguió su paseo, hermosa, pero con la hermosura de una deidad maligna.

Y á los oídos de Ligia y de Actea solo llegaron los gemidos de la niña que empezó á llorar sin saberse á la sazón porqué

Llenáronse á la vez de lágrimas los ojos de Ligia; pero un instante después tomó la mano de Actea, y la dijo:

—Volvamos. El auxilio ha de esperarse tan solo de Aquel que puede prestarlo.

Y tornaron al *atrium*, del cual no salieron hasta la tarde. Cuando por fin obscureció y los esclavos trajeron hachas que despedían grandes llamas, la joven y Actea se veían muy pálidas. Su conversación languidecía de momento en momento. Ambas hallábanse pendientes del más leve ruido y á la expectativa de quien pudiera venir. Ligia una y otra vez repetía que, si bien la apenaba dejar á su amiga, prefería que se verificara todo en esa noche, pues Ursus debía ya estarla esperando en medio de sus sombras. Y su respiración hacíase más acelerada y fuerte por la emoción.

Actea reunió febrilmente cuantas joyas pudo, y atándolas en un extremo del peplo de Ligia, pidióle no rechazara ese obsequio suyo que á la vez constituiría uno de los medios de su fuga.

Por momentos sobrevenía un profundo silencio entre ambas, silencio lleno de alucinaciones del oído. En efecto, á las veces parecíales, ó que habían sentido hablar en voz baja detrás de la cortina, ó que llegaba hasta ellas, primero el llanto lejano de un niño; después, un lúgubre ladrar de perros.

De pronto movióse sin ruido la cortina de la entrada y un hombre alto y moreno, de rostro señalado por huellas

de viruela, presentóse en el *atrium* cual fantasma. Ligia reconoció al punto en él á Atecino, liberto de Vinicio, á quien antes había visto llegar á casa de Aulio.

Actea dió un grito.

Atacino hizo una profunda reverencia y dijo:

—Divina Ligia: te saludo en nombre de Marco Vinicio, quien te aguarda con una fiesta en su casa, toda ella cubierta de verdor.

Palidecieron los labios de la doncella.

—Voy,—dijo.

Y echó al cuello de Actea los brazos en señal de despedida.

## CAPÍTULO X

La casa de Vinicio, en efecto, hallábase á la sazón decorada con el verdor del mirto y la hiedra, que cubrían las paredes y pendían sobre las puertas. Las columnas veíanse rodeadas por verdegueantes guirnaldas de pámpanos. En el *atrium*, cerrado en su parte superior por un paño de color de púrpura, para protegerlo contra el frío de la noche, había una claridad como de día. Veíanse encendidas lámparas de ocho y de doce luces, y afectaban la forma de barcos, de árboles, de animales, aves ó estatuas; éstas últimas sostenían copas llenas de perfumado aceite de oliva; y eran las lámparas de alabastro, mármol ó dorado bronce corintio, no de tan admirable factura como aquel famoso candelabro que usaba Nerón y había sido sacado del templo de Apolo, pero sí muy hermosas y debidas al talento de muy célebres maestros. Algunas de las luces veíanse atenuadas con cristales de Alejandría, ó telas transparentes del Indo, de color amarillo, azul, violeta ó rojo, en forma tal que la iluminación del *atrium* presentaba un armonioso conjunto de rayos policromos. Por todas partes aspirábase el aroma de los nardos, al que habíase habituado Vinicio desde su permanencia en Oriente. Y en el fondo de la casa destellaba también por todos

sus ámbitos la luz, á cuyos fulgores advertíanse las formas de las esclavas y esclavos que á la sazón movíanse afanosos.

En el triclinio había dispuesta una mesa para cuatro personas. Y es que en la fiesta debían hallarse presentes, fuera de Vinicio y Ligia, Petronio y Crisotemis. Vinicio había observado en todo, las indicaciones de Petronio, quien le aconsejó que no fuera personalmente en busca de Ligia, sino que mandase á Atacino llevando el permiso otorgado por el César; y que la recibiera en su hogar de manera amistosa y hasta con ciertos homenajes.

—Estabas borracho ayer, — habíale dicho Petronio: — te ví. Te condujiste con ella como un cantero de los montes de Albania. No seas majadero y recuerda que el buen vino ha de beberse poco á poco. Sabe también que es dulce desear, pero más dulce aún el ser deseado.

Crisotemis tenía en el asunto su opinión propia, que difería un tanto del pensar de Petronio; pero éste, después de llamarla su vestal y su paloma, empezó á explicarle cómo era menester que existiese alguna diferencia entre un experimentado conductor de carros del circo y el joven que por primera vez dirige la cuádriga; Y luego, volviéndose á Vinicio, prosiguió diciendo:

—Gana su confianza, sé magnánimo. No tengo el menor deseo de presenciar una fiesta melancólica. Júrale, hasta por los Hados, que la volverás á casa de Pomponia; y será después de cuenta tuya el que mañana ella prefiera quedarse aquí contigo.

Y en seguida, señalando á Crisotemis:

—Por espacio de cinco años así he procedido, más ó menos, con esta tímida paloma, y no puedo, á la verdad, acusarla de esquivez.

Crisotemis le dió un golpecito con su abanico de plumas de pavo real, y dijo:

—Mas, yo no supe resistirte, ¡oh sátiro!

—Sí, por consideraciones á mi predecesor...

—Pero, ¿no estuviste tú á mis pies?

—Por cierto, para colocar anillos en sus dedos.

Crisotemis dirigió involuntariamente la vista á sus pies, en cuyos dedos era verdad que brillaban algunos diamantes, y ella y Petronio echáronse á reir.

Pero Vinicio no daba oídos á estas chanzas. Su corazón palpitaba intranquilo bajo los atavíos de sacerdote sirio de que habíase revestido para recibir á Ligia.

—Ya habrán salido de palacio,—dijo, como hablando consigo mismo.

—En efecto,—contestó Petronio.—Entre tanto, puedo referirte las predicciones de Apolonio de Tiane, ó la historia de Rufino, que no he terminado de contarte el otro día, no recuerdo por qué causa.

Pero á Vinicio á la sazón importábale tan poco Apolonio de Tiane como la historia de Rufino. Su ánimo todo entero se hallaba embriagado por Ligia, y aun cuando no se le ocultaba que era más decoroso recibirla en su casa que haber ido por ella á palacio, cual una especie de esbirro, había momentos en que sentía no haber cedido á su primer impulso, porque así habría podido verla antes y sentarse á su lado en la dulce penumbra de la litera doble.

Entre tanto, varios esclavos entraron trayendo un tripode adornado con cabezas de morueco, en el que había unos pebeteros de bronce con carbones encendidos, sobre los cuales venían espolvoreando los esclavos mirra y nardo.

—Ahora ya irán dando vuelta hacia el barrio Carinas (de las Carenas),—dijo otra vez Vinicio preocupado.

—Le es imposible esperar; saldrá corriendo en busca de la litera, y es probable que no la encuentre,—exclamó Crisotemis.

Sonrió Vinicio con aire distraído y dijo:

—Por el contrario, esperaré.

Pero al mismo tiempo mostrábase anhelante, inquieto, las narices dilatadas.

Petronio encogióse de hombros y dijo:

—¡Bah! No hay en él de filósofo ni siquiera por valor de un sestercio. Jamás creo que podré hacer un hombre de este hijo de Marte.

—Ya están en las Carenas.

Y en efecto, venían ya torciendo hacia el barrio de las Carenas. Los esclavos llamados *lampadarii* (1) iban delante; otros, llamados *pedisequi* (pajes de á pie) marchaban á ambos lados de la litera. Inmediatamente detrás iba Atacino vigilando la marcha. Se movían con lentitud, porque las lámparas indicaban malamente el camino en un sitio que no estaba alumbrado. Las calles cercanas al palacio hallábanse desiertas; aquí y allí uno que otro hombre moviase, linterna en mano, pero más adelante notábase en el trayecto una multitud extraordinaria. Casi desde todas las calles circunvecinas aflúan á la sazón grupos de tres y de cuatro individuos con sendas lámparas y envueltos en oscuros mantos. Algunos de esos individuos se iban agregando á la comitiva de la litera y mezclándose con los esclavos acompañantes; otros, en mayor número, venían en opuesta dirección. Algunos se tambaleaban, como si fueran ébrios. Por momentos hacíase tan difícil adelantar, que los *lampadarii* gritaban:

—¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Ligia iba notando al través de las cortinas entreabiertas, cómo aumentaban los grupos de transeuntes, y temblaba de emoción. Había momentos en que sentíase dominada por la esperanza: en otros asaltábala el temor.

—¡Ese es éll... ¡ese es Ursus y los cristianos! ¡Ahora sucederá lo previsto!—se dijo luego con los labios temblorosos.—¡Oh, Cristo, ayúdame! ¡Oh, Cristo, sálvame!—agregó.

El mismo Atacino, que al principio no había reparado

---

(1) *Lampadarium*. El que lleva el hacha delante del magistrado ó gran señor.

en la inusitada animación de la calle, principió al fin á alarmarse.

Había en aquello algo extraño. Los *lampadarii* veíanse ahora obligados á gritar más y más á menudo:

—¡Paso, paso á la litera del noble tribuno!

Y á los lados de la misma, multitud de individuos desconocidos ibanse estrechando más y más, hasta el punto de que Atacino vióse obligado á ordenar á los esclavos que rechazaran á golpes toda esa gente.

De pronto se oyó un grito en la dirección de la cabeza de la comitiva. Y en un instante apagáronse todas las luces. Y alrededor de la litera se produjo un movimiento de empuje, un tumulto, una lucha.

Atacino vió que esto era simplemente un ataque y cuando se convenció de ello tuvo miedo. Todos sabían que el César, con una turba de servidores, solía dar asaltos con frecuencia, por vía de diversión, en el Suburra y otros barrios de la ciudad. Hasta era sabido que en ocasiones volvía él de estas aventuras nocturnas con algunas manchas negras y azules en el cuerpo; mas quien quiera que de tal modo se hubiera defendido, tenía pena de muerte, aun cuando fuera senador. La casa de los guardias, cuyo deber era velar en la ciudad por el orden, hallábase no lejos de allí; pero durante esos asaltos los guardias fingían ser ciegos y sordos.

Entre tanto, seguía el tumulto alrededor de la litera, y los asaltantes daban de golpes á sus contrarios, los empujaban, los arrojaban al suelo y los pisoteaban. Al punto vino á la mente de Atacino, como un relámpago, la idea de salvar á Ligia, huir con ella ante todo, y dejar á los demás entregados á su suerte. Así, pues, sacándola de la litera, la tomó en sus brazos é intentó escapar con ella favorecido por la obscuridad.

Pero Ligia gritó:

—¡Ursus! ¡Ursus!

Vestía de blanco; de modo que era fácil distinguirla.

Atacino, con el brazo que le quedaba libre, arrojaba ya apresuradamente sobre ella su manto, cuando unas como garras terribles le oprimieron el cuello y sobre su cabeza cayó cual piedra, una gigantesca y aplastante mole.

Se desplomó al punto, como un buey derribado por el lomo de un hacha delante del altar de Júpiter.

Entre tanto, los esclavos en su mayor parte hallábanse, ó tendidos en el suelo, ó habían escapado escabulléndose en la densa obscuridad ó manteniéndose apegados á las murallas. En el sitio sólo quedó la litera, destrozada desde la primera embestida.

Ursus llevóse á Ligia al Suburra y sus camaradas le siguieron, dispersándose gradualmente por el camino.

Los esclavos reuniéronse cerca de la casa de Vinicio para tomar consejo. Ninguno osaba entrar. Después de una corta deliberación, volvieron al lugar del conflicto, donde encontraran unos cuantos cadáveres, y entre ellos el de Atacino cuyo cuerpo aún palpitaba cuando llegaron á su lado. Pero luego, tras de unas cuantas postreras convulsiones más violentas, se puso rígido y quedó inmóvil,

Entonces lo llevaron consigo, y ya de regreso nuevamente, se detuvieron por segunda vez delante de la puerta.

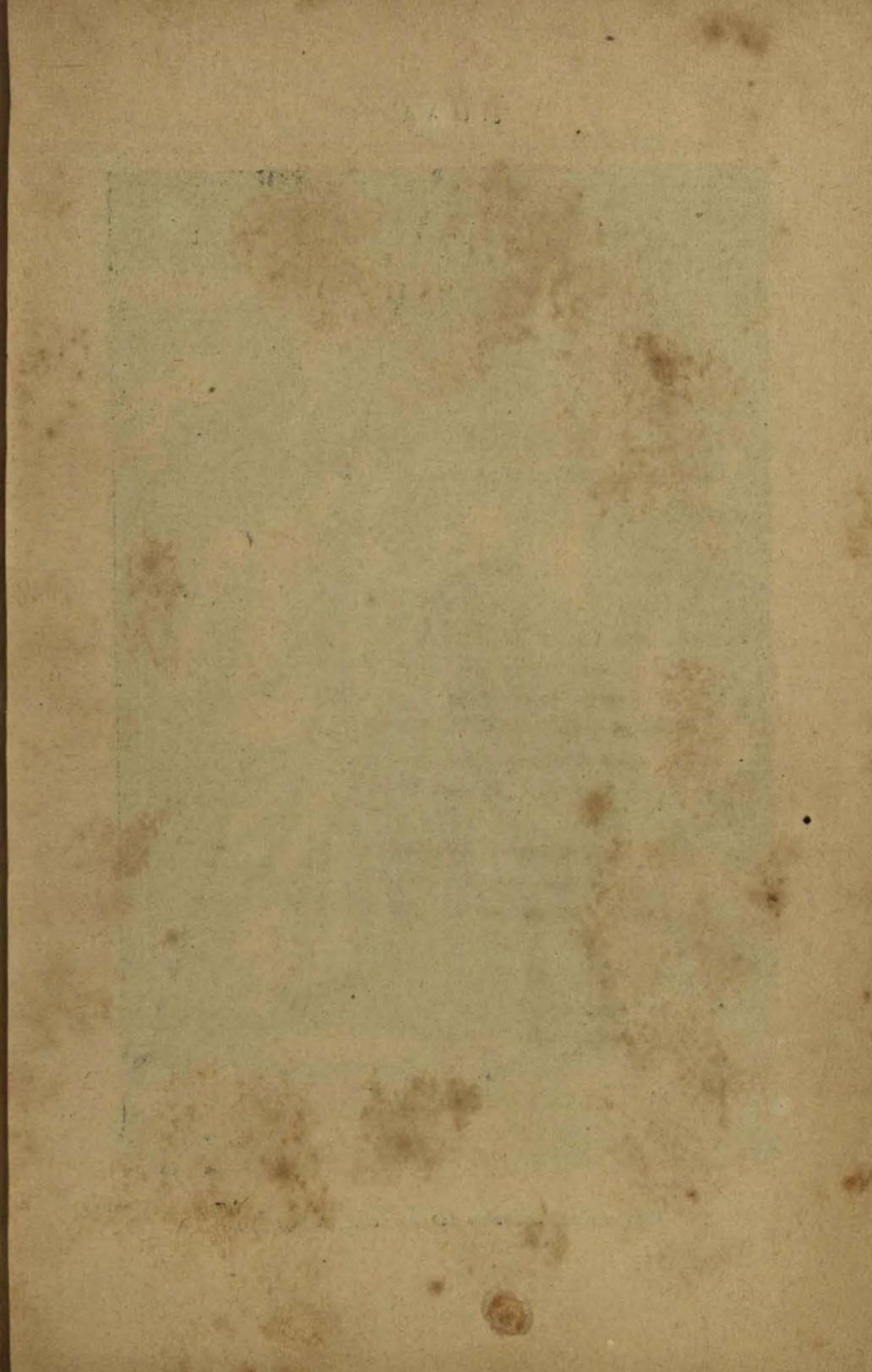
Debían dar cuenta á su amo de lo que había ocurrido.

—Que lo declare Gulo,—dijeron á media voz algunos; —la sangre brota de su rostro como del nuestro, y el señor le quiere; Gulo corre menos peligro que cualquiera de nosotros.

Gulo, un antiguo esclavo germano, que había criado á Vinicio y había sido heredado por éste de su madre, la hermana de Petronio, dijo:

—Yo se lo diré; pero venid todos conmigo. No caiga tan sólo sobre mi cabeza todo el peso de su cólera.

Vinicio, entre tanto, estaba ya impacientándose por completo. Petronio y Crisotemis reían de su intranquilidad,



QUO VADIS?



Con un candelabro de bronce... (Pág. 92)

pero él daba á lo largo del *atrium* agitados paseos, y exclamaba:

—¡Ya debían estar aquí! ¡Ya debían estar aquí!

Quiso ir al encuentro de la litera, pero fué detenido por Petronio y Crisotemis.

De pronto sintiéronse pasos en la entrada; los esclavos se precipitaron al *atrium* en tropel, y deteniéndose bruscamente al llegar al muro, alzaron los brazos al cielo y empezaron á repetir como en un lamento.

—¡Aaaa!... ¡aa!

Vinició de un salto llegó hasta ellos.

—¿Dónde está Ligia?—gritó con voz terriblemente alterada.

—¡Aaaa!

Entronces Gulo se adelantó lleno de sangre el rostro y exclamó precipitadamente y con lastimero acento:

—¡Ved nuestra sangre, señor! ¡Hemos luchado! ¡Ved nuestra sangre! ¡Ved nuestra sangre!

Pero no alcanzó á proseguir. Vinicio cogió una lámpara de bronce y de un golpe destrozó el cráneo del esclavo. En seguida, tomándose la cabeza con ambas manos, se mesó los cabellos, exclamando con voz ronca:

—¡Me miserum! ¡Me miserum!

Púsosele cárdeno el rostro, pareció que los ojos iban á saltar de sus órbitas; y espumajearon sus labios.

—¡Azotes!—rugió después con voz que había perdido ya las inflexiones humanas.

—¡Señor! ¡Aaaa! ¡Tened piedad!—gimieron los esclavos.

Entre tanto Petronio, de pie, mostraba una expresión de displicencia en el semblante:

—¡Ven, Crisotemis!—dijo.—Si deseas seguir contemplando el espectáculo de la carne cruda, daré orden de que abran una de las carnicerías del barrio de las Carenas!

Y salió del *atrium*.

Y entretanto, por toda aquella casa, vestida de verde hiedra y engalanada para una fiesta, solo siguió de tiempo en tiempo escuchándose un triste rumor de quejas y alaridos, haciendo coro al chasquear de los azotes, que duraron casi hasta el amanecer del nuevo día.

## CAPÍTULO XI

Vinicio no se retiró á descansar esta noche. Algunas horas después de la partida de Petronio, viendo que los gemidos de sus flajelados esclavos no calmaban ni su dolor, ni su cólera, reunió un grupo de otros sirvientes, y aún cuando la noche hallábase ya muy avanzada, se precipitó á la calle á la cabeza de ese grupo con el objeto de buscar á Ligia. Recorrió el barrio Esbulino, en seguida el Subura, el Vicus Sceleratus (Barrio Maldito), y todas las calles adyacentes. Pasando en seguida alrededor del Capitolio, dirigióse á la isla, atravesando el puente de Fabricio; después recorrió una parte del Trans-Tiber.

Pero aquella era una pesquisa desprovista de objetivo, pues él mismo no tenía ya esperanzas de encontrar á Ligia, y si la buscaba era simplemente para ocupar en algo esa terrible noche. Y en efecto, la ocupó toda, pues regresó á su casa como al amanecer, á la hora en que las carretas y las mulas de los verduleros empezaban á recorrer la ciudad y en que estaban abriendo ya las panaderías.

A su regreso mandó que se llevaran el cadáver de Gulo, que nadie habíase atrevido á tocar.

A los esclavos, de cuyas manos Ligia había sido arrebatada, los hizo conducir á las prisiones rurales, castigo casi más terrible que la muerte. Y por último, echándose sobre una poltrona en el *atrium*, púsose á discurrir confusamente los medios de que habría de valerse para encontrar á Ligia y apoderarse de ella.

Perderla, renunciar á ella, no verla más, parecíale imposible; y al sólo asomo de tal pensamiento, apoderábase de

Vinicio una especie de frenesí. Por primera vez en su vida, la índole imperiosa del joven soldado encontraba resistencia en otra voluntad, cual la suya inquebrantable, y no acertaba á comprender cómo podía existir persona alguna que tuviera la osadía de contrariar sus deseos. Vinicio habría preferido el espectáculo de la ciudad y el mundo entero hundiéndose entre ruinas, á ver fallidos sus propósitos. La copa de la felicidad le había sido arrancada de los labios casi; de allí su impresión de que había ocurrido algo de inaudito, algo que clamaba venganza á las leyes divinas y humanas.

Pero, ante todo, y en primer lugar, no tenía ni voluntad, ni hábito de conformarse con su suerte, pues nunca en su vida había sentido un anhelo más imperioso que el que á Ligia lo impelia. Parecíale que sin ella la existencia iba á serle imposible. No podía decirse á sí mismo qué haría lejos de ella á la mañana siguiente, y qué sería de su vida en los días sucesivos.

Había momentos en que se dejaba llevar por una irritación contra la joven, que se aproximaba á la lacura. Se incendiaba en el deseo de tenerla á su alcance, golpearla, arrastrarla de los cabellos hasta el *cubiculum* y ensañarse en ella hasta el dominio pleno. Más, luego dejábase subyugar por un ansia atormentadora de escuchar su voz, de extasiarse en sus formas, de embriagarse en sus ojos y sentíase dispuesto á echarse á sus pies. Llamábala entonces á voces, mordíase los dedos y oprímíase la cabeza entre las manos. Ponía sus cinco sentidos en la empresa de meditar con tranquilidad acerca del mejor medio para encontrarla y reconocía luego su impotencia. Mil arbitrios y maneras veníanle á la cabeza, pero cada uno de ellos tanto ó más desatinado que el anterior. Por último, sobrevino á su mente la idea de que nadie sino Plaucio, le había interceptado á Ligia, y que en todo caso, él debía saber dónde se ocultaba la joven. Y se levantó bruscamente, dispuesto á correr á casa de Aulio.

Si allí no querían entregarle á Ligia, si no se intimidaban ante las amenazas que se proponía hacerles, iría hasta el César, acusaría de inobediencia al viejo general y obtendría contra él una sentencia de muerte; pero ante todo les haría confesar el sitio en donde Ligia se ocultaba. Aún cuando se la dieran voluntariamente, él se vengaría. Ellos lo habían recibido, es cierto, en su casa, y lo habían atendido, ¡pero eso no era nada! Con esta sola injusticia le habían desligado de toda gratitud. Y aquí su alma rencorosa y obstinada empezó como á gozarse anticipadamente en la desesperación de Pomponia Graecina al serle notificada por el centurión la sentencia de muerte del viejo Aulio. El se hallaba casi seguro de que la obtendría, pues contaba con la ayuda de Petronio. Por otra parte, el César nada negaba á sus íntimos los augustianos, á menos que su negativa por móviles tuviera el desagrado ó el deseo personal.

De pronto sintió como si el corazón desfalleciera dentro del pecho, bajo la influencia de esta suposición terrible:

¿Y si es el mismo César quien se ha apoderado de Ligia?

Todo el mundo sabía que Nerón, para disipar el tedio, buscaba en ocasiones un entretenimiento en los ataques nocturnos. El mismo Petronio había tomado parte en algunas de estas distracciones.

Su principal objeto era apoderarse de mujeres y mantenerlas una á una en la capa de un soldado hasta que se desmayaban. El propio Nerón, en algunas ocasiones, llamaba á estas expediciones «caza de perlas», porque se daban casos en que cerca de los confines de algún barrio ocupado por una numerosa y desvalida población, solían coger una que otra perla verdadera de juventud y de belleza. Entonces el *sagatio* (1), como llamaban al manteo, se

---

(1) De *sagatum*, traje ó vestido de sayo militar.

transformaba en un verdadero raptó, y la perla era enviada, ó al Palatino ó á una de las innumerables casas de campo de Nerón, ó finalmente el César la cedía á alguno de sus íntimos. Tal pudo también haber ocurrido en el caso de Ligia. El César habíala observado durante la fiesta; y Vinicio no dudaba ni por un instante de que debió haberle parecido la más hermosa de las mujeres que hasta entonces hubieran pasado ante su vista. ¿Y cómo podía ser de otra manera? Ciertó es que Ligia había estado en la propia casa de Nerón, en el Palatino, y que bien pudo haberla retenido abiertamente. Pero, como Petronio con verdad decía, el César no tenía el valor del crimen, y disponiendo del poder para obrar abiertamente, prefería siempre obrar de modo clandestino. En esta ocasión el temor á Popea, podría bien inclinarlo asimismo al secreto. Y ahora antojábasele al joven militar que Aulio no habría osado, quizás, arrebatar violentamente á una joven que le había sido dada á él, á Vinicio, por el César.

Y entonces, ¿quién se habría atrevido á ello? Habría sido ese gigantesco ligur de ojos azules, que tuvo la audacia de penetrar en el triclinio y sacarla de la fiesta en sus brazos?

Pero, ¿dónde podría ocultarse con ella, dónde podría conducirla? ¡No! era imposible que un esclavo se atreviese á tanto. De ahí que nadie hubiera podido en su concepto perpetrar aquel hecho sino el propio César.

Ante esta conjetura obscureciósele los ojos y gotas de sudor empezaron á brotar de su frente. Ligia, en tal caso, estaba perdida para siempre, por lo que á él tocaba. Era cosa factible arrebatarla del poder de cualquiera, más no del poder del César. Y ahora, con más verdad que nunca, podía exclamar: «¡Væ, misero mihil!» (¡Ay, miserable de mí!) La imaginación le presentaba á Ligia en los brazos de Nerón y por primera vez en su vida comprendía que hay pensamientos imposibles de soportar dentro de la humana resistencia.

Supo asimismo entonces apreciar por primera vez, cuánta era la intensidad de su amor á ella. Así como por la mente de un hombre que se está ahogando, pasan con fugacidad de relámpagos los cuadros palpitantes de su vida toda, desfilaban ahora por su memoria todas aquellas escenas en que había figurado Ligia. Veíala, escuchaba hasta la última de sus palabras, contemplábalas en la fuente, en la casa de Aulio, en la fiesta; sentíala á su lado, percibía el perfume de sus cabellos, el tibio aroma de su cuerpo, la delicia de los besos que imprimiera sobre los labios de la inocente doncella. Parecíale ahora cien veces más dulce, más hermosa, más deseada que nunca, cien veces más, la única, la sola escogida entre todos los mortales y las divinidades. Y cuando pensaba que todo esto, que había llegado á grabarse tan indeleblemente en su corazón, que había llegado á convertirse en sangre y vida suya, pudiera ser poseído por Nerón, apoderábase de él una angustia, puramente física, pero tan penetrante, que por momentos casi le impulsaba á dar con su cabeza en el muro del *atrium* hasta destrozarla.

Temía volverse loco, y así hubiera indudablemente sucumbido, á no restarle como supremo refugio la venganza. Porque, así como hasta entonces había pensado que no podría vivir sin que Ligia fuera suya, antojábasele ahora que no podría morir sin haberla vengado. Y esto le infundió una especie de consuelo.

—¡Seré tu Casio Queroneo! (1)—se dijo á sí mismo pensando en Nerón.

Y momentos después tomó en sus manos un puñado de tierra de una de las macetas de flores que rodeaban el *impluvium*, é hizo un terrible voto de venganza á Erebo (el infierno), á Hecate (2) y á sus propios domésticos lares.

(1) El matador de Calígula.

(2) Hija de Júpiter y Latona, á quien llaman los poetas Luna en el cielo, Diana y Lucina en la tierra y Proserpina en el infierno; preside á los hechizos y la pintan con tres cabezas: la derecha de caballo; la izquierda de perro y de jabalí la del medio.

Y pareció hallar en esto una especie de consuelo. Ahora siquiera quedábale algún objeto á qué destinar su vida; restábale algo con qué llenar sus días y sus noches. Así, pues, abandonando su primera idea de visitar á Plaúcio, se hizo conducir á palacio. Y en el camino fué pensando en que, si no le admitían á la presencia del César, ó si le registraban para ver si llevaba consigo armas, sería esa una prueba de que era el César el raptor de Ligia. El no llevaba armas. En general, había perdido su presencia de ánimo; pero, cual siempre sucede á las personas á quienes domina la obsesión de una idea fija, conservaba esa presencia de ánimo en todo lo pertinente á su venganza. No deseaba que sus proyectos de reparación fueran á verse prematuramente desbaratados.

Ante todas cosas, quería hablar con Actea, pues aguardaba saber de sus labios la verdad. Y por momentos relampagueaba en su cerebro la esperanza de que acaso también pudiera ver á Ligia; y á esa sola idea poníase á temblar. Porque, si el César la había arrebatado sin saber quién era, bien podía volvérsela ese mismo día. Pero después de breve espacio, desechó esta suposición. Si hubiera existido el menor deseo de volvérsela, estaría ya Ligia en su casa. La única persona que pudiera explicarlo todo era, pues, Actea y había necesidad de verla antes que á cualquiera otra.

Adquirida ya esta convicción, ordenó á sus esclavos que apresurasen la marcha y durante el resto del camino fué pensando, en medio de un verdadero desorden de ideas, ora en Ligia, ora en la venganza.

Había oído decir que los sacerdotes egipcios de la diosa Pasht tenían el poder de enviar enfermedades á quienquiera que fuese y ellos lo desearan, y se decidió á estudiar los medios de alcanzar esto. Habíanle dicho asimismo en Oriente que entre los judíos existe una especie de invocaciones, por virtud de las cuales cubren de úlceras los cuerpos de sus enemigos. Tenía entre sus esclavos una

cantidad de judíos y se prometió que á su regreso los haría torturar hasta que le confesaran este secreto. Empero, procurábale mayor deleite el pensar en la espada romana corta, que hace manar un torrente de sangre como el que había brotado del pecho de Cayo Calígula y dejado manchas indelebles en las columnas del pórtico. Se hallaba dispuesto al esterminio de Roma entera; y si los dioses de la venganza le hubieran prometido que todo el mundo moriría, exceptuados él y Ligia, hubiera de buen grado acogido tal promesa.

Frente ya al arco de palacio, recobró su presencia de ánimo y pensó, á la vista del guardia pretoriano:

—Si oponen la menor dificultad á mi entrada, probarán con ello que Ligia se halla en palacio por la voluntad del César.

Pero el primer centurión le acogió con amable sonrisa y luego, dando algunos pasos hacia él, dijo:

—Salud, noble tribuno. Si deseas presentar tus homenajes al César, no has venido en momento propicio; paréceme imposible el que te sea permitido ahora verle.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Vinicio.

—La infanta Augusta cayó enferma repentinamente ayer. El César y la Augusta Popea la están atendiendo, rodeados de médicos que han hecho acudir de todas partes de la ciudad.

Este era un suceso importante. Cuando le nació esa hija, el César volvióse loco de alegría y la recibió con *extra humanum gaudium* (extra humano gozo). Anteriormente el Senado había encomendado á los dioses, con la mayor solemnidad, el vientre de Popea. Se hizo una ofrenda votiva en Acio, ciudad donde se verificó el alumbramiento; celebráronse juegos espléndidos y además fué erigido un templo á las dos Fortunas. Nerón, incapaz de ser moderado en cosa alguna, cobró á la criatura un amor sin límites; para Popea era también muy querida la niña, con tanto

mayor motivo cuanto que afirmaba su posición y hacía irresistible su influencia.

La suerte de todo el imperio podía depender de la salud y la vida de la infanta Augusta; pero Vinicio hallábase tan preocupado de sí mismo, de su propia situación y de su amor, que sin hacer caso de las noticias que le daba el centurión, limitóse á contestar:

—Sólo deseo ver á Actea.

Y entró en palacio.

Pero Actea encontrábase también ocupada cerca de la infanta y Vinicio tuvo que esperarla por largo tiempo. Solo volvió cerca de medio día, marchito el rostro y cubierto de una palidez que á la vista de Vinicio se hizo más intensa.

—¡Actea!—exclamó Vinicio, tomándola de la mano y atrayéndola hacia el centro del *atrium*.—¿dónde está Ligia?

—Yo deseaba preguntarte eso á tí,—contestó ella mirándole de frente con expresión de reproche en el semblante.

Pero, aun cuando Vinicio habíase prometido á sí mismo hacer con calma estas averiguaciones, volvió á oprimirse la cabeza con ambas manos y dijo descompuesto el semblante por el dolor y la cólera:

—Se ha fugado. ¡Me fué arrebatada en el camino!

Sin embargo, al cabo de un momento se repuso y acercando impulsivamente su rostro al de Actea, la dijo con los dientes apretados:

—¡Actea! Si la vida te es cara, si no deseas ser causante de infortunios que tú no puedes ni siquiera imaginar, contéstame la verdad:

¿Se apoderó de ella el César?

—El César no salió ayer de palacio.

—Por la sombra de tu madre, por todos los dioses, dime, ¿no está en palacio entonces?

—Por la sombra de mi madre, Marco, yo te aseguro que

no está ella en palacio y que no ha sido el César quien te la ha interceptado. La infanta Augusta se halla enferma desde ayer y Nerón no se ha movido de su cuna.

Vinicio respiró. Aquello que había considerado como la parte más terrible de la prueba por que estaba pasando, cesaba ya de amenazarle.

—¡Ahl entonces,—dijo sentándose en el banco y apretando los puños,—entonces ha sido Aulio el raptor; y en ese caso, ¡ay de él!

—Aulio Plaucio estuvo aquí esta mañana. No me encontró, pues me hallaba á la sazón ocupada con la niña; más, preguntó por Ligia á Epafrodito y á otros sirvientes del César y les dijo que volvería á verme.

—Desea alejar de sí las sospechas. Si no supiera lo que ha sucedido, habría ido á buscar á Ligia á mi casa.

—Dejó escritas unas cuantas palabras en una tabla; por ellas verás que, habiendo sabido que Ligia había sido sacada de su casa por el César, á petición tuya y de Petronio, él esperaba que te sería enviada; y esta mañana temprano estuvo en tu casa, donde le participaron lo que había ocurrido.

Y dicho esto, se dirigió al *cubiculum* y volvió luego con la tabla que había dejado Aulio.

Vinicio la leyó y guardó silencio; Actea pareció entre tanto haber leído los pensamientos que se ocultaban tras de su tétrico semblante, porque dijo al cabo de unos momentos:

—No, Marco. Lo sucedido se ha verificado por la voluntad de la misma Ligia.

—¡Era de tí sabido, entonces, que ella se proponía huir! —prorrumpió Vinicio.

—Yo sabía que ella no sería nunca tu concubina.

Y Actea le clavó una mirada un tanto severa de sus casi anublados ojos.

—¿Y tú?...—exclamó Vinicio,—¿qué fuiste durante tu vida entera?

—Yo ante todo fui esclava.

Pero no por esto se calmó la cólera de Vinicio. El César le había dado á Ligia; no necesitaba, pues, inquirir cuál había sido su anterior condición. La buscaría y la encontraría, aunque estuviera debajo de la tierra, y dispondría de ella á su antojo ¡Así lo haría en verdad! Sería ella su concubina. Ordenaría que la flajelaran cuantas veces le viniera en voluntad. Y si llegaba á serle desagradable, la daría al último de sus esclavos ó la enviaría á dar vueltas á un molino en sus tierras de Africal ¡Sí, la buscaría hasta sacarla de su escondite, sólo para humillarla, para pisotearla, para rendirla!

Y aumentando su excitación por grados, fué á la vez perdiendo toda mesura hasta el punto de que la misma Actea comprendió que prometía más de lo que era dado ejecutar; que hablaba impulsado por el dolor y por la cólera. Pudo haber sentido compasión hacia él, pero vió agotarse su paciencia ante los extravagantes arranques del joven, y le preguntó por último á qué había venido.

A Vinicio, por de pronto, no le fué dable hallar una respuesta. Había venido á ver á Actea porque había querido, porque juzgaba que ella podría darle informes; pero en realidad su primera resolución había sido ver al César y no siendo esto posible, había ocurrido á ella. Ligia, al emprender la fuga, se oponía á la voluntad del César; así, pues, él solicitaría una orden suya para buscar á la joven en la ciudad, y en el imperio; aun cuando fuera necesario, para llevar á efecto ese propósito, emplear todas las legiones y allanar una por una todas las casas situadas dentro de los dominios de Roma. Petronio apoyaría esta petición y el registro empezaría desde aquel mismo día.

—Ten cuidado,—contestó Actea;—no vaya á suceder que la pierdas para siempre, por disposición del César, desde el momento en que la encuentres.

Vinicio frunció el ceño, y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Escúchame, Marco. Ayer, Ligia y yo nos hallábamos en los jardines de palacio. Allí encontramos á Popea con la infanta Augusta, que era conducida por una africana, Lilith. Por la tarde cayó enferma la niña, y Lilith sostiene que ha sido hechizada; y que la mujer extranjera con quien Popea y ella se encontraron en los jardines fué la causante del maleficio. Si la niña mejorase, quedará esto olvidado; pero en el caso contrario, Popea será la primera en acusar á Ligia de hechicería, y donde quiera que se la encuentre, no habrá salvación para ella.

Sucedióse un instante de silencio; luego, Vinicio dijo:

—Pero quién sabe si es verdad que ha hechizado á la niña, y me ha hechizado á mí...

—Lilith repite que la niña empezó á llorar desde el momento en que pasó frente á nosotros. Y realmente la niña empezó entonces á llorar. Lo cierto es que estaba enferma cuando la llevaron fuera de los jardines. Marco: puedes buscar á Ligia cuando y donde te plazca, pero hasta tanto no haya recobrado la salud la infanta Augusta, no hables de tu amada al César, si no quieres atraer sobre ella la venganza de Popea. Los ojos de Ligia han derramado ya bastantes lágrimas por tu causa: plegue á los dioses conservar su pobre cabeza.

—¿Tú la amas, Actea?—preguntó Vinicio con acento melancólico.

—Sí, la amo,—contestó Actea.

Y en los ojos de la liberta brillaron las lágrimas.

—Tú la amas porque no te ha correspondido con odio, como á mí.

Actea le miró por algunos instantes cual si vacilara, ó quisiera descubrir en su fisonomía si hablaba con sinceridad; en seguida, exclamó:

—¡Hombre ciego y apasionado!... ¡Ella te amaba!

Al escuchar estas palabras, Vinicio dió un brusco salto, cual si fuera un poseso.

—¡No es cierto!—gritó.

Y agregó luego que Ligia le aborrecía. ¿Cómo podía saber Actea lo que estaba diciendo? ¿Habírale hecho Ligia la confesión de sus sentimientos después de solo un día de conocerla? Y luego, ¿qué amor ese, que prefiere la vida errante, los infortunios de la pobreza, la incertidumbre del mañana, y hasta una muerte ignominiosa quizás, á una casa engalanada de flores y de guirnaldas, en la cual espera un amante pronto á recibirla con una fiesta? Mejor era para él no dar oído á cosas semejantes, porque creía estar á punto de volverse loco. No habría cambiado á esa joven por todos tesoros del César, y ella huía de él. ¿Qué clase de amor era ese, que teme á la dicha y busca el dolor? ¿Quién podría comprenderlo? ¿Cómo sonarlo? Si no fuera por la esperanza que abrigaba de encontrar á Ligia, estaría dispuesto á arrojarle sobre su espada. El amor rinde, no hace huir. Había habido, en efecto, en casa de Aulio, momentos al parecer prometedores de una felicidad cercana, pero ahora estaba convencido de que Ligia le odiaba entonces, le odiaba ahora y moriría con el corazón impregnado de odio hacia él.

Pero Actea, de ordinario apacible y tímida, prorrumpió al escuchar tales frases, en un arranque de indignación. ¿Cómo había tratado él de conquistar á Ligia? En vez de inclinarse ante Aulio y Pomponia para obtenerla de su mano, había arrancado la niña á sus padres, valiéndose de una estratagema. Y deseaba hacer, no una esposa, sino una concubina de la hija adoptiva de una casa honrada, de la hija de un rey. Habíala traído á esta morada de crimen y de infamia.

Todavía más, habíala profanado haciendo pasar ante sus inocentes ojos el espectáculo de una fiesta vergonzosa; habíase conducido con ella como si fuera una mujer libre. ¿Tan pronto había olvidado la casa de Aulio y Pomponia Graecina, en donde se había educado Ligia? ¿No tenía el suficiente juicio para comprender que hay mujeres diferentes de Nigidia, ó Calvia Crispinilla, ó Popea, y de

todas las que había encontrado en la casa del César? ¿No se había penetrado al instante, á la sola vista de Ligia, de que era un púdica doncella, dispuesta á preferir la muerte á la infamia? ¿De dónde sabía qué clase de dioses eran los que ella adoraba, y si no eran más puros y mejores que la licenciosa Venus ó que Isis, á quien adoraban las depravadas mujeres de Roma? ¡No! Ligia no le había hecho confesión alguna, pero habíale dicho, sí, que era á Vinicio á quien había pensado volver los ojos en busca de salvación; que había esperado de él que obtuviera del César permiso para volver á su casa y á los brazos de Pomponia. Y Ligia en el momento de manifestar estas expectativas suyas, habíase ruborizado como una virgen que ama y confía. En el corazón de la joven había latidos consagrados á él; pero él, en cambio, habíala aterrorizado y ofendido; habíala indignado. Bien podía Vinicio buscarla ahora con la ayuda de los soldados del César, pero debía saber también que si llegase á morir la hija de Popea, las sospechas recaerían en Ligia, cuya destrucción sería entonces inevitable.

La emoción empezó á abrirse paso bruscamente por entre la cólera y el dolor de Vinicio. La noticia de que era amado por Ligia le conmovió hasta lo más hondo del alma. La recordaba ahora cuando á su lado en el jardín de Aulio, escuchaba ella sus palabras cubierto de rubor el rostro y radiantes de luz los ojos. Parecíale también que era entonces cuando ella había empezado á amarle; y en el momento mismo, á esa sola idea, llegó hasta su alma, cual ténue brisa impalpable, una sensación de felicidad, de una felicidad cien veces mayor que la por él ansiada hasta entonces. Pensó que habría podido bien conquistarla gradualmente, contando desde luego con su amor. Ella entonces habría cubierto de guirnaldas la puerta de su casa, frotándola con grasa de lobo y sentándose luego como esposa suya en su hogar, sobre la piel de morueco. Habría escuchado de sus labios la sacramental frase:

«Donde tú estás, Cayo, allí estoy yo, Caya (1).» Y entonces ella hubiera sido suya para siempre. ¿Por qué no había él obrado así? Ciertamente es que había estado al principio dispuesto á ello. Pero ahora la joven había huído, y acaso fuera imposible encontrarla; y de encontrarla él, quien sabe si con ello causaría su muerte, y aún cuando no causara su muerte, ni ella, ni Aulio, ni Pomponia Graecina, le brindarían á él ahora una favorable acogida.

Y de nuevo estas ideas parecieron erizarle los cabellos; pero su cólera esta vez volvióse, no contra la casa de Aulio, ni contra Ligia, sino contra Petronio. Petronio era el culpable de todo. A no haber sido por él, Ligia no se habría visto obligada á la fuga; sería ya su esposa, y ningún peligro amenazaría su amada cabeza. Pero, ahora, todo eso había sucedido, y era demasiado tarde para remediar un mal que tal remedio no tenía.

—¡Demasiado tarde!— Y al decir estas palabras, le pareció que á sus pies habíase abierto un abismo. No sabía cómo empezar, qué procedimiento seguir, á dónde acogerse.

Actea repitió como un eco las palabras «¡Demasiado tarde!» que proferidas por otros labios resonaron al oído de Vinicio como una sentencia de muerte. Pero, de entre todas sus divagaciones surgía siempre una idea fija: ó buscaba y encontraba á Ligia ó algo de funesto iba á sucederle á él.

Y envolviéndose maquinalmente en su toga, iba á partir ya sin siquiera despedirse de Actea, cuando en ese instante abrióse la cortina que separaba la entrada del *atrium* y encontróse delante del triste rostro de Pomponia Graecina.

Era evidente que también había sabido ésta la desaparición de Ligia y juzgando que á ella sería más fácil que

(1) Caius, Caia, Cayo, Caya, nombres propios que significan respectivamente señor ó amo, y señora. «*Ubi tu Caius. ego Caia.*» «Donde tú serás el señor, yo la señora.» (Palabras que decía la mujer romana al que celebraba con ella contrato matrimonial.)

á Plaucio ver á Actea, había venido á pedirla noticias.

Mas al ver á Vinicio, volvió hacia él su pálido y delicado semblante y dijo, tras de breve pausa:

—¡Que Dios te perdone, Marco, el daño que nos has hecho á nosotros, y á Ligial!

El se mantuvo de pie, inclinada la cabeza, dominado por un sentimiento de culpabilidad y de infortunio y sin comprender todavía lo que Dios debía ó podía perdonarle. A su juicio, Pomponia no tenía razón para hablar de perdón; debía clamar por Venganza.

Por fin salió, con la cabeza desprovista de todo certero designio, y llena de ideas mortificantes, de un inmenso desatiento y una confusión insólita.

En el patio y debajo de la galería veíanse á la sazón grandes grupos de gente llena de ansiedad.

Entre los esclavos de palacio se hallaban caballeros y senadores que habían venido á tomar informes acerca de la salud de la infanta y al mismo tiempo á mostrarse en el Palatino y dar un testimonio de su solicitud, aun cuando tan solo fuera en presencia de los esclavos de Nerón. Era evidente que se había esparcido con mucha rapidez la noticia de la enfermedad de la «divina», pues á cada momento veíanse nuevos rostros delante de la puerta y aumentaban los grupos que se habían formado en la arcada.

Algunos de los recién llegados, notando que Vinicio venía del palacio, le asaltaron en demanda de noticias; pero él apresuró el paso sin contestar á nadie, hasta que Petronio, que también había venido con el propio objeto, casi se estrelló contra el pecho de Vinicio al detenerlo.

Es indudable que el joven se habría puesto fuera de sí á la vista de Petronio y llegado hasta perpetrar quién sabe qué acto de violencia en el palacio del César, á no ser por la circunstancia de que al separarse de Actea sentíase tan trastornado, tan deprimido y exhausto, que por el momento hasta su ingénita irascibilidad le abandonaba. Em-

pujó á Petronio á un lado é intentó seguir; pero el otro le detuvo casi por fuerza.

—¿Cómo está la divina infanta? —preguntó.

Pero esta compulsión irritó de nuevo á Vinicio, y en un instante hizo rebosar en él la marea de la indignación.

—¡Que los Hados se la traguen á ella y á toda esta casa! —contestó apretando los dientes.

—¡Silencio, desgraciado! —exclamó Petronio.

Y mirando en derredor suyo, agregó precipitadamente:

—Si quieres saber de Ligia, ven conmigo; aquí nada te diré.

Y echando el brazo alrededor de la espalda del joven tribuno le condujo fuera del palacio lo más rápidamente posible.

Ese era su principal empeño, pues no tenía la menor noticia que dar á Vinicio; pero siendo hombre avisado, abrigando, á pesar de su disgusto del día anterior, muchas simpatías por el joven y sintiéndose, finalmente, responsable por todo lo que había ocurrido, algo había hecho ya espontáneamente. Así, cuando ambos hubieron entrado en la litera, dijo:

—He ordenado á mis esclavos que vigilen todas las puertas de la ciudad. Les dí una descripción completa de la niña y de ese gigante que la sacó de la sala del festín en casa del César: porque ese es, no me cabe duda, el hombre que te la ha interceptado en el camino á tu casa. Escúchame, tal vez Aulio y Pomponia desean ocultarla en alguna de sus haciendas y en ese caso, luego sabremos hacia qué dirección la han conducido. Si mis esclavos no la ven pasar por alguna de las puertas, eso nos indicará que se halla todavía en la ciudad, y empezaremos hoy mismo á buscarla en Roma.

—Aulio no sabe donde está, —contestó Vinicio.

—¿Estás seguro de ello?

—He visto á Pomponia. Ella también la busca.

—No pudo haber salido de la ciudad ayer, porque las puertas se cierran de noche. Dos individuos de mi servidumbre se hallan apostados en cada puerta. Uno de ellos tiene la consigna de seguir á Ligia y al gigante, y el otro de volver al punto á darme aviso. Si ella está en la ciudad, la encontraremos, porque á ese ligur fácil es reconocerle por su estatura y por sus espaldas. Ha sido para tí una suerte que el César no te la quitara, y puedo asegurarte que en efecto, no la ha tomado para sí: estoy al cabo de todos los secretos del Palatino.

Pero Vinicio prorrumpió entonces en quejas, más doloridas ahora que enconadas, y su voz quebrantada por la emoción, refirió á Petronio lo que había oído de boca de Actea, y cuales eran los nuevos peligros que ámenazaban á Ligia, peligros tan terribles que con motivo de ellos sería menester ocultarla en seguida diligentemente á las pesquisas de Popea, dado caso que se lograra encontrarla. Luego, hizo á Petronio amargos reproches por los consejos que le había dado. A no ser por él, todo habría podido marchar de muy diferente manera, Ligia habría seguido en casa de Aulio y él, Vinicio, habría podido en ella verla todos los días y á la sazón conceptuaríase más dichoso que el mismo César. Y á medida que se dejaba arrastrar por la vehemencia de su relato fué cediendo más y más á los impulsos de su emoción, hasta que de sus ojos empezaron á brotar lágrimas de dolor y de cólera.

Petronio, que no había tenido ni aun remotamente la idea de que el joven pudiese amar y desear hasta ese punto, se dijo al contemplar atónito aquellas lágrimas de desesperación:

—¡Oh, poderosa señora de Chipre, tú eres la sola reina de los dioses y de los hombres!

## CAPÍTULO XII

Quando bajaron frente á la casa del árbitro, el jefe del

*atrium* les dijo que de los esclavos enviados á vigilar las puertas de la ciudad, ninguno había vuelto aún. El *atriensis* (mayordomo) había dado las órdenes pertinentes para que les llevaran alimentos; asimismo se les había transmitido el nuevo mandato de vigilar y observar esmeradamente, so pena de azote, á toda persona que saliera de la ciudad.

—Ya lo ves,—dijo Petronio;—están en Roma, indudamente, y en tal caso, los encontraremos. Pero es menester que ordenes á tu gente que por su parte vigilen también las puertas, para lo cual has de enviar los mismos esclavos que antes fueron en busca de Ligia, porque esos la reconocerán más fácilmente.

—He dado orden de que sean conducidos á prisiones rurales,—dijo Vinicio;—mas revocaré inmediatamente esas órdenes y los mandaré á las puertas:

Y después de haber escrito unas cuantas palabras sobre una tabla cubierta de cera, la entregó á Petronio, quien la hizo remitir al punto á la casa de Vinicio.

En seguida pasaron al pórtico interior y después de sentarse en un banco de mármol empezaron á conversar. Eunice, la de los cabellos de oro, é Iras colocaron escabeles de bronce bajo sus pies y les escanciaron sendas copas del vino contenido en jarros de gollete estrecho, primorosas obras de arte de Volaterras y Cecina.

—¿Hay entre tus siervos alguno que conozca á ese gigantesco ligur?—preguntó Petronio.

—Gulo y Atacino le conocían; pero Atacino cayó ayer al pie de la litera y á Gulo maté yo.

—Lo siento,—dijo Petronio.—Gulo, como á tí, me llevó á mí en sus brazos.

—Tenía intenciones de manumitirlo,—contestó Vinicio;—pero no tratemos ahora de él. Hablemos de Ligia. Roma es un mar...

—En el mar es precisamente donde los hombres pescan las perlas. Por supuesto, no encontraremos á Ligia ni hoy,

ni mañana, pero al fin es seguro que la encontraremos. Tú acabas de acusarme de haberte aconsejado el procedimiento; pero éste en sí era bueno y sólo fué malo cuando se le echó á perder. Tú has oído decir al mismo Aulio que tiene el propósito de retirarse á Sicilia con todos los suyos. En ese caso, la joven se hallaría lejos de tí.

—Yo los habría seguido,—dijo Vinicio;—y en todo caso, estaría ella fuera de peligro; mas, ahora, si esa niña muere, Popea creará—y de ello ha de persuadir al César—que ha muerto por culpa de Ligia.

—Cierto; y eso me alarma también. Pero, es posible que esa muñeca se reponga. Y si muriese, ya buscaremos un medio de escapar.

Aquí Petronio meditó por espacio de algunos instantes, añadiendo luego:

—Se dice que Popea sigue la religión de los judíos y cree en los espíritus malignos. El César es supersticioso. Si hacemos correr el rumor de que los espíritus han arrebatado á Ligia, esa noticia será creída, especialmente desde que ni el César ni Aulio Plaucio la han interceptado; su fuga ha sido realmente misteriosa. Ese ligur no puede haberla efectuado solo: indudablemente le habrán ayudado. ¿Y cómo ha podido un esclavo reunir tantos cooperadores en el transcurso de un día?

—Los esclavos se auxilian mutuamente en Roma.

—Sí, mas algunos pagan eso con sangre á las veces. Cierto es que se ayudan recíprocamente, pero no unos contra otros. En este caso era sabido que la responsabilidad y el castigo debían recaer sobre los tuyos. Y si á los tuyos sugieres la idea de los espíritus malignos, al punto dirán que los vieron con sus propios ojos, porque eso mismo los justificará á tu vista. Como prueba, pregunta á cualquiera de ellos si no vió á los espíritus llevarse por el aire á Ligia y te digo que al punto jurará por el escudo de Zeus que efectivamente fueron ellos los raptores,

Vinicio, que también era supersticioso, miró á Petronio con expresión de súbito y profundo terror, y dijo:

—Si Ursus no ha podido disponer de otros hombres que le auxilien, y era incapaz de llevarse á Ligia solo, ¿quién ha podido arrebatarla?

Petronio replicó riendo:

—Mira: ellos te creerán, puesto que tú casi lo has creído ya. Tal es nuestra sociedad, esa que ridiculiza á los dioses. Así, pues, ella también lo habrá de creer y no volverá á preocuparse de Ligia. Entre tanto la llevaremos lejos, á cualquier punto apartado de Roma, ó á cualquiera casa de campo mía ó tuya.

—Pero, ¿quién ha podido ayudarla?

—Sus correligionarios,—contestó Petronio.

—¿Quiénes son? ¿Cuál es la deidad que ella adora?

—Casi todas las mujeres de Roma rinden culto á deidades distintas. Me parece fuera de duda que Pomponia la habrá educado en la religión de la deidad, que ella misma adora: cual sea esa deidad no sabría decirlo. Una cosa hay cierta: nadie la ha visto ofrecer á nuestros dioses sacrificios en templo alguno. Hasta ha habido quien la acusara de ser cristiana; pero eso no es posible; un tribunal doméstico la eximió del cargo. Dicen que los cristianos, fuera de rendir culto á la cabeza de un asno, son los enemigos de la raza humana y permiten los crímenes más detestables. Es imposible que Pomponia sea cristiana, porque su virtud es notoria, y una enemiga de la humana raza no podría tratar como ella á los esclavos.

—En ninguna casa romana les tratan como en la de Aulio,—interrumpió Vinicio.

—¡Ahl Pomponia me hizo una vez mención de un dios, que debe ser poderoso y clemente. Si por ese dios ha desterrado ella á los demás, muy dueña es de hacerlo; baste saber que ese Logos (verbo, espíritu,) no puede ser muy poderoso, mejor dicho, ha de ser un dios muy débil. Ya ves, no tiene sino dos secuaces—Pomponia y Ligia—y

Ursus por añadidura. A menos, entonces, que existan algunos otros y sean ellos quienes hayan auxiliado la fuga de Ligia.

—Su fe prescribe el perdón,—dijo Vinicio.—En las habitaciones de Actea me encontré con Pomponia, quien me dijo: «Que Dios te perdone el daño que nos has hecho á nosotros y á Ligia.»

—Evidentemente ese dios suyo es algún *curator* (administrador, curador) de muy suave pasta. ¡Ah! pues que te perdone, y en señal de tal perdón, te devuelva la doncella.

—¡Sería capaz de ofrecerle una *hecatombe* (1) para mañan! No tengo deseos de comer, de bañarme ni de dormir. Tomaré una linterna sorda y me echaré á vagar por la ciudad. Acaso logre encontrarla bajo algún disfraz. Estoy enfermo.

Petronio le miró con aire de conmiseración. En efecto, bajo sus ojos se advertían sendas ojeras azuladas, sus pupilas brillaban á influjo de la fiebre, su barba sin afeitar daba más sombrío relieve á sus enérgicamente pronunciados pómulos, tenía en desorden el cabello y realmente presentaba todo el aspecto de un hombre enfermo. Iras y la rubia Eunice le miraban también con expresión de simpatía; pero él parecía no verlas. La verdad era que ni él ni Petronio hacían el menor caso de las esclavas; diríase que eran otros tantos perros que anduvieran moviéndose en derredor de ellos.

—La fiebre te atormenta,—dijo Petronio.

—Así es.

—Entonces óyeme. No sé qué te haya prescrito el doctor para estos casos, pero sé cómo habría yo de obrar en lugar tuyo. Mientras encontramos á la prófuga, yo buscaría en otra lo que por el momento se ha desprendido de mí marchándose con aquella. He visto en tu casa de cam-

(1) Sacrificio de cien víctimas de una misma especie, entre los griegos y los romanos.

po mujeres de espléndidas formas. No me contradigas. Yo sé lo que es el amor, y comprendo que mientras se desea una mujer, no hay quien pueda ocupar su sitio. Pero en una bonita esclava es posible hallar, aun cuando más no sea, una momentánea distracción.

—No la necesito,—dijo Vinicio.

Pero Petronio, que sentía por él verdadero afecto y deseaba suavizar sus dolores, se puso á meditar acerca de la mejor manera de conseguirlo.

—Acaso tus esclavas no tengan ya para tí el encanto de lo novedad,—dijo después de algunos instantes.

Y entonces empezó á examinar alternativamente á Iras y á Eunice. Por último, tocó en la cadera, con la palma de la mano á Eunice, la de los cabellos de oro.

—¡Mira esta Gracial!—exclamó.—Por ella hace pocos días Fonteyo Capiton, el joven, ofreció tres hermosísimos muchachos de Clazomene.

Figura más perfecta que la suya no ha esculpido ni el propio Escopas. Puedes creer que yo mismo no me explico por qué razón he permanecido indiferente ante ella hasta ahora, desde que el pensamiento de Crisotemis no bastaría por sí solo para impedírmelo. Pues bien, te la doy; ¡tómala para tí!

Cuando la rubia Eunice hubo escuchado estas palabras, púsose pálida, y mirando á Vinicio con ojos llenos de zozobra, pareció aguardar su respuesta alentando apenas.

Pero el joven, irguiéndose de repente y apretándose las sienes con las manos, como un hombre torturado por la enfermedad, y que nada quiere escuchar, dijo:

—¡No, no! ¡No la quiero! No quiero tampoco á las otras. Te lo agradezco, mas no la necesito. Buscaré á Ligia por toda la ciudad. Ordena que me traigan una capa gálica con capucho. Voy á llegar hasta allende el Tiber, aun cuando me sea dado ver tan solo á Ursus.

Y se apresuró á salir. Petronio, viendo que era imposi-

ble para el joven permanecer en un solo sitio, no intentó detenerlo. Empero, tomando su negativa como una aversión temporal por todas las mujeres á excepción de Ligia y no deseando que su magnanimidad resultase infructuosa, dijo volviéndose á la esclava:

—Eunice, te bañarás, ungirás y vestirás, y luego has de marcharte á casa de Vincio.

Pero ella se echó á sus pies y juntas las manos imploró á Petronio que no la alejara de su casa. Ella no iría á casa de Vincio. Prefería que Petronio en la suya la destinase al acarreo de combustible para el *hypocaustum* (la estufa) á ser primera sirvienta en casa de Vincio. No quería, no podía ir, y le rogaba que tuviera piedad de ella. Bien podía ordenar que la flajelaran diariamente, con tal que no la despidiera.

Y temblando como una hoja, por el temor y la emoción, extendió las manos hacia Petronio, quien habíala estado escuchando con verdadero asombro. Era cosa tan insólita en Roma el que una esclava osara pedir se la eximiera de cumplir una orden llegando hasta decir: «no quiero y no puedo,» que Petronio al principio no dió crédito á sus oídos. Finalmente frunció el ceño. Era hombre de maneras demasiado refinadas para mostrarse cruel. Sus esclavos, especialmente en lo relativo á distracciones, disfrutaban de mayor libertad que otros, pero á condición de hacer su servicio de una manera ejemplar y de rendir homenaje á la voluntad de su amo como á la de un dios. Mas, en caso de faltar á cualquiera de estas dos reglas, no podía él prescindir de aplicarles el castigo á que con arreglo á la costumbre general se hallaban sugetos. Y como por otra parte era insoportable para él toda oposición ó contrariedad que viniese á perturbar su reposo, contempló un instante á la arrodillada joven y dijo luego:

—Llama á Tiresias y vuelve con él.

Levantóse Eunice temblorosa, llenos de lágrimas los

ojos y salió volviendo al cabo de algunos momentos acompañada del jefe del *atrium*, un cretense, Tiresias.

—Llévate á Eunice,—dijo Petronio;—le darás veinticinco azotes, de manera tal, sin embargo, que no le maltrates la piel.

Y dicho esto, pasó á su biblioteca y sentándose delante de una mesa de mármol rosa empezó á trabajar en su «Fiesta de Trimalquion.» Pero la fuga de Ligia y la enfermedad de la infanta Augusta habían perturbado su ánimo en tal manera que no le fué posible escribir por mucho tiempo. Esa enfermedad, sobre todo, revestía mucha importancia. Se decía Petronio que si el César llegara á creer que Ligia había hechizado á la infanta, la responsabilidad podría recaer también sobre él, puesto que á petición suya había sido llevada á palacio aquella joven. Pero él confiaba á la vez en que, á la primera entrevista que tuviese con el César, le sería posible demostrar á éste de algún modo cuan absurda era esa idea; y á la verdad contaba también, un tanto, con cierta inclinación que hacia él sentía Popea, inclinación por ella cuidadosamente escondida, es cierto, pero no tan cuidadosamente que no hubiera llegado Petronio á adivinarla.

Al cabo de algunos momentos encogióse de hombros ante estos temores, y decidió ir al triclinio á tomar un refrigerio; en seguida pediría la litera para trasladarse de nuevo á palacio, después al Campo de Marte y por último á casa de Crisotemis.

Pero, á su paso en dirección al triclinio y al llegar á la entrada que conducía al corredor destinado á los sirvientes, le llamaron inesperadamente la atención las delicadas formas de Eunice, quien se hallaba junto á la muralla en medio de otros esclavos; y olvidándose de que no había dado á Tiresias ninguna otra orden que á ella se refiriese, fuera de lo referente á los azotes, frunció nuevamente el ceño y con la vista buscó al mayordomo. No encontrándolo entre los sirvientes, volvióse á Eunice y le preguntó:

—¿Has recibido los azotes?

Ella se echó á sus pies por segunda vez, llevó á los labios la orla de su toga, y dijo:

—¡Oh, sí, señor, los he recibido! ¡oh, sí, señor!

En su voz advertíanse inflexiones denunciadoras de alegría y de gratitud á la vez. Era evidente que consideraba ella los azotes recibidos como una compensación por no haber sido despedida de la casa, y que ahora creía poder seguir permaneciendo en ella. Petronio, que comprendió esto mismo entonces, hubo de admirar la vehemente resistencia de la joven; pero era demasiado versado en el conocimiento de la naturaleza humana para no advertir que solo el amor podía dar alas á una resistencia semejante.

—¿Amas á alguno en esta casa?—preguntó.

Eunice alzó hacia él sus azules ojos llenos de lágrimas, y contestó en voz baja, perceptible apenas:

—Sí, señor.

Y con esos ojos, con esos cabellos de oro echados hacia atrás, con una expresión de temor y de esperanza pintada en el rostro, veíala tan linda, le miraba de una manera tan suplicante, que Petronio quien, á fuer de filósofo había proclamado siempre el poder del amor, y como hombre de verdadero temperamento estético había rendido, siempre también, pleito homenaje á toda beldad, se sintió poseído en ese instante de una especie de compasión por aquella esclava.

—¿A quién de éstos amas?—preguntó señalando á los sirvientes con un leve movimiento de cabeza.

No hubo contestación á esa pregunta. Eunice inclinó la cerviz hasta los pies de su amo y permaneció inmóvil. Petronio dirigió entonces la vista hacia el grupo de esclavos entre los cuales había mancebos hermosos y esbeltos. Nada pudo leer en semblante alguno; por el contrario, en todos ellos advertíase una extraña sonrisa. Contempló en-

tonces un instante más á Eunice, que seguía postrada á sus pies, y se dirigió en silencio al triclinio.

Después de comer, ordenó le llevasen á palacio y en seguida á casa de Crisotemis, en cuya compañía permaneció hasta entrada la noche. Pero á su vuelta hizo llamar á Tiresias.

—¿Recibió Eunice los azotes?—le preguntó.

—Sí, señor. Pero tú no has permitido que se le corte la piel.

—¿Te dí alguna otra orden respecto á ella?

—No señor,—contestó alarmado el mayordomo.

—Está bien. ¿A cual de los esclavos ama Eunice?

—A ninguno, señor.

—¿Qué sabes tú de ella?

Tiresias empezó á hablar con insegura voz y dijo:

—Por la noche Eunice jamás sale del *cubiculum*, en el cual vive con la anciana Danae y con Ifida; después de que te viste, jamás penetra en los departamentos de baño. Los demás esclavos la ridiculizan por esto, llamándola Diana.

—Basta—dijo Petronio.—Mi pariente, Vinicio, á quien la ofrecí hoy, no la ha querido aceptar; así, pues, puede quedarse aquí. Ahora, retírate.

—Señor, ¿permites que siga hablándote de Eunice?

—He ordenado que me digas todo lo que sepas.

—Toda la familia comenta la fuga de la doncella que debía ir á habitar la casa del noble Vinicio. Después de tu partida se me presentó Eunice y me dijo que conocía un hombre que podría encontrar á esa doncella.

—¡Ahl! ¿Qué clase de hombre es ese?

—Señor, no lo sé; pero he creído de mi deber informarte del asunto.

—Está bien. Que ese hombre espere mañana en mi casa la llegada del tribuno, á quien pedirás en mi nombre que venga á verme.

El mayordomo se inclinó y salió. Pero Petronio púsose

á pensar en Eunice. Al principio le pareció evidente que la joven sierva deseaba que encontrase Vinicio á Ligia por la sola razón de que no la obligaran á ella, Eunice, á salir de su casa. Después, empero, ocurriósele que el hombre á quien Eunice trataba de introducir, bien pudiera ser su amante, y esa idea le fué desagradable desde su origen. Cierto es que había una manera harto sencilla de saber la verdad, pues para ello bastaba hacer llamar á Eunice; más era avanzada la hora, Petronio sentíase fatigado después de su larga visita á Crisotemis y tenía prisa por retirarse á descansar. Pero, cuando iba dirigiéndose al *cubiculum* recordó,—sin que se sepa el motivo,— que había notado arrugas ese día en las estremidades de los ojos de Crisotemis. Pensó asimismo que la belleza de ésta era mas celebrada en Roma de lo que se merecía; y que Fonteyo Capiton, el que había ofrecido por Eunice tres muchachos de Clazomene, pretendía comprarla á precio harto vil.

### CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, apenas acababa Petronio de vestirse en el *unctorium*, llegó Vinicio, que había sido llamado por Tiresias. Sabía ya que hasta aquel momento Ligia no había salido por ninguna de las puertas. Esta noticia en vez de darle ánimo, en cuanto era una prueba de que la joven se hallaba todavía en Roma, deprimió más su espíritu, pues ocurriósele que acaso Ursus habría logrado conducirla fuera de la ciudad inmediatamente después de su rapto y antes, por lo tanto, de que los esclavos de Petronio hubieran empezado á montar la guardia de las puertas. Cierto es que en otoño, cuando eran más cortos los días, cerrábanse también más temprano las puertas; pero no era menos efectivo que las iban abriendo á las personas que salían y el número de éstas era considerable. Había asimismo posibilidad de salvar las murallas por otros sitios que eran bien conocidos, de los esclavos, entre otros, y

utilizados por ellos cuando deseaban huir de la ciudad. Vinicio había enviado á su gente á todos los caminos que conducían á las provincias y ordenado que en los pueblos de menor importancia se encargara de iguales pesquisas á guardianes, quienes debían vigilar el paso y averiguar el paradero de un par de esclavos fugitivos, para lo cual se les dió una filiación detallada de Ursus y de Ligia. Esta filiación iba acompañada de la oferta de una recompensa al que lograrse apoderarse de los prófugos.

Mas, era dudoso que aquella persecución alcanzara alguna eficacia; y aún cuando merced á ella se lograra encontrar á los fugitivos, no había probabilidad de que las autoridades locales se creyeran facultadas para efectuar su detención ante la sola instancia particular de Vinicio, que no venía apoyada por el pretor. Y no había habido tiempo de recabar ese apoyo. El mismo Vinicio disfrazado de esclavo, había buscado á Ligia durante todo el día anterior y registrado hasta el último rincón de la ciudad, sin obtener el más leve indicio ni descubrir la más ligera huella del paso de la joven. Se había encontrado con los sirvientes de Aulio, quienes á su vez parecían también ocupados en la tarea de buscar algo, y eso habíale confirmado en la creencia de que Aulio no era quien había interceptado á la doncella y que el viejo general, por el contrario, nada sabía de los movimientos de ésta.

Así, pues, cuando Tiresias le anunció que había un hombre dispuesto á la empresa de encontrar á Ligia, se apresuró á encaminarse á casa de Petronio; y apenas hubo saludado á su tío, le preguntó por el hombre consabido.

— Le vamos á ver inmediatamente; Eunice le conoce, — dijo Petronio. — Ella vendrá dentro de un instante á arreglar los pliegues de mi toga y nos dará informes precisos acerca de su persona.

— ¡Ah! la esclava que tuviste el deseo de cederme ayer.

— Sí, la misma que tú rechazaste; á lo cual te estoy agra-

decido, porque es la mejor *vestiplice* (doncella, camarera), de toda la ciudad.

En efecto, la *vestiplice* entró cuando decía él esas palabras, y tomando en sus manos la toga que se hallaba sobre una silla con incrustaciones de nácar, abrió aquella vestidura para echarla sobre los hombros de Petronio. En su rostro advertíase ahora una especie de tranquila diafanidad y en sus ojos había irridiaciones jubilosas.

Petronio la observó y le pareció muy linda. Después de algunos instantes, cuando le hubo cubierto con la toga, empezó á arreglársela, inclinándose á veces para dar mayor amplitud á los pliegues. Notó él entonces que los brazos de la esclava eran de un primoroso tinte rosa pálido y que en su seno y en sus hombros vislumbrabanse unos como transparentes reflejos de perla ó de alabastro.

—Eunice,—la dijo,—¿ha venido, el llamado de Tiresias, el hombre de quien hiciste ayer mención?

—Ha venido, señor.

—¿Cómo se llama?

—Chilo Chilonides.

—¿Quién es él?

—Un médico, un sabio y un adivinador, que predice lo futuro y lee los destinos de los hombres.

—¿Te ha predicho á tí lo futuro?

Un vivo rubor coloreó el rostro de Eunice y el rosado tinte llegó hasta cubrir sus orejas delicadas y el cuello mismo, y dijo:

—Sí, señor.

—¿Y cuál ha sido su predicción?

—Que el dolor y la felicidad me saldrán al encuentro.

—El dolor te sobrevino ayer, en las manos de Tiresias; de manera que la felicidad debería llegarte á tu turno.

—Ha llegado ya, señor.

—¿Cómo?

—Me quedo,—dijo ella con voz ténue como un susurro.

Petronio puso su mano sobre su rubia cabeza y dijo:

—Hoy has arreglado muy bien los pliegues de mi toga y estoy contento de tí, Eunice.

Ante aquel ligero contacto, los ojos de la joven parecieron al instante cubrirse como con leve niebla de felicidad, en tanto que su seno se agitaba en vivo y anheloso trepidar.

Petronio y Vinicio pasaron al *atrium*, donde aguardaba Chilo Chilonides. Cuando ésto los vió hizoles un profundo saludo. Una sonrisa vino á los labios de Petronio al pensar en la sospecha que el día anterior le asaltara, de que este hombre pudiera ser amante de Eunice. Porque el individuo que en su presencia se hallaba, no podía ser el amante de mujer alguna. En aquella estraña figura se adunaban á la vez lo repugnante y lo ridículo. No era viejo; en su desaseada barba y ensortijadas guedejas advertíase apenas uno que otro cabello cano. Tenía hundido el estómago é inclinados los hombros, de manera que al primer golpe de vista parecía jorobado. Por encima de la protuberancia así formada, se alzaba una cabeza larga, con cara á la vez de mono y zorro: la mirada era penetrante! En su cutis amarillento advertíanse, como variantes, algunos barro y su nariz, totalmente cubierta de ellos, bien podía denunciar un amor algo desmesurado por la botella. Su descuidado traje compuesto de una obscura túnica de lana de cabra y un manto del mismo material, en el que se notaban algunos agujeros, era indicio de pobreza real ó simulada. A su vista, vino á la mente de Petronio la idea del Tersites (1) de Homero. Así, pues, contestando á su saludo con un movimiento de la mano, dijo:

—¡Salud; divino Tersites! ¿Cómo está la jiba con que te obsequió Ulises en Troya y qué hace él ahora en los Eli-seos?

—Noble señor,—contestó Chilo Chilonides:—Ulises, el mássabio de los muertos, envía por mi conducto un saludo

(1) Griego feísimo que, en el sitio de Troya, al hablar mal de Aquiles fué por éste muerto de una puñalada,

á Petronio, el más sabio de los vivos, junto con el encargo de pedirle cubra mi jiba con un manto nuevo.

—¡Por Hecate Triformis! (triforme, tricéfala)—exclamó Petronio.—La respuesta bien merece un manto.

Pero la continuación de este diálogo fué interrumpida por el impetuoso Vinicio, quien preguntó bruscamente:

—¿Te has formado una idea clara de la empresa que asumes?

—Cuando los miembros todos de dos nobles casas no hablan de otra cosa y cuando Roma entera repite la noticia, no es difícil saberla,—contestó Chilo.—Ante ayer noche fué interceptada una doncella cuyo nombre es Ligia, pero en especial Calina, y que había sido criada en la casa de Aulio Plaucio.

Tus esclavos ¡oh señor! cuando se verificó el suceso, la conducían del palacio del César á tu «ínsula.» Yo me comprometo á encontrarla en la ciudad; y si hubiera salido de la ciudad,—lo que es poco probable,—á indicarte, noble tribuno, á donde ha huído y en qué sitio se halla oculta.

—Está bien,—dijo Vinicio, á quien agradó la precisión de esta respuesta.—¿Y con qué medios cuentas para hacer esto?

Chilo sonrió con malicia y dijo:

—Tú tienes los medios, señor; yo solo poseo el ingenio.

Petronio sonrió á su vez: hallábase plenamente satisfecho de su huésped.

—Ese hombre ha de encontrar á la joven,—pensó.

Entre tanto, Vinicio frunció sus unidas cejas y dijo:

—Desdichado, si llegas á engañarme por codicia, daré orden de apalearte.

—Soy filósofo, señor, y un filósofo no es capaz de sentir el ansia de la recompensa, especialmente de la que con tal magnanimidad acabas de ofrecerme.

—¡Ahl! ¿Eres tú filósofo?—preguntó Petronio.—Eunice

me ha dicho que eres médico y adivino. ¿Dónde has conocido á Eunice?

—Ella acudió en demanda de mi auxilio, porque mi fama había llegado á sus oídos.

—¿De qué auxilio había menester?

—Para el amor, noble señor. Ella necesitaba ser curada de un amor no correspondido.

—¿Y la has curado?

—Hice algo más, señor. La dí un amuleto que asegura la reciprocidad. En Pafos, en la isla de Chipre, hay un templo ¡oh, señor! en el cual se conserva un cinturón de Vénus. La he dado dos hilos procedentes de ese cinturón, encerrados en una cáscara de almendra.

—¿Y te hiciste pagar bien por ello?

—Jamás puede pagarse suficientemente la reciprocidad en el amor y yo, que carezco de dos dedos en mi mano derecha, me veo obligado á juntar dinero para comprar un esclavo copista, á quien pueda encargar de la tarea de escribir mis pensamientos, conservando así el fruto de mi sabiduría para bien de la humanidad.

—¿A qué escuela perteneces, divino sabio?

—Señor, yo soy cínico, porque llevo un manto agujereado; soy estoico, porque soporto con paciencia la pobreza; soy peripatético, porque, como no poseo una litera, voy á pie de una tienda de vinos á la otra y en el camino enseño á todo aquel que promete pagarme el valor de un cántaro de vino.

—¿Y ante el cántaro te vuelves un retórico?

—Heráclito declara que «todo es fluido:» ¿podrías tú negar, señor, que el vino es fluido?

—Y ha declarado también que el fuego es una divinidad: por consiguiente la divinidad irradia en tu nariz.

—Pero, el divino Diógenes de Apolonia declaró que el aire es la esencia de las cosas, y mientras más cálido es el

aire, más perfecto vuelve á los séres, y de lo más cálido arrancan su origen las almas de los sabios.

Y desde que los otoños son frios, un sabio de genuina estirpe ha de calentar su alma en vino; y ¿por ventura querías tú ¡oh, señor! impedir que un cántaro lleno,—aún cuando fuera del jugo que se produce en Capua ó Telesia,—llevara calor á todos los huesos de un perecedero cuerpo humano?

—Chilo Chilonides, ¿cuál es el lugar de tu nacimiento?

—Nací en el Ponto Euxino. Soy oriundo de Mesember.

—¡Oh Chilo. Tú eres grande!

—Y desconocido,—dijo el sabio con aire pensativo.

Vinicio, entre tanto, volvió á impacientarse. Ante la perspectiva de la esperanza que acababa de irradiar á su vista, deseaba que Chilo se hubiera puesto incontinenti á la obra. De ahí que toda esa conversación antojábasele simplemente ociosa y propia solo para malgastar el tiempo, razón por la cual se hallaba incómodo con Petronio.

—¿Cuando comenzarás tus investigaciones?—preguntó dirigiéndose al griego.

—Las he comenzado ya,—contestó Chilo.—Y aún cuando ahora me encuentro aquí, respondiendo á tu afable pregunta, no creas que dejo de proseguir mis pesquisas. Eso sí, ten confianza, venerado tribuno, y sabe que si hubieras de perder el cordón de tu sandalia, yo encontraría ese cordón ó encontraría á la persona que en la calle lo hubiese recogido.

—¿Te has ocupado antes en servicios de este género?—preguntó Petronio.

El griego alzó la vista y dijo:

—En el día estiman los hombres en demasiado poco la virtud y la sabiduría, para que un filósofo no se vea en la necesidad de buscar otros medios de subsistencia.

—¿Cuáles son tus recursos?

—Saberlo todo y servir con mis noticias á todos los que de ellas tengan necesidad.

—¿Y quién paga eso?

—¡Ah, señor! Necesito comprar un copista. De otra manera mi sabiduría perecerá conmigo.

—Si hasta hoy no has logrado reunir lo bastante para comprar un manto nuevo, no pueden ser tan famosos los servicios tuyos.

—La modestia es mi rémora. Pero ten presente, señor, que en la actualidad no existen benefactores de esos que antes fueron numerosos, y para quienes había tanta satisfacción en llenar de oro, á cambio de un servicio, como en tragarse una ostra de Puzol. Nó, mis servicios no son pequeños, como es hoy pequeña la gratitud de los hombres. En ocasiones, cuando se escapa un esclavo de valor, ¿quién es aquel que pueda encontrarlo sino el unigénito de mi padre.

Cuando sobre las murallas se leen inscripciones ofensivas á la divina Popea, ¿quién es el que señala á los autores de ellas? ¿Quién, el que descubre en las librerías los versos contra el César? ¿Quién el que declara lo que se dice en las casas de los caballeros y de los senadores? ¿Quién, el que lleva las cartas que sus autores no quieren confiar á los esclavos? ¿Quién el que recoge las noticias á las puertas de las barberías? ¿Para quién no hay secretos en las tiendas de pan y de vino? ¿En quién tienen puesta su confianza los esclavos? ¿Quién es el que puede ver en el interior de las casas, del *atrium* al jardín? ¿Quién el que conoce todas las calles, todas las avenidas, todos los escondrijos? ¿Quién, el que sabe lo que se dice en los baños, en el circo, en los mercados, en las escuelas de esgrima, en las ferias de esclavos y hasta en las arenas?

—¡Por los dioses! ¡Basta ya, noble sabio!—exclamó Petronio;—estamos ahogándonos en tus servicios, en tus virtudes, en tu sabiduría y en tu elocuencia. ¡Basta! ¡Deseamos saber quien eras, y ya lo sabemos!

Pero Vinicio hallábase complacido, pues pensaba que este hombre, como un sabueso, una vez puesto en la pista no se detendría hasta no haber descubierto el escondite de Ligia.

—Y bien,—dijo,—¿necesitas de mayores indicios?

—Necesito armas.

—¿De qué clase?—preguntó Vinicio con aire sorprendido.

El griego extendió una mano y con la otra hizo el ademán de contar dinero.

—Tales son los tiempos, señor,—dijo á la vez, dando un suspiro.

—¿Tú entonces has de ser el asno que quiere ganarse la fortaleza con bolsas de oro?—dijo Petronio.

—Yo soy tan solo un pobre filósofo,—contestó Chilo con aire humilde;—vosotros tenéis el oro.

Vinicio le arrojó una bolsa, que el griego cogió en el aire, aún cuando le faltaban dos de los dedos de la mano derecha.

En seguida levantó la cabeza y dijo:

—Sé más de lo que tú crees. No he venido aquí con las manos vacías. Sé que Aulio no es quien ha interceptado á la doncella, porque he hablado con los esclavos del general. Sé que no se halla Ligia en el Palatino, porque allí todos están preocupados con la infanta Augusta; y es posible que hasta pueda yo adivinar por qué prefieres buscar á la doncella con mi ayuda, antes que con la de los guardias de la ciudad y los soldados del César. Sé que su fuga se efectuó con el concurso de un sirviente, un esclavo originario del mismo país donde ella nació. El indicado sirviente no ha podido encontrar cooperadores entre los esclavos, porque todos ellos marchan juntos, y no habría habido quienes quisieran coaligarse en un ataque contra los tuyos. Solamente algún correligionario ha podido prestarle ayuda.

—¿Lo has oído, Vinicio?—prorrumpió diciendo Petro-

nio. —¿No es eso, palabra por palabra, lo mismo que yo te he sostenido?

—Es un honor para mí,—dijo Chilo.—Es indudable, señor,—prosiguió dirigiéndose nuevamente á Vinicio,—que la doncella rinde culto á la misma divinidad que adora Pomponia, esa dama virtuosa entre las virtuosas, esa verdadera matrona romana. He sabido también esto: que Pomponia fué juzgada en su propio hogar por habérsela acusado de adoración á una especie de dios extranjero, pero sus esclavos no han podido decirme qué clase de dios era ese, ni cómo se llaman los que le rinden culto. Si yo pudiera saberlo, iría donde ellos, me convertiría en el más abnegado prosélito de esa religión y me ganaría su confianza. Pero tú, señor, que has pasado, como asimismo está en mi conocimiento, una cantidad de días en la casa del noble Aulio, ¿no me puedes dar algunos informes sobre ese particular?

—No puedo,—dijo Vinicio.

—Nobles señores: me habéis hecho ya, por espacio de algunos momentos, varias preguntas acerca de temas diversos, y he contestado á todas esas preguntas; permitid ahora que yo á mi turno os haga una. ¿No has visto, venerado tribuno, á Pomponia, ó á tu divina Ligia, llevar algún amuleto, adorar alguna pequeña estátua, presentar alguna ofrenda ó celebrar alguna ceremonia? ¿No les has visto hacerse ellas algunos signos inteligibles para ellas solas?

—¿Signos? ¡Aguarda! Sí; ví una vez que Ligia dibujada un pescado sobre la arena.

—¿Un pescado? ¡A-al ¡O-o-ol Y dime: ¿hizo ella eso una sola vez, ó varias veces?

—Solo una vez.

—¿Y estás cierto, señor, de que fué un pescado lo que dibujó? ¡O ol

—Sí,—contestó Vinicio, cuya curiosidad se avivó.—¿Y tú adivinas lo que significa?

—¿Que si adivino?—exclamó Chilo.

E inclinándose en señal de despedida:

—¡Quiera la Fortuna derramar igualmente sobre ambos toda clase de beneficios, nobles y dignos señores!

—Ordena que te entregen un manto,—le dijo Petronio al despedirlo.

—Ulises te da las gracias en nombre de Tersites,—contestó el griego y salió, después de haber hecho por segunda vez una profunda reverencia.

—¿Qué dices de este noble sabio?—preguntó Petronio entonces.

—Digo que encontrará á Ligia,—contestó Vinicio, con alborozado acento;—pero digo también que si hubiera un reino de pícaros, bien podría ser éste su más digno soberano.

—Por cierto. He de estudiar más de cerca á éste estoico; pero ahora necesario es que ordene que vengan á perfumar el *atrium*.

Chilo Chilonides, entre tanto, envolviase en su nuevo manto y oprimía en la mano y bajo los pliegues del mismo la bolsa recibida de Vinicio, admirando tanto su peso como su áureo retintín. Luego siguió su camino á paso lento; y después de echar una ojeada en derredor suyo, á fin de observar si no le miraban desde la casa, atravesó el pórtico de Livia y al llegar á la esquina del Clivus (cuesta) Virbius torció en dirección al Subura.

—Es menester que vaya á casa de Esporo,—se dijo,—y escancie allí un poco de vino á la Fortuna. Al fin he logrado encontrar lo que por tan largo tiempo he venido buscando. El es joven, irascible, opulento como las minas de Chipre y estaría dispuesto á dar la mitad de su fortuna por esa pardilla de Liguria. Este era el hombre que desde tiempo há me hacía falta. Necesario es, sin embargo, estar muy en guardia con él, pues su ceño no me augura nada bueno. ¡Ah! estos lobeznos lo gobiernan todo en el mundo hoy día! Menos habría que temer de parte

de ese Petronio. ¡Oh, dioses! pero lo cierto es que el oficio de tercero es, por el momento, más provechoso que la virtud. ¡Ah! ¿Con que ella trazó un pescado sobre la arena? Si sé lo que eso significa que me atoren con un pedazo de queso de cabra! Pero ya lo sabré. Los peces viven debajo del agua: es así que buscar debajo del agua es más difícil que buscar sobre la tierra, *ergo*, tendrá él que pagarme separadamente ese pescado. Con otra bolsa como esta, podré arrojar lejos la alforja del mendigo y comprarme un esclavo. Mas, ¿qué dirías tú, Chilo, si yo te aconsejase que no compraras esclavo, sino esclava? Yo te conozco bien, y sé que tú consentirías. Y si la esclava fuera bonita, si fuera como Eunice, por ejemplo, tú mismo te rejuvenecerías á su lado y al propio tiempo sacarías de ella una renta buena y segura. He vendido á esa pobre Eunice dos hilos de mi viejo manto. Ella es muy sosa, pero si Petronio quisiera dármela, yo la tomaría para mí. Sí, sí, Chilo Chilonides: tú has perdido á tu padre y á tu madre, tú eres huérfano; por consiguiente debes comprar para tu consuelo siquiera una esclava.

Y ella tendrá que vivir en alguna parte; por consiguiente, Vinicio le alquilará una vivienda en la cual tú también, Chilo, has de encontrar abrigo; ella tendrá que vestirse: Vinicio pagará el vestido; comer, y Vinicio suministrará los medios. ¡Oh! ¡qué asendereada vida! ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que por un *obolus* (1) podía comprarse toda la carne de puerco y las judías que uno alcanzase á abarcar con ambas manos, ó un pedazo de entrañas de cabra tan largo como el brazo de un niño de doce años, y todo lleno de sangre? Pero ya está ahí ese bribón de Esporo! En la taberna será más fácil saber algo.

Y así monologando entró á la taberna y pidió un jarro del «tinto.» Reparando en la escéptica mirada del patrón,

---

(1) Obolo, moneda ínfima entre los griegos, que dicen equivale á seis maravedís

sacó una pieza de oro de su bolsa y poniéndola sobre la mesa, dijo:

—Esporo: he trabajado hoy con Séneca desde el amanecer hasta el mediodía; y hé aquí lo que me dió mi amigo al separarnos.

Los saltados ojos de Esporo parecieron salir de sus órbitas á la vista del oro, y pronto estuvo el vino delante de Chilo. Este mojó en él los dedos, dibujó sobre la mesa un pescado, y dijo:

—¿Sabes tú lo que significa eso?

—¿Un pescado? Pues, un pescado.... sí, eso es un pescado.

—Tú eres un zote, si bien pones tanta agua en tu vino, que bien pudieras encontrar un pescado en él. Esto es un símbolo que, en el lenguaje de los filósofos, quiere decir: «la sonrisa de la fortuna.» Si tú lo hubieras adivinado, tú también habrías podido hacer una fortuna. En verdad te digo: has de hacer honor á la filosofía, si no quieres que cambie de taberna, proceder que desde hace tiempo me ha venido recomendando mi personal amigo Petronio.

#### CAPÍTULO XIV

Por espacio de muchos días después de aquella entrevista, Chilo no se dejó ver en parte alguna. Vinicio, desde el momento en que por Actea supo que Ligia le amaba, sintióse poseído de cien veces mayor vehemencia por encontrarla, y él mismo salía personalmente en su busca. No le era posible, ni tenía voluntad, de pedir la ayuda del César, quien á la sazón abrigaba serios temores por la salud de la infanta Augusta.

De nada habían servido ni los sacrificios en los templos, ni las plegarias, ni los ofrecimientos, ni la ciencia de los médicos, ni todas las artes de encantamiento á que había-se recurrido, como á recurso extremo. Al cabo de una semana la niña falleció. El duelo se hizo en la corte

y en Roma entera. El César, que el día del nacimiento de la infanta había estado loco de alegría, encontrábase hoy loco de pesar. Encerrado en sus habitaciones, había rehusado por espacio de dos días tomar alimento alguno; y aún cuando en palacio veíanse hormiguar los senadores y augustianos que desde el primer momento apresuráronse á ofrecer sus manifestaciones de condolencia y de simpatía, se negó absolutamente á dar audiencia á persona alguna. El senado celebró una sesión extraordinaria, en la cual la niña extinta fué proclamada divina. Se acordó también erigirle un templo y destinar un sacerdote especial á su servicio. Se ofrecieron nuevos sacrificios en otros templos, en honor de la muerta; se fundieron estatuas suyas con metales preciosos, y sus funerales constituyeron una solemnidad inmensa durante la cual el pueblo se maravilló ante las ilimitadas muestras de dolor de que dió público testimonio el César. La multitud, entre tanto, lloraba con él, extendía las manos para recibir las dádivas usuales y sobre todo se entretenía con aquel espectáculo superior á todo paralelo.

Ese fallecimiento alarmó á Petronio. En Roma todo el mundo sabía que Popea lo había atribuido á un maleficio. Los médicos, á quienes de esa manera se presentaba un arbitrio para explicar la inutilidad de sus esfuerzos, apoyaban esa afirmación; los sacerdotes, cuyos sacrificios habían resultado impotentes, hicieron lo mismo; de igual manera los hechiceros,—quienes á la vez temblaban por sus vidas,—y también el pueblo.

Petronio se felicitaba ahora de que Ligia hubiera huído, porque no deseaba ningún mal á Plaucio ni á Pomponia, y para él y Vinicio deseaba todo el bien posible. Así, pues, cuando hubo desaparecido el ciprés que se colocara delante del Palatino en señal de duelo, acudió á la recepción destinada á los senadores y augustianos, á fin de juzgar por sí mismo hasta qué punto Nerón había prestado oídos á las afirmaciones relativas á maleficios, y con el propósi-

to de neutralizar hasta donde fuera posible las consecuencias que pudieran originarse de ese estado de ánimo del César.

Conociendo bien á Nerón, pensó también que aun cuando éste no se curaba de hechizos, aparentaría ahora creer en ellos, á fin de dar mayores proporciones á su pesar y poder asimismo tomar definitivamente venganza en la cabeza de alguien, para substraerse á la sospecha de que los dioses hubieran ya empezado á castigarlo por sus crímenes. Petronio no creía que el César pudiese amar verdadera y profundamente ni aún á su propia hija; y aún cuando la hubiera amado con apasionamiento, se hallaba seguro el árbitro de que el tirano daba proporciones exageradas á su dolor.

Y no estaba equivocado Petronio.

Nerón escuchaba, con semblante de piedra y ojos inmóviles, las palabras de consuelo que le dirigían los caballeros y senadores. Era evidente que, aún en el caso de que estuviera sufriendo, su pensamiento era éste: ¿Qué impresión haría su dolor en los demás? Se presentaba, pues, en la actitud de una Niobe y daba á la vez una exhibición de sufrimiento paternal, como pudiera hacerlo en la escena cualquier actor. Y no tenía ni siquiera la fuerza de voluntad bastante para perseverar en su actitud de pesar silencioso y como si dijéramos petrificado, porque por momentos hacía gestos, cual si quisiera tomar del suelo y arrojar sobre su cabeza un puñado de polvo, y en otras prorrumplía en hondas lamentaciones. Pero al ver á Petronio, dió un salto, y exclamó con voz trágica y de manera que todos los presentes pudieran oírle:

—¡Ay! ¡Y tú eres el causante de su muerte! Por tu consejo, el mal espíritu atravesó estos muros, sí, el mal espíritu que, con una mirada, arrancó de su pecho la vida! ¡Miseró de mí! ¡Ojalá mis ojos no hubiesen jamás visto la luz de Helios! (el sol). ¡Miseró de mí! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y levantando todavía más la voz, llegó hasta las inflexiones del clamor desesperado.

Pero Petronio decidió en ese instante jugar el todo por el todo, como en un golpe de dados. Así, pues, extendiendo la mano se apoderó del pañuelo de seda que Nerón llevaba siempre alrededor del cuello, y colocándolo sobre la boca del emperador, dijo con entonación solemne:

—Señor, Roma y el mundo se hallan transidos de dolor; pero tú, tú debes conservar para nosotros esa voz!

Todos los presentes quedaron atónitos; el mismo Nerón mostróse perplejo por un instante. Sólo Petronio permaneció imperturbable; demasiado bien sabía lo que estaba haciendo. Recordaba, además, que Terphos y Diodoro tenían orden precisa de cerrar la boca del César cuando quiera que éste levantara demasiado la voz y la pusiera por lo tanto en peligro de desmedro.

—¡Oh, César!—continuó el árbitro con el mismo aire grave y apesarado;—hemos sufrido una pérdida incommensurable: quédenos siquiera como consuelo tan valio o tesoro!

—Un estremecimiento pareció circular por el semblante de Nerón, y después de un momento brotaron lágrimas de sus ojos. Y luego, súbitamente, apoyó las manos en los hombros de Petronio, y dejando caer sobre su pecho la cabeza empezó á repetir, entre sollozos:

—¡Solo tú, entre todos, has pensado en esto!... ¡solo tú, Petronio, solo tú!

Tigelino púsose amarillo de envidia y Petronio continuó así:

—Trasládate á Ancio. Allí vino ella al mundo, allí te inundó la alegría y allí has de encontrar el indispensable solaz. Refresquen las brisas del mar tu divina garganta y aspire tu pecho las emanaciones salinas. Nosotros, tus devotos, hemos de seguirte por do quiera; y cuando hayamos mitigado tu dolor con la amistad, tú nos confortarás con el canto.

—¡Cierto!—contestó Nerón con triste acento.—Escribiré un himno en honor de ella y á la vez le compondré la música.

—Y en seguida irás en busca del cálido sol de Bayas.

—Y luego en demanda de olvido á Grecia.

—A la tierra clásica de la poesía y del canto.

Y gradualmente el estado sombrío y como petrificado de su ánimo fué modificándose y volviendo al reposo, al igual de las nubes que se disipan después de haber estado cubriendo el sol; y en seguida entablóse una conversación, si bien llena de melancolía, llena también de planes para lo futuro, pues en ella se trató de un viaje, de exhibiciones artísticas y hasta de las recepciones que habrían de prepararse con motivo de la anunciada venida de Tirdates, rey de Armenia. Cierto es que Tigelino se esforzó por traer de nuevo á cuento el tema del maleficio; pero Petronio, seguro ya de su triunfo, aceptó sin vacilación el reto.

—Tigelino,—le dijo,—¿crees tú que los encantamientos pueden hacer daño á los dioses?

—El mismo César es quien ha hecho alusión á ellos,—contestó el cortesano.

—El dolor era quien hablaba entonces, no el César; pero tú, ¿qué opinas en este punto?

—Los dioses son demasiado poderosos para estar sujeta á maleficios.

—¿Entonces pretenderías tú negar la divinidad al César y á su familia?

—*Peractum est!* (1)—murmuró Eprio Marcelo, que se hallaba cerca, repitiendo así el grito que profería el pueblo siempre cuando un gladiador en la arena recibía un golpe decisivo y aplastante.

Tigelino se mordió su propia cólera. Desde hacia tiem-

(1) ¡Se acabó! ¡Asunto concluido!

po había existido entre él y Petronio una declarada rivalidad en lo tocante á Nerón. Tigelino tenía esta superioridad: que en su presencia Nerón procedía con menos ceremonia, ó mejor dicho sin ninguna; en tanto que hasta entonces Petronio había vencido á Tigelino en cada encuentro por la superioridad de su inteligencia y de su ingenio.

Y así había sucedido ahora.

Tigelino permaneció silencioso y se limitó á grabar en su memoria los nombres de los senadores y caballeros que al retirarse Petronio al fondo de la sala, le rodearon al punto, previendo que después del incidente ocurrido, seguiría seguramente siendo el primer favorito del César.

Al salir Petronio de palacio hizose conducir á casa de Vinicio y le refirió la escena con el César y Tigelino.

—No solo he apartado el peligro,—dijo,—de las cabezas de Aulio Plaucio, Pomponia y las nuestras, sino hasta de la de Ligia, á quien ya no han de buscar, siquiera sea por esta razón: que yo he logrado inducir á Barba de bronce, el mono, á que haga un viaje á Ancio, para seguir de allí á Nápoles ó á Bayas, y ese viaje lo hará.

Sé que hasta ahora no se ha aventurado á presentarse públicamente en el teatro, y sé también desde hace largo tiempo que piensa hacer esto en Nápoles. Además, está soñando con Grecia, donde se propone cantar en las principales ciudades y efectuar en seguida su entrada triunfal en Roma, trayendo todas las coronas que los «Græculi» (1) (griegos) le han de otorgar. Y durante ese tiempo nosotros podremos buscar á Ligia sin que se nos estorbe y ponerla luego en sitio secreto y seguro. Y nuestro noble filósofo, ¿no ha vuelto aún?

—Tu noble filósofo es un pillo. No, no ha vuelto á dejarse ver, ni creo que vuelva más.

(1) «Græculi» tiene en este caso la significación despectiva de ligeros, frívolos, fútiles, pues en concepto de tales eran tenidos generalmente los griegos por los romanos.

—Pero yo tengo mejor concepto, si no de su honradez, de su ingenio. Ya hizo una vez una sangría en tu bolsa, y ha de volver, aun cuando sólo fuera por eso; para hacerte una segunda.

—Que tenga cuidado: no le haga yo la sangría en su propio cuerpo.

—Guárdate de ello: ten paciencia hasta que no te halles convencido plenamente de su impostura. No le des más dinero: prométele, eso sí, una buena recompensa si te trae noticias. ¿No piensas por tu parte seguir haciendo algunas pesquisas?

—Mis dos libertos Ninfidio y Demas, la están buscando con sesenta hombres. Al esclavo que la encuentre le he prometido la libertad. Además, he enviado fuera de Roma agentes especiales con orden de recorrer todos los caminos que salen de la ciudad y de preguntar en todas las posadas por el ligur y la doncella. Yo mismo sigo recorriendo la ciudad, de día y de noche, á la expectativa de un encuentro ocasional.

—Cuando quiera que tengas noticias, comunicámelas, pues debo partir para Ancio.

—Así lo haré.

—Y si una de estas mañanas al despertar te ocurre decir: «No vale la pena el que siga yo atormentándome y sufriendo incesantes molestias por causa de una muchacha», vente al instante á Ancio. Allí no escasearán ni las mujeres, ni los entretenimientos.

Vinicio empezó á dar paseos agitados por la habitación. Petronio lo observó algunos instantes y por fin dijo:

—Dime sinceramente, y no como un loco que habla solo á su perturbado cerebro y lo excita, sino como un hombre de juicio que está contestando á un amigo: ¿Sigues tan preocupado como al principio por esta Ligia?

Vinicio se detuvo por un momento, y miró á Petronio como si antes no le hubiera visto; en seguida prosiguió su agitado paseo. Era evidente que se esforzaba por reprimir

un estallido. Por último y como fruto de un sentimiento de desamparo, dolor, cólera é invencible anhelo, brotaron de sus ojos dos gruesas lágrimas.

Esta fué la respuesta que dió á Petronio con mucha mayor elocuencia que las más patéticas frases, por lo cual, después de un instante de meditación, dijo:

—No es Atlas quien lleva el mundo sobre los hombros, sino la mujer, y ésta en ocasiones juega con él como con una pelota.

—Es verdad,—contestó Vinicio.

Y empezaban ya á darse los adioses de despedida, cuando un esclavo anunció que Chilo Chilonides aguardaba en la antecámara y pedía se le admitiese á la presencia del señor.

Vinicio ordenó se le hiciera entrar inmediatamente, y Petronio dijo entonces:

—¡Ah! ¿No te lo había dicho yo? Pero, ¡por Hércules! conserva tu sangre fría ó será Chilo quien te mande, y no tú á él.

—Salud y honor al noble tribuno del ejército y á tí, señor,—dijo Chilo al entrar.—Llegue vuestra felicidad hasta la altura de vuestra fama, y circule vuestra fama por el mundo, desde las columnas de Hércules hasta los límites de los arsácidas!

—¡Salud, oh tú, legislador de la virtud y del saber!—contestó Petronio.

Pero Vinicio preguntó incontinenti con afectada calma:

—¿Qué me traes ahora?

—La primera vez te traje la esperanza, ¡oh señor! Hoy te traigo la seguridad de que será encontrada la doncella.

—¿Quiere eso decir entonces que no la has encontrado aún?

—Sí, señor; pero ya he descubierto lo que significa el signo que la visteis hacer. Sé quienes son los que con ella huyeron y cuál es el Dios entre cuyos adoradores he de buscarla.

Vinicio estuvo á punto de saltar de la silla en que se hallaba sentado; pero Petronio le puso una mano en el hombro, y volviéndose á Chilo, le dijo:

—¡Continúa!

—¿Estás perfectamente seguro, señor, de que fué un pescado lo que trazó ella sobre la arena?

—Sí, — prorrumpió Vinicio.

—Entonces, Ligia es Cristiana y son los cristianos quienes te la han arrebatado.

Sucediose un momento de silencio; al cabo del cual Petronio repuso:

—Escucha, Chilo. Mi sobrino te ha reservado una suma considerable de dinero para el caso de que encuentres á la joven, pero también te destina una cantidad no menos considerable de azotes para el caso de que le estés engañando. En el primer término de esta disyuntiva se te presenta la ocasión de comprar no uno, sino hasta tres escribientes; en el segundo, ni la filosofía de los siete sabios juntos, unida á la tuya, te han de servir para ungüentos.

—La doncella es cristiana, señor,— exclamó el griego.

—Basta, Chilo. Tú no eres un necio. Todos sabemos que Junia y Calva Crispinilla acusaron á Pomponia Graecina como adepta de la superstición cristiana; pero sabemos también que fué absuelta por un tribunal doméstico. ¿Intentarás tú acaso levantar de nuevo esta acusación? ¿Te atreverías á probarnos la posibilidad siquiera de que Pomponia, y Ligia con ella, pertenezcan á las filas de los enemigos de la raza humana, de los envenenadores de los pozos y las fuentes, de los adoradores de una cabeza de asno, de esas gentes sacrificadoras de infantes y acusadas de entregarse á las más licenciosas prácticas? Considera, Chilo, si esa tesis, que has empezado á desarrollar ante nosotros, no corre peligro de rebotar sobre tus lomos en forma de antítesis.

Chilo abrió los brazos é hizo un ademán como significando que no era suya la culpa:

—Señor, pronuncia en griego la siguiente frase: «Jesu-Cristo, Hijo de Dios, Salvador» (1).

—Bien, ya la he pronunciado. ¿Y qué resulta de eso?

—Ahora, toma la primera letra de cada una de esas palabras y forma con ellas una sola palabra.

—¡Pescado! —dijo Petronio lleno de admiración (2).

—¡Eso! y he aquí por qué el pescado ha llegado á ser la palabra de pase, ó el santo y seña de los cristianos,—contestó Chilo con aire ufano.

Siguió un duevo intervalo de silencio. Pero eran tan sorprendentes las conclusiones del griego, que los dos amigos no podían volver aún de su asombro.

—Vinicio, ¿no habrás sufrido algún error?—preguntó por fin Petronio.—¿Fué realmente un pescado lo que viste á Ligia trazar?

—¡Por todos los dioses infernales, esto es para volverse loco!—exclamó el joven con agitado acento.—Si hubiera trazado un pájaro, te hubiera dicho yo que era pájaro lo que entonces ví.

—Por consiguiente es cristiana,—repitió Chilo.

—Y esto significa,—dijo Petronio,—que Pomponia y Ligia envenenan las fuentes, sacrifican niños robados en las calles y se entregan á prácticas disolutas. ¡Qué locura! Tú, Vinicio, estuviste en su casa por algún tiempo; yo tan solo cortos instantes; pero conozco lo bastante á Pomponia y á Plaucio, y puedo decir asimismo que conozco suficientemente á Ligia, para poder declarar, que eso es una monstruosidad y un despropósito. Si un pescado es el simbolo de los cristianos,—lo que me parece difícil negar,—y si esas mujeres son cristianas, entonces, ¡por Proserpinal es evidente que no son los cristianos lo que á nosotros se nos antoja que sean.

—Tú hablas con la sabiduría de Sócrates, señor,—repli-

(1) Iesus Christos Theou Uios Soter.

(2) Ichthus, palabra griega que quiere decir «pescado».

có Chilo.—¿Quién ha examinado jamás á un cristiano? ¿Quién ha estudiado su religión? Cuando hace tres años venía yo en viaje de Napoles á Roma, (¡oh, por qué no me quedé entonces en Nápoles!) me hizo compañía un hombre llamado Glauco, á quien las gentes reputaban cristiano, á pesar de lo cual pude convencerme de que era un hombre virtuoso y bueno.

—¿No habrá sido ese hombre virtuoso y bueno el que te ha hecho conocer lo que simboliza el pescado?

—Desgraciadamente, señor, en una fonda del camino alguien dió una puñalada á ese buen hombre, y su esposa é hijo le fueron arrebatados por unos mercaderes de esclavos. Yo perdí en la defensa de todos ellos los dos dedos que me faltan; y desde que, como dicen las gentes, no escasean los milagros entre los cristianos, espero que antes de mucho vuelvan á salirme dedos nuevos en la mano.

—¿Cómo es eso? ¿Te has hecho cristiano?

—¡Desde ayer, señor, desde ayer! El pescado me hizo cristiano. Ved qué poder tiene. Por espacio de algunos días seré el más celoso prosélito de todos ellos, á fin de conseguir que me inicien en todos sus secretos; y cuando de ellos esté impuesto, sabré dónde se halla oculta la doncella. Probable es que entonces el cristianismo me sea más provechoso que la filosofía. También he hecho un voto á Mercurio y ofrecídale sacrificarle dos vaquillas del mismo tamaño y color,—y les doraré los cuernos,—si me presta su ayuda para encontrar á la doncella.

—¿Entonces es decir que tu cristianismo de ayer y tu filosofía de largo tiempo, te permiten creer en Mercurio?

—Yo creo siempre en todo aquello en que necesito creer: esa es mi filosofía, que debiera ser grata á Mercurio. Desgraciadamente,—ya sabéis, dignos señores, cuán suspicaz es este dios,—él no confía ni siquiera en las promesas de los filósofos impecables y prefiere recibir adelantadas las vaquillas; y entre tanto, esto importa un desembolso

inmenso. No todos son Sénecas, y no está en mis condiciones el sufragar el valor de tal sacrificio. Sin embargo, si quisiera el noble Vinicio darme algo á cuenta de la suma que me ha prometido...

—¡Ni siquiera un óbolo! La generosidad de Vinicio ha de sobrepujar á tus esperanzas, pero solo cuando Ligia haya sido encontrada, esto es, cuando tú nos indiques el sitio donde se oculta.

Es menester que Mercurio te dé crédito por las dos vaquillas; aunque si bien se mira, no me extraña el que no tenga voluntad para ello: en esto, reconozco su perspicacia.

—Escuchadme, dignos señores. El descubrimiento que acabo de hacer es grande, por cuanto si bien todavía no he encontrado á la doncella, he ingeniado la manera más conducente para llegar á encontrarla. Vosotros habéis enviado libertos y esclavos y todos los ámbitos de la ciudad y fuera de ella, y decidme: ¿habéis recibido de ellos hasta este instante, algún indicio siquiera? ¡No! Yo, yo solamente, os he dado la clave. Os diré más. Es posible que entre vuestros esclavos haya algunos cristianos, hecho del cual, no tenéis conocimiento alguno y que ha de ocurrir, porque esta superstición se ha extendido por todas partes; y esos esclavos, en vez de ayudaros en vuestras pesquisas, os traicionarán. Es por eso de sentir que me vean en vuestra casa: por lo tanto, tú, noble Petronio, has de imponer silencio á Eunice, y en cuanto á tí, noble Vinicio, te pido extiendas el rumor de que á tu casa vengo con el fin de venderte un unguento que sirve para aplicarlo á los caballos, asegurando así su triunfo en el Circo. Yo solo, me encargo de buscar á la joven, y sin la ayuda de nadie me comprometo á descubrir á los fugitivos. Así, pues, confiad en mí y sabed que cuanto dinero reciba yo adelantado, será para mí simplemente un estímulo, porque siempre tendré la expectativa de recibir más, y ello me dará una certidumbre mayor de que obtendré la prometida recom-

pensa. ¡Ah! ¡Me olvidaba! Como filósofo, yo desprecio el dinero, si bien ni Séneca, ni siquiera Musonio, ni Cornuto, lo desprecian, ellos que no han perdido ningún dedo en defensa de nadie y pueden, por lo tanto, escribir de su puño y dejar sus nombres á la posteridad. Pero fuera del esclavo que me propongo comprar, y de Mercurio, á quien he prometido las vaquillas, —y ya sabéis qué subidos precios alcanza el ganado en estos tiempos,—las investigaciones propiamente dichas imponen gastos considerables. Escuchadme con paciencia y veréis. Desde hace algunos días tengo los pies lastimados de tanto caminar. He ido á las tiendas de vinos, á conversar con el pueblo; á las panaderías, á las carnicerías, á las aceiterías y á casa de los pescadores. He recorrido todas las calles y todas las avenidas; he buscado en todos los escondrijos de los esclavos fugitivos; he perdido dinero, casi cien ases —jugando *mora*; he estado en las lavanderías, en los secaderos, en los figones; me he visto con arrieros de mulas y con escultores; con los sacamuelas y los que curan las enfermedades de la vejiga; he conversado con los vendedores de higos secos; he ido hasta el cementerio; ¿y sabéis por qué? Por esto: con el fin de dibujar en todas partes un pescado, mirar en seguida en la cara de un interlocutor y tomar nota de lo que dijese á la vista de ese signo.

Por largo tiempo no pude averiguar nada, hasta que un día ví un viejo esclavo en una fuente. De ella estaba sacando agua con un cubo y llorando. Acerquéme y le pregunté cuál era la causa de sus lágrimas. Una vez que nos hubimos sentado al pie de la fuente, me contestó que durante toda su vida, se había llevado reuniendo sestercio tras sestercio á fin de poder algún día rescatar á su amado hijo, pero su amo, un cierto Pansa, cada vez que le entregaba el dinero, se lo guardaba, si bien mantenía siempre á su hijo en esclavitud.—«Y por eso estoy llorando,—me dijo el viejo;—porque, aún cuando repito siempre: «Hágase la voluntad de Dios,» yo, pobre pecador, no puedo con-

tener las lágrimas.»—Entonces, yo, cual si me hubiese asaltado un presentimiento, mojó un dedo en el agua, y con él, dibujé un pescado á la vista del viejo. A lo que contestó él:—«Mi esperanza, también se halla cifrada en Cristo.»—Entonces le pregunté:—«¿Te has confesado á mí por medio de este signo?»—«Sí,—me dijo;—y que la paz sea contigo.»—Empecé luego á sonsacarle, y el buen viejo me lo reveló todó. Su amo, ese Pansa, es un liberto del gran Pansa; y se ocupa en el acarreo que hace por el Tíber de piedras para Roma; y aquí esclavos y personas pagadas, al efecto, descárganlas de las embarcaciones y las conducen hasta el pie de los edificios durante la noche, á fin de no obstruir el tráfico de las calles en las horas del día. Entre esos trabajadores hay muchos cristianos, siendo uno de ellos el hijo del viejo, y como ese trabajo es superior á las fuerzas del muchacho, su pobre padre deseaba rescatarlo.

Pero Pansa prefirió guardarse tanto el dinero como el esclavo. Mientras esto me estaba diciendo el viejo, tornó á llorar otra vez, y yo, mezclé á las suyas, mis propias lágrimas. Estas últimas brotaron fácilmente de mis ojos á causa de mi bondadoso corazón y de lo mucho que me dolían los pies por haber hecho caminatas excesivamente largas y continuadas. Entonces yo empecé también á lamentarme porque como,—según le dije,—acababa de llegar de Nápoles, solo, hacía muy pocos días, no conocía á ninguno de la hermandad, y no sabía, por consiguiente, dónde se reunían á hacer sus oraciones. El se sorprendió de que los cristianos de Nápoles no me hubieran dado cartas para sus hermanos de Roma; pero yo le expliqué el asunto, asegurándole que esas cartas me habían sido robadas en el camino. Oído lo cual, me dijo que fuese al río en la noche, y él, me pondría en relación con hermanos que me llevarían á las casas de oración y con los jefes que gobiernan la comunidad cristiana. Cuando hube escuchado esto, experimenté un júbilo tan grande, que dí al viejo la suma ne-

cesaria para el rescate de su hijo, en la esperanza de que Vinicio, el gran señor, me devolviese doblada esa suma.

—Chilo,—interrumpió Petronio,—en tu narración la mentira flota sobre la superficie de la verdad como el aceite sobre la superficie del agua. Tú nos has traído noticias de importancia, no puedo negarlo. Aún más, llego hasta convenir en que se ha dado un gran paso en el rumbo que conduce al descubrimiento del paradero de Ligia; pero no vengas á mezclar con falsedades tus noticias. ¿Cómo se llama ese viejo por quien has sabido que los cristianos se reconocen entre sí valiéndose de un pescado como signo?

—Euricio. ¡Un pobre hombre, un desgraciado! Me hizo recordar á Glauco, aquel á quien defendí de los asesinos, y me compadecí de él, principalmente por esa semejanza.

—Creo que, en efecto, has visto á ese hombre y podrás servirte de tus relaciones con él, pero no le has dado ningún dinero. No le has entregado ni siquiera un as, ¿me entiendes? Nada absolutamente le has dado.

—Pero le ayudé á subir el cubo con agua y le hablé de su hijo con la más cordial simpatía. Sí, señor, ¿qué puede sustraerse á la penetración de Petronio? Pues bien, yo no le he dado dinero, mejor dicho, sí se lo he dado, pero en espíritu, en intención, lo cual, si hubiera sido él un verdadero filósofo, debería haberle bastado. Se lo dí, porque comprendí que semejante acto era indispensable y útil; porque piensa, señor, cómo con ese acto me he ganado desde el momento mismo la voluntad de todos los cristianos, me he franqueado el acceso á ellos y he conseguido su confianza.

—Cierto es,—dijo Petronio,—y era tu deber hacerlo así.

—Cabalmente por esta razón he venido á procurarme los medios para ello.

Petronio se volvió hacia Vinicio:

—Puedes ordenar que le cuenten cinco mil sestercios, pero solo en espíritu, en intención.

—Te daré un joven,—dijo Vinicio,—que irá contigo llevando la suma necesaria; dirás á Euricio que ese joven es tu esclavo, y entregarás al viejo, en presencia del mismo joven el dinero. Y puesto que has traído nuevas de importancia, recibirás para tí una suma igual. Hoy al anochecer volverás por el joven y por el dinero.

—¡Tú eres un verdadero César!—exclamó Chilo.—Permiteme, señor, dedicarte mi trabajo; pero permite asimismo que esta noche vuelva yo tan sólo por el dinero, pues Euricio me ha dicho que todas las embarcaciones habían sido ya descargadas y no vendrían otras con procedencia de Ostia, sino al cabo de algunos días.

¡Que la paz sea con vosotros! Así se despiden los cristianos. Yo me compraré una esclava, quiero decir, un esclavo. A los pescados se les coje con un anzuelo, y á los cristianos con un pescado. *¡Pax vobiscum! ¡pax! ¡pax! ¡pax!*

## CAPÍTULO XV

PETRONIO Á VINICIO:

Con un esclavo de confianza te envío desde Ancio esta carta. Espero me contestarás sin tardanza, por el mismo mensajero, aunque tu mano esté más habituada á manejar la espada y la jabelina que la pluma. Te dejé sobre una buena pista y lleno de esperanza; pienso, pues, que ya habrás calmado tu pasión entre los brazos de Ligia, ó bien que la calmarás antes de que el soplo del invierno, descienda de las cimas del Soracto sobre la Campaña.

¡Mi caro Vinicio, que la blonda diosa de Chipre te dirija; y sé tú el guía y el spintrio (1) de esa alba ligia, que escapa delante del sol del amor! Acuérdate que el mármol,

(1) Tiberio llamaba así á los maestros en actos deshonestos.

aún el más precioso, nada es por sí mismo, y no adquiere valor sino cuando la mano del estatuario lo ha transformado en una obra maestra. Sé tú ese estatuario, amigo mío. No basta amar, es necesario saber amar, y saber enseñar á amar. La plebe también, y hasta los animales experimentan el placer, pero el hombre verdadero se distingue de ellos precisamente, por su aptitud para mudar ese placer en un arte lleno de nobleza, y apreciarlo como un don divino; así, pues, desea, no sólo su cuerpo, sino también su alma. A menudo, cuando pienso en la vanidad, en la incertidumbre, en el fastidio de nuestra vida, me pregunto si no has tomado tú la mejor parte, y si la guerra y el amor no son únicamente las dos solas cosas para las cuales valga la pena de haber nacido.

«En la guerra tú has sido afortunado, sólo igualmente en amor, y, si sientes curiosidad por saber lo que ocurre en la corte de Nerón, te informaré de vez en cuando.

»Hénos, pues, instalados en Ancio, cuidando á nuestra celeste voz, y sintiendo siempre igual odio por Roma, hasta el punto de que formamos el proyecto de pasar el invierno en Baya, y de aparecer en público en Nápoles, cuyos habitantes, por su cualidad de griegos, saben apreciar mejor nuestros méritos que los ignaros de la ribera del Tiber.

»Llegarán gentes de Baya, de Pompeya, de Putiola, de Cumea, de Stabies. No nos faltarán ni aplausos ni coronas: esto nos animará para nuestro viaje á Grecia.

»¿Y el recuerdo de la pequeña Augusta? Sí, aun la lloremos. Cantamos himnos de nuestra composición, y tan maravillosamente que, celosas, las sirenas se han ecultado en lo más profundo de los abismos de Anfitrite. Los del-fines, por el contrario, nos escucharían con gusto; pero los rugidos del mar, se lo impiden. Nuestro dolor no se ha calmado aún, y podemos exhibirlo, en todas las actitudes que enseña la escultura. ¡Ah, querido! Nosotros moriremos metidos en pieles de bufones ó comediantes.

»Todos los augustanos están aquí, lo mismo que todas las augustanas, sin contar quinientas burras, la leche de las cuales sirve para los baños de Popea, y diez mil servidores.

Algunas veces nos divertimos. Calvia Crispinilla envejece; se dice que á fuerza de plegarias ha obtenido de Popea el permiso para tomar el baño en seguida, después de la Augusta.

Lucano dió un bofetón en la cara á Nigidia, movido por la sospecha de que tenga relaciones con un gladiador. Esporo jugó su esposa á los dados con Senocio... y la perdió. Torcuato Silano me ha ofrecido por Eunice cuatro caballos castaños que sin duda han de alcanzar este año el premio. ¡No he querido aceptar! Gracias á tí, también, porque te negaste á tomarla. En cuanto á Torcuato Silano, el pobre, ni siquiera sospecha que al presente, más que un hombre, es una sombra. Su muerte está decretada. ¿Y sabes tú cuál es su crimen? Es biznieto del deificado Augusto. No hay, pues, salvación para él. Tal es nuestro mundo.

»Como no lo ignoras, hemos estado esperando aquí á Tiridates; y entre tanto Valogésio ha escrito una carta ofensiva. Porque ha conquistado á Armenia, pide que se la cedan para Tiridates; de lo contrario, no la entregará en caso alguno. ¡Pura comedia! Así, pues, nos hemos decidido por la guerra. Corbulo será revestido de una suma de poderes tan considerable como la que se otorgó á Pompeyo Magno en la guerra con los piratas. Hubo, empero, un momento en que Nerón mostróse vacilante. Parece abrigar temores por la gloria que ha de alcanzar Corbulo en caso de victoria. Se pensó hasta en ofrecer el mando en jefe á nuestro Aulio. Pero á esto se opuso Popea, á quien es evidente que la virtud de Pomponia le hace el efecto de un poco de sal en el ojo.

»Nos ha hablado Vatínio de una notable lidia de gladiadores que ha de verificarse en Benevento. Vé hasta donde

alcanzan los zapateros remendones en nuestros tiempos, á pesar de decir: *¡Ne sutor ultra crepidam!* (El hijo del zapatero, zapatero debe ser). Vitelio es el descendiente, pero Vatinio es el hijo de un zapatero remendón! ¡Acaso él mismo habrá machacado suela en otro tiempo!

»El actor Alituro representó ayer admirablemente el Edipo. A propósito: le pedí que me contestara, como judío que es, si los cristianos y los judíos eran una misma cosa. Me respondió que los judíos tienen una religión eterna, pero que los cristianos forman una nueva secta que se ha levantado recientemente en Judea; que en tiempo de Tiberio los judíos crucificaron á cierto hombre, cuyos prosélitos aumentan de día en día y á quien los cristianos miran como Dios. Parece que se niegan á reconocer otros dioses y especialmente á los nuestros. No se me ocurre qué daño podría sobrevenirles si acataran á estos últimos.

»Tigelino me demuestra ahora una abierta enemistad. Hasta aquí la competencia para él es desigual; pero me aventaja en dos cosas: tiene más apego que yo á la vida y al mismo tiempo es un pícaro mayor, circunstancia esta última que le aproxima á Enobardo. Ellos se entenderán tarde ó temprano y entonces soy hombre perdido. ¿Cuándo? No sé nada, pero puesto que eso puede llegar, poco importa la fecha. Entretanto es preciso que nos divirtamos. La vida por sí misma me sería muy desagradable, sino fuese por nuestro augusto mono. Gracias á él, se disgusta uno á veces consigo mismo. Yo comparo la adquisición de sus favores á cualquier carrera del circo, ó á un juego, á una lucha, con la cual la victoria halaga el amor propio... Sin embargo, á veces me parece que soy una especie de Chilo, ni más ni menos. Cuando este no te sea útil, envíame, le he tomado gusto á su conversación sugestiva. Presenta mis saludos á tu divina cristiana, ó mejor dicho, ruégale que no sea un pescado para tí. Háblame de tu salud, háblame de tu amor, sabe amar, enséñale lo que es el amor, y Vale.»

M. C. VINICIO Á PETRONIO:

«Nada de Ligia hasta este momento. Si no fuese por la esperanza de encontrarla bien pronto, no recibirías esta carta, porque cuando la vida nos disgusta no se sienten deseos de escribir. He querido comprobar si Chilo no me engañaba, y la noche que vino á buscar el dinero para Euricio, me envolví en un capote militar y lo seguí sigilosamente, á él y al joven esclavo que le había dado. Cuando llegaron al lugar indicado, me puse á espiarlos de lejos oculto tras un pilar del puesto, y pude convencerme de que Euricio no era mito. En la ribera, cerca del río, unos cincuenta individuos descargaban, á la luz de las antorchas, unas enormes piedras que sacaban de una balsa, ahincándolas en tierra. Ví que Chilo se aproximaba á ellos, entablando conversación con un viejo que se echó á sus pies; los otros le rodearon exhalando gritos de sorpresa. A mi vista, mi joven esclavo entregó el saco de dinero á Euricio, que sé puso á orar con las manos extendidas hacia arriba, en tanto que á su lado había arrodillada una persona, su hijo evidentemente. Chilo dijo algo que no pude oír y bendijo á los dos individuos que estaban de rodillas, como igualmente á los demás, haciendo en el aire algunos signos en forma de cruz, signos que al parecer aquellos reverencian, pues todos arrodilláronse al verlos. Me sobrevino un febril deseo de volar hacia ellos y prometer tres bolsas iguales á la que había recibido Euricio, destinadas á la persona que entregase á Ligia; pero al punto me acometió el temor de malograr el trabajo de Chilo, y después de un momento de vacilación, me dirigí á casa.

«Esto sucedió por lo menos doce días después de tu partida. Desde entonces Chilo ha estado conmigo muchas veces. Dice que se ha conquistado gran prestigio entre los cristianos; que si hasta ahora no ha podido encontrar á Ligia, ello se debe á que los cristianos en Roma son innumerables: de ahí el que no todos conozcan á cada uno de la comunidad y no puedan estar en conocimiento de todo

lo que en ella se haga. Son también muy cautelosos, y por lo general, reticentes. Me aseguró, no obstante, que cuando llegue á intimar con los de mayor gerarquía, llamados presbíteros, podrá quedar iniciado en todos sus secretos. Ya tiene establecidas relaciones con algunos, y ha empezado las averiguaciones entre ellos, si bien con mucha prudencia, á fin de no despertar sospechas al poner en práctica un procedimiento precipitado que haría entonces más difícil el trabajo. Y aun cuando es duro esperar tanto, y aun cuando la paciencia me falta, creo que tiene razón, y espero.

«También ha descubierto Chilo que los cristianos tienen ciertos lugares de reunión en donde se congregan á orar, lugares frecuentemente elegidos fuera de la ciudad, en casas vacías y hasta en los arenales. Allí adoran á Cristo, entonan himnos y celebran fiestas. Y hay muchos lugares de ese género. Chilo supone que Ligia asiste de intento á los que no frecuenta Pomponia, á fin de que ésta, en caso de cualesquiera informaciones judiciales, pueda jurar en conciencia que nada sabe acerca del sitio en donde Ligia se oculta. Es posible que los presbíteros le hayan recomendado el mayor sigilo. Cuando Chilo llegue á descubrir esos sitios, iré con él; y si los dioses permiten que vuelva á ver á Ligia, te juro por Júpiter que no se escapará esta vez de mis manos.

»Pienso continuamente en esos lugares de oración. Chilo quiere que yo no vaya con él: tiene miedo. Pero, meserá imposible permanecer en casa. Por que estoy cierto de conocer á Ligia inmediatamente, aun cuando vaya cubierta por un velo ú oculta en un disfraz. Sé que se reúnen por la noche, más yo, aun entre las sombras de la noche la reconocería.

En cualquiera parte sabría distinguir su voz y sus ademanes. Iré disfrazado, examinaré una por una á todas las personas que entren y salgan. Pienso en ella todos los instantes y la he de descubrir, pese á quien pese. Chilo ven-

drá mañana, é iremos juntos. Llevaré armas. Algunos de los esclavos que mandé á las provincias han vuelto con las manos vacías. Pero ahora estoy cierto de que se halla en la ciudad, y acaso no muy lejos de mí. Yo mismo he visitado muchas casas sospechosas, so pretexto de alquilarlas. Ella vivirá á mi lado cien veces mejor; donde actualmente se encuentra, viven legiones de gentes desvalidas. Además, nada he de omitir yo en su obsequio. Me escribes que he hecho una elección acertada. Ya lo ves: he elegido el sufrimiento y el dolor. Iremos primero á las casas situadas dentro del radio de la ciudad; después saldremos fuera de las puertas. La esperanza se cifra en algo nuevo cada mañana: de otra manera se haría imposible la existencia. Me dices que es necesario saber amar. Bien supe yo pintar á Ligia mi amor. Pero ahora solo sé penar: no hago otra cosa que mantenerme en espera de Chilo. La existencia se me hace imposible en mi propia casa. «¡Adíós!»

## CAPÍTULO XVI

Pero Chilo tardó algún tiempo en presentarse, hasta el extremo de que por fin Vinicio no supo á qué atribuir su ausencia.

En vano repetíase á sí mismo que las pesquisas, para que pudieran continuarse con la mira de alcanzar un éxito cierto y afortunado, deberían de ser graduales y lentas. Su sangre y su índole impulsiva rebelábanse contra la voz de la cordura.

No hacer nada, esperar, constantemente sentado y con los brazos cruzados, érale ya tan repulsivo, que no podía reconciliarse en manera alguna con semejante situación. Recorrer las calles de la ciudad, disfrazado en traje de esclavo, había llegado á ser ya un recurso inútil y se le presentaba tan solo como un simple pretexto para disimular su propia impotencia y por lo tanto en manera alguna podía satisfacerle,

Sus libertos, hombres experimentados, á quienes había confiado el encargo de hacer pesquisas aisladamente, habían resultado cien veces menos hábiles que Chilo.

Y entretanto, levantábase dentro de su alma, fuera de su amor hacia Ligia, la obstinación del jugador resuelto á ganar la partida. Vinicio había sido siempre hombre de esa índole. Desde su primera juventud había llevado á cabo cuanto emprendiera, con el apasionamiento de quien no conoce las contrariedades de la derrota, ni concibe la necesidad de ceder á extraña exigencia.

Por espacio de algún tiempo, la disciplina militar había puesto límites á su voluntad, pero al mismo tiempo había afirmado en él la convicción de que toda orden que diese á sus subordinados debía ser cumplida; y su prolongada permanencia en Oriente, en medio de gentes sumisas y habituadas á la obediencia de los esclavos, había confirmado en su ánimo la fé de que no era posible oponer á su deseo linage alguno de cortapisas.

Y al presente además hallábase dolorosamente herida su vanidad.

Había por otra parte un verdadero enigma en la oposición y resistencia de Ligia y en su misma fuga. Y la solución de este enigma torturaba horriblemente su cerebro.

Presentía que había dicho Actea la verdad y que Ligia no era indiferente á su amor. Pero, si esto era cierto, ¿por qué había ella entonces preferido una existencia errante y miserable á su amor, á su ternura, y á vivir en una espléndida mansión?

No hallaba contestación á tal pregunta, llegando tan sólo á una especie de vaga inteligencia de que entre él y Ligia, entre las ideas de ambos, entre el mundo en que vivían él y Petronio y el mundo de Ligia y Pomponia, existía alguna especie de divergencia, alguna especie de incompatibilidad tan honda, como un abismo que nada ni nadie podía salvar, ó nivelar tan siquiera.

Y entonces parecíale que no le restaba sino renunciar á

Ligia; y á esta idea perdía los últimos restos del equilibrio en que Petronio deseaba que mantuviera su espíritu.

Había momentos en que no se daba cuenta á sí propio de si aborrecía ó amaba á Ligia; comprendía tan sólo que era forzoso encontrarla, y habría preferido entonces ver que se la tragase la tierra, si no había de recuperarla él y poseerla.

Mediante al poder de su imaginación, veíala en ocasiones con tanta nitidez como si la tuviese ante su vista. Traía á la mente una á una todas las palabras que la había dirigido, y todas las que había de sus labios escuchado. Sentíala cerca de sí, sobre su pecho, en sus brazos; y entonces el deseo lo envolvía como en una abrasadora llama.

En esos momentos la amaba y le imploraba que prestase oído á su amoroso reclamo.

Y cuando pensaba en que era correspondido y en que podía ella calmar voluntariamente sus más férvidos anhelos, una angustia cruel y sin término apoderábase de él, y una especie de ternura inenarrable, en su pecho rebosaba, como una onda poderosa.

Pero había también momentos en que palidecía de cólera y se gozaba en discurrir arbitrios de humillación y de tormento para Ligia cuando llegase á encontrarla.

Entonces fingíase no sólo su dueño, sino el amo verdadero de una esclava que hollaría á su antojo.

Y luego decíase, que si le dieran á elegir entre ser él esclavo de Ligia y no volver á verla jamás en la vida, preferiría ser su esclavo.

Había días en que pensaba en las rojas huellas que el látigo habría de marcar en sus carnes de color de rosa, y en seguida ¡le sobrevenia un deseo avasallador de besar esas crueles marcas.

Y también á su enfermo cerebro asaltaba por instantes la idea de que al matarla se conceptuaría dichoso.

En estas alternativas de tortura, cavilación, incertidum-

bre y sufrimiento iba perdiendo la salud y hasta su varonil hermosura. Hízose un amo cruel é incomprendible. Sus esclavos, y hasta sus libertos, acercábanse á él temblando; y como ahora caían sobre ellos inmerecidos castigos,—tan despiadados como injustificables,—empezaron secretamente á odiarle, en tanto que él, comprendiendo esto y sintiéndose más y mas aislado, tomaba en ellos venganzas cada día más crueles. Contentábase tan sólo respecto de Chilo, temeroso de que pudiera éste interrumpir sus pesquisas.

Y el griego, que tal notó, fué de modo paulatino ganando sobre él dominio y tornándose más y más exigente.

Al principio, en cada una de sus visitas aseguraba á Vinicio que el asunto se llevaría á efecto de manera fácil y rápida; luego empezó á descubrir en él sus obstáculos y aún cuando es cierto que continuó dándole seguridad esa acerca del éxito final indubitable de las pesquisas, no le ocultaba ahora el hecho de que ellas debían continuarse todavía por bastante tiempo.

Por último, después de largos días de expectativa, llegó uno en que Chilo presentóse al joven con el semblante tan lleno de contrariedad, que aquél á su vista púsose pálido, y saltando de su asiento, tuvo apenas fuerzas para preguntar:

—¿No está ella entre los cristianos?

—Sí está, señor,—contestó Chilo;—pero también he hallado á Glauco entre ellos.

—¿De qué estás hablando, y quién es Glauco?

—Has olvidado, señor, á lo que parece, al viejo con quien viajé de Nápoles á Roma, y en cuya defensa perdí estos dos dedos, mutilación que me tiene imposibilitado para escribir. Los ladrones que le arrebataron su mujer y su hijo, le hirieron con un puñal. Yo le dejé agonizante en una fonda de Minturna, y le había llorado por muerto hasta hace poco. Mas, ¡ay! estoy ahora convencido de que vive aún, y pertenece en Roma, á la comunión cristiana.

Vinicio, que no podía comprender de qué se trataba, sospechó tan sólo que Glauco empezaba á ser una especie de obstáculo al descubrimiento de Ligia.

Así, pues, reprimió la cólera que ya iba subiéndole al rostro, y dijo:

—Si en la ocasión recordada tú le defendiste, debiera él estarte agradecido y ayudarte ahora.

—¡Ah, digno tribuno! Los dioses mismos suelen no ser siempre agradecidos, ¿qué podrá entonces aguardarse de los hombres? Efectivamente, Glauco ha debido sentir reconocimiento hacia mí. Por desgracia, es hombre ya viejo, de cerebro débil, que han oscurecido la edad y las vicisitudes, razón por la cual, no sólo no me conserva ninguna gratitud, sino que, según he sabido de boca de sus correligionarios, me acusa de complicidad con los ladrones aquellos, y me considera el causante de sus infortunios. ¡Así me paga la pérdida de mis dedos!

—¡Bribón! Estoy seguro de que las cosas pasaron como Glauco las refiere,—contestó Vinicio.

—Entonces, sabes más que él mismo, señor, porque Glauco solamente abriga sospechas de que así aconteció; lo cual, sin embargo, no le impediría congregarse á los cristianos y vengarse de mí cruelmente.

Y á no dudarlo habría hecho eso, y encontrando quienes le secundaran; pero afortunadamente no sabe mi nombre, y en el oratorio en que nos encontramos no reparó en mí. Empero, yo le reconocí al punto, y en el primer momento estuve tentado de echarle al cuello los brazos. Sin embargo, la prudencia y el hábito que tengo de pensar cada paso que doy, me impidieron hacerlo. Así, pues, al salir del oratorio, tomé informes respecto de él, de parte de conocidos suyos, quienes me declararon era el hombre que había sido traicionado por su compañero de viaje, en la jornada de Nápoles á Roma. De otra manera no habría sabido yo que él cuenta semejante historia.

—¿Y qué me importa á mí todo eso? Dime que viste en ese oratorio.

—Cierto es, señor, que á ti no te importa, pero á mí me concierne tanto como la vida misma. En el deseo de que mi sabiduría me sobreviva, preferiría renunciar á la recompensa que me has ofrecido antes que exponer mi vida por el simple lucro, sin necesidad del cual yo, como verdadero filósofo, podré siempre vivir en persecuimiento de la divina sabiduría.

Pero Vinicio acercósele entonces con ominoso continente, y le dijo con acento de mal reprimida cólera:

—¿Quién te ha dicho que la muerte podrías tú recibirla de manos de Glauco, antes que de las mías? ¿Qué sabes tú, perro, si no me viene en deseo hacerte enterrar incontinenti en mi jardín?

Chilo, que era un cobarde, miró á Vinicio, y en un abrir y cerrar de ojos, comprendió que una sola indiscreta palabra más, podría perderle sin remisión. Y entonces, con presuroso acento, exclamó:

—¡La buscaré, señor, y la encontraré!

Sucediose un breve silencio, durante el cual pudo escucharse la respiración agitada de Vinicio y el distante rumor de los esclavos, que trabajaban cantando en el jardín.

Solo después de algunos instantes recobró la palabra el griego,—cuando hubo notado que el joven patricio habíase calmado un tanto,—y repuso:

—La muerte ha pasado ante mi vista, pero la he contemplado con la serenidad de Sócrates. No, señor, yo no te he dicho que me niego á seguir buscando á la doncella; simplemente deseaba comunicarte que mis pesquisas se hallan en la actualidad relacionadas con un gran peligro que me amenaza. Un tiempo dudaste que existiera en el mundo el tal Euricio, y aun cuando hubiste de convencerte por tus propios ojos de que el hijo de mi padre te había dicho la verdad, tienes hoy sospechas de que yo haya ahora inventado á Glauco. ¡Ah! Fuera esta una simple

ficción, y podría yo mezclarme entre los cristianos con la seguridad más completa, como hasta hace poco, y á cambio de ello hasta daría esa pobre esclava vieja que hace tres días compré para que cuidara en mis últimos años de mi desmedrada persona! Pero Glauco vive, señor, y si hubiera él reparado en mí una vez tan siquiera, no me habrías vuelto á ver tú, y en ese caso, ¿quién podría encontrar á la doncella?

Aquí guardó silencio nuevamente, y empezó á enjugar sus lágrimas.

—Y mientras viva Glauco,—prosigió diciendo,—¿cómo habré de seguirla buscando? Porque puedo tropezar con él en cualquier paso que dé; y si le encuentro, he de perecer, y con mi vida han de terminar mis pesquisas.

—¿Cuáles son tus designios? ¿Qué remedio tiene eso? ¿Qué intentas hacer?—preguntó Vinicio.

—Aristóteles nos enseña, señor, que las cosas menores deben sacrificarse á las mayores, y el rey Priamo decía frecuentemente que la vejez era una pesada carga. Y á la verdad, la carga de la vejez y del infortunio gravita desde hace mucho tiempo sobre Glauco, y tan pesadamente, que la muerte sería para él un beneficio. Y además, ¿qué es la muerte, según Séneca, sino una liberación?

—¡Deja esas boberías para usarlas con Petronio, no conmigo! Dí abiertamente lo que deseas.

—Si la virtud es bobería, permitan los dioses que sea yo toda mi vida un bobo. Lo que deseo, señor, es hacer á un lado á Glauco, pues mientras él viva, mi existencia y mis pesquisas correrán incesante peligro.

—Alquila hombres para que le maten á palos: yo pagaré la faena.

—Te robarán, señor, y después utilizarán el secreto en provecho propio. Hay en Roma tantos malhechores como en el circo granos de arena; más parece increíble lo caros que son, cuando un hombre honrado necesita de su vil concurso. ¡No, digno tribuno! ¿Y si los guardianes sor-

prendieran á los asesinos en fragante? Confesarían, sin lugar á duda, quién les mandaba y entónces tendrías dificultades. A mí no me señalarían, porque na daré mi nombre. Mal haces al no confiar en mi perspicacia, recuerdo que tengo asimismo en mira otras dos cosas: mi vida y la recompensa que me has prometido.

—¿Cuánto necesitas?

—Mil sestercios; porque fija tu atención en esto: yo debo buscar unos malhechores honrados, es decir, individuos que una vez atrapado un anticipo de dinero, no se hagan humo con él sin dejar huella. ¡A buen trabajo buena recompensa! Algo también podría agregarse en mi obsequio y para enjugar las lágrimas que habrá de arrancarme la compasión por la suerte de Glauco. Pongo á los dioses por testigos de lo mucho que le amo. Si hoy recibo mil sestercios, dentro de dos días su alma estará en el dominio de las Parcas; y entonces, si conservan las almas memoria y el privilegio del pensamiento, sabrá por primera vez cuanto le he amado! Puedo encontrar gente hoy mismo y advertirles que les rebajaré cien sestercios por cada día de la vida de Glauco. Por otra parte, se me ocurre una idea que me parece infalible.

Vinicio le prometió la suma deseada, prohibiéndole al mismo tiempo que volviese á mencionarle el nombre de Glauco. Le pidió enseguida otras noticias, ordenándole á la vez diera cuenta de como había empleado su tiempo y de lo que hasta entonces había visto y descubierto.

Pero Chilo no tenía mucho que contar. Había estado en dos oratorios más, había observado con minuciosidad á cada uno de sus asistentes, en especial á las mujeres, sin encontrar ninguna que se asemejara á Ligia. En cambio, los cristianos le miraban como individuo de su secta y desde el día en que había rescatado al hijo de Euricio, le honraban como á hombre que seguía las huellas de Cristo.

También había sabido por ellos que un gran legislador de su doctrina, llamado Pablo de Tarso, se hallaba en Ro-

ma, encarcelado por causa de algunas acusaciones que en su contra habían presentado los judíos, y había resuelto conocer á ese hombre.

Pero, lo que le tenía más complacido era que el sumo sacerdote de toda la secta, el que había sido discípulo de Cristo y al cual éste había confiado la jerarquía suprema en el mundo de los cristianos, debía llegar á Roma de un momento á otro. Era evidente que todos los cristianos deseaban verlo y escuchar sus enseñanzas. Se iban á suceder una serie de grandes reuniones, á las cuales él, Chilo, asistiría; y lo que valía más, como era fácil ocultarse en medio de la multitud, llevaría á Vinicio á sus reuniones.

Y entonces era seguro que Ligia sería encontrada. Y si se hacia á un lado á Glauco, esta empresa no envolvería grandes peligros. En cuanto á venganzas, también los cristianos las practicaban; pero en general parecían ser gentes pacíficas.

Y aquí Chilo empezó á referir como había notado, no sin sorpresa, que esas gentes no se entregaban á prácticas licenciosas, ni envenenaban los pozos ni las fuentes, ni eran enemigos de la raza humana, ni adoraban á un asno, ni comían carne de niño. Nó, nada de eso había visto él. Por cierto creía que bien pudiese haber entre ellos individuos que estuvieran dispuestos á secuestrar á Glauco por dinero; más, en cuanto á su religión, á estar al conocimiento que ya tenía de ella, no incitaba al crimen; antes por el contrario prescribía el perdón de las ofensas.

Vinicio recordó entonces lo que Pomponia le había dicho en presencia de Actea, y en general escuchó complacido estos informes de Chilo. Aun cuando sus sentimientos para con Ligia tomaban en ocasiones el semblante del odio sentía una especie de alivio cuando oía decir que la religión que ella y Pomponia confesaban no era ni criminal ni repulsiva.

Pero al propio tiempo surgía en su alma una especie de indefinible intuición acerca de que precisamente erale

amor reverencial á ese Cristo desconocido y misterioso el que había alzado una valla entre él y Ligia.

Y entonces empezó á la vez á temer y á odiar esa religión.

## CAPÍTULO XVII

Para Chilo era en realidad asunto de importancia el suprimir á Glauco, quien, aunque avanzado en años, en modo alguno podía conceptuarse hombre decrepito.

Había mucha verdad en lo narrado á Vinicio. Chilo en un tiempo había conocido á Glauco, le había traicionado, vendídole á unos ladrones, privándole de su familia y hacienda y entregándole como buena presa de asesinos.

Y era natural que tuviese presentes estos sucesos, porque había sido él quien arrojara á un lado al moribundo, no en una fonda, sino en un campo cercano á Miturna.

Mas no había previsto una cosa: que Glauco lograra curarse de sus heridas y llegar hasta Roma.

De manera que cuando lo vió en el oratorio, quedó verdaderamente sobrecogido de terror y en el primer momento abrigó el propósito de abandonar sus pesquisas referentes á Ligia.

Pero Vinicio, por otra parte, le infundía más temor. Comprendía que le era forzoso elegir entre su miedo á Glauco y la persecución y venganza de un poderoso patricio en cuyo auxilio habría de venir sin duda otro patricio más poderoso y grande: Petronio.

En vista de lo cual, Chilo cesó en sus vacilaciones. Creyó preferible tener pequeños que grandes enemigos y aun cuando su índole cobarde hacia que temblase un poco ante la perspectiva de los métodos sangrientos, hallábase penetrado de la necesidad que le asistía de matar á Glauco, secundado por otras manos.

A la sazón lo único que le preocupaba era la elección de la gente para el caso apropiada y hacia ello tendía la idea de que acababa de hacer mención á Vinicio.

Como pasaba la noche la mas de las veces en las tiendas de vino y hasta se hospedaba en ellas, alternando con hombres sin hogar, é igualmente sin fe ni honor, podía facilmente encontrar personas dispuestas á encargarse de cualquiera vil faena; pero era más fácil aún que se encontrara con otras que al columbrar dinero en su persona, darían comienzo á su ruin agencia, más, en recibiendo un anticipo exigirían luego la suma toda, con la amenaza de entregarlo á la justicia. Además, Chilo, desde hacia algún tiempo había cobrado repulsión á ciertas desnudeces, y á las repulsivas y terribles cataduras que tenían sus guaridas en las casas sospechosas del Subura ó el Trans Tiber.

Midiendo todas las cosas por el propio rasero y no habiendo profundizado suficientemente á los cristianos ni á su religión, juzgaba que también entre ellos sería fácil hallar instrumentos pasivos.

Y desde que le parecían más seguros que los otros, decidióse á utilizarlos, presentándoles de tal manera el asunto, que se aviniesen á tomarlo á su cargo, no tan solo por amor al dinero, sino con un móvil místico.

Después de haber discurrido así, fué por la tarde á ver á Euricio, de cuya adhesión cordial á su persona estaba cierto y lo mismo de que habría de hacer cuanto de su parte estuviese para ayudarle.

Cauteloso por naturaleza, Chilo ni siquiera soñó en descubrirle sus verdaderas intenciones, las cuales por otra parte, á ser conocidas presentaríanse en abierta oposición á la fe que el anciano tenía en la piedad y en la virtud de Chilo.

Este deseaba encontrar gentes dispuestas á todo y tratar con ellas del asunto solamente desde una faz que les obligara, por consideración á sí mismas, á reservarlo para siempre como un secreto.

El viejo Euricio, después del rescate de su hijo, arrendó uno de esos numerosos tenduchos situados en las inmediaciones del Circo Máximo, en los cuales vendía á los

espectadores que acudían al circo aceitunas, judías, pastas sin levadura y aguamiel.

Encontró Chilo en la tienda, arreglando sus efectos, y apenas le hubo saludado en nombre de Cristo, empezó á tratar del asunto que le llevaba.

Puesto que les había prestado un servicio, encontraba natural que le correspondieran con gratitud.

Dijo que necesitaba dos ó tres hombres fuertes y valientes para evitar un peligro que le amenazaba, no solo á él sino á todos los cristianos. El era pobre, desde que había dado á Euricio casi todo lo que poseía; más, estaba dispuesto á pagar á esos hombres sus servicios, si ellos por su parte confiaban en él y llevaban á efecto fielmente los que se les ordenara,

Euricio y su hijo Cuarto escuchan á su benefactor casi de rodillas.

Luego declararon ambos que se hallaban dispuestos á hacer cuanto él les pidiera, creyendo por cierto que un hombre tan santo no podía aconsejarles nada contrario á la doctrina de Cristo.

Contestó Chilo que realmente así era y alzando luego los ojos al cielo pareció estar orando.

En efecto, hallábase á la sazón entregado á profundas meditaciones acerca de si no sería más conveniente la decisión de Euricio y Cuarto, que bien podría economizarle el gasto de los mil sextercios.

Pero, después de un momento, rechazó esa idea.

Euricio era hombre viejo y gastado, acasa más que por los años, por los trabajos y las enfermedades. Cuarto sólo tenía 16 años de edad. Chilo había menester de hombres diestros y sobre todo, robustos. En cuanto á los mil sextercios, creía que gracias al plan que habría discurrido, podría en todo caso economizarlos en gran parte.

Euricio y Cuarto insistieron por algún tiempo en ofrecerle sus servicios, mas en vista de su terminante negativa, hubieron de ceder.

—Yo conozco al panadero Demas,—dijo Cuarto,—en cuyos molinos tiene ocupados á muchos esclavos y trabajadores. Uno de estos últimos es tan fuerte que no sólo podría tomar el puesto de dos, sino hasta de cuatro hombres. Yo mismo le he visto alzar del suelo piedras que cuatro hombres no habían podido ni siquiera mover.

—Si es hombre lleno de temor de Dios y dispuesto á sacrificarse por sus hermanos, ponme en relación con él,—dijo Chilo.

—Es cristiano, señor,—dijo Cuarto.—Casi todos los que trabajan en casa de Demas son cristianos. Tiene trabajadores de día y de noche; este hombre es de los últimos. Si fuésemos ahora al molino, los encontraríamos cenando y podrías hablar libremente con él. Demas vive cerca del mercado.

Chilo consintió de muy buena gana.

El mercado se hallaba á los pies del Aventino y por lo tanto no muy lejos del Circo Máximo. Era posible, sin necesidad de rodear el monte, pasar á lo largo del río, por el Pórtico Emilia, con lo que se acortaría considerablemente el camino.

—Como soy viejo,—dijo Chilo, cuando se hallaban ya debajo de la columnata,—sufro á veces debilitaciones de memoria. Sí, nuestro Cristo fué traicionado por uno de sus discípulos, mas, en este momento no recuerdo el nombre del traidor...

—Judas fué, señor, el que se ahorcó,—contestó Cuarto, á quien no dejó de parecerle un tanto extraño el que fuera posible olvidar ese nombre.

—¡Oh, sí... Judas! Gracias,—dijo Chilo.

Y prosiguieron ambos su camino en silencio.

Cuando hubieron llegado al mercado, que estaba cerrado á la sazón, pasaron delante de los almacenes desde los cuales hacíase la distribución de granos al populacho y torcieron luego á la izquierda, frente á las casas que se extendían á lo largo de la Vía Ostiensis (Vía de Ostia) hasta

el Mons Testaceus (Monte Testaceo) y el Forum Pistorium (Mercado de pan).

Allí se detuvieron delante de un edificio de madera, desde el interior del cual percibiase el ruido de las muelas ó piedras de molino.

Cuarto entró y entre tanto Chilo,—que no deseaba dejarse ver en reuniones de muchos individuos, pues le asaltaba incesantemente el temor de que alguna fatal concidencia pudiera ponerlo delante de Glauco,—se quedó fuera.

—Curiosidad tengo por saber qué clase de individuo será ese hércules que trabaja en un molino,—se dijo alzando la vista á la hermosa luna que á la sazón brillaba.—Si es un pícaro y al mismo tiempo un hombre avisado, algo me costará; si es un cristiano virtuoso y estólido, hará cuanto yo le pida sin necesidad de dinero.

En estas meditaciones fué interrumpido por el regreso de Cuarto, que salió del edificio en compañía de otro hombre, quien llevaba puesta solamente una túnica llamada *exomis* (1) cortada de tal manera que dejaba descubiertos el brazo y el costado derechos. Esos vestidos, que permitían una perfecta libertad de movimientos, eran usados especialmente por los trabajadores

Chilo, al reparar en el hombre que se le acercaba, dejó escapar un suspiro de satisfacción, pues no había visto en su vida un brazo ni un pecho semejantes.

—Aquí tienes, señor,—dijo Cuarto,—al hermano á quien deseabas ver.

—¡La paz de Cristo sea contigo!—contestó Chilo.

Y tú, Cuarto, dí á este hermano si soy digno de fe y de confianza y en seguida, en nombre del Señor, vuelve á tu casa, pues no hay necesidad de que á tu encanecido padre sigase privando por ahora de tu compañía.

(1) Especie de jubón corto y sin mangas que usaban los antiguos romanos, y los cómicos.

—Este es un santo,—dijo Cuarto,—que dió cuanto poseía por rescatarme de la esclavitud, á mí, á un hombre para él desconocido. ¡Que el Salvador Nuestro Señor le otorgue por ello una celestial recompensa!

Al oír esto, el gigantesco obrero se inclinó y besó la mano de Chilo.

—¿Cómo te llamas, hermano?—preguntó el griego.

—Padre, en el Santo Bautismo diéronme el nombre de Urbano.

—Pues bien, Urbano, hermano mío, ¿tienes ahora tiempo para que hablemos con entera libertad?

—El trabajo da principio á media noche y solo ahora empiezan á prepararnos la cena.

—Entonces hay tiempo suficiente. Vámonos á la orilla del río; allí escucharás mis palabras.

Así lo hicieron, sentándose luego en la ribera, en medio de un silencio interrumpido tan sólo por el sonido lejano de las piedras del molino y el rumor de la corriente del río.

Chilo miró á la cara del obrero, quien no obstante la expresión algo severa y triste que de ordinario se advertía en los semblantes de todos los bárbaros residentes en Roma, le pareció de buena índole y honrado.

—Este es un hombre bonachón y estulto que matará á Glauco sin interés alguno,—pensó Chilo.

En seguida le preguntó:

—Urbano, ¿amas á Cristo?

—Le amo con todo mi corazón,—dijo el obrero.

—¿Y á tus hermanos y hermanas, y á los que te han enseñado la verdad y la fe en el Señor?

—También les amo, padre.

—¡Entonces que la paz sea contigo!

—¡Y contigo, padre!

De nuevo reinó el silencio y tornó á escucharse á la distancia el ruido que hacían las piedras de molino y el ru-

mor de la corriente del río que se deslizaba á los pies de los dos hombres.

Chilo permaneció algunos instantes con la vista fija en el astro de la noche, mientras con voz baja y reprimida iba rememorando la pasión y muerte de Cristo.

Parecía no estar hablando á Urbano, sino como haciéndose á sí mismo el recuento de los episodios de esa muerte, ó cual si estuviera descubriendo y confiando un secreto á la ciudad dormida.

Y había en esa escena algo que á la vez impresionaba y conmovía.

El obrero lloraba; y cuando Chilo empezó como á gemir á lamentarse de que en los instantes más críticos de la pasión del Salvador no hubiese habido hombre alguno dispuesto á defenderlo, si no de la crucifixión, por lo menos de lo denuestos de judíos y soldados, el bárbaro empezó instintivamente á crisar sus gigantescos puños á impulsos de la compasión y de una mal reprimida cólera. Sintióse hondamente conmovido ante la patética pintura de la muerte de Cristo; pero al pensar en la canalla que dirigía sus ultrajes al Cordero enclavado en la cruz, su alma sencilla llenóse de indignación al mismo tiempo que sentía arder un salvaje deseo de venganza.

—Urbano, ¿sabes quién era Judas?—preguntó de repente Chilo.

—¡Sí, sé! ¡Sí sé!... ¡pero Judas se ahorcó!— exclamó el obrero.

Y en el tono de su voz se advirtió una especie de contrariedad ante la idea de que el traidor se hubiese aplicado á sí mismo el castigo y no fuera por lo tanto posible que él, Urbano, lo hiciera perecer entre sus hercúleos brazos.

—Pero, y si no se hubiese ahorcado,—replicó Chilo,—y si algún cristiano hubiera de encontrarse con él, en tierra ó en mar, ¿no sería deber de ese cristiano tomar venganza por el tormento, la sangre y la muerte del Salvador?

—¿Y quién podría ser el que no tomara esa venganza, padre?

—¡Que la paz sea contigo, fiel siervo del Cordero! Cier-  
to: es permitido olvidar las ofensas que se nos infieran;  
pero, ¿quién tiene derecho para perdonar una ofensa hecha  
á Dios? Y así como la serpiente enjendra otra serpiente,  
como del mal sólo el mal derivarse puede, y de la traición  
sólo traición ha de venir, así, de la ponzoña de Judas ha  
nacido otro traidor; y como aquel entregó el Salvador á  
los judíos y á los soldados de Roma, así este hombre, que  
vive entre nosotros, intenta entregar las ovejas de Cristo  
á los lobos; y si nadie logra anticiparse á la traición, si na-  
die aplasta á tiempo la cabeza de la serpiente, la destruc-  
ción nos aguarda á todos nosotros y con nosotros perece-  
rá la doctrina del Cordero.

El obrero miró á Chilo con aire de inmensa alarma, y  
como si no comprendiese lo que acababa de escuchar.

Pero el griego, cubriéndose la cabeza con un extremo de  
su manto, empezó á repetir con voz cavernosa, que pare-  
cía venir de las concavidades de la tierra:

—¡Ay de vosotros, siervos del verdadero Dios! ¡Ay de  
vosotros, discípulos y discípulas de Cristo!

Y de nuevo sobrevino el silencio, de nuevo se escuchó  
tan sólo el ruido de las piedras del molino, los rumores,  
atenuados por la distancia, de los cantos de los molineros,  
y el manso murmurar del río.

—Padre,—preguntó por fin el obrero,—¿qué clase de  
traidor es ese?

Chilo inclinó la cabeza.

—¿Qué clase de traidor? Un hijo de Judas, un hijo de  
su ponzoña, un hombre que pretende ser cristiano y acu-  
de á las casas de oración tan sólo con el objeto de llevar al  
César quejas contra la hermandad, declarando que los  
cristianos no reconocen al César como dios; que envene-  
nan fuentes, asesinan niños y desean destruir la ciudad  
hasta no dejar en ella piedra sobre piedra. ¡Mira! dentro

de pocos días se dará orden á los pretorianos de arrastrar á niños, ancianos y mujeres á las cárceles y llevarlos luego al suplicio, tal como se hizo con los esclavos de Pedanio Segundo. Todo esto es obra de ese nuevo Judas. Pero, si nadie castigó al primer traidor, si nadie tomó venganza en él, si nadie fué capaz de defender á Cristo en la hora del tormento; ¿quién se encargará de castigar á éste, quién aplastará la serpiente antes que el César le preste oído, quién le aniquilará, quién defenderá del exterminio á nuestros hermanos en la fe de Cristo?

Urbano, que hasta ese instante había permanecido sentado sobre una piedra, levantóse de súbito y dijo:

—¡Yo, padre!

Chilo alzóse también; fijó un momento la vista en el semblante del obrero, que iluminaban los rayos de la luna, y en seguida, extendiendo el brazo, pasó lentamente la mano sobre la cabeza de Urbano, y le dijo con acento solemne:

—Vé á reunirte con los cristianos; acude á las casas de oración y pregunta á los hermanos por Glauco; y cuando te lo hayan señalado, mátales en seguida, en nombre del Señor!

—¿Glauco?—repitió el obrero, cual si deseara fijar ese nombre en la memoria.

—¿Lo conoces?

—No. Hay miles de cristianos en Roma y no todos se conocen entre sí. Pero mañana se reunirán en Ostrianum nuestros hermanos y nuestras hermanas, sin excepción alguna, porque ha llegado un gran apóstol de Cristo que viene á predicar sus divinas enseñanzas. Allí pediré á los hermanos que me señalen á Glauco.

—¿En Ostrianum?—repitió Chilo.—¡Pero eso está fuera de las puertas de la ciudad! Los hermanos... ¿y todas las hermanas?... ¿Por la noche? Fuera de las puertas de la ciudad, ¡en Ostrianum!

—Sí, padre; ese es nuestro cementerio y está situado

entre las Vías Salaria y Nomentana. ¿Acaso no sabías que el Gran Apóstol irá allí á predicar?

—He estado fuera de casa dos días: de ahí que no haya recibido su epístola; y no sé en qué dirección está Ostriatum, pues no hace mucho tiempo llegué aquí procedente de Corinto, donde me hallo encargado de la dirección de una comunidad cristiana. Pero, como bien dices, allí encontrarás á Glauco entre los hermanos y lo matarás en el camino, de regreso á la ciudad. Por ello te serán perdonados todos tus pecados. ¡Y ahora, que la paz sea contigo!...

—Padre...

—Te escucho, siervo del Cordero.

En el semblante del obrero se advertía una expresión de profunda perplejidad.

No hacía mucho tiempo había él matado á un hombre, acaso á dos, pero la doctrina de Cristo prescribe no matar. El no los había matado en defensa propia, porque hasta eso era prohibido. No los había matado ¡no lo permitiera Dios! por lucro. El mismo obispo le había suministrado algunos hermanos para que le ayudaran, pero sin permitirle matar. Había matado sin quererlo, contra su voluntad, inadvertidamente, porque Dios le había castigado al dotarle de tanta fuerza física. Y ahora se hallaba por ello entregado á la penitencia.

Otros obreros cantaban al compás del movimiento del molino cuando éste funcionaba; pero él, hombre pecador y desgraciado, se pasaba las horas pensando en su delito y en la ofensa que con él había inferido al Cordero.

¡Cuánto había llorado!

¡Cuántas y cuán fervientes plegarias había dirigido al Cordero! Y parecíale que todavía no había hecho en descargo de su culpa la penitencia proporcionada á ella. Ahora, acababa de prometer nuevamente matar al traidor... ¡y había hecho bien! Solo se le había prescrito perdonar las ofensas que á él propio le hicieran; así, pues, mataría á

Glauco, aun cuando fuese ante los ojos de todos los hermanos y hermanas que se hallaran en Ostrianum al día siguiente. Mas, querría que Glauco fuera previamente condenado por los hermanos de mayor jerarquía, por el obispo ó por el apóstol. Matar no era para él una gran cosa, y matar á un traidor parecíale tan agradable como matar á un oso ó á un lobo. Mas, ¿y si Glauco perecía inocentemente? ¿Cómo gravar su conciencia con un nuevo asesinato, un nuevo pecado, una nueva ofensa contra el Cordero?

—No hay tiempo para abrir un juicio, hijo mío.—dijo Chilo.—El traidor se apresurará á encaminarse directamente desde Ostrianum hasta Ancio, donde se halla el César, ó se ocultará en la casa de un patricio á quien sirve. Te daré un signo; si te presentas después de la muerte de Glauco, el obispo y el Gran Apóstol bendecirán tu acción.

Y al decir ésto, sacó de su bolsillo una pequeña moneda y empezó á buscar en su cinturón un cuchillo. Con la punta de éste grabó en el sestercio la señal de la cruz. Pasó esta moneda al obrero y le dijo:

—Esta es la sentencia de Glauco y el signo para tí. Si presentas este signo al obispo después de la muerte del traidor, se te perdonará el sacrificio que hayas ejecutado contra tu deseo.

El obrero extendió involuntariamente la mano para recibir la moneda; pero como conservaba muy fresco en la memoria su primer asesinato, experimentó una sensación de terror, y dijo con voz casi suplicante:

—Padre: ¿tomarás tú este hecho sobre tu conciencia? ¿Has oído tú mismo á Glauco traicionar á sus hermanos?

Chilo comprendió que le era necesario dar pruebas y mencionar nombres; pues de otra manera la duda podría hacer fuerza en el ánimo del gigante. Y casi al punto un

pensamiento oportuno cruzó por su cerebro como un relámpago.

—Escucha, Urbano,—dijo.—Yo vivo en Corinto, pero he venido de Cos; y aquí en Roma instruyo en la religión de Cristo á una doncella llamada Eunice. Esta sirve en calidad de *vestiplice* en la casa de un amigo del César, llamada Petronio. En esa casa he sabido cómo Glauco se ha comprometido á traicionar á todos los cristianos, y además ha prometido á Vinicio, que es otro de los delatores de que se sirve el César, encontrar entre los cristianos y entregarle á una cierta doncella...

Aquí se detuvo y miró con sorpresa al obrero, cuyos ojos chispearon repentinamente cual si fueran los de una fiera, en tanto que en su rostro pintábase una expresión de ira violenta y de amenazas.

—¿Qué te sucede?—preguntó Chilo aterrizado.

—Nada, padre; mañana mataré á Glauco.

El griego guardó silencio.

Un momento después tomó del brazo al obrero, le hizo volverse de manera que la luna diera de lleno en su semblante y le examinó con cuidado.

Evidentemente se estaba librando en su interior una lucha acerca de si llevaría más adelante sus preguntas y haría plena luz en el asunto, ó si por el momento se mostraba satisfecho con lo que había oído y sospechado.

Por fin prevaleció su ingénita prudencia.

Respiró abiertamente una y otra vez; y luego, volviendo á colocar su mano sobre la cabeza del obrero, le preguntó con voz enfática y solemne:

—¿En el Santo Bautismo, te dieron el nombre de Urbano?

—Sí, padre.

—Entonces, Urbano, ¡que la paz sea contigo!

## CAPÍTULO XVIII

—Petronio á Vinicio:

«Tu caso es malo, *carissime*. Con bastante claridad veo que Venus ha perturbado tu cerebro y privádote de razón y de memoria, como también de la facultad de pensar en otra cosa que el amor. Lee alguna vez tu contestación á mi carta y verás cuan indiferente se muestra tu espíritu á todo lo que no sea Ligia, cuan exclusivamente se halla ocupado en ella, como á ella vuelve siempre y se mantiene voltejeando sobre ella como un halcón sobre la presa que ha elegido. ¡Por Pólux! Encuéntrala pronto, porque si no, la parte de tu sér que el fuego no haya reducido á cenizas se transformará en la esfinje egipcia, que, enamorada, según se dice, de la pálida Isis, tornóse indiferente y sorda á todo, limitándose tan solo á esperar las noches para poder en ellas mirar á su amada con sus ojos de piedra.

»Recorre disfrazado la ciudad en las noches, ve, si quieres también, á honrar con tu presencia los oratorios ó casas de propaganda, en compañía de tu filósofo. Todo lo que sirve para alimentar las esperanzas y matar el tiempo es digno de encomio. Pero, si estimas en algo mi amistad, en obsequio á ella ten presente esto: Ursus, el esclavo de Ligia, es evidentemente un hombre de fuerza no común. Así, pues, alquila á Croton y haced las excursiones juntos los tres: será eso más cuerdo y más seguro. Puesto que Pomponia y Ligia se hallan entre los cristianos, es cosa cierta que estos no han de ser los tales pícaros que imaginan la mayor parte de las gentes. Pero, cuando se trate de una oveja de su rebaño, no han de andarse con chiquitas, como lo demostraron al arrebatarte á Ligia. Cuando llegues tú á ver á ésta, sé muy bien que no podrás dominarte y tratarás de llevártela en el momento mismo. Pero, ¿cómo podréis hacerlo tú y Chilonides? Croton sería un

auxiliar útil, aun cuando diez individuos como Ursus estuvieran de parte de la doncella. No te dejes saquear por Chilo, pero tampoco economices dinero tratándose de Croton. De todos los consejos que pudiera yo darte, éste es el mejor.

»Aquí han dejado ya de hablar de la infanta Augusta ó de sostener que pereció por causa de maleficio. Popea la recuerda á veces todavía; pero el ánimo del César se halla como atascado en otras cosas. Por otra parte, si es cierto que la divina Augusta ha vuelto á sufrir una transformación en su estado, la memoria de la niña se borrará luego sin dejar la menor huella.

»Hemos pasado algunos días en Nápoles, mejor dicho, en Bayas. Si eres todavía susceptible de pensamiento, estoy cierto que á tus oídos habrán llegado los ecos de la vida que aquí llevamos, porque es seguro que en Roma no han de hablar hoy de otra cosa.

»Nos trasladamos directamente á Bayas, en donde al principio nos vimos atacados por los recuerdos de la madre y los remordimientos de la conciencia. Pero, ¿sabes tú hasta dónde ha llegado Enobarbo ya? Pues, hasta esto: que aun el asesinato de su madre antójasele hoy tan sólo un tema para hacer versos y un motivo para escenas trágico-bufas. Anteriormente sentía verdaderos remordimientos y les temía, como cobarde que es; pero ahora, cuando se halla convencido de que la tierra sigue como antes bajo sus pies, y de que ningún dios se prepara á tomar venganza, finge esos remordimientos tan sólo á efecto de interesar á las gentes en su suerte. A veces, por la noche, salta de su cama declarando que las Furias le persiguen; nos despierta, mira á su alrededor, toma las actitudes de un actor que hiciera el papel de Orestes, pero actitudes malas, declama versos griegos y nos observa para ver si le admiramos. Y le admiramos al parecer, y en vez de gritarle: «¡Vete á dormir, truhán!» nos elevamos también hasta el diapasón de la tragedia y nos consagramos á pro-

toger al grande artista contra las tales Furias. ¡Por Castor! A lo menos esta noticia habrá llegado á tus oídos: que se ha presentado al público en Nápoles. Trajeron de la ciudad y de las poblaciones de los alrededores á todos los perdidos que pudieron encontrar, los cuales llenaron el recinto de la arena con tan infame olor á traspiración y ajos, que doy gracias á los dioses porque en vez de sentarme con los augustianos en las primeras filas, me quedé acompañando á Enobarbo entre bastidores. ¿Y, lo creerás? El tenía miedo en realidad. Me tomó la mano y la colocó sobre su corazón, el que latía con pulsaciones aceleradas; su respiración hizose más corta, y en el momento en que debía presentarse en escena púsose tan pálido como un pergamino y su frente se cubrió de gruesas gotas de sudor.

»Y sin embargo, estaba viendo que en cada fila de asientos había pretorianos armados de bastones y dispuestos á provocar el entusiasmo, si llegaba á ser necesario. Mas, no hubo para qué tocar ese arbitrio. Ningún hato de monos de los alrededores de Cartago podría haber aullado más y mejor que toda esta canalla. Te repito que el olor á ajos trascendió hasta la escena; pero Nerón saludaba, se llevaba la mano al corazón, enviaba besos á la concurrencia y derramaba lágrimas. En seguida corrió tambaleándose como un ébrio, hacia nosotros, que le aguardábamos entre bastidores, y exclamó: «¿Qué fueron los triunfos de Julio comparados con este triunfo mío?» Pero la canalla seguía entre tanto aullando y aplaudiendo, cierta como se hallaba de que lo aplaudido por ella se traduciría en favores para ella misma, y en banquetes y donativos, y billetes de lotería y en una nueva exhibición del bufón imperial.

»Y no me extrañaron sus aplausos, porque semejante espectáculo no había sido visto antes de aquella ocasión. Y á cada momento Nerón repetía: «¡Mira lo que son los griegos! ¡Mira lo que son los griegos!» Desde esa noche,

paréceme que ha ido aumentando su odio á Roma. Entre tanto, enviáronse apresuradamente correos especiales á la capital, para anunciar este triunfo, y estamos esperando recibir en uno de estos días la acción de gracias que ha de tributarnos el Senado. Inmediatamente después de la representación de Nerón ocurrió aquí un extraordinario suceso. El teatro se desplomó de súbito, pero justamente después de que toda la concurrencia se había retirado. Me hallé presente á la sazón y pude ver que ni un solo cadáver fué extraído de las ruinas. Muchos, aun entre los griegos, creen ver en este acontecimiento la cólera de los dioses por haber sido degradada la dignidad del César; éste, por el contrario, encuentra en él de manifiesto el favor de los dioses, quienes han tomado evidentemente bajo su protección el canto suyo y á todos los que le escuchaban. De aquí han resultado ofrendas en todos los templos y grandes acciones de gracias. Para Nerón importa un gran estímulo ahora el emprender el viaje á la Acaya. No obstante, hace algunos días me dijo que le asistían sus dudas acerca de lo que diría el pueblo romano; que bien podría éste sublevarse por amor á él y además por temor de que llegaran á faltarles, en caso de una prolongada ausencia suya, los acostumbrados juegos y distribuciones de cereales.

»Vamos, sin embargo, á Benevento á presenciar la magnificencia chapucera de la exhibición que Vatinio nos tiene preparada; y de allí seguiremos á Grecia, bajo la protección de los divinos hermanos de Helena. Por lo que á mí respecta, he notado una cosa: que cuando un hombre se halla entre locos, vuélvese loco él mismo y encuentra un cierto encanto en las extravagancias de los insanos. Grecia y el viaje en mil buques; una especie de entrada triunfal de Baco entre ninfas y bacantes coronadas de mirto, de pámpanos, y madre selvas; mujeres dentro de sendas pieles de tigre, y enjaezadas y tirando de los ca-

rros; flores, tirsos, guirnaldas, gritos de «¡Evoe!» (1), música, poesía y aplausos á Hellas (la Grecia). Todo esto me parece bien; pero nosotros acariciamos además algunos proyectos de mayor atrevimiento. Deseamos crear una especie de Oriental Imperium, un imperio de palmeras, de sol, de poesía, de realidad convertida en sueño, y de realidad que tiende sólo al disfrute de las delicias del vivir. Deseamos olvidar á Roma, fijar el eje del mundo en algún punto situado entre Grecia, el Asia y Egipto, vivir, no la vida de los hombres, sino la vida de los dioses; no saber qué cosa es la vulgaridad; vagar en doradas galeras bajo la sombra de velas de púrpura á lo largo del Archipiélago; ser á la vez Apolo, Osiris y Baal, en una sola persona, ser roseo con la aurora, áureo con el sol, argénteo con la luna, mandar, cantar, soñar.

»¿Y crearás que yo, que aun tengo buen criterio como por el valor de un sestercio y sentido común como por el valor de un as, estoy dejándome llevar por estas fantasías y lo hago por la razón de que, si no son posibles, son por lo menos grandiosas y exentas de vulgaridad? Porque, semejante fabuloso imperio, en alguna época, al través de los siglos, se presentaría como un sueño á la humanidad. Ya lo ves: excepto cuando Venus toma la forma de una Ligia y hasta la de una esclava como Eunice, ó cuando el arte embellece la vida, ésta de suyo es cosa vana y más de una vez se nos presenta con la cara de un mono...

»Pero Barba de bronce no logrará llevar á cabo sus planes, siquiera sea por esta causa: que en su fabuloso reinado de poesía y de oriental poderío no hay sitio para la traición, la vileza y la muerte; y porque en él y por entre sus actitudes de poeta se advierte al detestable cómico, al torpe automedonte y al frívolo tirano. Entre tanto, estamos matando á todo aquel que en alguna forma nos causa desagrado.

---

(1) Voces que daban las bacantes para aclamar ó invocar á Baco.

»El pobre Torcuato Silano ya no es hoy sino una sombra: se abrió las venas hace pocos días. Lecanio y Licinio entrarán en el consulado con el terror. El viejo Trasea no ha de escapar á la muerte, porque tiene la osadía de ser honrado. Tigelino todavía no alcanza la suficiente autoridad para formular en mi contra la orden de abrirme las venas. Me necesitan aún, y no tan sólo como árbitro de la elegancia, sino como hombre sin cuyo consejo y buen gusto podría fracasar la expedición á la Acaya. Empero, más de una vez pienso que esto ha de concluir por abrirme, en efecto, las venas; ¿y sabes tú cuál será entonces lo único que me preocupe? El que Barba de bronce no se apodere de mi copa, la que tú conoces y admiras. Si te hallaras cerca de mí en el momento de mi muerte, sabes que te la daría; si estuvieras distante, la haré pedazos. Pero, entre tanto, aún tengo en perspectiva el Benevento de los zapateros remendones y la Grecia Olímpica; tengo también el Hado, el cual, impenetrable é imprevisto, señala á cada uno el camino.

»Consérvate bien y alquila á Croton; de otra manera te arrebatarán por segunda vez á Ligia. Cuando Chilonides no te sea útil por más tiempo, envíamelo á donde yo me encuentre. Acaso haga de él un segundo Vatino, ante el cual tiemblen los cónsules y senadores, como temblaban ante aquel caballero Dratevka. Valdría la pena de vivir para ver ese espectáculo. Cuando hayas encontrado á Ligia, házmelo saber, á fin de que pueda ofrecer á ambos un par de cisnes y un par de palomas aquí en el templo circular de Venus. Una vez he visto en sueños á Ligia, sentada sobre tus rodillas, anhelante por tus besos. Trata de que tal sueño resulte profético. ¡Que no haya nubes en tu cielo; y si las hay, que tengan el color y el aroma de las rosas! ¡Consérvate bueno y adiós!»

## CAPITULO XIX

Apenas había terminado Vinicio la lectura de esta carta, cuando Chilo penetró calladamente en su biblioteca, sin haber sido por nadie anunciado, pues tenían orden los sirvientes de admitirlo á cualquier hora del día ó de la noche.

—¡Cólmete de favores la divina madre de tu magnánimo antepasado Eneas, cual conmigo lo ha hecho el hijo de Mayal (1)

—¿Qué quieres decir?—preguntó Vinicio saltando del asiento dondè se hallaba, junto á la mesa.

Chilo alzó la cabeza y dijo:

—¡Eureka!

El joven patricio se hallaba tan excitado que por largo tiempo no pudo articular palabra.

—¿La has visto?—preguntó por fin.

—He visto á Ursus, y he hablado con él.

—¿Sabes entonces dónde se hallan ocultos?

—Nó, señor. Otro hombre, por jactancia necia, hubiera hecho saber al ligur que había adivinado quien era; otro hubiera inventado violentamente hacerle decir dónde vivía y hubiera también recibido entonces un puñetazo, — después del cual todos los negocios de la tierra habrían cesado de interesarle, — ó hubiera despertado las sospechas del gigante con este resultado: que acaso en esta misma noche se hallara la joven oculta en otro escondrijo. Yo no he obrado así. Me basta por ahora saber que Ursus trabaja cerca del mercado, al servicio de un molinero, que se llama Demas, como uno de tus libertos.

Y ahora, cualquier esclavo de tu confianza puede ir por la mañana, seguir su pista y descubrir el lugar donde se esconden.

---

(1) Hija de Atlante, madre de Mercurio.

Así, pues, te traigo simplemente la seguridad de que, hallándose aquí Ursus, la divina Ligia también está en Roma. La segunda noticia de que soy portador, es que la joven irá esta noche á Ostrianum, de lo cual tengo la certidumbre casi plena...

—¿A Ostrianum? ¿Dónde es eso? -dijo Vinicio interrumpiendo, y con un ademán que evidentemente demostraba su deseo de correr al punto al sitio indicado.

—Un antiguo *hypogeum* (1), situado entre las Vias Salaria y Nomentana. Ese pontífice máximo de los cristianos, de quien ya te he hablado, y al que esperaban para dentro de algunos días, ha llegado y esta noche catequizará y bautizará en el cementerio indicado. Los cristianos ejecutan ocultamente sus prácticas religiosas, porque, aún cuando todavía no se han pronunciado edictos que las prohiban, el pueblo odia á los prosélitos de la nueva secta, y éstos entonces vense obligados á tomar toda clase de precauciones. El mismo Ursus me ha dicho que todos, hasta el último de ellos, acudirían esta noche á Ostrianum, porque no hay uno que no desee ver y oír al que fué el primer discípulo de Cristo, y á quien llaman el Apostol.

Y puesto que entre ellos tanto los hombres como las mujeres asisten á estas predicaciones, es posible que de las últimas tan solo Pomponia no se halle presente, porque no podría explicar de modo satisfactorio á Plaucio, adorador de los antiguos dioses, su ausencia del hogar durante la noche. Pero Ligia, señor, que se halla bajo la custodia de Ursus y de los jefes de la secta, indudablemente ha de asistir en unión de otras mujeres.

Vinicio, que hasta entonces había vivido en un estado febril permanente y alentado, por decirlo así, tan solo por la esperanza, ahora que esa esperanza parecía realizarse, vióse súbitamente invadido por la debilidad que siente un

(1) Sótano, cueva, lugar subterráneo (según Vetrvio). Sepulcro, sepultura (según Petronio).

hombre después de hecha una jornada superior á sus fuerzas.

Chilo advirtió esto al punto y resolvió utilizarlo sin pérdida de tiempo.

—Cierto es, —dijo, —que las puertas se hallan vigiladas por tres agentes, circunstancia que ha de ser conocida de los cristianos. Pero éstos no han de menester de puertas. El Tiber tampoco las necesita; y aun cuando desde el río hasta esos caminos hay mucha distancia, vale la pena de hacer una larga caminata para ver al «Grande Apóstol». Por otra parte, natural es que tengan mil maneras de salvar las murallas, y sé que las tienen. En Ostrianum encontrarás á Ligia; y aun dado el caso de que no estuviese allí la joven, lo que no puedo admitir, Ursus acudirá sin falta, porque ha prometido matar á Glauco. Me ha dicho él mismo que iría y que lo mataría. ¿Has oído, noble tribuno? Puedes, ó seguir á Ursus y descubrir dónde mora Ligia, ú ordenar á tu gente se apoderen de él como asesino; y una vez que lo tengas en tus manos, le harás confesar dónde ha ocultado á la joven. ¡He hecho, pues, todo lo posible! Otro te habría dicho que se había bebido diez cántaros del mejor vino en compañía de Ursus, antes de sonsacarle su secreto, ó te habría afirmado que había perdido con él mil sestercios al *scriptæ duodecim* (1), ó que había comprado esas noticias por dos mil sestercios; y yo sé que tú me devolverías dobladas esas sumas; más á pesar de todo, si quiera una vez en mi vida, —quiero decir ahora como durante mi vida entera, —he de ser honrado, porque creo, como lo ha dicho el magnánico Petronio, que tu munificencia ha de ser superior á todas mis expectativas y esperanzas.

Vinicio, que como soldado tenía la costumbre de obedecer tan solo á su propio dictámen en todo caso y de

---

(1) *Lusus duodecim scriptorum*, juego con doce piedrecitas, que significaban los doce meses del año.

obrar en consecuencia, se vió dominado por una debilidad momentánea y dijo:

—No te verás defraudado en tu apreciación acerca de mi liberalidad, pero ante todo has de ir conmigo á Ostrianum.

—¿Yo, á Ostrianum?—preguntó Chilo, á quien no le asistía el menor deseo de ir á ese lugar.—Noble tribuno: te he prometido indicarte el sitio donde Ligia se oculta, más no sacarla de ese sitio y entregártela. Piensa tan solo, señor, lo que podría sucederme si ese oso ligur, una vez que hubiera destrozado á Glauco, se convenciera positivamente de que su acción no había sido del todo justa! ¿No me acusaría á mí (ciertamente que sin razón) como el instigador del asesinato ya perpetrado? Recuerda, señor, que mientras más filósofo es un hombre, más difícil es para él contestar satisfactoriamente las necias preguntas del vulgo. ¿Y cuál contestación habría yo de darle entonces si me interrogara por qué había calumniado á Glauco? Si tienes la más leve sospecha de que yo te esté engañando, págame solo cuando te haya señalado la casa en donde vive Ligia. Y ahora, demuéstreme siquiera una parte de tu munificencia, por si tú, señor, (lo que todos los dioses juntos no han de permitir) sucumbes víctima de algún accidente, no vaya á quedar yo sin recompensa alguna. Porque tu corazón no sería capaz de soportar semejante desgracia.

Vinicio acercóse á una caja llamada «arca», que descansaba sobre un pedestal de mármol, y sacando de ella una bolsa, se la arrojó á Chilo, diciéndole:

—Estos son *scrupula* (1); cuando Ligia se encuentre en mi casa, recibirás la misma bolsa llena de *aurei* (2).

—¡Tú eres Jove!—exclamó Chilo.

Frunció luego el ceño Vinicio y agregó:

(1) Escrúpulos. Escrúpulo, moneda equivalente á la tercera parte de un dracma ó á la vigésima cuarta de una onza.

(2) Aureos. Aureo, moneda de oro, equivalente al escudo.

—Aquí comerás y descansarás en seguida, porque no has de salir de esta casa hasta la noche y cuando ésta llegue irás conmigo á Ostrianum.

El temor y la vacilación se pintaron en el semblante del griego por espacio de algunos momentos. En seguida tranquilizóse un tanto y dijo:

—¡Quién puede oponerse á tu voluntad, señor! Y recíbe estas mis palabras como un feliz augurio, á la manera que nuestro gran héroe acogió palabras semejantes en el templo de Amon (1). En cuanto á mí,—agregó sacudiendo la bolsa,— estos «escrúpulos» han sobrepujado á los míos, y esto sin mencionar tu sociedad, que para mí es complacencia y es dicha.

Vinicio le interrumpió con impaciencia y le pidió detalles de su conversación con Ursus.

De ellos resultaba claramente que ó se descubriría esa misma noche el sitio donde se ocultaba Ligia, ó podría Vinicio apoderarse de ella en el camino, al regreso de Ostrianum.

Y al solo pensar en esto, sentíase Vinicio trasportado de loca alegría.

Teniendo ahora la certidumbre positiva de hallar á Ligia, desvaneciáanse casi por completo su cólera y su resentimiento contra ella.

A cambio de la ya cercana felicidad, él perdonaba toda ofensa. Pensaba en la joven como en un sér deseado y querido, y en su ánimo había tan solo la impresión de que Ligia estaba á punto de volver de algún lejano viaje.

Hasta le asaltaban deseos de reunir á todos sus esclavos y ordenarles que decorasen la casa con flores y guirnaldas. En esa hora no conservaba rencor ni siquiera al mismo Ursus. Estaba pronto á perdonar todo á todo el mundo. El propio Chilo, quien, á pesar de sus servicios, habíale inspirado hasta entonces una especie de repulsión, presentá-

---

(1) Sobrenombre de Júpiter.

basele ahora, por primera vez, como una persona entretenida y exenta de vulgaridad. Veía en su casa irradiar la dicha, al propio tiempo que se le animaba el rostro. Empezaba de nuevo á sentirse joven y á disfrutar de la alegría del vivir. Sus anteriores melancolías y dolores no le habían dado todavía la medida cabal de su amor á Ligia. Ese amor lo comprendía en toda su intensidad y por vez primera solo ahora, cuando abrigaba ya la esperanza de poseerla al fin. Sus anhelos despertaban en él, como la tierra, calentada por el sol, despierta en primavera; pero esta vez eran sus deseos menos ciegos y desatentados, por decirlo así, y más regocijados y tiernos.

Sentíase asimismo ahora interiormente poseído de una energía sin límites, y abrigaba una especie de certidumbre de que, viera él por sus propios ojos á Ligia y ni todos los cristianos de la tierra juntos, ni el mismo César podrían esta vez arrebatársela.

Chilo, animado en presencia del júbilo que se pintaba en el semblante y los ademanes del tribuno, recobró su verbosidad y empezó á dar consejos.

En su opinión, importaba á Vinicio no considerar el asunto como ganado completamente y tomar las mayores precauciones, sin el auxilio de las cuales todo el trabajo hecho pudiera resultar frustrado.

Rogó á Vinicio que no arrebatase á Ligia en Ostrianum. Deberían ambos ir allí con las cabezas cubiertas por sendas caperuzas y oculto el semblante, y limitarse á observar á los presentes desde algún rincón envuelto en la penumbra. Cuando vieran á Ligia sería lo más prudente seguirla á cierta distancia, observar en qué casa entraba, rodear ésta al amanecer y llevársela á la plena luz del día.

Desde que era un rehén, y pertenecía especialmente al César, bien podrían hacerlo sin temor alguno á la ley.

En caso de no hallarla en Ostrianum, podrían seguir á Ursus con el mismo resultado. Ir al cementerio con una

turba de acompañantes era impracticable, porque atraerían fácilmente la atención hacia ellos; y entonces á los cristianos bastaría tan solo apagar las luces como lo hicieron cuando Ligia fué interceptada, y se diseminarían en la obscuridad encaminándose á sitios que solo ellos conocían. Pero sería prudente que Vinicio y él fueran armados, y todavía mejor que llevaran consigo un par de hombres fuertes y seguros para que los defendiesen en caso necesario.

Vinicio reconoció la conveniencia de todas aquellas indicaciones, y recordando al mismo tiempo el consejo de Petronio, envió á sus esclavos en busca de Croton.

Chilo, que conocía á todo el mundo en Roma, sintióse muy tranquilizado cuando oyó el nombre del famoso atleta, cuyas sobrehumanas fuerzas en la arena había podido admirar más de una vez, y declaró que iría á Ostrianum.

La bolsa llena de grandes áureos parecía ahora de más fácil adquisición mediante la ayuda del gladiador.

Así, pues, encontrábase de muy buen talante cuando se sentó á la mesa, á la cual después de algunos minutos fué llamado por el mayordomo.

Mientras comía, dijo á los esclavos que había conseguido para su amo un maravilloso unguento. El peor de los caballos al que se frotase con ese unguento los cascos, dejaría atrás á cualquier otro. Agregó que un cristiano le había enseñado á preparar ese unguento, pues los jefes de los cristianos eran mucho más peritos en los encantamientos y milagros que los mismos habitantes de Tesalia, aun cuando Tesalia fuera célebre por sus hechicerías. Los cristianos tenían en él una inmensa confianza, porque es natural, cualquiera puede fácilmente comprender lo que quiere decir pescado.

Y Chilo, mientras estas palabras decía, miraba con fijezá á lá cara de los esclavos, en la esperanza de encontrar entre éstos algún cristiano y de poder informar de ello á Vinicio.

Más, cuando vió defraudada esta expectativa, púsose á comer y beber en cantidades desmesuradas, sin economizar las alabanzas al cocinero y declarando á la vez que iba á hacer lo posible por comprárselo á Vinicio.

Su alegría veíase perturbada tan solo por la idea de que en la noche habría de encaminarse á Ostrianum. Tranquilizábase, no obstante, al pensar que iría disfrazado, que se recataría en la obscuridad y le acompañarían dos hombres, uno de las cuales era, por su fuerza física, el ídolo de Roma, y el otro un patricio y personaje de alta dignidad en el ejército.

—Aun cuando lleguen á conocer á Vinicio,—se dijo á sí mismo,—no se atreverán á levantar una mano sobre él; y en cuanto á mí, trabajo les doy si logran verme siquiera la punta de la nariz.

Luego empezó á traer á la mente los detalles de su entrevista con el obrero, y esas reminiscencias llenáronle de satisfacción.

No le asistía la menor duda de que ese obrero era Ursus. Conocía la fuerza extraordinaria del hombre, por lo que le habían contado Vinicio y los esclavos que condujeran á Ligia desde el palacio del César.

Cuando había preguntado á Euririo si conocía algunos hombres de fuerza excepcional, no era pues extraño que aquel hubiera indicado á Ursus. Luego, la confusión y la rabia que se había apoderado del obrero á la simple mención de Vinicio y Ligia, no le dejaba la menor duda acerca de que esas personas se hallaban relacionadas particularmente con él: también el obrero había hecho alusión á la penitencia que estaba observando por su delito de matar á un hombre,—y Ursus había matado á Atacino;—finalmente, la presencia del obrero correspondía de manera perfecta con el retrato que del ligur había hecho Vinicio. El cambio de nombre era lo único que podía suscitar alguna duda, pero Chilo no ignoraba que con frecuencia los

cristianos adoptaban nombres nuevos en la pila bautismal.

—Conveniente sería que Ursus matase á Glauco,—pensó Chilo;—pero, si no le matara, constituiría ello un buen signo, porque así quedaba demostrado cuán difícil es el asesinato para los cristianos. Yo pinté como un verdadero hijo de Judas á Glauco; estuve tan elocuente que hasta una piedra se habría conmovido y me habría prometido caer sobre la cabeza del traidor. Y sin embargo, con ello conseguí á duras penas que ese oso ligur asomara la garrá. Estuvo vacilante, de mala gana y habló de su penitencia y de su arrepentimiento. Evidentemente el asesinato no es cosa ordinaria entre los cristianos. Ellos deben perdonar las ofensas que se hacen entre sí y no han de tener mucha libertad para tomar venganza por las que reciben de los demás.

*Ergo*, detente Chilo á pensar: ¿qué puede amenazarte? Glauco no está en libertad de vengarse de tí. Si Ursus no mata á Glauco en castigo de un crimen tan grande como es el traicionar á todos los cristianos, mucho menos ha de poder matarte á tí por la pequeña falta de haber traicionado á un solo cristiano. Además, inmediatamente que haya indicado á este ardoroso palomo torcaz el nido de su tortolilla, me lavaré las manos de todo y trasladaré á Nápoles mi persona. Los cristianos hablan también de eso: de una especie de lavado de manos: evidentemente se trata de un nuevo método merced al cual, si un hombre tiene algún negocio pendiente con ellos, lo termina en definitiva con solo recurrir á él. ¡Qué buenas gentes son esos cristianos y cómo las calumnian los malos! ¡Oh, Dios! Tal es la justicia de los hombres en este mundo.

Pero yo amo ahora esa religión, puesto que prohíbe matar; y si prohíbe matar, por cierto que tampoco permite robar, mentir y levantar falsos testimonios: en consecuencia, no puedo declarar que, por ese lado, sea una religión cómoda. Es evidente que no solo prescribe,—como

enseñan los estóicos,—morir, si no también vivir honradamente. Si alguna vez llego á tener fortuna y una casa como ésta y esclavos en tanto número como los tiene Vinicio, acaso me haga cristiano por todo el tiempo que me convenga. Porque un hombre rico puede permitirse toda clase de libertades: hasta la de ser virtuoso. Esta es una religión para los ricos; así, pues, no comprendo cómo puede haber tantos pobres entre sus prosélitos. ¿Qué de bueno puede acarrearles, y por qué se dejan atar las manos por la virtud? He de ponerme á meditar en esto alguna vez.

Entre tanto, ¡honor á tí, Mercurio, por el auxilio que me has prestado para el descubrimiento de ese animalote! Pero, si tal has hecho por el interés de las dos blancas vaquillas añejas de cuernos dorados, no te conozco. ¡Avergüénzate, matador de Argos! Un dios tan sabio como tú, ¿es posible que no haya previsto que nada recibirá? Te ofreceré mi gratitud; y si á ella prefieres dos bestias, tú serás la bestia tercera, y entonces, en el mejor de los casos, deberas, antes que dios, convertirte en pastor. Y ten cuidado, por otra parte, no sea que yo, como filósofo, pruebe á los hombres que tú no existes y entonces todos cesarán de presentarte sus ofrendas. Conviene más, de todos modos estar en buenas relaciones con los filósofos.

Mientras así hablaba consigo mismo y con Mercurio, tendióse en el sofá, puso bajo su cabeza el manto y dormía profundamente cuando vino el esclavo á llevarse los platos.

Despertó—mejor dicho, le despertaron—solo á la llegada de Croton.

Dirigióse entonces al *atrium* y empezó á examinar lleno de complacencia las formas de aquel maestro, exgladiador, que parecían llenar con su inmensidad toda la estancia.

Croton acababa de estipular el precio del viaje en compañía de Vinicio y ahora conversaba con éste.

—¡Por Hércules!—decía;—ha sido muy oportuno el que me hayas hecho hoy tu llamamiento, señor, porque mañana debo partir á Benevento, á donde me reclama el noble Vatinio, á fin de que en presencia del César haga prácticamente la prueba de un tal Siphax, el negro más forzado que hasta hoy haya producido el Africa. Ya te imaginarás, señor, cómo crujirá su espina dorsal entre mis manos y cómo, además, le he de quebrar la negra quijada con el puño.

—¡Por Pólux! Estoy seguro, Croton, de que harás todo eso,—contestó Vinicio.

—Y obrarás muy bien,—agregó Chilo.—¡Sí, romperle, además, la quijada! Esa es una buena idea y á la vez un acto muy propio de tí. Pero ahora, Hércules mío, debes frotarte las manos con aceite de oliva y ceñirte bien, porque, sábelo, posible es que te encuentres con un verdadero Caco. El hombre que custodia á la joven en quien se interesa el digno Vinicio tiene al parecer una fuerza excepcional.

Chilo al decir estas palabras, proponíase despertar el estímulo en Croton.

—Cierto es,—dijo Vinicio;—yo no lo he visto, pero me dicen que ese hombre puede tomar á un toro de los cuernos y llevarlo á donde quiera.

—¡Ay!—exclamó Chilo, quien no habría creído que las fuerzas de Ursus llegaran hasta ese punto.

Pero Croton rió desdeñosamente y dijo:

—Digno señor: me comprometo á arrebatar con este brazo á la persona que me indiques, á defenderme con este otro contra siete de esos ligures y á traerte la doncella á tu casa, aun cuando hubieran de venir en perseguiamiento mío todos los cristianos de Roma como lobos de Calabria. Si así no fuese, que me apaleen aquí mismo, en este *impluvium*.

—¡Señor, no permitas eso! exclamó Chilo. Nos arrojarían piedras y entonces, ¿de qué nos servirían las fuerzas de Croton? No es mejor sacará la niña de la casa y no exponerla, á ella ó á tí, á una innecesaria destrucción?

—Eso es cierto, Croton,—dijo Vinicio.

—Como recibo tu dinero, ¡hago tu voluntad! Pero, ten presente, señor, que mañana he de ir á Benevento;

—Tengo 500 esclavos en la ciudad, contestó—Vinicio.

En seguida hizo que á una señal suya se retirasen ambos, se encañinó á la biblioteca y sentándose á su escritorio dirigió á Petronio estas pocas líneas:

«El ligur acaba de ser encontrado por Chilo. Esta noche voy con éste y Croton á Ostrianum y sacaré á Ligia de su casa esta misma noche ó mañana. ¡Que los dioses te sean en todo propicios! Consérvate bien, ¡oh *carissime!* la alegría no me permite escribirte más largo.»

Y dejando entonces á un lado la pluma empezó á dar precipitados paseos por la estancia. Y es que además del placer de que rebosaba su alma á la sazón, sentíase atormentado por la fiebre. Decíase que al día siguiente Ligia estaría en su casa. No sabía por el momento cómo conducirse con ella pero decíase que si ella le amara, él se constituiría en siervo suyo. Traía á la mente el recuerdo de las seguridades que le había dado Actea acerca del amor que la joven le profesara, y eso le conmovía hasta lo más íntimo de su sér.

Siendo ello así, bastaría vencer en ella las naturales resistencias que opone el pudor de una doncella y llevar á cumplimiento tales ó cuales ceremonias que era evidente que prescribían las doctrinas del cristianismo.

Y si su amor era cierto, Ligia, una vez que se encontrara en su casa, habría de ceder á la persuasión ó á la superior fuerza y decirse: «¡Ya está consumado!» y con ello todo concluiría y tornaría la joven á mostrarse amante y cariñosa.

En este instante vino Chilo á interrumpir el curso de tan optimistas pensamientos.

—Señor,—dijo el griego:—acaba de ocurrírseme una idea. ¿No tienen los cristianos unos signos ó «palabras de pase,» sin las cuales posible es que no se permita á nadie la entrada á Ostriaum? Yo sé que tal sucede en los oratorios, y en cada caso he recibido ese santo y seña de Euricio. Peemite, señor, entonces, que vaya á ver al viejo y le pida las instrucciones precisas y los signos del caso.

—Bien, noble sabio,—contéstó Vinicio con regocijado acento;—hablas como hombre previsor y por ello eres digno de todo elogio. Irás, pues, á la casa de Euricio ó á cualquiera otra casa que sea de tu agrado, pero, como garantía de tu oportuno regreso, dejarás sobre esta mesa la bolsa que de mi mano recibiste hace poco.

Chilo á quien siempre faltábale voluntad para separarse del dinero, sintió una especie de hormigueo en el cuerpo, más obedeció y se puso en camino.

Desde las carenas al Circo, en las inmediaciones del cual hallábase el tenducho de Euricio, no había gran distancia; de manera que regresó mucho antes que llegada la noche.

—Señor, te traigo el santo y seña, sin el cual no habríamos sido admitidos. He tomado además minuciosos dato, acerca del camino. Dije á Euricio que necesitaba ese santo y seña solo para mis amigos; que yo no iría porque se hallaba el sitio muy distante para mi avanzada edad; y que, en todo caso, yo vería mañana personalmente al grande Apóstol de cuyos labios podría oír entonces la repetición de los párrafos más selectos de su prédica.

—¡Cómo! ¿Tú no irás? ¡Tú debes ir! exclamó—Vinicio.

—Ya sé que debo ir, pero tendré la precaución de presentarme allí perfectamente encaperuzado, y te aconsejo que hagas lo propio, si no quieres que espantemos á los pájaros.

En efecto, luego empezaron á prepararse, pues ya esta-

ba obscureciendo. Colocáronse capas gálicas consendas ca-peruzas y se proveyeron de linternas.

Vinicio, á mayor abundamiento, se armó y armó á sus compañeros de puñales cortos y corvos. Chilo púsose además una peluca que se había procurado en el camino, al regresar de la tienda del viejo. Por último, emprendieron todos la marcha á paso rápido, á fin de salir de la ciudad antes de que cerraran la distante puerta Nomentana.

## CAPÍTULO XX

Tomaron por el barrio de los Patricios, á lo largo del Viminal, que conducía á la antigua puerta de este nombre, cerca de la llanura sobre la cual Diocleciano hizo construir despues unos baños espléndidos. Pasaron frente á las ruinas de la muralla de Servio Tulio y por sitios cada vez más desiertos, hasta llegar á la Via Nomentana. De allí, torciendo á la izquierda con dirección á la Via Salaria, se hallaron luego en medio de cerros llenos de arenales. A trechos encontrábase tambien uno que otro cementerio.

Entre tanto, habíase obscurecido por completo y como no se dejaba ver aún la luna, les habría sido difícil dar con el camino, á no írselo indicado los mismos cristianos, según lo había previsto Chilo.

En efecto, á la derecha, á la izquierda y delante de ellos ibanse distinguiendo las formas oscuras de otros tantos individuos que caminaban cautelosamente por los arenales.

Algunos de estos individuos llevaban linternas, cubiertas en lo posible con los mantos; otros, los que conocían mejor el camino, iban á oscuras. El experimentado ojo militar de Vinicio iba distinguiendo, por sus movimientos, á los jovenes de los viejos—que llevaban bastones—y de las mujeres, que iban cuidadosamente envueltas en largos mantos.

Evidentemente la policía de los caminos reales y los aldeanos que salían de la ciudad en dirección á sus hogares,

tomarían á esos caminantes nocturnos por obreros que se dirigían á los arenales, ó sepultureros de los que en ocasiones iban durante la noche á tomar parte en ciertas ceremonias relacionadas con su oficio.

Pero á medida que adelantaba el joven patricio en unión de sus compañeros, veíanse brillar más y más linternas, y el número de caminantes hacíase mayor. Algunos de ellos entonaban en voz baja unos cánticos que á Vinicio parecieronle impregnados de tristeza. A intervalos llegaba á su oído alguna palabra ó frase suelta de esos cánticos, como por ejemplo, «Despierta, tú que duermes,» ó «Levántate de entre los muertos;» en otros, el nombre de Cristo se oía repetir en las bocas de hombres y mujeres.

Pero Vinicio prestaba poca atención á las palabras, pues durante todo el tiempo tenía fija en la mente la idea de que una de aquellas oscuras formas humanas podía ser Ligia.

Alguien al pasar cerca de él decía: «¡Que la paz sea contigo!» y él entretanto sentíase lleno de inquietud y el corazón palpitábale con fuerza al imaginarse que una de esas voces fuera la voz de Ligia.

A cada momento creía notar, en medio de la obscuridad, formas ó ademanes parecidos á los de la joven y solo cuando se convenció de las repetidas equivocaciones que había ido sufriendo, empezó á dudar del testimonio de sus ojos.

El camino le pareció largo. Conocía bien las inmediaciones, más no podía precisar con fijeza los lugares en medio de la obscuridad. A cada momento llegaban á algún pasaje estrecho, trozo de muralla ó barraca que no recordaba él haber visto antes en los alrededores de la ciudad.

Finalmente, un extremo de la luna dejóse ver detrás de una masa de nubes é iluminó el camino mejor que las ténues luces de las linternas. Por último también vióse brillar á lo lejos algo como una fogata ó la llama de una antorcha. Vinicio volvióse á Chilo y le preguntó:

—¿Es eso Ostrianum?

Chilo, en cuyo ánimo la noche, la distancia de la ciudad y la visión incesante de aquellas sombras caminantes que semejaban fantasmas, habían hecho una profunda impresión, contestó con voz un tanto insegura:

—No sabría decirlo, señor; nunca he estado en Ostrianum pero bien podían orar á Dios en algún sitio más cercano de la ciudad.

Y después de un momento, sintiendo la necesidad de una conversación que viniese á distraer su miedo, agregó:

—Se congregan como asesinos; y sin embargo no les está permitido asesinar, á menos que ese ligur me haya engañado miserablemente.

Vinicio, que á la sazón pensaba en Ligia, hallábase también sorprendido al observar las precauciones y el misterio con que los correligionarios de la joven se reunían para escuchar á su pontífice; así, pues, dijo:

—Como todas las religiones, tiene ésta sus prosélitos en el seno de nuestro pueblo; pero los cristianos constituyen una secta judía. ¿Por qué entonces vienen á congregarse aquí, cuando en el Trans-Tiber hay templos á los cuales llevan los judios sus ofrendas en plena luz del día?

—Señor, los judios son sus peores enemigos. He oído decir que, antes del reinado del César actual, casi se llegó á la guerra entre judios y cristianos. Esas convulsiones obligaron á Claudio César á espulsar á todos los judios; más al presente se halla abolido tal edicto. No obstante, los cristianos se ocultan de los judios y del populacho, el cual, como sabes, les imputa crímenes y los aborrece.

Siguieron despues caminando en silencio por algún tiempo, hasta que Chilo, cuyo miedo aumentaba á medida que se iban alejando de las puertas de la ciudad, repuso:

—A mi vuelta de la tienda de Euricio pedí prestada una peluca á un barbero y me he puesto dos habas en las fosas nasales. No me han de reconocer; y si tal sucediere,

no me matarán. ¡No son gentes malas! Hasta los creo muy honrados. Yo los estimo y los amo.

—No trates de ganártelos con alabanzas prematuras,—replicó Vinicio.

Penetraron luego en una hondonada estrecha, y cerrada, por decirlo así, á sus costados por dos zanjas sobre las cuales pasaba un acueducto.

La luna se despojó entonces de su manto de nubes y al extremo de la hondonada pudo verse una muralla cubierta por espesa capa de hiedra en que plateaban los rayos de la luna. Era Ostrianum.

El corazón de Vinicio empezó á latir ahora aceleradamente

En la puerta, dos cavadores de las canteras recibieron el santo y seña.

Un momento después el joven y sus acompañantes se encontraban en un espacioso sitio amurallado por todos sus costados. Aquí y allí había monumentos aislados y en el centro se hallaba la entrada al *hypogeum* ó cripta propiamente dicha. En la parte inferior de esta cripta, debajo de la tierra, había sepulturas, y á la entrada velase una fuente.

Más, era seguro que no podía caber en el *hypogeum* un gran número de personas, por lo que Vinicio dedujo sin dificultad que la ceremonia se habría de verificar afuera, en el sitio amurallado, en donde pronto se vió reunida una concurrencia numerosa.

Hasta donde podía alcanzar la vista, brillaban las linternas, unas cerca de las otras, pero también muchos de los concurrentes habían venido sin traer consigo luces. A escepción de algunos que se hallaban con la cabeza descubierta, los demás tenían la caperuza puesta, unos por temor á una traición y otros por resguardarse del frío, y el joven patricio pensó no sin alarma que, si hubieran de permanecer así, no le sería posible reconocer á Ligia en

medio de esa multitud y al tenue fulgor de aquellas mortecinas luces.

Pero de súbito y de manera simultánea fueron encendidas algunas antorchas de resina, formándose con ellas una pequeña hoguera. Pudo entonces verse con claridad.

Al cabo de algunos momentos, la multitud empezó á entonar un himno extraño, primero con voz reprimida y luego más y más creciente.

Vinicio no había escuchado jamás un canto parecido. La misma inflexión de ruego que notara en las plegarias que individualmente había oído proferir á los que había encontrado camino del cementerio, se advertía también en este himno, pero con más intensidad y relieve, llegando por último sus acentos á tomar proporciones tan solemnes y conmovedoras, como si á la par que los concurrentes, el cementerio, las colinas, las hondonadas y toda aquella región, en suma, hubiera prorrumpido en un llamado unísono de honda y patética plegaria. Esas voces parecían asimismo revestir el carácter de un devoto llamamiento, de una deprecación humilde y clamorosa de auxilio, en medio del abandono y de las tinieblas.

Vueltos hacia arriba los ojos y extendidas las manos, parecían los circunstantes estar contemplando á quien desde el cielo pudiera bajar á su llamada á socorrerlos.

Cuando terminó el himno, sucedióse un momento de suspensión, tan emocionante, que Vinicio y sus compañeros miraron involuntariamente hacia arriba, cual si aguardasen, medrosos, un prodigio ó como si realmente hubiera de bajar alguien desde la bóveda estrellada.

Vinicio había visitado una multitud de templos de la más variada estructura, en el Asia Menor, en el Egipto y en la misma Roma; habíase familiarizado con muchas religiones de diversa índole y escuchado varios de sus himnos; más aquí veía por primera vez que tales himnos eran una especie de llamamiento hecho á Dios por sus adoradores, no con el propósito de llevar á efecto una ceremo-

nia en algún ritual prescrita, sino como una emanación que procedía de lo íntimo, y con acentos semejantes á los de un hijo que se dirigiese en ademan de súplica á su padre ó á su madre. Necesario era ser ciego para no ver que aquellas gentes no solo rendían homenaje á su Dios, sino que tambien le amaban con toda su alma.

Vinicio no había sido espectador de cosa semejante, hasta entonces, en comarca alguna, en ninguna ceremonia, ni dentro de ningún santuario; pues tanto en Roma como en Grecia los que todavía seguían honrando á los dioses, hacíanlo tan solo á fin de obtener ayuda para sí mismos ó movidos por el miedo, pero sin que entrara en el cerebro de ninguno de ellos el rendir amor á esas divinidades.

Y aun cuando se hallara preocupado su ánimo con Livia y toda su atención contraída al empeño de buscarla en medio de aquella muchedumbre no le fué posible, dejar de penetrarse de todas esas admirables y extraordinarias cosas que ocurrían en derredor suyo.

Entre tanto, arrojaron algunas antorchas más á la hoguera, la cual llenó ahora el cementerio de una luz viva, á cuyo fulgor se apagaron los ténues destellos de las linternas.

En este momento un anciano, que vestía un manto con caperuza, pero llevaba descubierta la cabeza, pareció surgir del *hypogeum* y subir sobre una piedra que había cerca del fuego.

La multitud inclinábase á su paso. Voces próximas á Vinicio dijeron muy quedo. «¡Pedro! ¡Pedro!» Algunos se arrodillaban, otros extendían las manos hacia él.

Sucedióse un silencio tan profundo que podía escucharse hasta el chirrido especial que producían los fragmentos de resina al irse consumiendo en las antorchas, el distante crujir de rodaduras en la Vía Nomentana y el silbido del viento al soplar sobre los escasos pinos que se alzaban inmediatos al cementerio.

Chilo se inclinó hacia Vinicio y le dijo en voz baja:

—¡Este es él! El primer discípulo de Cristo: un pescador!

El anciano alzó la mano y haciendo con ella la señal de la cruz, bendijo á los presentes, quienes simultáneamente cayeron de rodillas. Vinicio y sus acompañantes por temor de traicionarse á sí mismos, siguieron el ejemplo de los demás.

El joven no pudo por el momento reunir todas las impresiones que á su mente se agolpaban, pues parecíale que la forma humana que allí tenía delante revestía á la vez el doble carácter de lo sencillo y de lo extraordinario, y, lo que era más peculiar, lo extraordinario en aquel hombre parecía provenir precisamente de su propia sencillez. No llevaba aquel anciano una mitra en la cabeza, ni una guirnalda de hojas de roble sobre las sienes, ni una palma en la mano ni una tablilla de oro sobre el pecho, ni una túnica blanca bordada de estrellas; en una palabra, no se veía sobre él ninguna de las insignias que solían ostentar los sacerdotes orientales, egipcios, griegos ó romanos (*flamens ó flamines*),

Y á Vinicio le sorprendió de nuevo el notar ahora el propio contraste que se le había representado á su mente al escuchar los himnos cristianos.

Porque la presencia de ese «pescador» le hizo el efecto, no de un elevado pontífice, versado en los ceremoniales de un rito, sino más bien de un testigo, sencillo, anciano, que infundía una inmensa veneración, que acababa de hacer desde muy lejos una jornada con el fin de divulgar una verdad por él vista y palpada, verdad en que creía como creía en su existencia, y verdad que amaba, precisamente porque creía en ella. Y había, por consiguiente, en la expresión de su rostro todo el poder persuasivo y de convicción que sólo en la verdad reside.

Y Vinicio, que había sido escéptico, que no deseaba ceder á la influencia de aquel anciano, hubo de rendirse, no

obstante, á una especie de curiosidad febril, cuyo objetivo era saber qué argumentos brotarían de los labios de aquel compañero del misterioso «Cristo» y cuales eran las enseñanzas que observaban Ligia y Pomponia Graecina.

Entre tanto, Pedro empezó á hablar y lo hizo desde el principio como un padre que instruye á sus hijos y les enseña la manera de vivir. Les prescribió que renunciaran á los excesos y á la molicie, que amasen la pobreza, la vida honesta y la verdad; que soportaran con paciencia las injusticias y persecuciones, que obedecieran al gobierno y á las personas de gerarquía superior á la de ellos, que se guardasen de la traición, del engaño y de la calumnia y por último, que en su propia sociedad se dieran mutuamente buenos ejemplos y los dieran también á los paganos.

Vinicio, para quien su concepto del bien consistía en estimar como tal cuanto pudiera contribuir á devolverle á Ligia, y como un mal todo lo que constituyese una barrera entre ambos, se sintió aludido por algunos de estos consejos, los cuales por lo tanto le irritaron.

Parecíale que, al recomendar una vida pura y en lucha incesante con los deseos, el anciano osaba, no tan solo condenar su amor, sino asimismo azuzar á Ligia en contra suya y confirmarla en la oposición á sus anhelos.

Comprendía que si la joven se hallaba en aquella reunión, escuchando tales exhortaciones y si las tomaba á pechos, debía considerarle como un enemigo de esas enseñanzas y un excomulgado.

Y la indignación se apoderó de él ante esta idea.

—¿Qué ha dicho de nuevo ese hombre?—pensó.—¿Es esta la nueva religión? Todo el mundo sabe eso: todo el mundo lo ha escuchado antes.

Los cínicos han recomendado la pobreza y la restricción de las necesidades; Sócrates ha prescrito la virtud, como una cosa antigua buena; el primer estóico á quien uno encuentra, si bien sea el propio Séneca—que tiene quinientas mesas de madera de limón—ensalza la continencia,

preceptúa la verdad, la paciencia en los días adversos, la fortaleza en el infortunio; y todas esas son cosas viejas y constituyen un alimento que el pueblo ya no quiere gustar por lo rancio.

Y además de la cólera, sentíase poseído por una especie de desencanto, pues había esperado llegar al descubrimiento de secretos desconocidos y misteriosos y creído que por lo menos le sería dado escuchar á un retórico de sorprendente elocuencia. Entre tanto, habían llegado tan solo á sus oídos palabras llenas de sencillez y desprovistas de toda galanura. Así, pues, lo único que le sorprendía era la atención muda con que aquella multitud escuchaba.

Y el anciano seguía dirigiéndose á esas gentes llenas de silencioso recogimiento; y los exhortaba á que fuesen buenos, humildes, pacíficos, justos y puros, de manera que aun cuando disfrutasen de tranquilidad durante el curso de su existencia, pudieran después de su muerte vivir en unión de Cristo eternamente, llenos de felicidad, gloria, reposo y goces tales, que imposible sería jamás encontrarles paralelo en este mundo.

Y aquí Vinicio, aunque ya desfavorablemente predisuesto, no pudo menos que notar la diferencia existente entre estas enseñanzas del anciano y las de los cínicos, estóicos y otros filósofos. Estos últimos proclamaban el bien y la virtud como cosas razonables, las únicas verdaderamente prácticas que en la vida existían; mientras que Pedro prometía la inmortalidad, y no una especie de inmortalidad vacía de grandezas y llena de miserias y privaciones, sino una vida rodeada de magnificencia y esplendor y comparable tan sólo á la vida de los dioses.

Y Pedro hablaba entre tanto de esa vida como de una cosa perfectamente cierta; de manera que en vista de semejante fe, la virtud llegaba á alcanzar un valor incommensurable y los infortunios de esta existencia tornábanse asimismo incomparablemente llevaderos.

Sufrir por algún tiempo, en espera de una felicidad sin término, es cosa totalmente distinta de sufrir porque tal es el orden de la naturaleza.

Y el anciano afirmaba además que la virtud y la verdad debían ser amadas por sí solas, por su propio valer, puesto que era Dios el sumo bien eterno y la suprema virtud, que había existido en todo tiempo; así, pues, quien amaba el bien y á la virtud, amaba á Dios y por ese mismo hecho llegaba á ser un hijo predilecto del Sumo Ser.

Vinicio no comprendía muy bien todo esto, pero desde antes sabía por las palabras que Pomponia Graecina había dicho Petronio que, según las creencias de los cristianos, Dios era uno y todopoderoso. De suerte que, cuando ahora oyó decir que también era infinitamente bueno y justo, pensó de manera involuntaria que en presencia de semejante Creador, Júpiter, Saturno, Apolo, Juno, Vesta y Venus aparecerían como una gentuza vana, bulliciosa é intrusa, puesto que todos ellos pretendían intervenir en los negocios humanos, sin perjuicio de hacerlo cada una ó cada uno en su órbita especial.

Pero lo que más sorpresa causó á Vinicio, fué oír la declaración del anciano de que Dios era también el amor universal; de ahí que todo el que amara á sus semejantes, cumplía el mandato supremo de Dios.

Y no bastaba amar á los habitantes de la propia nación, porque el Hombre-Dios había derramado su sangre por todos y encontrado entre los paganos servidores tan escogidos de su doctrina como Cornelio el Centurión; tampoco bastaba el amar sólo á los que nos hicieran el bien, porque Cristo había perdonado á los judíos que le dieran muerte, y á los soldados romanos que le enclavaran en la cruz.

Así, pues, debíamos, no solo perdonar, sino también amar á los que nos ofendían, y volverles bien por mal; no bastaba, entonces, amar á los buenos: era deber nuestro

amar asimismo á los malos, pues solo mediante el amor seríanos posible desterrar el mal de sus almas.

Chilo al escuchar estas palabras pensó que se había malogrado todo su trabajo, que jamás en el mundo se atrevería Ursus á matar á Glauco, ni esa noche ni en otra alguna.

Pero á la vez confortó su ánimo al punto una otra consecuencia que dedujo de las enseñanzas del anciano, á saber; que tampoco Glauco, aun cuando le encontrara y reconociera, podría matarle.

Vinicio ya no opinaba ahora que las palabras de Pedro eran vulgaridades; por el contrario, preguntóse á sí mismo con asombro:

—¿Qué clase de Dios es éste, qué clase de religión y qué clase de gentes son éstas?

Porque todo cuanto acababa de oír no podía hallar cabida en su cabeza. Para él todo aquello era simplemente una increíble confusión de ideas. Decíase que, si por ejemplo, deseara él asentir á tales enseñanzas, menester sería arrojar á una pira todos sus pensamientos y costumbres, su carácter y su indole toda, tales cuales habían sido hasta ese instante, reducir las á cenizas y luego insuflar, por decirlo así, en su ser una vida totalmente distinta y formarse un alma enteramente nueva.

Para él una ciencia ó una religión que ordenase á un romano amar á los partos, sirios, griegos, egipcios, galos ó britanos, perdonar á los enemigos, volverles bien por mal y todavía brindarles amor, antojábasele la ciencia ó la religión de la locura.

Y sin embargo, al propio tiempo sentía una como intuición de que algo había en esa misma locura de más poderoso y fuerte que todos los sistemas filosóficos hasta entonces conocidos.

Pensaba que á causa de su misma aparente locura esa religión era impracticable, pero, á causa de esta misma impracticabilidad, era también divina.

Y en su alma la rechazaba; pero sentía al hacerlo así como si se apartara de un campo lleno de espicanardos (1), de una atmósfera impregnada de embriagador incienso; ya que cuando se ha aspirado el perfume de aquella planta ó alentado en el ambiente que embalsama, es necesario —como ocurre en la tierra de los lotófagos (2)—olvidarse de todas las demás cosas para siempre y no seguir anhelando sino esa.

Parecíale que no había nada de real en esa religión, pero que la realidad en presencia de ella mirábase tan deleznable que ni siquiera merecía se detuviera uno á dedicarle un fugaz pensamiento.

Empezaba á sentir en su alma una como dilatación de horizontes antes ni sospechada, y á la vez que la intuición de la inmensidad, las nubes de la incertidumbre.

Aquel cementerio comenzaba también á causarle á la par que la impresión de un punto de cita de insanos, un sitio lleno de misterio y de pavor, en el cual, como si fuera tomando forma dentro de una cuna mística, iba en vías de alumbramiento un verbo cuyo semejante hasta ese momento no había encontrado él en el mundo.

Y Vinicio retrotraía sin cesar á su mente todo cuanto desde el primer momento de su oración había dicho el anciano acerca de la vida, de la verdad, del amor, y de Dios; y sentía que todas esas ideas le deslumbraban interiormente con sus fulgores, á la manera que deslumbra la vista y ciega el fulgor de relámpagos que al horizonte iluminan en sucesión incesante.

Y cual siempre ocurre á las personas que han concentrado su existencia en una sola pasión, Vinicio pensaba en todo esto sirviéndole de medium su amor por Ligia; y á la luz de esos fúlgidos destellos presentábasele claramen-

---

(1) Especie de nardo procedente de la Siria.

(2) Comedores de loto. árbol de Africa, cuyo delicioso fruto, según antiguos mitólogos y poetas, hacía que los extranjeros que lo comían, olvidaran su patria.

te una idea: que si Ligia se hallaba en el cementerio, si confesaba esa religión, la seguía y estaba empapada en ella, jamás podría ni querría ser su amante.

Por primera vez entonces, desde el día en que la conociera en casa de Aulio, comprendió Vinicio que aun cuando ahora encontrase á la joven, no llegaría á poseerla.

Hasta ese instante, no había venido á su imaginación nada semejante á este concepto, que él mismo no se podía explicar á la sazón, pues más bien que una idea concreta, constituía una especie de conciencia vaga de una pérdida y de un infortunio irreparables.

Y entonces brotó en su espíritu un sentimiento de alarma que pronto fué asumiendo las proporciones de una tempestad iracunda contra los cristianos en general y contra aquel anciano en particular.

Ese pescador que á primera vista le había parecido un simple aldeano, ahora casi le aterrorizaba, pues antojábasele dotado de un misterioso poder que iba como á decidir de su suerte inexorablemente, y por lo mismo, trágicamente.

De nuevo los canteros agregaron, sin ser notados, más combustible á la hoguera. El viento cesó de silbar por entre los pinos, y la llama irguióse recta y como dirigiendo su delgada extremidad hacia las estrellas que brillaban en un firmamento diáfano.

Y habiendo hecho mención de la muerte de Cristo, el anciano concretóse á la sazón á hablar tan sólo de El.

Todos sus oyentes contenían el aliento en medio de un silencio ahora más profundo que el anterior, hasta el punto de que acaso hubiera sido posible escuchar el anhelante palpitar de los corazones.

¡Aquel hombre había visto!

Y narraba los hechos de que fuera testigo, como quien tiene en la memoria grabado cada episodio, cada momen-

to, cada parpadeo, de manera tal, que aún cerrando los ojos, viéralo todo patentemente.

Les dijo, pues, cómo á su vuelta del pie de la Cruz el y Juan, habían permanecido sentados en el cenáculo por espacio de dos días y dos noches, sin comer ni dormir, embargados por el sufrimiento, el dolor, la alarma y la duda, oculta la cabeza entre las manos y ocupado el ánimo tan sólo del pensamiento de que El había muerto. ¡Oh! ¡Y cuán triste y ominoso aquel sucesol

Había amanecido el tercer día, reflejando su luz en las murallas, y encontrando á Juan y á él sentados en el cenáculo, sin consuelo ni esperanza. ¡Cuánto los torturaba el deseo de entregarse al sueño, del cual, viéronse privados desde la noche anterior á la Pasión!

Habíanse levantado entonces y vuelto á lamentar su orfandad.

Más, apenas salido el sol, María de Magdala, jadeante, desmelenado el cabello, se había precipitado dentro de la estancia exclamando:—«Se han llevado al Señor!»

Oido lo cual por él y por Juan, habíanse levantado bruscamente y corrido hacia el sepulcro.

Juan, que era más joven, había llegado el primero: vió aquel recinto vacío y no se atrevió á salvar sus dinteles. Sólo cuando se hubieron reunido aquellas tres personas á la entrada, él, Pedro, había penetrado al sepulcro, y encontrado sobre la losa un lienzo y un sudario, pero ni señales del cuerpo de Cristo.

El temor habíase apoderado entonces de ellos ante la idea de que los sacerdotes hubiéranse llevado á Cristo, y ambos apóstoles habían vuelto, poseídos ahora de más intensa amargura.

Otros de los discípulos se les habían reunido más tarde y elevado una plegaria, ora juntos, á fin de que el Señor de los Ejércitos pudiera escucharles con mayor benevolencia, ora separados y uno después de otro.

Sintieron, entonces, angustiado el esbíritu, pues habían

esperado que el Divino maestro redimiese á Israel, y había transcurrido ya el tercero día desde su muerte.

No comprendían, pues, á la sazón, por qué el Padre había abandonado al Hijo y ya ni siquiera alzaban los ojos hacia la luz del día, prefiriendo morir: ¡tan tremendo era el peso que gravitaba sobre sus almas!

Y aún en esos momentos, el recuerdo de tan terribles escenas arrancó á los ojos del anciano, dos lágrimas que se hicieron visibles á la luz de la hoguera, y rodaron luego por su encanecida barba. Temblaba á la sazón su calva y venerable cabeza, y morían en su pecho los dolientes acentos de su voz.

—Ese hombre dice la verdad, y llora porque siente,—se dijo Vinicio desde el fondo de su alma.

Y entretanto, el dolor anudaba también las gargantas de los oyentes timoratos.

Más de una vez habían oído hablar de los sufrimientos de Cristo, y era por ellos sabido asimismo que al dolor había seguido el júbilo de la resurrección; pero al escuchar la narración del apóstol que todo aquello presenciara, se retorcián las manos á impulso de la congoja, sollozaban ó golpeábanse el pecho.

Mas luego tranquilizáronse por grados ante el deseo de seguir escuchando al apóstol.

El anciano cerró entonces los ojos, cual si quisiera de ese modo concentrar en su alma, la visión clara de escenas distantes, y prosiguió así:

«Cuando los discípulos hubieron terminado sus lamentaciones y plegarias, María de Magdala penetró por segunda vez á la estancia, exclamando que había visto al Señor. No habiéndole reconocido al principio y tomándole por el jardinero. El la había llamado: «¡María!», á lo cual, había exclamado ella: «¡Rabboni!» (Maestro), y postrándose á sus pies. El, entonces, habíala ordenado que fuese á reunirse á sus discípulos y desaparecido en seguida.

»Pero ellos, los discípulos, no habían dado crédito á Ma-

ría; y al verla llorar de alegría, unos la reconviniéron y otros juzgaron que el dolor la había perturbado el juicio, pues dijo también que había visto ángeles en el sepulcro; mas ellos acudieron á él por segunda vez y lo encontraron desierto.

»En la tarde se presentó Cleofas, quien había venido con otra mujer desde Emmaus, y ambas, volvieron pronto diciendo: «¡El Señor ha resucitado en realidad!»

»Y se pusieron á discutir el caso á puerta cerrada, por temor á los judíos.

»Y entretanto, El se dejó ver entre ellos, aún cuando no se había sentido abrir las puertas, y cuando ellos demostraron temor, El díjoles: «¡Qué la paz sea con vosotros! . . . . .

»Y yo le ví, como le vieron todos; y El era diáfano como la luz y como la dicha que sintieron nuestros corazones, pues entonces creímos que se había levantado de entre los muertos y que los mares se han de secar, y las montañas han de reducirse á polvo, pero su gloria no ha de perecer jamás.. . . .

»Después de transcurridos ocho días, Tomás Divino, puso el dedo en las heridas del Señor, y le tocó el costado; entonces, cayendo postrado á sus pies, exclamó:

—»¡Mi Dios y mi Señor!»

—»Porque me has visto has creído; ¡benditos sean los que no han visto y han creído!—dijo el Señor.

»Y nosotros escuchamos esas palabras, y nuestros ojos le vieron, porque se hallaba en medio de nosotros.»

Vinicio había seguido escuchando y algo de admirable habíase operado en su alma.

Por un momento, olvidóse del sitio en donde estaba; empezó á perder la sensación de la realidad, del discernimiento, del juicio.

Hallábase, en efecto, en presencia de dos imposibilidades.

No podía creer lo que el anciano decía; y al propio tiempo, parecía que era menester, ó estar ciego, ó renunciar al testimonio de la propia razón, para admitir que estuviera mintiendo aquel hombre que decía: «Yo lo vi.»

Porque algo había en sus ademanes, en sus lágrimas, en su aspecto y en los detalles de los acontecimientos por él narrados, que hacía imposible toda sospecha.

Por momentos, imaginábase Vinicio, estar soñando.

Pero á su alrededor veía á la silenciosa multitud, hería su olfato el olor que despedían las linternas, miraba á la distancia arder las antorchas, y ante sí, y sobre la piedra vecina á la cripta, alzábase un anciano de cabeza temblorosa, quien, actuando como testigo, repetía: «Yo lo vi.»

Y Pedro refirió luego á sus oyentes, todos los demás episodios, hasta la Ascensión al cielo.

Por instantes tomaba algún descanso, pues su narración era muy circunstanciada; mas podía observarse que hasta el más mínimo detalle, habíasele fijado en la memoria, como se fija en una piedra lo que ha sido grabado en ella.

Los que le escuchaban, parecían embargados por una especie de éxtasis.

Habían echado hacia atrás sus caperuzas á fin de oír mejor y no perder ni una sola de aquellas palabras que para ellos tenían tan inestimable precio.

Parecíales que algún poder sobrehumano les había transportado á Galilea; que se paseaban en unión de los discípulos por aquellas arboledas y surcaban aquellas aguas; que aquel cementerio habíase transformado en el lago de Tiberiades; que á su orilla, y destacándose en medio de las nieblas de la mañana, veían á Cristo, de pie, tal cual se hallara cuando Juan, divisándolo desde el bote, había dicho: «Es el Señor,» y Pedro habíase arrojado á nado á fin de llegar más pronto á postrarse á sus amados pies.

En los semblantes de los oyentes, advertíase una unción ilimitada, una inconsciencia de la vida, un transporte y un amor incomensurables.

Era evidente que durante la prolongada narración de Pedro, algunos de ellos se habían sentido como bajo el influjo de visiones extraterrenas.

Y cuando empezó á referir cómo, en el momento de la Ascensión, las nubes se habían cerrado bajo los pies del Salvador, y le habían cubierto y ocultádole luego á la vista de los Apóstoles, todas las cabezas alzaronse instintivamente hacia el cielo, sucediéndose un momento de expectativa, cual si todas aquellas gentes esperasen ver allí al Señor ó presenciar su descenso de las regiones etéreas, para ser testigo de cómo el anciano apóstol apacentaba las ovejas que le habían sido confiadas, y para bendecirle á él y á su rebaño.

Roma no existía para aquella multitud, ni el hombre á quien llamaban César; ni existían templos de dioses paganos: sólo había para ellos Cristo, Cristo que llenaba la tierra, los mares, los cielos y el orbe entero.

Y entretanto, en las casas esparcidas aquí y allí, á lo largo de la vía Nomentana, cantaban los gallos anunciando la media noche.

En ese propio instante, Chilo tiró de un extremo del manto de Vinicio, y dijo á su oído:

—Señor, allí, no lejos del Apóstol, veo á Urbano: con él se halla una joven.

Vinicio sacudióse como si tratara de salir de un sueño, y volviendo la vista en la dirección señalada por el griego, vió á Ligia.

## CAPÍTULO XXI

Tembló hasta la última fibra del joven patricio y pareció agolpársele toda la sangre al corazón á la vista de la joven.

Olvidóse de la multitud; del anciano, de su propia insó-

lita sorpresa ante las incomprensibles cosas que acababa de escuchar: solo á Ligia miraba.

¡Por fin, después de todos sus esfuerzos, después de tan largos días de alarma, tribulación y sufrimiento, la había encontrado! Por primera vez comprendió que el júbilo podía también como abalanzarse al corazón, á la manera de un animal salvaje, y oprimirlo, estrujarlo hasta dejarlo sin aliento.

El, que hasta hacía poco habíase imaginado que la Fortuna se había impuesto una especie de obligación de cumplir todos sus deseos, ahora apenas si prestaba crédito á sus propios ojos y si se daba cuenta de la felicidad que le embargaba.

A no ser por ese sobrecogimiento de incredulidad ó de estupor, quién sabe si su indole impulsiva y apasionada no le hubiera precipitado á dar algún paso imprudente.

Pero deseaba convencerse antes de que no era esta una especie de continuación de los prodigios que ahora llenaban su cabeza; necesitaba estar seguro de que no era aquello una alucinación ó un sueño.

Mas, no pudo caberle ya la menor duda: veía á Ligia y solo una distancia de pocos pasos separábale de ella.

Se hallaba de lleno dando frente á la luz, de manera que podía él gozarse en su vista cuanto quisiera.

La capucha había caído de su cabeza y desmelenado sus cabellos; tenía entreabiertos ligeramente los labios, alzaba la vista hacia el Apóstol, atenta la fisonomía toda y pendiente de sus palabras, que parecían tenerla como en éxtasis.

Vestía un oscuro manto de lana, como una hija del pueblo; mas nunca Vinicio habíala contemplado más hermosa; y á pesar de la verdadera anarquía de sentimientos é ideas que bullía en su interior, le impuso la nobleza y distinción de aquella admirable cabeza patricia, formando contraste resaltante con su traje, que hubiérase creído el de una esclava.

Y el amor entonces le envolvió ahora cual llama inmensa, mezclado como de un prodigioso sentimiento de simpatía, homenaje, admiración y ferviente anhelo.

Sentía discurrir por todo su sér como una eléctrica corriente de felicidad á su vista; parecíale que al contemplarla estaba apagando con ansia, en cristalina fuente de vid, una sed prolongadamente soportada.

De pie al lado del gigantesco ligur, parecióle ahora de menor estatura que antes, casi una niña; notó además que se había puesto más delgada; su cutis habíase vuelto casi transparente, y en conjunto le hacía la impresión de una flor, ó de un sér espiritual.

Pero todo aquello para él no constituía sino mayores y más poderosos estímulos que le movían á ambicionar la posesión de aquella mujer, tan diferente de todas las mujeres que había conocido antes, ó que hubieran sido antes suyas en Roma ó en el Oriente.

Decíase que por ella hubiéralas dado todas, y á Roma y al mundo entero por añadidura.

En esta contemplación estática y febril habría llegado á ensimismarse por completo y á olvidarse de sí mismo y de todo cuanto le rodeaba, á no ser por Chilo, quien tiró nuevamente de un extremo de su manto, lleno de temor ante la idea de que algo hiciese que pudiera denunciarles.

Entre tanto, los cristianos volvieron á sus cánticos y oraciones.

Luego atronó los aires el Maranata (1); y en seguida el Apóstol bautizó con agua de la fuente á todos los catecúmenos que los presbíteros presentaron preparados ya para recibir el sacramento. Y á Vinicio parecíale que aquella

---

(1) Maranata: forma de excomunión entre los Judíos. Significaba "El Señor viene" ó "El Señor ha venido" y era un anatema usado por el apóstol San Pablo. Empleábase para infundir pavor en los grandes criminales y equivalía como á decir: "Venga pronto el Señor y fulmine contra tí el castigo por tu crimen."

noche no iba jamás á terminar. Deseaba ahora ir cuanto antes en seguimiento de Ligia y apoderarse de ella en el camino de regreso á su casa.

Por último empezaron algunos á salir del cementerio, y Chilo entonces dijo al oído de Vinicio:

—Salgamos hasta la puerta, señor; no nos hemos quitado la caperuza y hay gentes que nos observan.

Y así era en efecto, pues en el curso de la predicación del Apóstol todos habíanse echado atrás las caperuzas para escuchar mejor, y ellos, por su parte, no habían seguido ese ejemplo. De manera que el consejo de Chilo pareció prudente á Vinicio. Deteniéndose delante de la puerta podrían ver á todos los que salieran; y en cuanto á Ursus, era fácil reconocerlo por sus formas y su estatura.

—Sigámosles,—dijo Chilo;—y veremos á qué casa van. Y mañana, ó mejor dicho, hoy, podrás rodear con esclavos las entradas y llevártela.

—¡Nol—dijo Vinicio.

—¿Qué deseas hacer entonces, señor?

—La seguiremos hasta su casa y la llevaremos ahora mismo, si quieres encargarte de la empresa, Croton.

—Perfectamente,—contestó el atleta;—y me comprometo á entregarme á tí como esclavo, si no rompo el espinazo del bisonte que la acompaña.

Pero Chilo se consagró á la tarea de persuadirles y de suplicarles por todos los dioses que no hicieran tal cosa. Croton había sido llevado tan solo á fin de que les defendiera contra cualquier ataque en el caso de que fuesen reconocidos, y no para arrebatar á la joven. Llevarla, cuando ellos eran solo dos, importaba exponerse á la muerte y, lo que pudiera ser peor, había que prever la posibilidad de que lograrse escapárseles de las manos, y entonces ocultaríase en otro sitio ó saldría de Roma. Y llegado ese caso, ¿qué harían? ¿Por qué no obrar sobre seguro? ¿Por qué exponerse ellos á la destrucción y toda la empresa al fracaso?

Aun cuando Vinicio necesitó recurrir á toda su fuerza de voluntad para contener el ímpetu de echarse sobre Ligia y tomarla allí mismo, en el cementerio, en sus brazos, comprendió que el griego tenía razón, y acaso hubiera prestado oído á sus indicaciones, á no ser por Croton, para quien lo principal era ganarse cuanto antes la recompensa pactada.

—Señor,—dijo éste,—haz que calle ese cabrón viejo, ó permite que le de una puñada en la cabeza. Una vez en Bugento, á donde habíame llevado á unos juegos Lucio Saturnio, siete gladiadores borrachos echáronse sobre mí en una fonda, y ni uno sólo de ellos escapó con las costillas en buen estado. No te digo yo que arrebatas ahora mismo á la muchada de entre la multitud, porque podrían apedrearnos; pero una vez que haya llegado á su casa, me apoderaré de ella, la sacaré de allí y he de conducirla á cualquier sitio que me indiques.

A Vinicio le agradó escuchar estas palabras, y contestó:

—¡Así sea, por Hércules! Mañana quizás no la encontráramos en su casa, porque si los sorprendemos, seguramente llevarán á otra parte la muchacha.

—¡Este ligur tiene aspecto de hombre tremendamente fuerte!—gimió Chilon.

—Nadie te pide que vayas á sugetar sus manos,—respondió Croton.

Pero tuvieron que aguardar aun por largo tiempo, y los gallos habían empezado á cantar al acercarse ya la aurora, cuando vieron á Ursus que salvaba el dintel de la puerta, llevando á su lado á Ligia. Les acompañaban muchas otras personas.

Chilo creyó reconocer entre ellas al gran Apóstol. Junto á él iba otro anciano de mucho más baja estatura, dos mujeres que ya no eran jóvenes y un muchacho que alumbraba el camino con una linterna. A continuación de ese puñado de individuos seguía un grupo numeroso como de

200 personas; Vinicio, Chilo y Croton se incorporaron á este grupo.

—Si, señor,—dijo Chilo;—tu doncella se encuentra bajo una poderosa protección. Ese que la acompaña es el Gran Apóstol: vé como los que pasan delante de él se arrodillan.

Y en realidad se arrodillaban á su paso las gentes, pero Vinicio no les miraba. No perdió á Ligia de vista ni un instante; un sólo pensamiento le dominaba por completo: llevársela; y habiendo adquirido en la guerra el hábito de las estratagemas de todo género, disponía á la sazón mentalmente, con precisión militar, todo el plan de su proyectado rapto.

Presentía que era atrevido el paso que estaba resuelto á dar; pero así mismo sabía muy bien cómo son generalmente los ataques más audaces los que procuran mejores triunfos.

El camino era largo; de ahí que en momentos detuviérase á pensar en el abismo que esa maravillosa religión había abierto entre él y Ligia.

Comprendía ahora todo cuanto había acontecido en el pasado, y se daba razón circunstanciada de ello, con la suficiente profundidad.

No había conocido realmente á Ligia hasta entonces.

Había solo visto en ella una joven de maravillosa hermosura, no comparable á ninguna otra mujer; una doncella á la cual arrastrábanle poderosamente febriles anhelos.

Pero ahora sabía que la religión de esa doncella la diferenciaba profundamente de las demás mujeres, sabía también ahora que no eran para ella sino ilusión vana y deleznable los sentimientos y deseos de opulencia, de pompa, bienestar y esplendidez que él antes juzgara podían servirla de incentivo.

Comprendía por último y en su resumen, lo que ni Petronio ni él habían comprendido antes: que esa nueva re-

ligión infiltraba en el alma un algo desconocido para el mundo en que él vivía; y que Ligia, aun cuando le amase, no habría de sacrificar en obsequio á él, ninguna de las verdades cristianas que le habian sido inculcadas, y que si para ella existían la felicidad y el placer, eran una felicidad y un placer totalmente distintos de los que perseguían él, Petronio y toda la corte del César: Roma entera, en una palabra.

Cualquiera otra mujer de las que él conocía podría llegar á ser su amante; pero esa cristiana llegaría tan solo á convertirse en víctima suya.

Y cuando este se detenía á pensar, montaba en cólera primero y luego dominábale una como calcinante pena, porque presentía que esa cólera suya era del todo impotente.

Arrebatar á Ligia pareciale empresa posible; estaba casi convencido de que lograría llevarse á la joven; pero asimismo le asistía la certidumbre de que en presencia de la religión de Ligia, él mismo, con toda su intrepidez, nada significaba, nulo era su poder, puesto que á su influjo nada lograría realizar de cuanto ambicionaba.

Así, pues, aquel tribuno militar de Roma, que había siempre abrigado el convencimiento de que el poder de la espada y del puño, que habían conquistado el mundo, lo dominarían para siempre, ahora veía, por primera vez en su vida, que mas allá de ese poder bien podía existir otra cosa; y lleno de asombro se preguntaba en que consistía esa potestad superior.

Y no se hallaba en aptitud de darse una respuesta concreta.

Por su cabeza cruzaban al intentarlo, las escenas del cementerio: veía á la multitud reverentemente agrupada, y contemplaba á Ligia escuchando, con toda el alma pendiente de los labios del anciano, las palabras con que éste había narrado la pasión y la muerte y la resurrección del Hombre Dios, redentor del mundo y mensajero de la eter-

na felicidad que había de disfrutarse á la otra orilla de la laguna Estigia (1).

Cuando pensaba en todo esto, convertíase su cabeza en un caos.

De este caos vino á sacarle Chilo, quien empezó á lamentarse de la infelicidad de su suerte.

El había prometido encontrar á Ligia. La había buscado con peligro de su vida y había ya indicado el sitio en donde se hallaba. ¿Qué más podía exigirsele ahora? ¿Por ventura había el ofrecido plagiar también á la doncella? Quién intentaría pedir algo semejante á un hombre mutilado, á quien faltaban dos dedos, á un hombre viejo, consagrado á la meditación, á la virtud y á la ciencia? Qué sucedería si á un caballero de tan alta dignidad como Vinicio hubiera de ocurrir algún contratiempo al llevarse á la doncella?

Cierto era que á los dioses incumbía el velar por la suerte de sus elegidos, pero, ¿acaso no habían acontecido mas de una vez accidentes desgraciados, como si en esos instantes se hallaran distraídos los dioses, ó entretenidos en algún juego, en vez de vigilar con ojo atento lo que en el mundo iba pasando? La fortuna es ciega: todos lo saben y por tanto no vé ni siquiera de día claro: ¿cómo había de ver de noche? Y si algo grave sucedía, y si ese oso ligur arrojaba una piedra de molino á la cabeza del noble Vinicio, ó le tiraba con un barril de vino,—lo que sería todavía peor,—de agua, ¿quién podría asegurar que en vez de una recompensa no sería una injusta imputación lo que cayera sobre la cabeza del infortunado Chilo?

El, el pobre sabio, se había sentido atraído hacia el noble Vinicio, como lo estuviera Aristóteles respecto de Alejandro de Macedonia. Si el noble señor quisiera darle siquiera aquella bolsa que había puesto en su cinturón antes de salir de casa, algo habría á lo menos, con que

(1) Laguna del infierno mitológico que debía atravesarse para llegar á las regiones donde mora el alma de los muertos.

pedir auxilio en caso de grave necesidad ó con que poder influir sobre los cristianos. ¡Oh! ¿Por qué no se escuchaban los consejos de un viejo, consejos dictados por la experiencia y la sabiduría?

Vinicio, que le había oído, sacó de su cinturón la bolsa y arrojándola á los dedos de Chilo, replicó:

—Ya la tienes; ¡cállate!

El griego pulsó la bolsa, vió que era extraordinariamente pesada y cobró ánimo.

—Toda mi esperanza se cifra en esto—dijo—que Hércules y Teseo llevaron á cabo hazañas todavía más difíciles; y qué es Croton, este íntimo y distinguido amigo personal mio, sino un Hércules? A tí, digno señor, no te he de llamar un semidios, por que tú eres todo un dios, y estoy cierto de que en lo futuro no te olvidarás de este pobre y fiel siervo tuyo, á cuyas necesidades menester será proveer de tiempo en tiempo; pues él, una vez que se ha engolfado en sus libros, no vuelve á pensar en otra cosa. Unos pocos estadios de tierra cultivada y una casita con un pórtico, aun cuando sea pequeñito, para resguardarse del calor en el verano, seria obsequio digno de tu munificencia.

Entretanto—prosiguió—admiraré desde lejos tus heroicas proezas é invocaré á Jove para due sea contigo benigno, y siempre que fuere necesario, me tendrás dispuesto á levantar un clamoreo que á la mitad de Roma ponga de pie y lista para venir en tu ayuda. ¡Qué camino más malo y áspero! El aceite de oliva de la linterna se ha concluido; y si Croton, que es tan noble como fuerte, me llevara en brazos hasta la puerta, se daría cabal cuenta, en primer lugar, de si podía conducir de igual modo y con facilidad á la doncella, y en segundo, ejecutaría un acto semejante al de Eneas y se propiciaría á todos los buenos dioses en tal manera que por lo tocante al resultado de su empresa yo me hallaría del todo tranquilo.

—Preferiría llevar en mis brazos á un carnero que mu-

rió de sarna el mes pasado,—contestó el gladiador;—pero dame, si quieres, esa bolsa con que hace poco te obsequió el noble tribuno, y te conduciré hasta la puerta.

—Que te corten antes el dedo gordo del pie, replicó Chilo. ¿Qué provecho has alcanzado entonces de las enseñanzas de aquel dignísimo anciano que hace poco nos pintaba la pobreza y la caridad como las virtudes cardinales? ¿No te ordenó espresamente que me amaras? Ya veo con pena que jamás lograré hacer de tí ni siquiera un cristiano mediocre: sería al sol más fácil atravesar con sus rayos los muros de la prisión Mamertina, que á la verdad introducirse al través de tu cráneo de hipopótamo.

—¡No tengas cuidado! —dijo Croton, quien, dotado de la fuerza de una bestia, no poseía ningún sentimiento de hombre.—¡No seré jamás cristiano! ¡No quiero perder mi pan!

—Pero, si conocieras á lo menos los rudimentos de la filosofía, sabrías que el oro no es mas que vanidad.

—¡Venme á mí con tus filosofías! ¡Te daré un cabezazo en el estómago y veremos entonces quien gana!

—Lo propio pudo haber dicho un buey á Aristóteles, —replicó Chilo.

Empezaban entretanto á disiparse las tinieblas de la noche, abriendo paso á la aurora, á cuya pálida luz destacábanse ya los perfiles de las murallas. Los árboles que se alzaban á lo largo del camino, los edificios y las losas sepulcrales esparcidas aquí y allí, empezaban como á emerger de entre las sombras. Y el sendero ya no se veía desierto.

Los placeros se movían en dirección á las puertas, conduciendo asnos y mulas cargadas de verdura; igual camino hacía una que otra crujidora carreta de las que conducían aves.

Sobre la vía y á cada uno de sus lados levantábase desde la tierra una ligera niebla prometedora de buen tiem-

po. Las gentes, vistas á la distancia, parecían surgir como apariciones de entre aquella niebla.

Vinicio seguía con los ojos fijos en las delicadas formas de Ligia, que se veían como envueltas en un argénteo ninbo á medida que aumentaba la luz.

—Señor,—dijo Chilo,—te ofendería yo si me pusiera á hacer deducciones acerca del límite á que han de llegar tus bondades; por eso, ahora que me has pagado, no creo se me sospeche de hablarte inspirado tan solo por mi interés personal. Una vez más te aconsejo que te dirijas á tu casa, en busca de esclavos y una litera, inmediatamente que sepas donde habita la divina Ligia. No escuches á ese trompa de elefante de Croton, que se empeña en llevarse ahora á la doncella con el solo objeto de estrujar tu bolsillo cual si fuera una bolsa de requeson.

—Tengo listo un puñete que voy á darte entre los dos hombros; y esto significa que vas á perecer.

—Yo tengo listo un barril de vino de Cefalonia, y esto significa que voy á sentirme bien,—contestó Chilo.

Vinicio nada replicó, porque en ese momento, al acercarse á la puerta, presentóse á su vista una escena prodigiosa.

Dos soldados se arrodillaron al pasar delante de ellos el Apóstol; Pedro colocó por espacio de un instante la mano sobre sus férreos yelmos y en seguida les hizo la señal de la cruz.

Antes de ese momento, jamás había ocurrido á aquel patricio que pudiese haber cristianos en el ejército; ahora pensaba con asombro que, bien así como en una ciudad incendiada el fuego va poco á poco devorando mas y mas edificios, así, á juzgar por todas las apariencias, aquella doctrina iba de día en día infiltrándose en mayor número de almas y propagándose á todo linaje de humanos intelectos.

Y esto le llamó particularmente la atención en lo referente á Ligia, pues pudo ahora también convencerse de

que, si hubiera querido ella huir de la ciudad, no le habrían faltado guardianes, dispuestos á facilitar su fuga.

Y entonces dió gracias á los dioses porque tal cosa no había sucedido.

Después de haber pasado por varios sitios eriazos, más allá de las murallas, los cristianos empezaron á diseminarse en distintas direcciones.

Hacíase, pues, ahora necesario seguir á Ligia desde mayor distancia y con más precauciones, á fin de no llamar la atención.

Chilo, entre tanto, comenzó á quejarse de sus heridas y de dolores de piernas, y fué quedándose palautinamente atrás.

Vinicio no hizo objeción á ello, juzgando que ya no le sería necesario aquel griego inútil y cobarde.

Y hasta le hubiera permitido partir, si Chilo insistiera, pero el digno sabio al parecer veíase detenido por motivos de circunspección. Evidentemente la curiosidad era uno de sus móviles, puesto que seguía detras y por momentos alcanzaba á Vinicio y se le aproximaba con el fin de repetirle alguna de sus anteriores indicaciones. Y pensaba también que el anciano que acompañaba al Apóstol bien pudiera ser Glauco; pero esta idea atemorizadora le abanó al reparar que aquel era de más baja estatura.

Por espacio de bastante tiempo marcharon así; antes de llegar al Trans-Tiber, y estaba ya próximo á salir el sol cuando se dispersó el grupo que rodeaba á Ligia.

El Apóstol, acompañado de una anciana y de un muchacho, dirigiéronse rio arriba; el anciano de menor estatura, Ursus y Ligia entraron á una calle estrecha en la cual, después de avanzar como unas cien yardas, penetraron á una casa en que había dos tiendas: una destinada á la venta de aceitunas y otra á la de aves de corral.

Chilo, que venía como á cincuenta yardas detras de Vi-

nicio y Croton, detúvose al punto, cual si se hallara enclavado en el suelo.

Y después, apegándose á la muralla, empezó á llamarles á silbidos para que volviesen.

Así lo hicieron, porque necesitaban tomar consejo.

—Ve, Chilo,—dijo Vinicio,—y observa si esa casa tiene algún frente á otra calle.

Chilo, aún cuando se había quejado de tener los pies lastimados, corrió presuroso, cual si tuviese ahora las alas de Mercurio en los tobillos, y volvió en un instante, diciendo:

—No, señor; sólo hay una entrada.

Y luego, juntando las manos, agregó:

—Te imploro, señor, por Júpiter, Apolo, Vesta, Cibebes, Isis, Osiris, Mitra, Baal y todos los dioses de Oriente y Occidente, que abandones este plan. Escúchame...

Pero aquí se detuvo al punto, porque vió que el semblante de Vinicio estaba pálido por la emoción, y que sus ojos brillaban como los de un lobo.

Bastaba mirarle para persuadirse de que nada en el mundo haríale desistir de aquella empresa.

Croton empezó á insuflar aire á sus hercúleos pulmones y á mover la deprimida cabeza de un lado á otro, como hacen los osos que se hallan aprisionados en una jaula; pero en su semblante no se advirtió el menor indicio de temor.

—Yo iré delante,—dijo.

—Tú me seguirás,—contestó Vinicio con voz de mando.

Y al cabo de unos instantes, ambos desaparecieron al través de la obscura puerta de entrada.

Chilo, entretanto, corrió hasta la esquina de la calle más cercana, y empezó desde allí á atisbar, en espera de lo que iba á suceder.

CAPÍTULO XXII

Sólo cuando se hubieron encontrado en el interior, vino á comprender Vinicio todas las dificultades de la empresa.

La casa era espaciosa, de varios pisos, del género de las innumerables que había en Roma, edificadas sólo con el propósito de percibir la mayor renta posible.

De ahí que, por lo general, fueran construídas tan precipitada y defectuosamente, que apenas pasaba año sin que una cantidad de ellas se desplomaran sobre las cabezas de sus ocupantes.

Verdaderas colmenas, demasiado altas y estrechas, llenas de habitaciones y de chiribitiles, en ellas vivía la gente pobre agrupada en número excesivo.

En una ciudad en donde muchas calles carecían de nombres, aquellas casas carecían á su vez de números. Los propietarios encargaban el cobro de los arrendamientos á esclavos, quienes, no estando obligados por el gobierno de la ciudad á dar los nombres de los ocupantes, á menudo los ignoraban hasta ellos mismos.

Así, pues, encontrar en semejantes casas á uno de sus habitantes, valiéndose de la simple indicación de sus nombres, á menudo se hacía muy difícil, especialmente cuando en ellas no había portero.

Vinicio ó Croton llegaron á un pasaje estrecho, semejante á un corredor, amurallado en sus cuatro costados y formando una especie de *atrium* común para toda la casa, con una fuente en el centro, de la cual brotaba el agua, yendo á caer en un pilón de piedra, fijo en el suelo.

Desde las murallas arrancaban hacia el interior escaleras de piedra y de madera, que conducían á sendas galerías, en las cuales se hallaban las entradas á las habitaciones.

Había también de estas habitaciones en el piso bajo,

provistas las unas de puertas de madera, y separadas las otras del patio solamente por biombos montados en tela de lana. Y estos últimos en su mayor parte hallábanse gastados, rotos ó llenos de remiendos.

Era muy temprana la hora y no veíase á nadie en el patio.

Evidentemente dormían todos en aquella casa, excepto las personas que acababan de regresar de Ostrianum.

—¿Qué haremos, señor?—preguntó Croton deteniéndose.

—Aguardemos aquí; alguien puede venir de un momento á otro,—contestó Vinicio.—No debiéramos dejarlos ver en el patio.

Y en este instante ocurriósele que el procedimiento aconsejado por Chilo habría sido el más práctico. A tener entonces algunas decenas de esclavos á sus órdenes, habría sido fácil ocupar la puerta, que era al parecer la única salida, registrar simultáneamente las habitaciones todas, y llegar así hasta la de Ligia: de otra manera los cristianos, que seguramente no escasearían en aquella casa, podrían dar aviso de haber allí gentes que buscaban á la joven.

En vista de estas circunstancias, era peligroso el tomar informes de los ocupantes de la casa.

Y Vinicio detúvose entonces á pensar si no sería más conveniente encaminarse en busca de sus esclavos.

En ese propio instante, de detrás de un biombo que ocultaba á la vista una de las habitaciones situadas en el más lejano extremo del patio, salió un hombre que traía en la mano un cedazo y se aproximaba hacia la fuente.

A primera vista el joven tribuno reconoció en él á Ursus.

—¡Ese es el ligur!—dijo á Croton en voz baja.

—¿Queréis que al punto le rompa los huesos?

—¡Aguarda un instantel

Ursus no reparó en aquellos dos hombres, que se halla-

ban protegidos por la penumbra de la entrada, y empezó tranquilamente á sumergir en el agua las legumbres que llenaban el cedazo.

Era evidente que después de toda una noche pasada en el cementerio, se aprestaba á preparar una comida.

Transcurridos algunos instantes y terminado el lavado de las legumbres, llevóse consigo el cedazo mojado y desapareció luego detrás del biombo.

Croton y Vinicio le siguieron, creyendo que ya iba á penetrar á las habitaciones de Ligia.

Pero su asombro fué grande cuando vieron que aquel biombo no separaba del patio habitaciones, sino otro corredor, á cuyo extremo había un pequeño jardín, en el cual se alzaban unos cuantos cipreses y algunas matas de mirto. Y en el fondo, veíase una pequeña casa, edificada contra la muralla, sin ventanas, de otro edificio de piedra contiguo.

Ambos comprendieron al punto que esta era para ellos una circunstancia favorable. En el patio habrían podido reunirse todo los arrendatarios, en tanto que el aislamiento en que se hallaba esa casita facilitaba la empresa.

Harían, pues a un lado de más expedita manera á cualesquiera defensores, mejor dicho, á Ursus, y saldrían á la calle prontamente llevándose á Ligia. Una vez fuera, se defenderían bien.

No era probable, por otra parte, que fueran atacados, y si tal ocurría, dirían que llevaban un rehén que se había fugado, sustrayéndose á la custodia del César. Vinicio prestaría su declaración en este sentido, se daría á conocer á los guardias y hasta pediría su cooperación.

Ursus iba ya á entrar á la casita, cuando el ruido de pasos llamó su atención. Detúvose entonces, y al ver acercarse á dos personas, puso el cedazo en la balaustrada, y volviéndose hacia ellos, preguntó:

—¿Qué buscáis aquí?

—¡A tí!—dijo Vinicio.

Y dirigiéndose á Croton, le ordenó en voz baja y precipitada:

— ¡Mata!

Croton se abalanzó hacia Ursus como un tigre, y en un instante, antes de que el ligur tuviera tiempo de pensar ó de reconocer á sus enemigos, el atleta le había cogido entre sus brazos de acero.

Vinicio tenía demasiada confianza en las extraordinarias fuerzas de aquel hombre para detenerse á presenciar el fin de la lucha. Así, pues, pasó delante de los combatientes, de un salto llegó á la puerta de la casita, la abrió de un empujón y se encontró en un aposento algo obscuro, pero iluminado por el fuego que ardía en la chimenea. Ligia recibía directamente en el rostro destellos de ese fuego.

Una segunda persona, que se hallaba sentada al lado de la chimenea, era el anciano que había acompañado á la joven y á Ursus en el camino de regreso desde Ostrianum.

Vinicio penetró de tan repentina y brusca manera en la estancia, que aun antes de que Ligia le reconociera, había tomado por la cintura; y alzándola en sus brazos, se abalanzó de nuevo á la puerta.

El anciano quiso interceptarle el paso; pero Vinicio, estrando á la joven con un brazo contra su pecho, hizole á un lado con el que conservaba libre.

Cayó entonces la caperuza de la cabeza del joven, y á la vista de aquel rostro conocido y en el cual á la sazón advertíase una espresión terrible, helóse la sangre en las venas de Ligia, y murió la voz en su garganta.

Quiso pedir auxilio, mas le faltaron las fuerzas.

Igualmente vano fué su deseo de aferrarse á la puerta, de resistir.

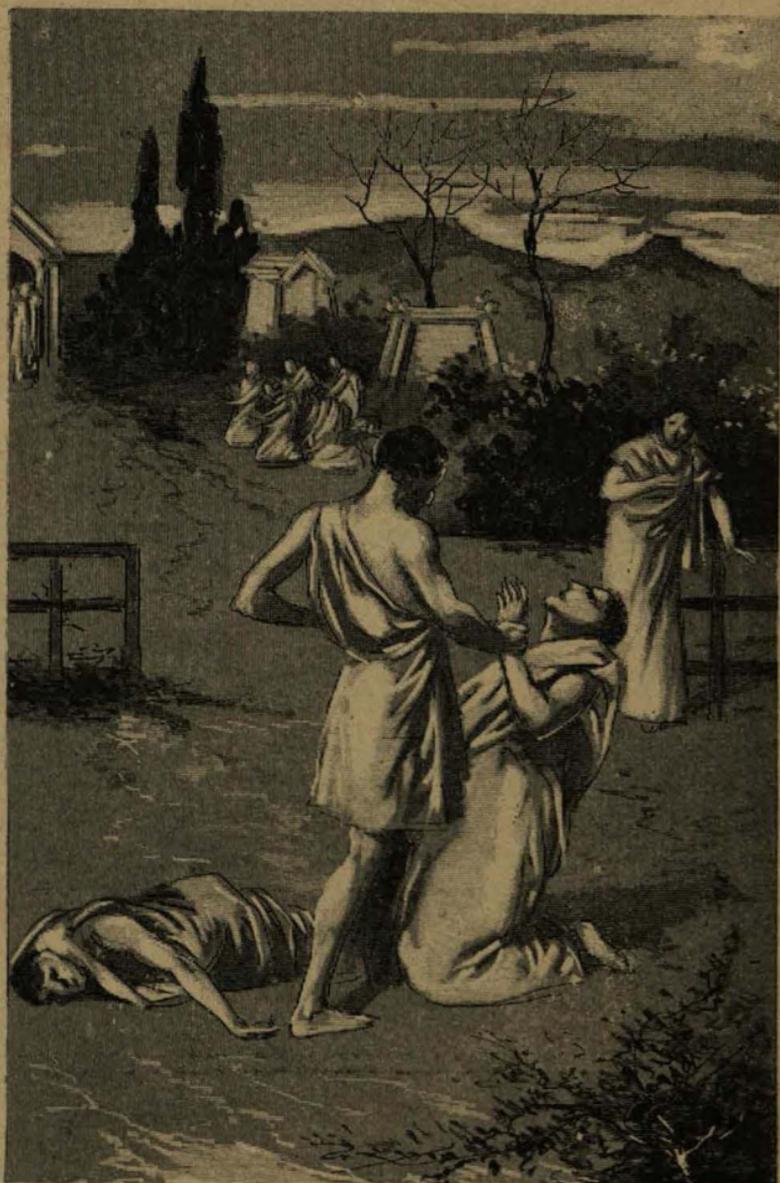
Resbaláronsele de la muralla de piedra los dedos, y habríase desvanecido, á no ser por el cuadro terrible que se presentó á su vista, cuando llegó Vinino hasta el jardín.

1850

1  
A I

9b

QUO VADIS?



—¡La muerte!—pensó el joven. (Pág. 181)

Ursus tenía entre sus brazos un cuerpo completamente doblado hacia atrás, pendiente la cabeza y llena de sangre la boca.

Al ver el grupo que salía de la casita, el gigante dió un nuevo puñetazo á Croton en la cabeza, y en un abrir y cerrar de ojos, saltó sobre Vinicio como una enfurecida bestia feroz.

—¡Muerte!—pensó el joven patricio.

Y entonces llegó á su oído, cual si soñara, la voz de Ligia, que decía como en un gemido:

—¡No matarás!

Luego se sintió herido como por un rayo, y abrió los brazos en que sostenía á Ligia; en seguida diósele vuelta la tierra, y murió en sus ojos la luz del día. . . . .

Chilo, recatándose detrás del ángulo de la casa de la esquina próxima, aguardaba el curso de los acontecimientos, pues en su interior librábase una lucha entre la curiosidad y el miedo.

Pensaba que si se obtenía buen éxito en la empresa de llevarse á Ligia, sería él muy bien tratado en casa de Vinicio.

Ya nada temía de parte de Urbano, pues le confortaba la certidumbre de que Croton le mataría. Y decíase que apenas empezara á notar una agrupación de personas en las calles, á la sazón desiertas, es decir, que si los cristianos ú otra clase de gentes se aprestaran á resistir, él les hablaría como representante de la autoridad, como uno de los ejecutores de la voluntad del César, y si era necesario, llamaría á los guardias para que vinieran en auxilio del joven patricio, y contra la callejera plebe, con lo cual se conquistaría méritos adicionales á los ojos de Vinicio.

En su interior seguía creyendo que el plan del joven tribuno había sido imprudente; empero, al tomar en consideración las terribles fuerzas del atleta, convenía en que bien pudiera triunfar, y pensaba que si llegase el asunto á

presentar un aspecto difícil, Vinicio podría llevarse á la joven, y Croton entretanto irle abriendo paso por entre las gentes que se hubiesen reunido.

Pero entretanto la demora se le hacía molesta y el silencio que seguía rodeando la entrada de la casa que atisbaba, tenía ya intranquilo.

—Si no dan con su escondite y promueven un alboroto, asustarán á la niña,—se dijo.

Mas no le fué desagradable semejante idea; porque comprendió que en caso de algún contratiempo, volvería el joven á necesitar de sus servicios, y entonces podría él seguirle, sacando buenas cantidades de sextercios.

—Hagan lo que quisieren,—se dijo á sí mismo,—han de trabajar para mí, si bien nadie, se ha dado aun cuenta de ello. ¡Oh, dioses! permitidme tan sólo...

Pero aquí se detuvo repentinamente, pues le pareció que alguien asomaba la cabeza por la puerta de entrada.

O entonces, apegándose cuanto pudo á la muralla, siguió atisbando y conteniendo el aliento.

No se engañaba, pues efectivamente una cabeza habíase asomado á la puerta, mirado en deredor y desaparecido luego.

—Ese es Vinicio ó Croton,—pensó Chilo.—Pero, si ya tiene á la muchacha, ¿porqué no grita ella y porqué miran hacia la calle? De todas maneras han de encontrar gente, pues antes de que lleguen á las Carenas habrá ya movimiento en la ciudad... Más, ¿qué es eso? Por los dioses!

Y de súbito erizarónse los escasos cabellos.

En la puerta de la casa había aparecido Ursus, llevando á cuestras el cuerpo de Croton.

Miró el ligur una vez más en derredor suyo y en seguida empezó á correr con su carga en dirección al río.

Chilo se apegó tanto á la muralla que pareció embeberse en ella.

—¡Estoy perdido si me vé!—pensó.

Pero Ursus pasó por la esquina rápidamente y desapareció luego.

Chilo, sin aguardar más, rechinándole los dientes á influjo del terror, echó á correr por la calle atravesada, con una velocidad que aun tratándose de un joven hubiera causado admiración.

—Si me vé, aunque sea desde lejos, á su vuelta, me coje y me mata,—se dijo.—¡Sálvame, Zeus; sálvame, Apolo, Mercurio, sálvame; oh dios de los cristianos, sálvame! Saldré de Roma, volveré á Mesember, pero sálvame de caer en las manos de ese demonio!

Y el ligur que había matado á Croton parecióle en este instante una especie de ser sobrenatural.

Mientras iba corriendo, pensaba en que bien pudiera ser ese un dios que había tomado las formas de un bárbaro. P en este momento creía en todos los dioses del mundo, y en todos los mitos de que usualmente hacía mofa.

Venía también á su imaginación la idea de que hubiera sido el propio Dios de los cristianos el que matara á Croton, y de nuevo erizarónsele los errantes cabellos al pensar que pudiera él encontrarse en conflicto con un tan poderoso Dios.

Solo despues de haber atravesado corriendo varias calles logró tranquilizarse un tanto al ver venir hacia él á la distancia, unos cuantos obreros.

Faltábale ya el aliento; así es que se vió obligado á sentarse en el umbral de una puerta y empezó á limpiar con una punta de su manto el sudor que le corría por la frente.

—Soy viejo y necesito conservarme en calma,—se dijo.

Los obreros que venían hacia él torcieron luego, siguiendo su camino por una pequeña calle loteral y de nuevo todo se vió desierto en derredor de Chilo.

La ciudad aun dormía.

El movimiento matinal empezaba temprano en los centros más opulentos de Roma, donde los esclavos se veían

obligados á levantarse antes de llegada la aurora; pero en los barrios habitados por la población libre, sostenida á expensas del Estado y por consiguiente ociosa, las gentes despertaban tarde, especialmente en invierno.

Chilo, después de haber permanecido algún tiempo sentado en aquel umbral, sintió un frío penetrante, Levantóse entonces y después de cerciorarse de que no había perdido la bolsa recibida de Vinicio, echó á andar, con paso mucho más lento, en dirección al río.

—Puede que vea en alguna parte el cadáver de Croton, —se dijo. — ¡Oh dioses! ese ligur, si es un hombre, podría ganarse millones de sestercios por año; porque si ha podido ahogar á Croton como á un cachorro, ¿quién sabría resistirle? Le darían, estoy cierto, por cada vez que se presentara en la arena, tanto oro como el que pesa. Guarda á esa doncella mejor que Cerberó á las Parcas. ¡No le tragasen las Parcas por eso mismo! Nada quiero con hombre tan osudo.

¿Pero, cómo he de proceder en este caso?

Ha ocurrido un terrible suceso. Si ha roto los huesos de un atleta como Croton, no me cabe duda que el alma de Vinicio se halla ahora piando sobre esa maldita casa, en espera de su entierro.

¡Por Cástor! Pero él es patricio, amigo del César, pariente de Petronio y hombre conocido en toda Roma: es un tribuno militar. Su muerte no puede quedar sin castigo. ¿Si fuese yo donde el pretor, ó me dirigiese á los guardias de la ciudad?

Y aquí se detuvo un instante á meditar.

Luego exclamó:

—¡Mísero de mí! ¿Quién le llevó á casa sino yo? Sus libertos y esclavos saben que yo fui á su morada, y algunos no ignoran con qué objeto. ¿Qué sucederá si llevo á ser sospechado de haber ido intencionalmente á señalarle la casa en que ha encontrado la muerte? Aun cuando que-

dara comprobado despues, ante el tribunal que no había deseado yo su muerte, dirán que fui causante de ella.

Por otra parte, él es patricio; de ahí que en ningún caso pueda escapar yo al castigo. Y si dejo á Roma oculta-mente y me voy lejos de aquí, no conseguiré con ello sino hacerme todavía más sospechoso.

El asunto presentaba mal aspecto en todo caso. No le quedaba, pues, otro arbitrio que escoger entre muchos males el menor.

Roma era inmensa; más parecíale á Chilo que podría llegar á ser para él en extremo reducida.

Cualquiera otra persona hubiera ido en derechura donde el prefecto de los guardias de la ciudad, le hubiese impuesto del suceso y aguardado con tranquilidad el éxito de la denuncia, aun cuando pudieran recaer sobre el denunciante algunas sospechas.

Pero el pasado entero de Chilo era de tal índole, que una aproximación cualquiera al prefecto de la ciudad, ó al prefecto de los guardias, no era improbable llegase á ocasionarle muy serios desagradados y ratificar asimismo las sospechas que pudieran surgir en el ánimo de esos funcionarios.

Huir, por otra parte, importaba confirmar á Petronio en el concepto de que Vinicio hubiera sido víctima de una traición y asesinado por virtud de un complot.

Petronio era un hombre de grande influencia, que podía impartir órdenes á las policias de todo el imperio, y quien, fuerte de duda, se propondría descubrir á los culpables hasta en los confines de la tierra. Por eso mismo Chilo pensó entonces ocurrir á él directamente y referirle cuanto había sucedido.

Si, ese era el arbitrio más conveniente. Petronio era hombre de calma y con él Chilo podía por lo menos estar seguro de que le habría de escuchar hasta el fin Petronio, que conocía el asunto desde su origen, creería en la inocencia de Chilo más facilmente que los prefectos.

Más para ir donde él, era necesario previamente saber con certeza lo que hubiera sucedido á Vinicio, y Chilo ignoraba eso. Había visto al ligur corriendo á hurtadillas hacia el rio, con el cuerpo de Croton áuestas, pero nada más sabía. Vinicio bien pudiera estar muerto; pero de igual manera solo herido, ó detenido simplemente.

Y en el propio instante en que tal decía ocurriósele por primera vez á Chilo que por cierto no se habrían atrevido los cristianos á matar á un hombre tan poderoso,—amigo del César y alto funcionario militar,—pues un acto semejante acaso les trajera como consecuencia una persecución general.

Mas probable era que se hallara detenido por fuerzas superiores á la suya, con el fin de suministrar á Ligia los medios de ocultarse por segunda vez.

Y esta idea llenó á Chilo de esperanza.

—Si ese dragón ligur no lo ha hecho pedazos en la primera embestida, estará vivo, y si está vivo, él mismo será testigo de que yo no le he traicionado; y entonces no tan solo nada me amenaza sino que,—¡oh, Mercurio!—cuenta otra vez con dos vaquillas! —se presenta un nuevo campo de acción. Puedo asimismo dar á conocer á uno de sus libertos el sitio donde haya de buscar á su señor; y ora se dirija entonces al prefecto ó no, será este asunto de su incumbencia: lo esencial es que yo no vaya.

Puedo tambien ir donde Petronio y contar con una recompensa. He encontrado á Ligia; encontrar ahora á Vinicio y luego á Ligia otra vez. Pero ante todo, es menester que sepamos si Vinicio está vivo ó muerto.

Y pensó entonces que podría ver en la noche al panadero Demas y preguntar allí por Ursus. Pero casi inmediatamente rechazó tal idea. Prefería no tener nada más que ver con Ursus. Suponía muy acertadamente, que si el gigante no había matado aun á Glauco, era evidente que el pontífice cristiano, á quien había confesado su designio, se lo habría impedido, haciéndole ver que el asun-

to no era limpio, sino una celada á la cual intentaba arrastrarlo un traidor.

En todo caso, al simple recuerdo de Ursus, un temblor nervioso recorría todo el cuerpo de Chilo. Se dijo que en la noche mandaría á Eurico en busca de noticias á la casa en donde había ocurrido aquel suceso.

Entretanto, necesitaba un refrigerio, un baño y un poco de reposo. La noche que había pasado en vela, el viaje á Ostrianum y la carrera hecha desde el Trans-Tiber le habían fatigado excesivamente.

Mas, algo había que le confortaba en gran manera. Llevaba consigo dos bolsas: la que Vinicio habíale dado en su casa y la que le había arrojado en el camino de regreso del cementerio.

En vista de tan plausible circunstancia y de todas las emociones por que acababa de pasar, decidió comer abundantemente y beber un vino mejor que el acostumbrado.

Y cuando llegó por fin la hora de que abriesen la tienda de vino, cumplió tan al pié de la letra este programa, que se olvidó del baño.

Deseaba ahora dormir ante todo y el sueño le dominaba de tal manera, que hubo de encaminarse con paso vacilante á su domicilio del Subura, en donde le aguardaba la esclava, comprada con el dinero que Vinicio le diera.

Apenas hubo entrado á un dormitorio tan oscuro como la cueva de un zorro, se echó sobre la cama y en un instante quedóse profundamente dormido.

Solo al anochecer vino á despertar, mejor dicho fué despertado por la esclava, quien le llamó para decirle que una persona preguntaba por él y deseaba verlo con urgencia.

El cauteloso Chilo volvió en sí al punto, cubrióse apresuradamente con su encaperuzado manto y ordenando á la esclava se hiciese á un lado miró con sigilo hacia afuera.

Y quedó como petrificado.

Delante de la puerta del dormitorio se alzaba la gigantesca figura de Ursus.

A su vista sintió en los pies y en la cabeza un frío como de nieve; cesó de latir su corazón en el pecho y le acometieron unos como temblores hormigueantes por la espalda.

Por espacio de algunos momentos le fué imposible articular palabra, en seguida, castañeándole los dientes dijo, ó mejor dicho, gimió:

—Sira... no estoy en casa... no conozco á ese... buen hombre.

—Le he dicho ya que estabas en casa, pero durmiendo, señor,—contestó la esclava, y me ha pedido te despertara.

—¡Oh dioses!... Te ordeno que...

Pero Ursus, como si le impacientara aguardar por más tiempo, aproximóse á la puerta del dormitorio é inclinándose un tanto asomó la cabeza.

—¡Oh, Chilo Chilonides!—dijo.

—*Pax tecum! pax! pax!*—contestó Chilo. ¡Oh tú, el mejor de los cristianos! Sí, soy Chilo; pero esta es una equivocación... ¡yo no te conozco!

—Chilo Chilonides,—repitió Ursus,—tu señor Vinicio, te ordena vengas conmigo á donde él se encuentra.

### CAPÍTULO XXIII

Un dolor punzante hizo que Vinicio recobrar el sentido.

En el primer momento no supo darse cuenta del sitio en donde se hallaba, ni explicarse lo que había ocurrido. Sentía en la cabeza un ruido y tenía como oscurecida la vista por un velo de nieblas.

No obstante, fué volviéndole de modo paulatino el conocimiento y pudo por último, al través de ese velo de tinieblas, distinguir á tres personas que se inclinaban hácia él. Raconoció á dos de ellas: una era Ursus y la otra el

anciano á quien había dado un empujón cuando llevaba en brazos á Ligia.

El tercero, que le era completamente desconocido, le sostenía el brazo y lo estaba tentando desde el codo hasta el omoplato.

Esto causaba tan terrible dolor á Vinicio, que se imaginó estaban tomando en él esa especie de venganza, y dijo con los dientes apretados:

—¡Mátenme pronto!

Pero ellos, al parecer, no hicieron alto en sus palabras, cual si no las hubieran oído ó las tomaran como lamentos propios del que sufre algún gran dolor.

Ursus, con su semblante á la vez intranquilo y amenazador de bárbaro, tenía en la mano un envoltorio de lienzo blanco despedazado en largas tiras.

El anciano dirigiéndose á la persona que apretaba el brazo de Vinicio, dijo:

—Glauco, ¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

—Sí, digno Crispo,—contestó Glauco.—Hallándome al servicio de la escuadra en calidad de esclavo y despues, durante mi residencia en Nápoles, curé muchas heridas y con lo que en esa ocupación gané pude por fin rescatarme á mí mismo y á mis deudos. La herida de la cabeza es leve.

—Cuando éste,—agregó indicando á Ursus con un ademán, —arrebato á la niña de los brazos del joven, lo empujó contra la muralla. El joven entonces, al caer, estendió el brazo, evidentemente para resguardarse con él; así fué como se lo fracturó y desarticuló, pero de esa manera tambien salvó la cabeza y la vida.

—Tú tienes á más de uno de nuestros hermanos á tu cargo,—añadió—Crispo y gozas de la reputación de hábil médico; por eso envié á Ursus á buscarte.

—Sí, Ursus; quien me confesó en camino que ayer había estado dispuesto á matarme.

—El me había comunicado antes á mí su intención. Y yo, que te conozco y conozco tambien tu amor á Cristo, le explique oportunamente que tú no eras el traidor, sino el mismo desconocido que había tratado de inducirlo á cometer ese asesinato.

—¡Era un espíritu maligno, y yo lo tomé por un ángel!  
—dijo Ursus dando un suspiro.

—En otra ocasión hablaremos de eso; ahora debemos pensar en este herido.

Y así diciendo Glauco empezó la operación de reducir el brazo.

Aún cuando Crispo rociaba con agua el rostro de Vinicio, éste se desmayó por el dolor varias veces, lo cual era, empero, una circunstancia favorable, puesto que entonces no sentía el sufrimiento causado por la operación de volver á articular el brazo y de reducirlo.

Glauco fijó el miembro roto entre dos lablillas que aseguró con rapidéz y firmeza, á fin de mantenerlo sin movimiento.

Terminada la operación, Vinicio recobró de nuevo el conocimiento y vió delante de él á Ligia.

Estaba la joven de pié á su cabecera, sosteniendo en las manos una palangana de bronce en la cual Glauco de tiempo en tiempo introducía una esponja y con ella iba humedeciendo la cabeza de su paciente.

Vinicio miraba, sin dar crédito á sus ojos.

Lo que veía parecíale un sueño primero y luego una plácida visión producida por la fiebre.

Solo después de largo rato decir pudo en voz baja:

—¡Ligial

Lo palangana tembló en las manos de la joven al escuchar ese llamamiento; dirigió hácia él los ojos, en que había una expresión de honda tristeza y contestó en voz baja:

—¡Que la paz sea contigo!

Y permaneció allí de pié, con las manos estendidas y el angelical semblante lleno de compasión y de pena.

Vinicio la contemplaba, ansioso de su vista, de estasiarse en ella detenidamente, á fin de que, aún después de cerrados sus párpados, quedara como grabado en ellos aquel inefable cuadro.

Detenia los ojos en aquel rostro, más pálido y más reducido ahora que antes, en las hermosas trenzas de sus negras cabellos, en su pobre traje de obrera; y la miraba, y la miraba, de tan intensa manera, que la nevada frente de la joven empezó á colorarse de rosa ante el influjo de esa mirada.

Y Vinicio entre tanto pensaba primero que siempre la amaría; en seguida, que esa palidéz de la joven y esa pobreza en que la veía eran obra suya: que había sido él quien la arrancara de una casa donde á porfía brindaban la afecto y la rodeaban de bienestar y de comodidades, para arrojarla en aquella mísera estancia y vestirla con aquel pobre traje de lana oscura.

—Ligia, la dijo, tú no permitiste mi muerte.

—Quiera Dios volverte la salud,—contestó ella con dulzura.

Para Vinicio que tenía presentes los agravios que había inferido antes á Ligia y los que había deseado inferirle hacía poco, aquellas palabras suyas constituían una especie de bálsamo. Así, pues, olvidó en ese momento que ellas bien pudieran ser tan solo fruto de las enseñanzas cristianas: solo pensó en que las decía una mujer amada y que en ellas había inflexiones de una ternura singular, de una bondad extrahumana que le llegó hasta lo más íntimo del alma.

Y si pocos momento antes el dolor le había debilitado, sentíase ahora desfallecer por la emoción. Una especie de languidez profunda, á la par que inefable, pareció apoderarse de todo su sér. Experimentó la sensación del que se

va hundiendo en un precipicio y sintiendo á la vez, al caer en él, un secreto gozo, una felicidad incomparable. Pensó que en este instante de arrobador desvanecimiento cerníase por sobre él, y le confortaba dulcemente, una deidad amable.

Entre tanto Glauco había lavado ya la herida de la cabeza y aplicádole un unguento curativo. Ursus recibió entonces la palangana de bronce de las manos de Ligia, quien tomó en seguida una copa de agua mezclada con vino que había dispuesta sobre la mesa y la llevó á los labios del herido.

En cuanto á éste, su dolor casi había pasado ya, despues de hecha la operación, la herida y la contusión mejoraban y empezaba á recobrar la plenitud de sus facultades.

—Dame otra vez de beber,—dijo.

Ligia llevó la copa vacía al aposento contiguo.

Luego Crispo, despues de haber cambiado algunas palabras con Glauco, se aproximó al lecho y dijo:

—Dios no te ha permitido Vinicio, ejecutar una mala acción y te ha conservado la vida á fin de que vuelvas sobre tus pasos. El, ante quien el hombre solo es un grano de polvo, te entregó indefenso en nuestras manos; pero Cristo, en quien creemos, nos ha ordenado amar aún á nuestros enemigos. Por eso hemos curado tus heridas, y como Ligia te lo ha dicho, imploraremos á Dios para que te vuelva la salud; más no podemos permanecer por mucho tiempo consagrados á tu cuidado. Vuelva, pues, á tu ánimo la calma y medita bien acerca de sí es propio de tí el continuar en tu persecución contra Ligia. Ya lo ves: has dejado á esa joven sin tutores, y sin techo á nosotros; más te devolvemos bien por tu mal.

—¿Vais á caso á dejarme?—preguntó Vinicio.

—Deseamos abandonar esta casa, hasta la cual pudiera llegar en contra de nosotros la persecución del prefecto de

la ciudad. Tu compañero murió; tú, que eres poderoso entre los tuyos, estás herido.

Todo esto no ha ocurrido por culpa nuestra, pero bien pudiera caer sobre nosotros la cólera de la ley.

—No temáis que os persigan,—contestó Vinicio;—yo os protegeré.

Repugnábale á Crispo decirle que, con respecto á ellos, no se trataba tan sólo del prefecto y de la policía, sino del propio Vinicio; deseaban poner á Ligia de nuevo á cubierto de ulteriores persecuciones suyas.

—Señor,—repuso,—tu brazo derecho está bueno. Aquí tienes tablas y un *stilus* (1); escribe á tus sirvientes á fin de que te traigan esta noche una litera y te conduzcan á tu casa, en donde disfrutarás de mayores comodidades que en medio de nuestra escasez. Vivimos aquí con una pobre viuda que luego ha de venir acompañada de su hijo: éste podrá llevar tu carta. En cuanto á nosotros, tendremos que buscar otro sitio en donde ocultarnos.

Vinicio púsose pálido, porque comprendió que deseaban separarlo de Ligia y que si ahora la perdía nuevamente, acaso no volvería á verla en su vida.

No ignoraba ya que circunstancias de gran entidad se habían interpuesto entre él y ella, en virtud de las cuales si deseaba poseerla sería necesario recurrir á nuevos medios, acerca de los cuales no había tenido aún tiempo de meditar.

No se le ocultaba tampoco que cualesquiera seguridades que diese á estas gentes y aun cuando les jurase que se proponía restituir á Ligia á casa de Pomponia Graecina, ellos no le creerían, y era fundada su incredulidad. Además, bien pudo él haber hecho eso antes. Si en vez de consagrarse á la persecución de Ligia, hubiérase dirigido á Pomponia y jurádole que renunciaba á sus acechanzas,

---

(1) *Estiio*. aguja ó punzón con que los antiguos escribían en tablas enceradas.

acaso la misma Pomponia había encontrado á Ligia y llevádola de nuevo á su casa.

No; él comprendía bien que tales promesas de su boca no impedirían á los cristianos llevar adelante su propósito de abandonarle; que no le aceptarían juramento solemne alguno, con tanta mayor razón cuanto que, no siendo él cristiano como ellos, sólo podría jurar por los dioses inmortales, en los que él mismo no creía mucho y á quienes ellos consideraban como espíritus malignos.

Experimentaba deseos desesperantes de influir sobre Ligia y sus guardianes en alguna forma, pero necesitaba para ello disponer de algún tiempo.

Lo esencial era verla, gozar de su presencia, si bien fuese tan sólo por espacio de algunos días. Así como para el náufrago un fragmento cualquiera de tabla ó de remo antójasele instrumento de salvación, así á Vinicio le parecía que en el transcurso de unos cuantos días, pasados junto á Ligia, podría decirle cualquiera cosa que á la joven le atrajese; podría discurrir algo favorable á sus propósitos, ó mejor aún, algo pudiera suceder que le fuera propicio.

De ahí que, reuniendo no sin esfuerzo sus ideas, así hablara:

—Escuchadme, cristianos. Estuve ayer entre vosotros, en Ostrianum, y escuché vuestras predicaciones; y aun cuando antes éranme desconocidos, vuestros hechos me han convencido de que sois gentes buenas y honradas. A esa viuda que ocupa esta casa pedidle permanezca en ella; quedaos vosotros y dejad que yo también os acompañe.

Este hombre, que es un médico ó por lo menos entendido en la curación de heridas, os dirá si es posible que se me traslade hoy fuera de aquí. Estoy enfermo, tengo un brazo roto, el cual ha de permanecer inmóvil si quiera por espacio de algunos días. Por consiguiente, os declaro que no saldré de esta casa á menos que no me arrojéis de ella por la fuerza,

Aquí se detuvo, porque la respiración le faltaba. Crispo le dijo entonces.

— No hemos de emplear ningún género de violencia contra tí, señor: deseamos tan sólo salvar nuestras cabezas.

A estas palabras el joven, que no estaba habituado á las objeciones, frunció el ceño y dijo:

—Permitidme tomar aliento.

Y después de algunos instantes, repuso:

—Por Croton, á quien mató Ursus, nadie ha de preguntar. Debía ir hoy á Benevento, á donde había sido llamado por Vatinio; por consiguiente, creerán todos que ha partido. Cuando entré á esta casa en compañía de Croton, nadie nos vió, á excepción de un griego que con nosotros estuvo en Ostrianum. Os indicaré dónde vive ese hombre; hacédle venir aquí. Comunicaré en carta á mi casa que yo también he partido para Benevento. Si el griego hubiese dado algún aviso al prefecto, declararé que fui yo quien mató á Croton, y él quien me rompió el brazo. Esto haré, os lo juro por las sombras de mi padre y de mi madre. Podéis permanecer aquí, con la seguridad de que no se tocará un solo cabello de vuestras cabezas. Haced, pues, que aquí venga, y pronto, ese griego, cuyo nombre es Chilo Chilonides.

—Entonces, Glauco se quedará contigo,—dijo Crispo,—y te atenderá la viuda.

—Fíjate, anciano, en lo que te estoy diciendo,—replicó Vinicio frunciendo más el ceño.—Yo te debo gratitud y tú me pareces bueno y honrado; mas no me dices lo que hay en el fondo de tu alma. Tienes miedo de que yo haga venir mis esclavos y les ordene lleven á Ligia. ¿No es verdad?

—Sí tal,—dijo Crispo con severo acento.

—Entonces, ten presente este: hablaré á Chilo delante de todos vosotros y escribiré á casa una carta en que anuncié mi viaje á Benevento. No me valdré en lo sucesivo de

otros mensajeros que vosotros. Tened esto en cuenta y no me irritéis más.

Y aquí había llegado á ser indignada su expresión y tenía contraído el rostro por la cólera. Luego prosiguió con exaltado acento:

—¿Has pensado negaría yo que deseo permanecer aquí para verla? Eso lo hubiese adivinado hasta un necio, aun cuando yo lo ocultara. Pero ya no volveré á intentar llevármela por fuerza. Más te diré: si ella se niega á permanecer aquí, haré pedazos, con esta mano que tengo sana, los vendajes que habéis puesto sobre mi brazo roto, no tomaré alimentos ni bebidas y dejaré que mi muerte caiga sobre ti y tus hermanos. ¿Para qué me has atendido entonces? ¿Por qué no has dado orden de que me maten?

Y al decir estas últimas palabras tenía el semblante pálido de ira y de agotamiento.

Ligia, que todo lo había escuchado desde el aposento inmediato, y que estaba segura de que Vinicio habría de cumplir lo que ofrecía, sintióse anonadada ante la amenaza contenida en las postreras frases del joven. Por nada quería ella que muriese. Indefenso y herido, ya no despertaba en la joven temor, sino compasión. Y como desde el día de su fuga había vivido en unión de gentes llenas de fervor religioso, ocupado su pensamiento sólo en sacrificios y ofrendas y en el ejercicio de una caridad sin límites, había llegado á sentirse tan poseída de esa nueva inspiración, que ella ocupaba ahora el sitio de la casa, de la familia y de la perdida felicidad, convirtiéndola á Ligia en una de esas vírgenes cristianas que años más tarde, tuvieron la virtud de cambiar el alma del mundo.

Vinicio había ejercido en su suerte una influencia demasiado trascendental, demasiado había intervenido en su vida, para que pudiera ella olvidarle.

Días enteros había pensado en él é implorado más de una vez á Dios le diera una oportunidad merced á la cual y siguiendo las inspiraciones de su religión, pudiese ella

volverle bien, por el mal que de él recibiera, perdón y misericordia, en cambio de sus persecuciones, ablandándole así el alma, ganándosele para la causa de Cristo y procurándole la eterna salvación.

Y ahora parecía que precisamente ese momento llegaba por fin, y que sus plegarias habían sido atendidas.

Acercóse, pues, á Crispo con semblante que parecía el de una iluminada, y señalando á Vínicio, así habló, con voz que no pareció brotar de sus labios sino como el melodioso eco de otra sublime, celeste voz.

—Permanezca él entre nosotros, Crispo; con él quedaremos hasta que Cristo le haya vuelto á la salud.

El anciano presbítero, habituado á buscar en todas las cosas la inspiración de Dios, al advertir en el luciente rostro de la doncella una como aureola de sobrehumana exaltación, pensó al punto que acaso un poder más alto hablaba por su boca, y lleno de temor religioso, inclinó la frente y dijo:

—Sea como tú lo dices.

Vínicio, que en todo ese tiempo no había apartado la vista de la joven, sintió que esta incondicional obediencia de Crispo le causaba una impresión extraordinaria y avasalladora.

Ligia representábasele ahora entre los cristianos como una especie de sibila ó sacerdotisa á quien rodeaban de homenajes y sumisamente acataban.

Y él sentíase también subyugado y pronto á rendirla esos propios homenajes. Al amor que hacia ella le arrastraba, uníase ahora una especie de temor reverencial, á cuyo lado su pasión convertíase en algo rayano de la insolencia.

Jamás había creído antes poder familiarizarse con la idea de que las relaciones de entrambos habían sufrido una modificación; que ahora no dependía ella de su voluntad, sino él de la voluntad de Ligia; que él se hallaba en ese sitio, quebrantado y enfermo, y había dejado de

ser una fuerza ofensiva y conquistadora para convertirse como en una especie de niño indefenso, entregado por completo á la merced y á los cuidados de la joven.

Para su índole altiva y dominadora semejantes relaciones respecto de cualquiera otra persona hubiéralas conceptuado humillantes; y sin embargo ahora no solamente no experimentaba tal humillación, sino reconocimiento para con Ligia, considerándola como una especie de soberana.

En él eran esos nuevos sentimientos algo del todo insólito, algo que el día anterior habría conceptuado como absolutamente incomprensible y que ahora mismo, en ese propio día, le hubiese llenado de admiración, á encontrarse en aptitud de analizarlo con calma y claridad.

Mas, en estos instantes no se detuvo en tales análisis psicológicos, cual si fuera su situación perfectamente natural: bastaba á sus anhelos del momento sentirse dichoso porque se encontraba en aquel recinto.

Y deseaba manifestarla su gratitud desde el fondo del corazón, movido por un íntimo sentimiento inexplicable á la sazón para él, en tal manera que no habría sabido qué nombre darle, pues era simplemente una especie de vasallaje.

La anterior sobrecitación le había de tal modo extenuado, que no le era posible hablar ahora; le agradeció, pues, tan sólo con los ojos, en los cuales había fulgores jubilosos, porque iba á permanecer á su lado, porque podría verla... verla hoy, mañana, el día siguiente, acaso por espacio de largo tiempo... Y ese júbilo vióse atenuado tan sólo por el temor de perder más tarde lo que acababa de conquistar por fin.

Tales proporciones fué asumiendo ese temor, que cuando Ligia se acercó por segunda vez á ofrecerle agua y le sobrevino el deseo de cogerla una mano, detúvose atemorizado.

¡Atemorizado, él, Vinicio, que en la fiesta del César había besado los labios á viva fuerza! ¡El, Vinicio, que des-

pués de la fuga de Ligia, se había prometido á sí mismo arrastrarla de los cabellos hasta el *cubiculum*, y ordenar á sus esclavos profanaran su cuerpo con los azotes!

## CAPÍTULO XXIV

Pero empezó también á temer que alguna fuerza exterior viniese á turbar su dicha.

Bien podía Chilo haber dado noticia de su desaparición al prefecto de Roma, ó haberla comunicado en su casa á sus libertos, y en ese evento era probable una invasión de aquel asilo por los guardias de la ciudad.

Cierto es que había momentos en que atravesaba por su cerebro la idea de que, llegada tal emergencia, bien podía él ordenar que se apoderasen de Ligia y la encerraran en su casa; pero luego decíase que no debía hacer tal cosa y no se conceptuaba ahora capaz de llevarla á cabo.

Era titánico, insolente y corrompido en gran manera; en caso necesario hasta era inexorable, más no era Neron, ni Tigelino.

La vida militar había dejado en su alma unos como resabios de justicia, de religión y de conciencia bastantes para discernir que un hecho de tal linaje habría sido monstruosamente ruín.

Y acaso hubiera sido capaz de perpetrar tan baja acción en un acceso de cólera y en plena posesión de sus fuerzas; pero en esos momentos sentíase dominado por una ternura insólita, y estaba enfermo. La cuestión capital para Vinicio á la sazón era que nadie viniese á interponerse entre él y Ligia.

Advirtió asimismo, con asombro, que desde el momento en que Ligia se había puesto de su parte, ni ella ni Crispo habíanle pedido seguridades de ningún género, cual si les asistiera la confianza de que, en caso de necesidad extrema, los defendería algún poder sobrenatural.

Y el joven tribuno, en cuyo espíritu la distinción entre

lo posible y lo imposible había ido debilitándose y como envolviéndose entre nubes desde que escuchara la prédica del apóstol en Ostriatum, no estaba lejos ahora de creer que bien pudiera acontecer aquello.

Más, tornando luego á considerar con más detenimiento las cosas, recordó lo que había dicho acerca del griego y pidió nuevamente que enviasen á buscarle.

Crispo convino en ello y decidieron mandar á Ursus.

Vinicio, que solo hacía pocos días, antes de su visita á Ostriatum, había enviado con frecuencia esclavos á Chilo sin resultado alguno, dió al ligur detalles precisos acerca del domicilio del filósofo. En seguida escribió unas cuantas palabras en una tabla y dijo volviéndose á Crispo:

—Envío una tabla, porque este hombre es suspicaz y astuto. Con frecuencia cuando le he llamado ha hecho contestar á mis esclavos que no estaba en casa. Siempre ha obrado así cuando por no tener noticias buenas que darme, temía incurrir en mi desagrado.

—Si le encuentro, le he de traer, quiéralo él, ó no lo quiera,—dijo Ursus.

Luego tomó su manto y salió apresuradamente.

En Roma encontrar una persona no era cosa fácil, aún llevando como llevaba Ursus datos precisos acerca del domicilio de Chilo.

Pero en este caso el instinto del sabueso ayudó al ligur, como asimismo el conocimiento que de la ciudad tenía.

Así, pues, al cabo de algún tiempo hallóse frente al domicilio de Chilo.

Empero, no reconoció á éste. Háblalo antes visto solamente una vez en su vida, y de noche. Por otra parte, el pastor solemne y lleno de unción que le había persuadido de la necesidad de asesinar á Glauco era tan diferente de este griego á quien el terror tenía doblado como un arco, que nadie habría podido imaginar fuesen ambos un solo individuo.

Al notar Chilo que Ursus le miraba como á persona

completamente desconocida, se repuso y logró dominar su miedo. La vista de la tabla, escrita de puño y letra de Vinicio, le tranquilizó todavía más.

Por lo menos, ya no podía perturbar su ánimo la idea de que le llevaban á una emboscada dispuesta de antemano. Pensó además que si Vinicio no había muerto era porque evidentemente no habrían osado los cristianos alzar la mano sobre tan notable personaje.

—Y entonces Vinicio me ha de proteger en algún caso extremo,—se dijo.—Porque es indudable que no ha de mandar por mí para llevarme á la muerte.

Así, pues, llamando en su auxilio todas las reservas de su escaso valor, dijo:

—Buen hombre, díme: ¿no ha mandado mi amigo el noble Vinicio una litera? Tengo los pies hinchados; no puedo ir á pie á tan larga distancia.

—No ha mandado litera alguna,—contestó Ursus;—haremos el camino á pie.

—¿Y si yo me niego á ello?

—No lo hagas; porque tendrás que ir de todos modos.

—E iré, sí, pero por mi voluntad. Nadie puede obligarme á ello, porque soy un hombre libre, y además, amigo del prefecto de la ciudad. Como sabio, poseo también los medios apropiados para sobreponerme á los demás y merced á mi ciencia puedo convertir á la gentes en árboles y bestias feroces. Pero iré, sí señor, iré. Solo que me he de poner un manto un poco más abrigado y una caperuza, por temor de que los esclavos de tu barrio me reconozcan, pues entonces nos detendrían á cada instante para besar-me las manos.

Y así diciendo se colocó un manto y cubrióse con una amplia caperuza gálica, por temor de que Ursus pudiera reconocer sus facciones al llegar á sitio mejor alumbrado.

—¿A dónde vas á conducirme?—le preguntó cuando iban ya en camino.

—Al Trans-Tiber.

—Hace poco tiempo que llegué á Roma y nunca he estado en ese barrio. Supongo, empero, que allí también han de vivir personas que amen la virtud.

Pero Ursus, que era un hombre sencillo y había oído á Vinicio decir que el griego había estado con él en Ostriatum y le había visto entrar con Croton á la casa en que vivía Ligia, se contuvo un instante y dijo en seguida:

—No faltes á la verdad, anciano, porque hoy estuviste con Vinicio en Ostriatum y llegaste hasta la puerta de nuestra casa.

—¡Ah!—dijo Chilo;—¿entonces tu casa se halla en el Trans Tiber? Como no he estado mucho tiempo en Roma, ignoro qué nombres tienen sus diferentes barrios. Cierto es lo que has dicho, amigo; llegué hasta tu puerta é imploré á Vinicio en nombre de la virtud que no entrara. Estuve asimismo en Ostriatum, ¿y sabes tú por qué? Desde hace algún tiempo he venido trabajando por la conversión de Vinicio y deseaba que escuchase la palabra del príncipe de los Apóstoles. ¡Ojalá que la luz penetre al fin en su alma y en la tuya! Pero tú eres cristiano y por cierto deseas que la verdad impere sobre el mal.

—Cierto es,—contestó Ursus con humildad.

El valor volvió entonces por completo al alma de Chilo.

—Vinicio es un señor muy poderoso,—dijo,—y amigo del César. Suele todavía escuchar á menudo las sugerencias del espíritu del mal; pero si tan solo uno de sus cabellos cayera de su cabeza, el César tomaría de ello venganza en los cristianos todos.

—Un poder más alto nos protege.

—¡Ciertamente! ¡ciertamente! Más, ¿qué intentáis vosotros hacer de Vinicio?—preguntó Chilo, que había vuelto á alarmarse.

—No lo sé. Cristo ordena perdonar.

—Has contestado perfectamente. Piensa siempre así,

pues de otra manera irás á freirte en el infierno como salchicha en una sartén.

Suspiró Ursus y Chilo pensó entonces que podría siempre hacer cuanto quisiera de aquel hombre, tan terrible cuando dé las demasías de sus puños se trataba.

Así, pues, deseando saber qué fin había tenido el nuevo intento de apoderarse de Ligia, siguió interpelando al gigante, ahora con el severo acento de un juez:

—¿Qué has hecho de Croton? Habla y no prevariques.

Suspiró por segunda vez Ursus y le dijo:

—Pregúntaselo á Vinicio.

—Eso quiere decir que lo heriste con un puñal ó lo mataste á palos.

—No llevaba armas conmigo.

El griego no pudo reprimir un movimiento de admiración ante la sobrehumana fuerza de aquel bárbaro.

—¡Que Pluton... digo, que Dios te perdone!

Y continuaron por algún tiempo caminando en silencio.

Luego Chilo repuso:

—Yo no te he de traicionar; pero ten cuidado con los guardias.

—Temo á Cristo, no á los guardias.

—Eso está muy bien. Pero no hay crimen más atroz que el asesinato. Rogaré á Dios por tí, más no sé si mis oraciones lleguen á ser eficaces, á menos que tú hagas voto de no volver jamás á tocar á nadie ni con la punta del dedo.

—A la verdad, yo no he matado deliberadamente,—contestó Ursus.

Mas Chilo que deseaba estar perfectamente á cubierto en todo caso, siguió fulminando anatemas contra el asesinato é instando á Ursus para que una vez por todas formulase aquel voto de abstinencia.

Hízole también insistentes preguntas acerca de Vinicio; pero el ligur contestaba de mala voluntad á todas sus ave-

riguaciones, repitiendo siempre que de boca de Vinicio sabría todo lo que deseaba.

Entretanto habían recorrido ya el largo camino que separaba del Trans-Tiber el domicilio del griego, y se encontraron por fin frente á la casa.

El corazón de Chilo empezó de nuevo á palpar aceleradamente. El miedo le hacía creer ahora que Ursus le estaba mirando con una expresión como de lobo hambriento.

—Exiguo consuelo sería para mí, - dijo hablando consigo mismo,—el que este bárbaro fuese ahora á matarme sin deliberación ó contra su voluntad. Prefiero, en todo caso, que le sobrevenga un ataque de parálisis, á él y á todos los demás ligures, lo cual ¡oh Zeus! te pido permitas que suceda, si de ello eres capaz!

Y se envolvió más en su manto gálico, repitiendo que era por temor al frío.

Finalmente, cuando hubieron salvado la entrada y el primer patio y se encontraron en el corredor que conducía al jardín de la casita, se detuvo repentinamente y dijo:

—Déjame tomar aliento, pues de otra manera me será imposible hablar con Vinicio y darle mis saludables consejos.

E hizo alto; porque si bien decíase que no le amenazaba ningún peligro inmediato, temblábanle las piernas al solo pensar que iba á encontrarse en medio de esas misteriosas gentes que viera en Ostrianum.

Entretanto, llegó á los oídos de ambos un himno cuyos ecos procedían de la casita.

—¿Qué es eso?—preguntó Chilo.

—Dices que eres cristiano y no sabes que es costumbre entre nosotros, después de cada comida, glorificar á nuestro Salvador cantando himnos de agradecimiento,—contestó Ursus.—Deben haber llegado ya Miriam y su hijo y

acaso esté con ellos el Apóstol, quien visita á la viuda y á Crispo todos los días.

—Llévame inmediatamente donde Vinicio.

—Vinicio se encuentra en el mismo aposento con todos porque es el único espacioso; los demás son cuartos pequeños á los cuales nos retiramos tan solo á horas de dormir. Entra, allí descansarás.

Y entraron.

El aposento hallábase envuelto en una semi-obscuridad pues la tarde estaba nublada y fría, no alcanzando las luces de unas cuantas velas á disipar por completo la penumbra.

Vinicio adivinó más bien que reconoció á Chilo en aquel hombre encaperuzado.

El griego vió en un extremo del aposento un lecho y á Vinicio acostado en él. Acercósele entonces al punto, sin mirar á ninguno de los presentes, cual si le asistiese la convicción de que se hallaría en mayor seguridad á su lado.

—¡Oh, señor! ¿Por qué no has querido seguir mis consejos?—exclamó juntando las manos.

—¡Silencio!—dijo Vinicio;—y escucha!

Y miró á Chilo con fijeza; y en seguida, de manera enfática y pausada, como queriendo significar al griego que cada una de sus palabras era una orden, á fin de que las grabase por siempre en la memoria, le habló así:

—Croton se arrojó sobre mí con el ánimo de asesinar-me y robarme, ¿entiendes? Yo entonces le maté, y estas gentes han curado las heridas que recibí en la lucha.

Chilo comprendió al punto que si Vinicio hablaba de ese modo, ello debiera ser en virtud de algún arreglo hecho con los cristianos y que siendo ese el caso, deseaba que todos dieran crédito á lo que estaba diciendo. Leyó esto mismo en la expresión de su semblante: así, pues, sin demostrar duda ni asombro, levantó los ojos al cielo y exclamo:

—¡Pérfido malhechor! Pero yo te advertí, señor, que desconfiaras de él; has de recordar que mis enseñanzas rebotaban en su obtusa cabeza como guisantes contra una pared arrojados. No hay en toda la extensión de los infiernos tormentos bastantes para castigo de su crimen. Y es que el hombre incapaz de honradez ha de ser siempre un pícaro: ¿podrá haber cosa más difícil para un pícaro que ser hombre honrado? ¡Pero, caer sobre su benefactor, sobre un señor tan magnánimo!... ¡oh dioses!...

Más, recordando en ese momento que en el camino había presentado á Ursus como cristiano, se detuvo.

—A no haber sido por la «sica» (daga) que conmigo traía, me habría asesinado,—dijo Vinicio.

—Bendigo el momento en que te aconsejé llevaras siquiera un cuchillo.

Vinicio dirigió al griego una mirada inquiridora y preguntó:

—¿Qué has hecho hoy?

—¿Cómo?... ¡Qué!... ¿no te he dicho, señor, que hice mi voto por tu salud?

—¿Nada más?

—Me preparaba para venir á visitarte, cuando este buen hombre llegó á casa y me dijo que tú enviabas por mí.

—Aquí tienes una tabla. Con ella irás á mi casa, buscarás á mi liberto y se la darás. En esa tabla le comunico que he partido á Benevento. De tu parte dirás á Demas que me fuí esta mañana, llamado por una carta urgente de Petronio.

Y aquí recalcó de modo enfático:

—He ido á Benevento: ¿entiendes?

—Te has ido, señor. Esta mañana te despedí en la Puerta Capena y desde el momento de tu partida se apoderó de mí tal tristeza, que si tu magnanimidad no viene á endulzarla, he de llorar hasta morir, como la cuitada es-

posa de Ceto, (1) inconsolable por la pérdida de Itilo (2).

Vinicio, aunque enfermo y habituado á las artimañas del griego, no pudo reprimir una sonrisa. Estaba contento además de que le hubiese Chilo comprendido inmediatamente. Así es que le dijo:

—Entonces he de escribir también que te enjuguen las lágrimas. Dame la vela.

Chilo, que había recobrado ya el pleno dominio de sí mismo, se levantó y adelantando unos cuantos pasos hacia la chimenea, tomó una de las velas que junto á la pared ardían.

Peró mientras esto hacía, cayósele de la cabeza el capucho y la luz dió de lleno en su semblante.

Saltó al punto Glauco de su asiento y acercándose al griego púsosele delante y le preguntó:

—Céfas: ¿no me reconoces?

Y en su voz había una tan terrible entonación que un estremecimiento se apoderó de todos los presentes.

Chilo alzó la vela y casi en el mismo instante la dejó caer al suelo; en seguida se dobló casi por completo y empezó á gemir:

—¡Yo no soy!... ¡Yo no soy!... ¡Perdón!...

Glauco volvióse á los cristianos allí reunidos y les dijo:

—Este es el hombre que me traicionó, que nos arruinó, á mí y á mi familia!

La historia era sabida de todos los cristianos y de Vini-  
cio, el cual, si no identificó desde el primer momento á  
Glauco, fué solamente por haberse desmayado varias ve-  
ces á consecuencia del dolor, mientras le estaban curando  
la herida, debiéndose á esa circunstancia el que no le oyera  
llamar por su nombre.

(1) Edone, mujer de Ceto, convertida en ruiñeñor.

(2) Itilo, hijo de Ceto y de Edone. á quien su madre mató de noche.  
por ignorancia, y reconocido su error, y habiendo pedido la muerte á  
los dioses, fué convertida en ruiñeñor.

Mas para Ursus, las palabras de Glauco en aquel breve instante fueron como los destellos de un relámpago en medio de la obscuridad.

Habiendo reconocido al punto á Chilo, púsose de un salto á su lado, se apoderó de su brazo, echóselo atrás y exclamó:

—¡Este es el hombre que me persuadió de que debía matar á Glauco!

—¡Perdón!—gimió Chilo.—Yo os daré... ¡Oh, señor!—exclamó volviéndose hacia Vinicio, ¡sálvame! Yo he confiado en tí; ponte ahora de mi parte. Tu carta... yo la entregaré. ¡Señor! ¡Señor!

Pero Vinicio, que veía cuanto estaba pasando con mayor indiferencia que nadie, en primer lugar porque todos los asuntos del griego éranle más ó menos conocidos, y en seguida porque en su pecho jamás había encontrado albergue la compasión, dijo:

—Entiérrenlo en el jardín; otro puede llevar la carta.

Parecióle á Chilo que esas palabras eran su sentencia capital. Crugían sus huesos entre las terribles manos de Ursus y el dolor inundaba de lágrimas sus ojos.

—¡Por vuestro Dios, tened piedad de mí!—exclamó.—¡Yo soy cristiano! ¡*Pax vobiscum!* Soy cristiano; y si no lo creéis, bautizadme de nuevo, bautizadme dos, tres, diez veces! Glauco, esa es una equivocación! Dejadme hablar, ¡hacedme vuestro esclavo! ¡No me mateis! ¡Tenedme lástima!

Su voz, que sofocaba el sufrimiento, iba debilitándose más y más, cuando el Apostol Pedro se levantó de la mesa. En el breve espacio de un instante movió primero su cabeza blanca, y la inclinó luego sobre el pecho, en tanto que entornaba los ojos. Abriólos después y dijo en medio de un solemne silencio:

—El Salvador nos ha dicho: «Si tu hermano ha pecado contra tí, castígalo; pero si se arrepiente, perdónale». Y si te ha ofendido siete veces en el día y ha vuelto á tí los

ojos otras siete veces, diciendo: «¡Ten piedad de mí! perdónale».

Sobrevino un silencio todavía más profundo.

Glauco permaneció largo tiempo con el rostro oculto entre las manos. Descubriólo por fin y dijo:

—Céfas: ¡quiera Dios perdonar tus ofensas como yo te las perdonol

Y Ursus, dejando caer á su vez los brazos del griego, agregó al punto:

—¡Que el Salvador tenga piedad de tí, así como yo también te perdonol

Chilo se desplomó al suelo y apoyándose en él con las manos volvió á todos lados la cabeza, como una bestia feróz á quien han cogido en un lazo y mira en derredor para ver de qué lado viene la muerte.

Erale imposible dar crédito á sus ojos ó á sus oídos, y no se atrevía á esperar la efectividad de aquel perdón.

Lentamente fué recobrando la posesión de sus facultades: sus labios cárdenos temblaban aun á impulsos del terror.

—¡Vete en paz!—dijole el Apostol.

Chilo se levantó, mas no pudo articular palabra.

Aproximóse al lecho de Vinicio, cual si todavía quisiera hallar protección junto á él. No había podido aun reunir sus ideas en proporción bastante para detenerse á pensar que aquel hombre, después de haber utilizado sus servicios y cuando era todavía su cómplice, acababa de condenarlo, en tanto que le perdonaban todos aquellos á quienes había ofendido. Esta idea debía venir á su mente más tarde. A la sazón sus miradas tan solo denunciaban incredulidad y asombro.

Aun cuando estaba viendo que le perdonaban, deseaba ahora sustraer cuanto antes su cabeza del poder de aquellas incomprensibles gentes, cuya mansedumbre le aterrizzaba casi tanto como le hubiese aterrizzado su crueldad.

Parecíale que permaneciendo allí por más tiempo, algo inesperado podría sobrevenirle.

Así, pues, apenas se halló de pie delante de Vinicio, di-  
jole con voz quebrantada:

—¡Dame la carta, señor!.. ¡dame la carta!

Y apoderandose de la tabla que Vinicio le alargó, hizo una reverencia a los cristianos, fuese deslizando medrosamente apegado á la muralla y se apresuró á salvar el dintel de la puerta.

Cuando se hubo hallado en el jardín, envuelto entre las sombras de la noche, de nuevo el miedo le erizó los cabellos, pues estaba ahora seguro de que Ursus se abalanzaría fuera en seguimiento suyo y le mataría en medio de la obscuridad.

De muy buen grado hubiera echado á correr, pero en el primer momento las piernas no le obedecieron, y en seguida perdió por completo su dominio sobre ellas.

Era que Ursus hallábase efectivamente á su lado.

Chilo cayó con el rostro en tierra y empezó á gemir;

—¡Urbano!... en el nombre de Cristo!...

Pero Urbano le dijo:

—No temas. El Apostol me manda te acompañe hasta mas allá de las puertas de la ciudad, por temor de que puedas extraviarte en la obscuridad. Me ha dicho también que si te llegan á faltar las fuerzas, te conduzca hasta tu casa.

—¿Qué dices?—preguntó Chilo levantando la cabeza.  
¡Qué! ¿No me matarás?

—No; y si al cogerte por los brazos estuve contigo brusco y te he magullado algún miembro de tu cuerpo, perdóname.

—Ayúdame á levantarme,—dijo el griego.—¿Entonces, no me vas á matar? ¿No lo harás? Llévame hasta la calle; de ahí me iré solo.

Ursus le alzó cual pudiera hacerlo con una pluma y le hizo ponerse de pie; en seguida le condujo al través del

oscuro corredor hasta el segundo patio. Desde allí atravesaron el pasaje que había á la entrada y llegaron hasta la calle.

En su tránsito del patio al corredor iba Chilo repitiendo interiormente: «¡Todo ha concluído para mí!»

Solo cuando se hubo visto en la calle, logró por fin reponerse un tanto y decir:

—Puedo seguir solo mi camino.

—Que la paz sea contigo,—dijo entonces Ursus al separarse de él.

—¡Y contigo! ¡y contigo! ¡Déjame tomar aliento!

Y después que Ursus hubo regresado á la casa, empezó Chilo por fin á respirar á pleno pulmón.

Se tocó la cintura y el tronco, á efecto de convencerse de que aun existía. En seguida echó á andar con presuroso paso.

—Pero, ¿por qué no me mataron?—se preguntaba entre tanto.

Y á pesar de todas sus conferencias con Euricio acerca de las enseñanzas del cristianismo, á pesar de la conversación que á la orilla del rio tuviera con Urbano, y á pesar de todo cuanto había escuchado en Ostrianum, no encontraba una respuesta satisfactoria que dar á esa pregunta.

## CAPÍTULO XXV

Ni pudo tampoco Vinicio descubrir la causa de lo que había sucedido, y en el fondo de su alma se hallaba casi tan asombrado como Chilo.

Que esas gentes le hubieran tratado de aquella manera, y en vez de tomar venganza por el asalto que les llevara él á su hogar, le hubieran curado con solicitud sus heridas, se lo explicaba, atribuyéndolo en parte á la doctrina que confesaban, en parte mayor á Ligia, y todavía por causa de la gran significación personal que tenía él como tribuno militar.

Pero la conducta observada por los mismos para con Chilo se hallaba simplemente fuera del alcance de su comprensión acerca del límite á que pudiera llegar la magnanimidad de los hombres.

Y á su espíritu venía, con tenacidad no satisfecha, esta pregunta: «¿Por qué no mataron al griego?» Habrían podido hacerlo con absoluta impunidad. Ursus le habría enterrado en el jardín, ó llevádole en medio de las sombras de la noche hasta el Tiber, que durante ese período de asesinatos nocturnos, cometidos hasta por el propio César en persona, arrojaba por las mañanas cuerpos humanos con tanta frecuencia, que nadie se preocupaba ya en averiguar de dónde procedían.

En su concepto á los cristianos asistiales no solo el poder, sino el derecho de matar á Chilo.

Por cierto que no era la compasión cosa del todo extraña al mundo á que pertenecía el joven patricio. Los atenienses habían erigido un altar á la Misericordia, y por espacio de mucho tiempo habíanse opuesto á la introducción en Atenas de los combates de gladiadores.

En la misma Roma los vencidos lograban en ocasiones alcanzar el perdón, como había sucedido por ejemplo, á Calícrato, rey de los britanos, hecho prisionero en la época de Claudio. El vencedor, además de haber ordenado se proveyera con munificencia á las necesidades de su prisionero, hábale permitido vivir libremente en la ciudad.

Pero la venganza de una ofensa personal parecíale á Vinicio, como á todos, no solo natural, sino también perfectamente justificada.

El abandono de tal derecho era cosa inconciliable con su manera de pensar. Cierto es que en Ostrianum había oído al Apóstol prescribir que se debía amar aun á los enemigos; empero, consideraba que esa era tan solo una especie de teoría de imposible aplicación en la vida.

Luego cruzó por su cabeza esta conjetura: tal vez no habían dado muerte á Chilo por ser aquel día el de una de

sus festividades rituales, ó hallarse comprendido dentro de alguna de las faces de la luna durante las cuales estuviera vedado á los cristianos matar á un hombre. Había oído decir que en ciertas naciones hay días en los cuales no es permitido ni siquiera declarar ó aceptar la guerra.

Pero entonces, si tal era el caso, ¿por qué no habían entregado el griego á la justicia? Porqué decía el Apóstol que si un hombre pecaba siete veces, era menester perdonarle siete veces y porqué Glauco había dicho á Chilo: «¿Que Dios te perdone, como te perdono yo á tí?»

Chilo habíale inferido el más terrible agravio que un hombre puede hacer á otro. Al solo pensamiento de cómo habría él de obrar para con un hombre que matase á Ligia, por ejemplo, el corazón de Vinicio parecía bullirle dentro del pecho, como el agua hirviendo dentro de una caldera: ¡no habría tormentos que no fuera el capaz de aplicar en satisfacción de su venganza!

Pero Glauco había perdonado; también había perdonado Ursus, Ursus, que era capaz de matar en Roma con perfecta impunidad á quien quisiera, pues bastábale para ello tan solo dar muerte al rey de las selvas de Nemea (1) y tomar su lugar. ¿Acaso el gladiador que á la sazón ocupaba ese puesto,—al cual había llegado tan solo después de matar al «rey» anterior,—sería capaz de resistir al hombre á quien Croton no había podido vencer?

Solo había una respuesta que dar á todas estas preguntas: los cristianos, absteniéndose de matar á Chilo, habían dado pruebas de una bondad tan grande que no reconocía paralelo en el mundo hasta ese día, y á la vez patentizado un amor sin límites por sus semejantes, amor que les ordenaba olvidarse de sí mismos, de las ofensas recibidas, de la propia felicidad y del propio infortunio, y vivir tan solo para los demás.

---

(1) Nemea ó Tristena, ciudad del Peloponeso. Roca y selva junto á esta ciudad, donde mató Hércules al león nemeo.

En Ostrianum, Vinicio había oído hacer mención del premio que habría de conquistarse con tal conducta, sin darse por el momento cuenta cabal de su transcendencia. Pero si comprendía que la vida terrena, relacionada con la obligación de renunciar á todo lo que es bueno y pingüe en obsequio á los demás, debía de ser una vida miserable. Así, pues, en el concepto que á la sazón se iba formando acerca de los cristianos había, fuera del mayor asombro, mucha lástima y cual si dijéramos unos como asomos de desdén.

Parecíanle unas ovejas que tarde ó temprano habrían de verse devoradas por los lobos: y su índole romana era incapaz de prestarse á reconocer personalidad á gentes que se ofrecían como presa para ser devoradas.

Sin embargo, una cosa le sorprendió: que después de la partida de Chilo en los semblantes de todos parecía resplandecer una especie de íntima alegría.

El Apóstol se aproximó á Glauco, le puso la mano sobre la cabeza, y dijo:

—En tí Cristo ha triunfado.

El otro alzó entonces los ojos llenos de esperanza é iluminados de júbilo, como si acabara de favorecerle una grande é inesperada ventura.

Vinicio, que solo conocía el placer ó la satisfacción nacidos de la venganza, le contempló con ojos en cuya expresión había la fijeza de la fiebre y también la curiosidad de quien está mirando á un loco. Y vió luego, no sin honda indignación secreta, que Ligia posaba sus labios de reina sobre la mano de aquel hombre que tenía el aspecto de un esclavo; y le pareció que el orden del mundo estaba totalmente cambiado.

En seguida Ursus refirió cómo había acompañado á Chilo hasta la calle y pedídole allí que le perdonara si le había hecho algún daño al tomarle rudamente por los brazos. Por esto el Apóstol le bendijo á su vez.

Crispo declaró que era ese un día de grandes victorias,

Oído lo cual por Vinicio, perdió por completo la ilación de sus pensamientos.

Pero cuando Ligia vino de nuevo á ofrecerle una bebida refrescante, la tomó un punto una mano, y dijo:

—¿Entonces tú debes también perdonarme á mí?

—Somos cristianos y no nos está permitido guardar rencor en nuestros corazones.

—Ligia,—dijo el joven,—quien quiera que sea tu Dios, le rindo homenaje solo porque El es el Dios tuyo.

—Le rendirás homenaje en tu corazón cuando hayas aprendido á amarle.

—Solo porque es el Dios tuyo,—repitió Vinicio con voz desfalleciente.

En seguida cerró los ojos, pues la debilidad habíase de nuevo apoderado de él.

Ligia salió entonces, pero volvió un poco más tarde, y se inclinó hacia el joven para ver si dormía.

Vinicio, presintiendo que se hallaba ella próxima, abrió los ojos y sonrió. Ligia posó la mano levemente sobre ellos como para incitarle á que durmiera.

Hallóse entonces Vinicio dominado por una sensación de dulcísimo bienestar; pero luego se sintió más penosamente enfermo que antes y estuvo muy malo en realidad.

La noche había llegado, y con ella una fiebre más violenta.

Vinicio no podía dormir y seguía con la vista á Ligia donde quiera que ésta fuese.

Por momentos caía en una especie de sopor durante el cual veía y oía todo cuanto pasaba en derredor, pero en el que también la realidad hallábase mezclada con febriles delirios.

Entonces parecíale que en un antiguo y desierto cementerio se alzaba un templo que afectaba la forma de una torre y del cual era sacerdotisa Ligia.

Y él no quitaba los ojos de la joven, y la veía en la cúspide de la torre, con un laud en las manos, destacándose

á plena luz, como aquellas sacerdotisas que en las horas de la noche cantaban himnos en honor de la luna y á quienes viera él en oriente.

El mismo iba ascendiendo con grande esfuerzo por una escalera de caracol, á fin de llegar hasta la cúspide y llevarse consigo á la joven. Detrás venía Chilo como arras-trándose, castañeteándole por el terror los dientes y repitiendo: «Señor, no hagas eso; ella es una sacerdotisa, en defensa de quien El ha de tomar venganza.» Vinicio no sabía quien era El, pero comprendía que iba á cometer una especie de sacrilegio y empezaba también á sentir un terror sin límites.

Pero al acercarse á la balaustrada que rodeaba la cúspide de la torre, el Apóstol, con su barba plateada destacóse repentinamente al lado de Ligia, y dijo: «No alcéis la mano. Ella me pertenece.» Y luego siguió adelante con la joven, yendo por sobre un camino formado de rayos de luna, cual si fuera el sendero que al cielo conducía.

El extendió entonces las manos hacia ellos, y les pidió que le llevaran en su compañía.

Aquí despertó, volvió á sus sentidos y miró en derredor suyo.

La lámpara colocada en alto sobre un sostén brillaba ahora más débilmente, dando sin embargo todavía bastante claridad.

Todos se hallaban calentándose frente al fuego, pues la noche era fría y desabrigada la estancia. Vinicio veía cómo de los labios de todos salía el aliento en forma de tenue vapor.

En medio de ellos estaba sentado el Apóstol. A sus pies, y sobre un escabel, hallábase Ligia; en seguida Glaucó, Crispo y Miriam. Al extremo, en un lado Ursus y en el otro el hijo de Miriam, Nazario, muchacho de rostro hermoso y de cabellos negros y largos que le llegaban hasta los hombros.

Ligia escuchaba con los ojos fijos en el Apóstol, y todos los semblantes hallábanse vueltos hacia él.

Pedro á la sazón estábales hablando en voz baja.

Vinicio miró á Pedro con una especie de temor supersticioso, casi comparable al que había sentido en el curso de su delirio febril.

A su mente venía la idea de que aquel sueño era un trasunto de la realidad; que ese hombre de cabello cano, recién llegado de lejanas playas, le iba realmente á arrebatarse á Ligia y á llevársela, por senderos desconocidos, quién sabe á dónde.

Abrigaba asimismo la certidumbre de que el anciano estaba hablando de él, acaso disponiendo el plan para separarle de Ligia, pues parecíale imposible que pudiese alguien tratar de otra cosa.

Así pues, llamando en su auxilio toda su presencia de ánimo, concentró la atención á escuchar las palabras de Pedro.

Y pudo convencerse de que se había equivocado, pues el Apóstol estaba otra vez hablando acerca de Cristo.

—Viven sólo invocando ese nombre,—pensó Vinicio.

El anciano refería á la sazón cómo se habían apoderado de Cristo.

—Vino una compañía,—dijo,—y algunos siervos del sacerdote, con el fin de apoderarse de El. Cuando el Salvador preguntó á quién buscaban, ellos contestaron: «—A Jesús de Nazaret.» Pero, cuando El les dijo: «Yo soy», cayeron al suelo y no atreviéronse á poner sobre él las manos. Solamente después de la segunda interpelación apoderáronse de El.

Y aquí el Apóstol se detuvo, estendió las manos hacia el fuego y prosiguió:

—La noche estaba fría, como esta, pero el corazón me saltaba dentro del pecho. Así, pues, sacando una espada para defenderle, corté una oreja al sirviente del sumo sacerdote. Y le habría seguido defendiendo ¡más que á mi

propia vida, si él no me hubiera dicho:—«Pon tu espada en la vaina, si mi Padre me envía este cáliz, ¿no habré de apurarlo?»—Y en seguida se apoderaron de Él y le ataron.

Dichas estas palabras, Pedro se llevó las manos á la frente y permaneció silencioso algunos instantes, deseando antes de proseguir, poner en orden la multitud de recuerdos que se agolpaban á su imaginación.

Pero entre tanto Ursus, incapaz de contenerse, púsose de pie, dió más luz á la lámpara y volviéndose á sentar exclamó:

—No importa lo que hubiera sucedido. Yo...

Y hubo de callarse al punto, porque Ligia acababa de colocarle un dedo sobre los labios.

Pero el ligur respiraba con fuerza y era evidente que una tempestad rugía en su alma; y aun cuando estaba en todo momento pronto para besar los pies del Apóstol, la escena que éste acababa de narrar era para él del todo inaceptable. Si alguien hubiera en su presencia levantado la mano sobre el Redentor, si él hubiera estado cerca del Redentor en esa noche... ¡Ah! trizas habría hecho de los soldados, de los siervos del sacerdote, y de los oficiales!

Brotaban lágrimas de sus ojos al sólo pensar en esto, y á causa de su pena y de la lucha mental que estaba sosteniendo; pues de una parte pensaba que no tan sólo habría defendido al Redentor con todas sus fuerzas, sino que habría llamado en su auxilio á los ligures, excelentes muchachos; y de la otra, que con ello habría desobedecido al Redentor y acaso puesto trabas á la salvación del hombre. Por esta razón érale imposible contener las lágrimas,

Y Vinicio vióse de nuevo invadido por un sopor febril y empezó á soñar semi despierto.

Lo que estaba escuchando ahora se relacionaba en su imaginación con lo que el Apóstol había dicho la noche anterior en el Ostrianum, acerca del día en que Cristo había aparecido en la ribera del mar de Tiberio. Veía una

sabana de agua que se extendía ante sus ojos; sobre ella el bote de un pescador, y en el bote á Pedro y á Ligia. El, Vinicio, nadaba con todas sus fuerzas en dirección á ese bote, pero le impedía alcanzarlo el dolor que sentía en el brazo roto. El viento azotaba las olas contra sus ojos: empezaba á hundirse y á pedir auxilio con suplicante voz.

Ligia entonces arrodillábase ante el Apóstol, quien hacía virar la embarcación y le alargaba un remo del que Vinicio se apoderaba y con la ayuda de ambos subía al bote y caía extenuado en el fondo.

Y luego parecíale que se ponía de pie y había una multitud de gentes que se dirigían á nado hacia ellos. Las olas cubrían de blanca espuma sus cabezas y en medio del torbellino solo podían verse las manos de unos pocos, levantadas en alto. Pero Pedro iba salvando de tiempo en tiempo á los que estaban á punto de ahogarse y les iba recogiendo en su bote, el cual se iba á la vez alargando como por milagro.

Y pronto fueron llenando aquella embarcación grupos tan numerosos como los que se habían reunido en Ostriatum, grupos que iban por momentos tomando proporciones de verdaderas multitudes.

Vinicio veía maravillado cómo todas aquellas gentes iban hallando cabida en la embarcación y temía que todos fueran á hundirse de repente.

Pero Ligia le tranquilizaba señalándole una luz que brillaba en la distante ribera y hacia la cual ibanse encaminando.

Estos cuadros y escenas que se representaban ante Vinicio en medio de un sueño fantasmagórico, se entremezclaban de nuevo con las descripciones que en Ostriatum había escuchado de labios del Apóstol acerca de cómo Cristo se había presentado sobre el lago.

Y ahora veía á los reflejos de una luz una forma humana hacia la cual remaba Pedro; y á medida que á ella se

ocercaban íbase calmando el viento, tranquilizábanse las aguas, agrandábase la luz.

La multitud ahora empezaba á entonar tiernos himnos, el aire hallábase impregnado del aroma del nardo; en la superficie del agua emergía un hermoso arco iris cual si desde el fondo del lago surgieran en armoniosa combinación un ejército de lirios y de rosas, y por último el bote asentó seguramente su quilla en la arena.

Ligia le tomó la mano entonces y dijo: «¡Ven, yo te conduciré!» y le llevó hasta la región de la luz.

Vinicio despertó nuevamente, pero el ensueño se iba disipando en él con lentitud, de manera que no volvió desde el primer momento á la conciencia de la realidad.

Parecióle todavía, por espacio de breves instantes, que se hallaba en el lago, rodeado por las multitudes, entre las cuales, ignoraba por qué razón, empezó á buscar á Petronio, sorprendiéndose al no hallarlo.

La brillante luz procedente de la chimenea, cerca de la cual no había ahora ninguna persona, le hizo recobrar por completo la visión real de las cosas. Trozos de leña de olivo á la sazón íbanse consumiendo bajo las rosadas cenizas; pero las astillas de pino que evidentemente habían sido puestas allí sólo algunos momentos antes, daban una llama brilladora, á cuya luz pudo Vinicio ver á Ligia, que estaba sentada no lejos de su lecho.

La vista de la joven le impresionó hasta el fondo del alma.

Recordó que ella había pasado la velada anterior en Ostrianum, que durante el día entero se había ocupado en atenderlo y ahora, cuando todos acababan de retirarse á descansar, ella era la única que á su cabecera velaba.

Fácil era adivinar su cansancio. Se hallaba sentada inmóvil y tenía cerrados los ojos.

Vinicio se preguntó si estaría dormida ó solamente absorta en sus pensamientos.

Contempló su perfil delicado, sus pestañas caídas lán-

guidamente, sus manos puestas sobre las rodillas; y en su cabeza pagana empezó á tomar forma, si bien con dificultad, la idea de que al lado de la belleza desnuda, serena y ufana, de armoniosas líneas griegas y romanas, existía en el mundo otra belleza nueva, impecable, dentro de la cual moraba un alma.

Y aunque le repugnaba llamarla cristiana, al pensar en Ligia no le era posible separarla de la religión que ella confesaba.

Aun más: comprendía que si todos habíanse retirado á descansar y sólo ella permanecía en vela, ella á quien había él ofendido, era porque su religión así se lo prescribía.

Pero ese pensamiento que causaba admiración al relacionarlo con la religión de Ligia, érale al mismo tiempo desagradable.

Habría preferido que la joven obrara así, tan sólo por amor á él, á su rostro, á sus ojos, a sus formas estatuarias; en una palabra, que su solicitud hubiera reconncido por móviles los mismos que más de una vez habían hecho rodearan su cuello frenético brazos griegos y romanos, blancos como la nieve.

Sin embargo, en ese propio momento pensó también que si Ligia hubiera de ser como las demás mujeres, algo le faltaría en su concepto.

Y Vinicio sentíase maravillado ante esas ideas y no sabía qué fenómenos se iban operando en su sér íntimo; pero sí comprendía que sentimientos de una índole nueva é insólita empezaban á diseñarse en su alma y con ellos, gustos y simpatías nuevas y extrañas al mundo en que hasta entonces había vivido.

Abrió Ligia en ese instante los ojos y notando que Vinicio tenía en ella fijos los suyos, acercósele y le dijo:

—Estoy contigo.

—Y yo he visto tu alma en mis sueños, --contestó él.

## CAPÍTULO XXVI

A la mañana siguiente despertó débil, pero con la cabeza fresca y sin fiebre.

Parecíale que el susurro de una conversación en voz baja le había despertado; pero cuando abrió los ojos, Ligia no estaba allí.

Ursus, inclinado á la sazón sobre la chimenea, hurgo-neaba la lumbre apartando la ceniza y juntando los carbones encendidos que debajo de ella habían. Hecha esta operación, empezó á soplar y al sentirlo no se hubiera creído que para ello se servía de la boca sino de los fuelles de una herrería.

Vinicio al recordar como ese hombre había destrozado á Croton el día anterior, púsose á examinar con atención propia de un aficionado á las luchas de circo, sus gigantes espaldas, semejantes á las de un ciclope, y sus miembros, fuertes y sólidos como columnas.

—¡Gracias á Mercurio que no me ha roto el pescuezo! —pensó Vinicio.—¡Por Polux! ¡si los demás ligures son como éste, algún día tendrán labor muy pesada las legiones del Danubio!

Luego dijo en alta voz:

—¡Holal ¡esclavo!

Ursus sacó la cabeza fuera de la chimenea y sonriendo con expresión casi amistosa dijo;

—Que Dios te dé buenos días, señor, y mejor salud; pero yo soy un hombre libre, no un esclavo.

En el ánimo de Vinicio, que deseaba interrogar á Ursus acerca del lugar en donde Ligia había nacido, estas palabras produjeron una impresión favorable, porque el hablar con un hombre libre, aun cuando fuese rústico, era menos desagradable para su orgullo de ciudadano romano y de patricio, que el alternar con un esclavo, al cual ni la ley ni la costumbre atribuían índole humana.

—¿Entonces tú no perteneces á Plaucio?—preguntó.

—No, señor; sirvo á Calina, como serví á su madre, por mi propia voluntad.

Y aquí de nuevo introdujo la cabeza en la chimenea para soplar el fuego, al que acababa de agregar algunos trozos de leña.

Cuando hubo terminado, se irguió nuevamente y re puso:

—Entre nosotros no hay esclavos.

—¿Dónde está Ligia?—preguntó Vinicio.

—Ha salido, y yo voy á hacerte de comer. Ella te estuvo velando toda la noche.

—¿Y por qué no la revelaste tú?

—Porque ella quiso velar á tu lado y mi deber es obedecerla.

Luego se advirtió en sus ojos una impresión sombría y después de un momento dijo:

—Si la hubiera desobedecido, tú no estarías hoy vivo.

—¿Entonces te hallas apesarado por no haberme dado muerte?

—No, señor. Cristo nos manda no matar.

—Pero .. ¿y Atacino, y Crotón?

—No pude hacer otra cosa,—murmuró Ursus.

Y dirigió una mirada entristecida á sus manos, que evidentemente habían permanecido paganas, aún cuando hubiera él, desde lo íntimo de su alma, abrazado la cruz.

En seguida puso una olla sobre la rejilla, y se quedó contemplando el fuego con mirada pensativa.

—Tuya fué la culpa, señor,—dijo por fin.—¿Por qué alzaste la mano contra ella, contra la hija de un rey?

Una oleada de orgullo irritado subió á las mejillas de Vinicio, al ver que un hombre vulgar y un bárbaro se permitía no tan sólo hablarle familiarmente, sino que hasta osaba hacerle reproches.

Así, venía esto á juntarse á todas las cosas insólitas é inverosímiles, que desde el día anterior le estaba sucediendo.

Mas como se encontraba débil y sin esclavos á quien llamar en su ayuda, contuvo sus naturales ímpetus, especialmente porque predominaba en él ahora el deseo de conocer algunos detalles de la vida anterior de Ligia.

De manera que cuando se hubo calmado un tanto, pidió al ligur algunos datos acerca de la guerra de los ligios contra Vanio y los suevos.

A Ursus agradábale conversar, mas no pudo agregar mucho de nuevo, á lo que en su oportunidad Aucio Plaucio había referido á Vinicio.

Ursus no se había hallado en la guerra, pues habíale tocado la misión de acompañar á los rehenes al campamento de Atelio Hister. Sólo sabía, pues, que los ligures habían derrotado á los suevos y yazigios, pero que su caudillo y rey había caído bajo las flechas de los últimos.

Inmediatamente después de recibida la noticia de que los semnones habían puesto fuego á los bosques situados en sus fronteras, los ligures habían vuelto precipitadamente á vengar aquel atentado, entretanto habían permanecido los rehenes en poder de Atelio Hister, quien al principio, ordenó que se les tributasen honores reales.

Después había muerto la madre de Ligia, y el jefe romano se encontró en situación de no saber qué hacerse con la niña.

Cuando se hubo recibido la noticia de que una embajada de ligures había ido á visitar á Pomponio y á ofrecerle el apoyo de su país contra los bohemios, Atelio Hister, lo había mandado con Ligia á la presencia de Pomponio. Empero, cuando llegaron á verle, supieron que los embajadores no se habían presentado, y en esas circunstancias permanecieron en el campamento, desde donde Pomponio se los llevó á Roma, y una vez que hubo alcanzado

la victoria, entregó la hija del rey ligur á Pomponia Graecina.

Aún cuando sólo algunos ligeros detalles de esta narración eran nuevos para Vinicio, éste los escuchó á todos, lleno de complacencia, pues sentía lisonjeado su inmenso orgullo de familia al recibir de boca de un testigo ocular la confirmación del linaje real de Liguria.

Como hija de un rey, bien pudiera ella ocupar en la corte del César, una posición igual á la de las hijas de las primeras familias romanas, con tanto mayor motivo, cuanto que la nación que gobernara su padre no había tenido nunca hasta entonces, ninguna guerra con Roma, y aunque bárbara, podía llegar á ser un amigo terrible, pues, de ser ciertos los informes dados por el propio Atelio Hister, poseía una fuerza inmensa, por la intrepidez de sus hombres de guerra.

Y Ursus, á mayor abundamiento, vino á ratificar esta opinión.

—Vivimos en los bosques,—dijo contestando á una pregunta de Vinicio;—pero poseemos tal extensión de territorio, que no hay quien pueda saber á dónde se halla el límite: sobre ese territorio habita un pueblo numerosísimo. Hay también ciudades, todas con edificios de madera, en medio de los bosques, y en ellas reina la abundancia, porque el botín con que vuelven cargados de sus excursiones por el mundo, los semnones, los bohemios, los vándalos y los cuados, se lo quitamos nosotros. Y no se atreven á atacarnos; pero, cuando sopla el viento del lado de ellos, nos incendian nuestros bosques. Nosotros no les tememos, ni á ellos, ni al mismo César romano.

—Los dioses han dado á Roma el dominio del mundo,—dijo Vinicio con severo acento.

—Los dioses son espíritus malignos,—contestó Ursus con sencillez;—y donde no hay romanos no hay supremacía de ningún género.

Y aquí tornó á avivar el fuego de la chimenea, y enseguida repuso, cual si hablara consigo mismo:

—Cuando el César se llevó á Calina á palacio y yo pensé que podía sobrevenirle alguna desgracia, quise encamarme á los bosques y hacer venir á los ligures en auxilio de la hija de nuestro rey. Y los ligures habríanse movido hacia el Danubio, porque forman un pueblo virtuoso, aunque son paganos. Pero allí habría ido yo también á llevarles «la buena nueva.» No obstante, si alguna vez Calina vuelve á la casa de Pomponia Graecina, la pediré permiso para irme con ellos; porque Cristo nació en tierras muy lejanas, y ellos todavía no han oído hablar de El.

Y El sabía por cierto, mejor que yo, dónde debía nacer; pero si hubiera venido al mundo entre nosotros, en los bosques, no le habríamos torturado hasta la muerte: de eso estoy bien seguro. Habríamos hecho del Hijo el objeto de nuestra solicitud; le habríamos cuidado y atendido de manera, que jamás le faltaran las aves, ni los hongos, ni las pieles de castor, ni el ámbar. Y todo el botín que hubiéramos quitado á los suevos y bohemios se lo habríamos dado á El, á fin de que disfrutase de comodidades, abundancia y bienestar.

Y mientras esto decía, colocó de nuevo en el fuego la olla que contenía la comida para Vinicio, y en seguida guardó silencio.

Su pensamiento evidentemente continuó vagando todavía por espacio de algunos instantes al través de las selvas ligures, hasta que empezó á hervir el contenido de la vasija. Un poco más tarde lo vació en un plato grande, y después de haberlo enfriado un tanto, dijo:

—Glauco te aconseja, señor, que aún el brazo sano lo nuevas lo menos posible; Calina me ha ordenado que te sirva de comer.

¡Ligia ordenabal No había, pues, la menor objeción que hacer. No le habría venido en mientes á Vinicio oponerse ni por un instante á su voluntad, cual si se tratara de la

hija del César ó de una diosa. Así es que no contestó una sola palabra.

Sentóse Ursus junto á la cama, vació el líquido en una pequeña taza y lo llevó á los labios del joven.

E iba haciendo aquello con tal solicitud y tan afable sonrisa en el semblante, que Vinicio no podía dar crédito á sus ojos, ni pensar que era éste el titán terrible que el día anterior había aniquilado á Croton, y volviéndose luego hacia él con el ímpetu de un huracán le habría hecho trizas también! á no ser por la compasiva intervención de Ligia.

Y el joven patricio, por primera vez en su vida, empezó á preguntarse con aire meditabundo, qué fenómenos estarían á la sazón operándose en el alma de aquel hombre sencillo, que no era sino un bárbaro y un sirviente.

Pero Ursus demostró ser un enfermero tan desmañado como solícito; la taza se perdía de manera tan completa al tomarla él entre sus dedos hérculeos, que no quedaba en ella sitio alguno para la boca del enfermo.

Así, pues, tras de algunos esfuerzos infructuosos, el gigante hallóse confundido grandemente y dijo:

—¡Ay! creo que me sería mucho más fácil tomar á un uro (1) por los cuernos!

La confusión del ligur, divertía á Vinicio, pero esta última observación suya no le interesó menos.

Había visto en los circos al terrible uro, traído de las selvas del Norte, y hacia el cual, iban llenos de temor los más osados *bestiarii*, (2) por ser una fiera que sólo á los elefantes cedía en tamaño y fuerza.

—¿Acaso has intentado tú coger á semejantes bestias por los cuernos?—preguntó asombrado.

(1) Uro, el *bos usus*, ó bisonte de Polonia, considerado por algunos como una especie de toro silvestre, pero el cual, según Cuvier, pertenece á una especie distinta.

(2) *Bestiarum, bestiarii*. El ó los que luchaban, asalariados, con las fieras en los juegos públicos.

—Hasta mi vigésimo invierno les tuve miedo,—contestó Ursus;—pero después, lo hice.

Y siguió dando de comer á Vinicio con mayor torpeza que antes, hasta el punto de que al cabo de unos momentos, dijo:

—Tendré que llamar á Miriam, ó á Nazario.

Pero en ese instante, se dejó ver, detrás de la cortina, el pálido rostro de Ligia y se oyó su voz que decía:

—Voy al punto.

Efectivamente, luego vino del *cubiculum*, en el cual, parece que había estado á la sazón preparándose para entregarse al sueño, pues vestía tan sólo una túnica cerrada, que los antiguos llamaban *capitium* (1), y que le cubría completamente el pecho. Tenía suelto el cabello.

Vinicio, cuyo corazón sintió acelerar sus latidos á la vista de la joven, la amonestó suavemente por no haberse acostado aún; y ella dijo con acento placentero:

—Me preparaba para dormir, pero antes, es menester que desempeñe á Ursus.

Y tomó en sus manos la taza, y sentándose á la orilla del lecho, empezó á dar alimento á Vinicio, quien sintióse á la vez rendido y gozoso.

Cuando Ligia se inclinaba hacia él, llegaba hasta Vinicio el suave calor de su cuerpo y caían sobre su pecho los sueltos cabellos de la joven.

Estaba pálido por la emoción; más, por sobre el conflicto de anhelos impulsivos que le asediaban, un sentimiento ejercía á la sazón noble imperio sobre él: comprendía que dominando todos aquellos adorables encantos, había una cabeza amada sobre todas las cosas y superior á todas las cosas, una cabeza al lado de la cual, en su concepto, nada significaba el mundo entero.

Al principio, tan sólo había deseado á Ligia; y ahora sentía que empezaba á amarla con todo su corazón.

---

(1) Túnica talar de los romanos ó camisa de dormir.

Antes, como generalmente sucede en los sentimientos y en las cosas de la vida, él había sido, como todas las gentes de su época, un egoísta insensible y ciego, que sólo pensaba en sí mismo; al presente comenzaba ya á pensar en ella.

Así, pues, transcurridos algunos instantes, no quiso tomar más alimento, y aún cuando la compañía de la joven y su vista le causaban una complacencia sin límites, la dijo:

—Basta ya. Vé á descansar, divina mía.

—No me llames de ese modo,—contestó Ligia. —No es propio que yo escuche de tu boca tales palabras.

Sin embargo, en seguida le miró con rostro sonriente, y le dijo que ya no tenía sueño ni fatiga, y que no se retiraría á descansar hasta que no llegara Glauco.

El oía las palabras de la joven cual si fueran dulce música; y su corazón se ensanchaba á influjo de una creciente alegría, de una gratitud creciente, al paso que en su imaginación se debatían con afán multitud de ideas encaminadas á patentizar á la joven, de la más propia manera, esa gratitud y esa alegría.

—Ligia,—la dijo después de algunos momentos de silencio;—yo no te había conocido antes. Solo ahora me he dado cuenta de que deseaba alcanzarte por medios reprobados. Así, pues, ahora te digo: Vuelve á casa de Pomponia Graecina y descansa en la seguridad de que en adelante no habrá ninguna mano que se levante contra tí.

Una nube de tristeza veló al punto el rostro de la joven, y contestó:

—Dichosa me sentiría si llegase á verla, aún cuando solo fuese á cierta distancia; mas ya no puedo volver á su casa.

—¿Por qué?—preguntó Vinicio con asombro.

—Los cristianos sabemos, por intermedio de Actea, lo que sucede en el Palatino. ¿Acaso no ha llegado á tu cono-

cimiento que el César, poco después de mi fuga y antes de su partida para Nápoles, hizo comparecer á su presencia á Pomponia y á Plaucio, y creyendo que me habían secundado, les amenazó con su cólera? Por fortuna pudo Aulio decirle:

—«Señor: bien sabes que una mentira jamás ha manchado mis labios; pues bien: yo te juro que nosotros no hemos favorecido su fuga y que ignoramos, como tú lo ignoras, qué suerte ha corrido ella.»

Y el César creyó y en seguida olvidó.

Por consejo de nuestros superiores, jamás he escrito á mi madre comunicándole mi paradero, á fin de que en cualquier tiempo pueda á plena conciencia sostener bajo juramento, si fuera menester, que ignora donde me encuentro. Acaso tú no comprendas esto, Vinicio; pero has de saber que entre nosotros está prohibida la mentira, si bien se relacione con el riesgo de la vida misma.

Esta es la religión que da norma hasta los afectos de nuestros corazones; por consiguiente, no he visto, ni he debido ver á Pomponia desde la hora en que dejé su casa. Solo de tanto en tanto ecos lejanos llegan confusamente hasta ella y le hacen saber que estoy viva y que no me amenaza ningún peligro.

Y mientras decía estas palabras pareció que un hondo anhelo agitaba el alma de Ligia, pues las lágrimas humedecieron sus ojos; mas reportóse prontamente, y dijo:

—Sé que también Pomponia languidece por nuestra separación; pero nosotros disponemos de consuelos que otros no conocen.

—Sí,—contestó Vinicio.—Cristo es el consuelo vuestro; mas yo no comprendo eso.

—¡Mirad para nosotros no hay separaciones, dolores ni sufrimientos. Y si sobrevienen, transfórmanse luego en goces. La muerte misma, que vosotros consideráis como el término de la vida, solo es para nosotros su comienzo; la transmutación de una felicidad mezquina en una felicidad

más alta; de una dicha rodeada de zozobras en otra dicha serena y perenne. Considera de qué índole augusta será una religión que nos ordena amar hasta á nuestros enemigos, que prohíbe la mentira, purifica nuestras almas, desterrando de ellas el odio, y nos promete una felicidad inagotable para después de la muerte.

—Fuí testigo de esas enseñanzas en Ostrianum y he visto cómo habéis obrado conmigo y con Chilo. Cuando traigo á la mente esos hechos, antójanseme sueños, y me imagino que no debiera dar crédito á mis oídos ni á mis ojos. Pero, contéstame esta pregunta: ¿Eres feliz?

—Lo soy,—replicó Ligia. —Todo el que confiese á Cristo no puede ser desgraciado.

Vinicio fijó la vista en la joven con un aire en que se advertía la convicción de que todo aquello salvaba el límite de la comprensión humana.

—¿Y no tienes deseos de volver á casa de Pomponia?—repuso en seguida.

—Con toda mi alma lo anhele, y he de volver algún día, si tal es la voluntad de Dios.

—Pues entonces, yo te digo: vuelve; y te juro por mis lares que jamás alzaré una mano contra tí.

Ligia meditó por espacio de breves instantes y contestó en seguida:

—No; me es imposible exponer al peligro á los que se encuentran cerca de mí. El César no quiere á los Plaucios. Si yo volviese,—y ya sabes cuan pronto se extiende por toda Roma una noticia cualquiera por boca de los esclavos,—mi regreso al hogar haría ruido en la ciudad. Nerón lo sabría seguramente por sus esclavos y castigaría á Plaucio y á Pomponia; por lo menos me arrancarían por segunda vez de su lado.

—Cierto es,—contestó Vinicio frunciendo el ceño;—eso podría suceder. Y lo haría, si bien fuera tan solo para demostrar que sus mandatos deben ser obedecidos. Verdad es que solo te olvidó, así como solo volvería á recordarte,

porque tu fuga no había sido pérdida suya, sino mía. Y acaso entonces, si él volviera á sacarte de la casa de Aulio y Pomponia, sería para mandarte á la mía, y en esa eventualidad yo podría volverte á la de ellos.

—Vinicio, ¿querrias tú verme de nuevo en el Palatino?  
—preguntó Lìgia.

El joven apretó los dientes y contestó:

—No. Tienes razón. He discurrido como un necio. ¡No!

E instantaneamente vió ante sí una especie de abismo sin fondo.

El era un patricio, un tribuno militar, un potentado, pero por sobre todos los potentados de ese mundo á que pertenecía, estaba un loco cuyos caprichos y cuya malignidad eran imposibles de prever.

Solamente los cristianos podían prescindir en absoluto de Nerón, ó dejar de temerle, porque eran gentes para quienes este mundo, con sus separaciones y dolores, nada valía; porque eran gentes para quienes la muerte misma era cosa de poca monta. Todos los demás tenían que temblar en presencia del tirano. Las torturas de la época en que vivía presentábanse á Vinicio ahora en toda su monstruosa magnitud.

Así, pues, no podía volver á Lìgia á la casa de Aulio y Pomponia, por temor de que el monstruo la recordara y descargase contra ella su cólera. Por la misma razón, si hubiera de hacerla su esposa, expondríalos á ella y á Plaucio y se expondría á sí mismo. Un momento de malhumor bastaba para causar la ruina de todos.

Y Vinicio pensó, por primera vez en su vida, que, ó el mundo debía sufrir una transformación, ó la existencia llegaría á serle imposible.

Y comprendió también algo que un momento antes habíasele presentado como un enigma: que en tales tiempos solamente los cristianos podían ser felices.

Pero, sobre todo esto, una honda pena se apoderó de él, porque se convenció á la vez de que había sido él mismo

quien envolviera su propia vida y la vida de Ligia en una complicación tan inextricable, que era difícil poder encontrarle una salida.

Y bajo la desalentadora influencia de esa impresión de pesar impotente, así habló:

—¿Sabes que tú eres más feliz que yo? Tú estás en pobreza y viviendo en este solo aposento, en medio de gentes sencillas; mas tú tienes tu religión y tu Cristo. Pero yo solo te tengo á tí, y cuando huiste de mi lado no era yo sino una especie de mendigo, sin techo que lo cobijase, ni pan que le alimentara. Tú eres más cara á mi corazón que todo el resto del mundo. Yo te busqué, porque no podía vivir sin tí. No anhelaba placeres ni fiestas y mostrábame rebelde al sueño. A no haber sido por la esperanza de encontrarte, me habría echado sobre mi espada. Pero temí á la muerte, porque muriendo ya no podría volverte á ver. Digo la verdad pura, cuando te afirmo que no podré vivir sin tí. Hasta ahora solo me ha sostenido la esperanza de encontrarte y volver á posar en tu rostro mis ojos. ¿Recuerdas nuestras conversaciones en casa de Aulio? Un día trazaste un pescado en la arena, y entonces no supe cual era su significación. ¿Recuerdas que jugamos á la pelota? Yo te amaba ya más que á mi vida, y tú á la sazón habías empezado á adivinar mi amor. Aulio vino, interrumpió nuestra conversación y me atemorizó con Proserpina. Y Pomponia, al separarnos, dijo á Petronio que Dios era uno, justo, y todo poderoso; mas entonces ni por asomo ocurrióseme que Cristo era su Dios y el tuyo. Te recibí yo de manos de tu Dios y le amaré, aun cuando antojásemme que solo es un Dios de esclavos, extranjeros y mendigos. Tú estás sentada cerca de mí, y sin embargo solo en El piensas. Piensa en mí también, si no quieres que te aborrezca. Para mí tú, y solo tú, eres una divinidad. Benditos sean tu padre y tu madre; bendita la tierra donde viste la luz! Quisiera poder rodear tus pies con mis brazos y á tí elevar mis plegarias, y á tí rendir todo honor, y

presentarte homenajes y ofrendas á tí, mujer tres veces divinal ¡No; tú no sabes, tú no puedes saber, cómo yo te amo!

Y esto diciendo, llevóse la mano á la frente pálida y entornó los ojos.

Su índole jamás había reconocido límites, ni en el amor ni en el odio.

Hablaba con entusiasmo, con vehemencia, como un hombre que habiendo perdido el dominio de sí mismo, no tiene voluntad para someter á restricción alguna sus frases, ni sus sentimientos.

Pero hablaba con sinceridad: emanaban sus palabras del fondo del alma.

Podía verse al oírlo, que la amargura, el éxtasis, los anhelos, la adoración acumulados y confundidos por mucho tiempo en su pecho, habíanse desbordado al fin en un torrente irresistible de ardorosas frases. Para Ligia algunas de éstas tenían algo de blasfemo; sin embargo, su corazón empezó á palpar anhelante cual si quisiera romper la túnica que cubría su seno virginal. No podía abstraerse á un hondo sentimiento de compasión por aquel hombre y de pena por sus sufrimientos. Y sentíase conmovida ante los homenajes que, al dirigirse á ella, le tributaba.

Sentíase también amada y deificada hasta lo ilimitado é indecible; sentía que ese hombre peligroso é indomable le pertenecía ahora en cuerpo y alma, era como un esclavo suyo; y esa conciencia de la sumisión de él y del poder de ella inundábala de felicidad.

Revivieron en un instante las memorias de otros días.

El había vuelto á ser para ella aquel espléndido Viniçio, hermoso como un dios pagano; el mismo que en la casa de Aulio habíala hablado de amor y despertado como de un sueño su corazón semi-infantil entonces: pero también el mismo de cuyos brazos Ursus habíala arrancado

en el Palatino, cual pudiese haberla arrancado del incendio de una enorme llama envolvente.

Y ahora que se veían pintados en su rostro de águila el éxtasis y al mismo tiempo el dolor, ahora que yacía en aquel lecho, pálida la frente y suplicantes los ojos, —herido, quebrantado por el amor, rendido y dispuesto á la sumisión y al homenaje,— presentósele á Ligia como el hombre que ella habría deseado y amado, como el hombre grato á su alma cual jamás antes lo fuera.

Y de súbito comprendió también que pudiera llegar el momento en que ese amor de Vinicio lograrse apoderarse de ella, dominarla y arrastrarla como un torbellino.

Y al pensar en ésto, le asaltó el pavoroso estremecimiento de quien tiene puesto el pie al borde de un precipicio.

¿Para esto había dejado la casa de Aulio? ¿Para esto se había salvado recurriendo á la fuga? ¿Para esto había vivido oculta en los barrios más miserables de la ciudad? ¿Quién era Vinicio? ¡Un angustiano, un soldado, un cortesano de Nerón! Además, era participante de sus desenfrenos y locuras, cual habíalo demostrado en esa fiesta que no podía ella olvidar. El iba también, como los demás, á los templos del paganismo, y presentaba ofrendas á esos dioses viles, en los cuales acaso él mismo no creía y no obstante les tributaba oficialmente sus homenajes.

Aún más: habíala perseguido él con el propósito de hacerla su esclava y su amante y para arrojarla al propio tiempo en aquel horrible mundo de molicie y exceso, de crimen y deshonra, en ese mundo que provocaba la cólera y la venganza de Dios.

Cierto que parecía haberse modificado su índole; pero acababa también de decirle que si ella pensaba más en Cristo que en él, estaba pronto para aborrecer á Cristo.

Y parecía á Ligia que la sola idea de cualquier otro

amor que no fuese el amor de Cristo era un pecado contra él y contra la religión que confesaba.

Así, pues, cuando se detuvo á pensar en la amenaza suspendida sobre ella, de que llegaran á despertar en las interioridades de su alma otros sentimientos y deseos, alarmóse por el porvenir y tuvo miedo de seguir los impulsos de su ingénuo corazón.

En este crítico momento de lucha interior, presentóse Glauco, que venía á informarse de la salud de su paciente y á seguirlo atendiendo.

Y en un abrir y cerrar de ojos pudieron verse reflejados en el semblante de Vinicio la cólera y la impaciencia.

Irritóle ver así interrumpida su conversación con Ligia, de manera que cuando Glauco le interrogó por su estado, su respuesta fué casi desdeñosa.

Cierto es que prontamente se contuvo, pero si Ligia había concebido alguna ilusión acerca de que las enseñanzas por él escuchadas en Ostrianum alguna influencia pudieran haber ejercido sobre su índole irrefrenable, necesario era renunciar á esa ilusión.

El había cambiado solamente en lo que á ella se refería; pero fuera de ese único sentimiento ennoblecido, seguía alentando en el pecho aquel mismo corazón duro y egoísta, corazón verdaderamente de romano y de lobo, incapaz no solo de las elevadas concepciones que de las enseñanzas cristianas fluyen, sino también hasta incapaz de gratitud.

Ligia se retiró por fin con el alma llena de íntima zozobra y ansiedad.

Antes había ofrecido á Cristo en sus oraciones un corazón tranquilo y realmente puro y cristiano como una lágrima.

Ahora esa tranquilidad había sido perturbada.

Hasta la corola perfumada de la flor habíase introducido un insecto ponzoñoso y empezado allí á zumbar.

Ni el sueño,—á pesar de las dos noches anteriores de vigilia,—vino á traerla reposo.

Porque, al entregarse á él, vió en Ostriatum á Neron, á la cabeza de un ejército de augustianos, bacantes, coribantes y gladiadores.

Allí el César aplastaba multitudes de cristianos bajo su carro exornado con guirnaldas de rosas; y Vinicio la cogía por el brazo, la arrastraba hasta la cuadriga y estrechándola contra su pecho, decíala al oído. «Ven con nosotros.»

## CAPÍTULO XXVII

Desde aquel momento Ligia dejóse ver más de tarde en tarde en la sala común, y se aproximó con menos frecuencia al lecho del enfermo.

Pero la paz no tornaba á su alma. Observaba que Vinicio la seguía con mirada suplicante; que vivía pendiente de cada palabra suya, cual de un favor inestimable; que sufría y no osaba quejarse, por temor de alejarla con ello de su lado; que para él solo ella era la felicidad y la salud.

Y entonces abríasele el pecho á la compasión más honda.

Pronto reparó asimismo en que mientras más se afanaba por evitar su proximidad, más le compadecía, y en que á la par de esa compasión ibanse despertando en ella sentimientos de mayor y más intensa ternura.

Y la paz pareció entonces abandonarla por completo.

En ocasiones decíase que su deber primordial era estar siempre á su lado; en primer lugar, porque la religión de Cristo prescribe volver bien por mal; y luego, porque acaso en sus frecuentes conversaciones con él bien pudiese atraerlo á su fé.

Pero al mismo tiempo su conciencia le advertía que esa era una tentación á que se aventuraba; que lo que hacía él íbale atrayendo con imperio no era otra cosa que el amor

y los encantos secretos que el amor inspira y que Vinicio estaba ejerciendo sobre ella.

Y esto hacía vivir á Ligia en medio de una incesante lucha, que de día en día se iba haciendo más intensa.

Por momento parecíale que la rodeaba una especie de red y que al intentar romperla para abrirse paso, envolvíase en ella más y más.

Erale también forzado confesar que la vista del joven fbasele á diario haciendo más necesaria y su voz más amable, y que se veía en el caso de recurrir á todo el esfuerzo de su voluntad siempre que luchaba contra el deseo de sentarse junto á su cabecera.

Cada vez que á ésta se acercaba y veía irradiar en el rostro de Vinicio la alegría, un íntimo goce enseñoreábase de su alma.

Un día notó en los ojos del joven huellas de haber llorado y por primera vez en su vida ocurrióle el pensamiento de que pudiera ella enjugarlas con sus besos.

Y luego, horrorizada ante tal fantasía y llena de desprecio por sí misma, lloró toda la noche siguiente.

En cuanto á él, habíase vuelto tan sufrido cual si hubiera hecho voto de paciencia. Cuando por momentos iluminaba sus ojos algún relámpago de cólera, vanidad ó porfía, reprimía prontamente esos ímpetus y dirigía á la joven una mirada llena de alarma, mirada en la cual se advertía el anhelo de ser perdonado.

Nunca, pues, había experimentado ella como ahora la certidumbre de ser grandemente amada; por eso al sentirse objeto de tan vivo afecto, considerábase á la vez dichosa y culpable.

Vinicio también había cambiado mucho.

En sus conversaciones con Glauco advertíase ya menos orgullo.

Ocurriále ahora con frecuencia la idea de que tenían también personalidad humana hasta ese pobre médico esclavo, esa mujer extranjera, la vieja Miriam, que le rodea-

ba de cuidados, y Crispo, á quien veía continuamente engolfado en sus oraciones.

Y esta idea le causaba asombro, pero venía en ocasiones á su cerebro.

Y al cabo de algún tiempo llegó á cobrar afición á Ursus, con quien solía conversar días enteros, porque en esas conversaciones podía incesantemente mezclar el nombre de Ligia.

El gigante por su parte era de una verbosidad inagotable para las narraciones y en tanto que desempeñaba al lado del enfermo hasta los más humildes servicios, ibale ya demostrando cierta adhesión.

Para Vinicio, Ligia en toda circunstancia se le representaba como un ser de un orden distinto y la colocaba á cien veces mayor altura que todas las demás personas que la rodeaban. Empero, había empezado tambien el joven tribuno á detener su atención en las gentes pobres y sencillas, — cosa en que jamás hubiera pensado antes, — descubriendo en ellas algunos rasgos cuya existencia nunca tampoco había sospechado hasta entonces.

Sin embargo, no podía soportar á Nazario, porque parecía que ese muchacho habíase atrevido á poner los ojos en Ligia.

Por largo tiempo disimuló la aversión que el mancebo le inspiraba; pero un día este trajo á la joven dos codornices compradas por él en el Mercado con dinero ganado en su trabajo.

Y aquí entonces, por boca de Vinicio, habló el descendiente de los Quirites (caballeros romanos), para quienes todo advenedizo procedente de países extranjeros ó bárbaros era tenido en poco menos que un gusano vil.

Al oír, pues, que Ligia le daba las gracias, púsose terriblemente pálido, y cuando Nazario hubo salido en busca de agua para las codornices, la dijo:

—Ligia: ¿cómo puedes permitir que ese muchacho te

haga obsequios? Ignoras acaso que los griegos llaman á las gentes de su nación perros judíos?

—Yo no sé cómo les llaman los griegos: solo sé que Nazario es cristiano y por tanto hermano mío.

Y dichas estas palabras miró á Vinicio con asombro y pena, pues ya iba perdiendo la costumbre de escuchar de sus labios estallidos semejantes.

Y él entonces apretó los dientes, pora no verse obligado á decirla que á semejante hermano de muy buena gana lo habría hecho apalear ó enviándolo en calidad de *competitus* (1) á cavar la tierra en sus viñedos sicilianos. Se reprimió, sin embargo, sofocó en su pecho la ira, y solo despues de un momento pudo replicar:

—Perdóname, Ligia. Para mí tú eres siempre la hija de un rey, y la hija adoptiva de Aulio Plaucio.

Y se dominó hasta el grado de que, cuando Nazario volvió al aposento le prometió obsequiarle, apenas volviese á su casa de campo, con un par de pavos reales ó de flamencos, de los cuales tenía un jardín lleno.

Ligia comprendía que estas victorias sobre sí mismo debían costarle un considerable esfuerzo, y mientras más á menudo las alcanzaba Vinicio, más inclinábase el corazón de la joven hacia él.

Pero el mérito de aquella lucha en lo relativo á Nazario era en realidad inferior al concepto que de él había tenido Ligia. Porque Vinicio bien pudo haber estado indignado contra el muchacho por el breve espacio de un momento, pero jamás celoso de él. En realidad, á sus ojos el hijo de Miriam no significaba mucho más que un perro; además era todavía un niño que, si amaba á Ligia, amábala tan sólo de una manera inconsciente y servil.

Mayores y más difíciles luchas hubo de mantener el tribuno consigo mismo,—hasta alcanzar su propio silencioso vencimiento,—para someterse á los homenajes de que entre esas gentes se rodeaba el nombre de Cristo y á su reli-

(1) Preso que trabaja con grillos en los pies.

gión. En este punto, ibanse produciendo admirables fenómenos en el alma de Vinicio.

Esa era, en todo caso, una religión en la cual creía Ligia; por consiguiente, bastaba esa sola razón para que él estuviese dispuesto á acatarla.

Después, á medida que iba volviendo á la salud, más hondamente ibansele grabando en la memoria la serie de acontecimientos ocurridos, y la multitud de ideas que en su cerebro habían hallado cabida desde aquella noche de Ostrianum, y más y más íbale á la vez maravillando el poder sobrehumano de esa religión que tenía la virtud de transformar radicalmente el alma de los hombres.

Comprendía que en ella algo había de extraordinario, algo que no había sido conocido antes en la tierra, y presentía que si llegara á extenderse por el orbe, á infiltrar en la conciencia del mundo sus máximas de amor y de caridad, no era improbable el advenimiento de una era rememorativa de aquella en que no había gobernado Júpiter, sino Saturno.

Y ahora ni se atrevía tampoco á dudar del origen sobrenatural de Cristo, ni de su resurrección, ni de los demás milagros. Los testigos oculares que de ellos hablaban eran harto fidedignos, y desdeñaban demasiado la mentira para que pudiese él suponer que estuvieran refiriendo sucesos que no habían ocurrido.

Finalmente, el escepticismo romano permitía dudar de los dioses, pero creía en los milagros.

Vinicio, en consecuencia, se hallaba delante de una especie de maravilloso enigma, para cuya solución sentíase impotente.

Por otra parte, sin embargo, esa religión parecíale opuesta al estado de cosas existente, imposible de practicar, y un punto más insensata que todas las demás.

Según él, las gentes de Roma y de todo el mundo bien podían ser malas, pero era bueno el orden de cosas reinante.

Si el César, por ejemplo, hubiera sido un hombre honrado, si el Senado se hallara compuesto, no de insignificantes libertinos, sino de individuos como Trasea, ¿qué más podría desearse?

No; el orden y la supremacía de Roma eran buenos, y justa y apropiada la distinción de clases entre los hombres.

Y esa religión, según el concepto de Vinicio, iría á destruir todo orden, toda supremacía, toda distinción.

¿A qué quedaría entonces reducido el dominio y señorío de Roma? ¿Podrían acaso los romanos dejar de gobernar, ó habrían ellos de reconocer á todo un hato de bárbaras naciones conquistadas como á sus iguales?

Pensamientos eran éstos que no lograban hallar cabida en la cabeza de un patricio.

Y por lo que á él tocaba personalmente, esa religión oponíase á todas sus ideas y costumbres, á su carácter y á su concepto de la vida. No le era dado ni siquiera imaginar cómo podría él existir si llegase á reconocerla. Temíala y la admiraba, á la vez, pero en cuanto á aceptarla, sentía como si á esa sola idea se estremeciera todo su sér íntimo.

Y finalmente comprendía que ella era el único obstáculo que de Ligia le separaba; y cuando se detenía á pensar en esto aborrecía esa religión con todas las fuerzas de su alma.

Y sin embargo veíase obligado á confesarse á sí mismo que esa propia religión había adornado el alma de Ligia de esa belleza excepcional é inexplicable que en él despertara, junto al amor, el respeto, junto al deseo, el homenaje, y había hecho de Ligia un sér querido para él, sobre todos los demás que habitaban la tierra.

Y entonces, de nuevo sentíase inclinado á amar á Cristo. Y comprendía distintamente que le era necesario amarle ó aborrecerle: no podía permanecer indiferente.

Entretanto se veía solicitado por dos corrientes opues-

tas: vacilaba y se perdía en un conflicto de ideas y sentimientos; y no sabía por qué camino optar.

Empero, terminaba por inclinar la cabeza ante ese Dios por él no comprendido, y le rendía silencioso acatamiento por la única razón de que El era el Dios de Ligia.

La joven iba observando la evolución que se operaba en el espíritu de Vinicio. Y veía cómo luchaba él consigo mismo, y cómo en su interior rechazaba esa religión; y aún cuando esto la mortificaba hondamente, sentíase dominada por la compasión, la simpatía y la gratitud más sinceras, al reparar á la vez en el silencioso respeto que demostraba él hacia Cristo. Y ello era parte á que cada día su corazón se inclinase al joven con más irresistible fuerza.

Entonces traía á la mente el recuerdo de una situación parecida, reinante entre Pomponia Graecina y Aulio.

Para Pomponia era una fuente de inextinguible pesar y de lágrimas nunca enjugadas, el pensamiento de que más allá de la tumba no volvería á reunirse con Aulio.

Ligia empezaba ahora á comprender mejor ese tormento, esa amargura.

Ella también había encontrado un sér querido, y sobre su cabeza cerníase la amenaza de verse eternamente separada de él.

Cierto es que en ocasiones trataba de engañarse á sí misma, y pensaba que el alma de Vinicio se abriría á las enseñanzas de Cristo; pero esas ilusiones no podían durar. Ella le conocía y comprendíale demasiado bien. ¡Vinicio cristiano! Esas dos ideas, por contradictorias, no encontraban sitio juntas en su cabeza no iluminada por los destellos de la esperanza. Si el prudente y reflexivo Aulio no había llegado á convertirse al cristianismo bajo la influencia de la virtuosa y perfecta Pomponia, ¿cómo podría convertirse Vinicio?

A esta pregunta no encontraba ella una respuesta; mejor dicho, sólo encontrábale una: que para él no había ni esperanza ni salvación.

Pero Ligia veía también con terror cómo esa sentencia condenatoria que sobre él pendía, en lugar de hacerlo repulsivo le convertía en más caro, en cuanto digno de su compasión. Por momentos apoderábase de ella el deseo de hablarle de su oscuro porvenir, pero un día en que se hallaba sentada cerca de él y le decía que fuera de las verdades cristianas la vida no existía, Vinicio, que á la sazón hallábase más fuerte, se incorporó apoyándose en el brazo sano y de manera inesperada reclinó la cabeza sobre las rodillas de la joven, diciéndola:

—¡Tú eres la vida!

En ese instante faltó el aliento á Ligia, la abandonó su presencia de ánimo, y una especie de inefable arrobamiento invadió todo su sér. Tomando con las manos por las sienes á Vinicio, intentó levantar su cabeza, inclinándose entretanto hasta el punto de que sus labios rozaron los cabellos del joven.

Y por un momento ambos sintiéronse completamente dominados por un deliquio dulcísimo, por un éxtasis embriagador; y sólo pensaron el uno en el otro, y ambos en aquel sublime anhelo íntimo que, con poder avasallante, los movía á unirse como en un solo y recíproco impulso de amor y adoración.

Ligia levantóse al fin y huyó presurosa, sintiendo en las venas bullir la ardiente llama, en tanto que la cabeza dá-bale vueltas.

Era ésta ya la gota que había venido á rebosar la copa llena hasta los bordes.

Vinicio no pudo adivinar entonces cuán caro habría de pagar aquel delicioso momento; pero Ligia comprendió al fin que había llegado su hora de ponerse á salvo.

Toda la noche siguiente fué para ella de vigilia, de lágrimas y oraciones. Parecíale que se había hecho indigna de ofrecer estas ú timas y que no le serían ya escuchadas.

A la mañana siguiente salió temprano del *cubiculum*, y llamando á Crispo á la glorieta del jardín,—cubierta de

hiedra y secos sarmientos de vid,—le abrió su alma y le imploró al mismo tiempo que la permitiese dejar la casa de Miriam, ya que no podría por más tiempo seguir teniendo confianza en sí misma, ni sofocar en su corazón el amor que por Vinicio sentía.

Crispo, anciano severo y lleno de fervor religioso, aprobó el plan de abandonar la casa de Miriam, pero no tuvo palabras de perdón para ese amor, que consideraba culpable.

Llenábase de indignación al sólo pensamiento de que Ligia, á quien había guardado desde el día de su fuga, á quien había amado, á quien había confirmado en la fe, y á quien miraba como una especie de lirio blanco brotado en el campo de las cristianas enseñanzas, sin que jamás profanara su candor ni el más leve soplo impuro, hubiera podido hallar en su alma sitio para otra especie de amor que el amor divino.

Había creído hasta ese día que en parte alguna del mundo latía otro corazón más exclusivamente consagrado á la gloria de Cristo. Y deseaba ofrecérselo á El como una perla, una delicada gema, una preciosa obra de arte que había pulimentado con sus propias manos. De ahí que el desencanto que acababa de sufrir le llenara de pesar y de asombro.

—Ve á pedir á Dios que te perdone tu falta,—dijo á la joven con aire sombrío.—Huye, antes que el mal espíritu instigador te lleve á tu ruina completa, y antes de que tus actos se opongan abiertamente á los designios del Salvador. Dios murió en la cruz para redimir tu alma con su sangre, y tú has preferido amar al que quiso hacerte su concubina. Dios te salvó por virtud de un milagro suyo, y tú has abierto el corazón á deseos impuros, y has amado al hijo de las tinieblas.

¿Quién es él? El amigo y el servidor del Antecristo y su copartícipe en el crimen y el desenfreno.

¿A dónde podrá conducirte, sino á ese abismo, á esa

Sodoma en que se rebulle, y que Dios ha de destruir con las llamas de su cólera?

Y yo te digo: preferible mil veces que hubieras muerto, que las murallas de esta casa se desplomaran sobre tu cabeza, antes de que en tu pecho se hubiera deslizado esa serpiente y destilado en él la ponzoña de la iniquidad.

Y Crispo se dejaba arrastrar más y más en su vehemente arrebato, pues la falta de Ligia, á la par que de indignación, llenábale de hastío y derprecio por la naturaleza humana en general y en particular por la mujer, á quien ni siquiera las verdades cristianas tenían poder suficiente para sustraer á la debilidad que perdió á Eva.

A sus ojos nada significaba que esta doncella se hubiese conservado pura, que deseara huir de aquel amor, que lo hubiera confesado llena de arrepentimiento y compunción. Crispo había deseado transformarla en un ángel, elevarla á regiones á donde solo existía el amor á Cristo; y ella se había enamorado de un angustiano.

Este solo pensamiento llevaba á su corazón el horror, el desencanto y la desilusión.

Nó, nó; él no podía perdonarla.

Las palabras de condenación brotaban de sus labios, quemantes cual carbones encendidos. Y luchaba consigo mismo para no pronunciarlas, en tanto que movia nerviosamente las enflaquecidas manos sobre la cabeza de la aterrorizada niña.

Ligia se había sentido culpable, más no hasta ese punto.

Aun más: había juzgado que su partida de la casa de Miriam, sería su mayor victoria sobre la tentación y una verdadera atenuación de su falta.

Pero Crispo con sus recriminaciones hábala abatido hasta el polvo y demostrádole que su alma se hallaba en un estado de ruindad y miseria que ella no había ni remotamente sospechado. Por el contrario, la joven creyó, al dirigirse al anciano presbítero,—quien desde el mo-

mento de su fuga del palatino había sido para ella como un padre,—que en este trance la demostraría él un poco de compasión, la consolaría y le infundiría valor y fortaleza.

—Yo ofrezco mi dolor y mi contrariedad á Dios,—dijo él;—pero tú has engañado también al Salvador, pues has ido á sumergirte, por decirlo así, en un lodazal que con sus miasmas ha envenenado tu alma. Y ésta debiste haberla ofrecido á Cristo como un precioso cáliz y decirle: «Llévalo de tu gracia, ¡oh mi Dios!» En cambio, has preferido entregarla al servidor del génio del mal. Que Dios te perdo e y tenga piedad de tí; porque mientras no hayas arrojado lejos la serpiente, yo que te consideré siempre la elegida...

Y aquí interrumpió repentinamente su discurso, pues acababa de notar que no estaban ya solos.

Al través de los secos sarmientos de vid y de la hiedra,—que se mantenía verde en verano como en invierno,—vió á dos hombres, uno de los cuales era Pedro el Apóstol. Al otro no pudo reconocerlo inmediatamente, pues un manto de una burda tela de lana, llamada *cilicium* (1) le ocultaba una parte del semblante. Por un momento creyó Crispo que era Chilo.

Habiendo llegado á los oídos de ellos la voz de Crispo, que éste había levantado en medio de su exaltación, entraron á la glorieta y sentáronse en un banco de piedra.

El compañero de Pedro tenía el rostro demacrado; su cabeza, que empezaba á volverse calva, veíase cubierta á los lados de cabellos ensortijados; tenía enrojecidos los párpados y la nariz corva; y en su semblante, feo pero al propio tiempo inspirado, Crispo reconoció las facciones de Pablo de Tarso.

Ligia, poniéndose de rodillas, abrazó los pies de Pedro, llena de desesperación y ocultando su atormentada cabe-

---

1.) Manto de cerdas ó de pelo de cabra.

za entre los pliegues de su manto, permaneció así en silencio.

— ¡Paz á vuestras almas! — dijo Pedro.

Y viendo á sus pies á la niña preguntó qué había ocurrido.

Crispo empezó entonces á narrar todo cuanto Ligia le había confesado, — su amor culpable, su deseo de huir de la casa de Miriam, — y el pesar que él sentía al ver que una alma que había pensado ofrecer á Cristo pura como una lágrima, se hubiera manchado con afectos terrenales hacia un cómplice de todos los crímenes en que se hallaba encenagado el mundo pagano y que clamaba la venganza de Dios.

Ligia, mientras duraba esta narración, abrazaba con creciente fuerza los pies del Apóstol, cual si ansiara encontrar un refugio cerca de ellos, y también para pedir con fervor un poco de compasión.

El Apóstol, cuando hubo escuchado el caso hasta el fin, se inclinó y posó la mano derecha sobre la cabeza de la niña; en seguida, alzando la vista hacia el anciano presbítero, le dijo:

— Crispo, ¿no has oído decir que nuestro amado Maestro estuvo en Canaan en unas bodas y bendijo el amor entre el hombre y la mujer?

Crispo dejó caer las manos y miró al Apóstol con asombro, sin poder articular palabra.

Después de un momento de silencio, Pedro volvió á preguntar:

— Crispo ¿crees tú que Cristo, que permitió á María de Magdala postrarse á sus pies y que perdonó á la pública pecadora, apartaría los ojos de esta virgen, que es pura como un lirio de los campos?

Ligia se estrechó más á los pies de Pedro, sacudida por los sollozos y comprendiendo que no en vano había buscado en él su refugio.

El Apóstol levantó el rostro de la joven, inundado á la sazón de lágrimas y la dijo:

—Mientras los ojos del hombre á quien amas no se hayan abierto á la luz de la verdad, húyle, no te induzca él al pecado; más ruega por él y sabe que no hay delito en tu amor. Y puesto que tu deseo es evitar la tentación, te será ello tomado en cuenta como un merecimiento. Y no sufras, y no llores, porque en verdad te digo que la gracia del Redentor no te ha abandonado y que tus plegarias te serán escuchadas; después del dolor, vendrán para tí días de alegría.

Dicho esto, puso ambas manos sobre la cabeza de la joven y alzando los ojos al cielo, la bendijo.

Y en ese instante irradiaba en su rostro una bondad extrahumana.

Arrepentido Crispo empezó humildemente á disculparse.

—He pecado contra la misericordia,—dijo;—más yo pensé que ella, por el hecho de dar albergue en su corazón á un amor terrenal, había negado á Cristo...

—Yo le negué tres veces,—replicó Pedro, - y sin embargo El me perdonó y me dejó el encargo de apacentar sus ovejas.

—Y además,—continuó diciendo Crispo,—Vinicio es un augustiano.

—Cristo ablandó corazones más endurecidos que el suyo,—contestó Pedro.

Entonces Pablo de Tarso, que había guardado silencio hasta ese momento, llevó el índice á su pecho, señalándose á sí mismo, y dijo:

—Yo soy quien persiguió y apresuró la muerte de muchos siervos de Cristo; yo, el que durante la lapidación de Estéban guardaba los vestidos de los que le apedreaban; yo, el que hizo todo esfuerzo para arrancar de raiz la verdad en todo el mundo habitado, y sin embargo, el Señor me predestinó para que la proclamase por todas partes.

Y la he proclamado en la Judea, en la Grecia, en las Islas y en esta ciudad atea, en la cual mi primera morada fué una prisión.

Y ahora, llamado por de Pedro, mi superior, vengo á esta casa con la misión de doblegar una altiva cabeza é inclinarla hasta los pies de Cristo, de arrojar un grano de la simiente del bien en ese terreno pedregoso que el Señor ha de fertilizar, á fin de que rinda una cosecha abundante.

Y se levanto.

A Crispo aquel diminuto jorobado le pareció en ese momento lo que era en realidad: un gigante que debía sacudir el orbe desde sus cimientos y unir en un solo haz á diferentes razas, pueblos y naciones.

## CAPÍTULO XXVIII

Petronio á Vinicio.

«Por favor, carissime: no imites en tus cartas á los lacedemonios, ó á Julio César! Pudieras tú, como Julio, escribir: *Veni, vidi vici* (vine, ví, vencí), y ya seríame dable comprender y explicarme, tu laconismo. Más tu carta significa simplemente *Veni, vidi, fugi* (vine, ví, escapé.) Y puesto que semejante desenlace del asunto se halla en completa oposición á tu índole, puesto que te encuentras herido, y finalmente, puesto que están sucediéndote cosas estupendas, tu carta necesita explicación. No me fué posible dar crédito á mis ojos cuando leí que ese gigante ligur había matado á Croton con tanta facilidad como podría matar un perro calidonio á un lobo en los desfiladeros de Hibernia. Ese hombre vale tanto oro como el que pesa, y de él solo depende el que llegue á ser un favorito del César.

»Cuando vuelva yo á la ciudad, he de conocer más de cerca á ese ligur, y haré fundir para mí una estatua suya. Enobarbo ha de reventar de curiosidad cuando yo le diga

que es tomada del natural. Los cuerpos verdaderamente atléticos están haciéndose cada día más raros en Italia y en Grecia, del Oriente no hay para qué hablar; los alemanes, aunque corpulentos, tienen los músculos cubiertos de grasa y su volumen es superior á sus fuerzas. Pregunta al ligur si él es una excepción, ó si en su país existen más hombres como él. Por si alguna vez llega el caso de que tú ó yo tengamos que organizar oficialmente algunos juegos públicos, sería muy conveniente saber dónde podemos encontrar los mejores torsos.

»Y agradece á los dioses de Oriente y de Occidente el que hayas salido vivo de entre tales manos. Tu has salvado, ciertamente, porque eres patricio é hijo de un cónsul; más todo cuanto ha sucedido me sorprende en sumo grado; ese cementerio donde estuviste en medio de los cristianos, ellos, el tratamiento que te han dado, la subsiguiente fuga de Liguria, y finalmente el estado de inquietud y melancolía que deja traducir tu lacónica misiva.

»Explicate, pues, porque hay en esta muchos puntos que son para mí otros tantos enigmas; y si deseas que te diga la verdad, he de confesarte categóricamente que no entiendo á los cristianos, ni á Liguria, ni te entiendo á tí.

»Y no te extrañe el que yo, que de bien pocas cosas me preocupo en el mundo, excepto de mi persona, te pida ahora con tanto interés estos informes. Es que yo he intervenido en todo este asunto tuyo: de ahí el que hasta hoy lo considere como un asunto mío.

»Escribe pronto, pues no puedo anticipar con certeza cuando hayamos de volvernos á encontrar. En la cabeza de Barba de Bronce los proyectos cambian como los vientos de otoño. En la actualidad mientras prolonga su permanencia en Benevento, abriga el propósito de encaminarse directamente á Grecia, sin volver antes á Roma.

»Tigelino, sin embargo, le aconseja que haga una visita á la ciudad, siquiera por poco tiempo, ya que el pueblo, anhelante más de lo usual, por su persona (léase «por

pan y juegos») puede sublevarse si prolonga Nerón su ausencia.

»Así, pues, no me es dable predecir cuál será la resolución definitiva. Si Acaya llega á pesar más en la balanza, es posible que en seguida deseemos visitar á Egipto. Yo insistiría con todas mis fuerzas en que tu vinieses, pues considero que en el estado de tu espíritu, los viajes y nuestros entretenimientos serían para tí una especie de medicina, pero es probable que no nos encontraras ya.

»Considera, entonces, si en tal caso no sería preferible para tí, á la permanencia en Roma, una temporada de reposo en tus propiedades de Sicilia.

»Escribe minuciosamente acerca de todo lo que te concierne, y adiós.

»Y esta vez no agrego á mi carta ningún deseo especial, excepto en bien de tu salud, porque, ¡por Pólux! no sé ni siquiera qué es lo que debo desear en obsequio tuyo!»

Al recibir esta carta, Vinicio tuvo al principio la intención de no contestarla. Pensó entonces que era innecesaria tal contestación, desde que ésta no beneficiaría á nadie en manera alguna, ni nada podría tampoco explicar.

El desaliento habíase apoderado de él, y le dominaba al propio tiempo un concepto pesimista acerca de la vanidad de las cosas humanas. Juzgó, por otra parte, que Petronio era incapaz de comprenderle en ningún caso, y que, á mayor abundamiento, se había verificado en su vida una sucesión de acontecimientos en cierto modo tendentes á separarlos el uno del otro.

Y luego, que ni siquiera lograba todavía ponerse á derechos consigo mismo.

Cuando volvió del Trans Tíber á su espléndida «ínsula» se hallaba extenuado, y durante los primeros días encontró una especie de satisfacción en el descanso, en las comodidades y en la abundancia que le rodeaban.

Empero, ese bienestar duró muy poco tiempo. Pronto pudo convencerse de que llevaba una vida vana y de que

todo cuanto había constituido hasta entonces el interés de su existencia había dejado de valer para él, ó había quedado restringido á proporciones casi imperceptibles.

Sentía como si los lazos que antes le habían ligado á la vida, hubieran sido desahogados en su alma sin que su lugar viniesen otros á ocuparlo.

Y la idea de que bien podía encaminarse á Benevento y de allí á la Acaya, y engolfarse en una vida de molicie y de loco desenfrenado, le dejaba tan sólo una impresión de humo y de vacío.

—¿Para qué?—decía.—¿Qué ganaré con ello?

Estas fueron las primeras preguntas que á su mente vinieron.

Y por primera vez pensó asimismo que, de partir á Benevento, hasta la propia conversación de Petronio y su ingenio, y su sagacidad, y los exquisitos lineamentos de sus ideas, y su esmerada selección de las frases más propias para expresar cada pensamiento, llegarían acaso á fastidiarle.

Pero, la soledad, también, había empezado á hacérsele tediosa.

Todos sus amigos y relacionados hallábanse acompañando al César en Benevento; de modo que le era necesario quedarse á menudo en casa, con la mente llena de ideas y el corazón rebosando sentimientos que se hallaba impotente para analizar.

Había, sin embargo, momentos en que juzgaba que si le fuera posible conversar con alguna persona acerca de todo cuanto pasaba en su interior, acaso hallárase en aptitud de abarcarlo mejor, de ponerlo en orden y tomarlo en más cabal consideración.

Bajo el influjo de esta esperanza, y después de algunos días de vacilación, resolvióse por fin á escribir á Petronio, y aun cuando no estaba seguro de que éste le contestara, dirigióse á él en los términos siguientes:

«Es tu deseo que yo te escriba de modo más minucioso:

convenido. No puedo asegurarte, empero, que me sea posible hacerlo también con más claridad, porque existen algunos nudos que yo mismo no sé cómo podría desatarlos.

»Te he descrito ya mi permanencia entre los cristianos y la manera cómo tratan á sus enemigos, entre los cuales tenían el derecho de contarnos á mí y á Chilo. Te he hablado también de la bondad con que me atendieron durante el tiempo que estuve postrado, y finalmente, ya te he referido la desaparición de Ligia.

»No, mi querido amigo, no me respetaron porque yo fuera hijo de un cónsul. Esas consideraciones carecen de peso entre ellos, puesto que perdonaron aun á Chilo, á quien les insté para que lo enterraran en el jardín.

»Son gentes como no se han visto en el mundo hasta ahora, y de igual modo sus enseñanzas demuestran una indole no conocida por el mundo hasta nuestros días. Nada más puedo agregar al respecto sobre este punto y habrá de herrar quien pretenda medirlas por nuestro propio rasero.

»Te aseguro que si yo me hubiera encontrado en mi casa postrado en el lecho con un brazo roto y atendido por los míos, aun cuando fueran los miembros de mi propia familia, por supuesto habría disfrutado de mayores cemedidades; pero no me habrían hecho objeto ni de la mitad de los cuidados que los cristianos me prodigaron.

»Sabe también esto: que Ligia es como todos los demás. Si hubiera sido mi hermana, ó mi esposa, no podría haberme atendido con mayor afecto.

»El más íntimo goce inundó entonces mi alma en más de una ocasión, porque juzgué que sólo el amor era capaz de inspirar una ternura semejante. Más de una vez advertí ese amor en sus ojos y en su rostro, y ¿lo creerás? en medio de aquellas gentes sencillas, habitantes promiscuos de ese pobre aposento que era á la vez una *culina* (1) y un

(1) La cocina.

triclinio, me sentí más feliz que en ninguna otra época de mi vida.

»No; yo no era para ella indiferente, y aun hoy mismo no me es dable pensar que lo sea. Y sin embargo, esa misma Ligia abandonó en secreto, por causa mía, la casa de Miriam. Y ahora, yo permanezco sentado días enteros con la cabeza entre las manos, preguntándome á mí mismo: «¿Por qué obró ella así?»

»¿Te he escrito que le ofrecí espontáneamente volverla á la casa de Aulio? Ciertamente, ella me declaró que eso en la actualidad era imposible, porque Aulio y Pomponia habían partido para Sicilia, y porque, de regresar ella á su hogar, esa noticia, transmitida por los esclavos de casa en casa, habría de llegar hasta el Palatino, y el César entonces podría nuevamente arrancarla de casa de Aulio.

»Pero Ligia sabía que yo no volvería á perseguirla; que había dado ya de mano á las medidas de violencia; que incapaz de renunciar á su amor, ó de vivir sin ella, estaba dispuesto á llevarla á mi casa, bajo el arco de guirnalda que exornaría la puerta,—y sentarla en mi hogar, sobre la piel sagrada.

»¡Y sin embargo huyó! ¿Por qué? Ningún peligro la amenazaba. Si no me amara, habríame rechazado. El día precedente al de su fuga, conocí á un hombre admirable, á un cierto Pablo de Tarso, que me habló de Cristo y de sus enseñanzas con tal poder de elocuencia, que cada una de sus palabras, sin quererlo él mismo, reduce á cenizas hasta los fundamentos de nuestra sociedad.

»Ese mismo hombre me visitó después de la fuga de Ligia y me dijo: «Si Dios abre tus ojos á la luz y aparta de ellos la viga, como de los míos la apartó, comprenderás que ella ha obrado bien, y entonces acaso vuelvas á encontrarla.

Y ahora me estoy devanando los sesos por llegar hasta

el fondo de esas palabras, cual si las hubiera escuchado de boca de la Pitonisa de Delfos.

»Y pareceme que algo comprendo de su significación. Aunque los cristianos aman á sus semejantes, abominan nuestra vida, nuestros dioses y nuestros crímenes. De ahí el que huyera ella de mí, de un hombre que pertenece á nuestra sociedad y con quien habría de compartir una vida conceptuada como criminal por sus correligionarios. Tú observarás que pudiendo ella rechazar mis pretensiones, no tenía necesidad de huir de mí. Pero, ¿y si me amaba? En este caso, ha deseado substraerse á este amor. Cuando pienso en ello, me acomete el deseo de enviar esclavos á todas las calles y caminos de Roma, con la orden de gritar dentro de todas las casas: «¡Ligia, vuelvel!»

»Pero, no acierto á comprender claramente por qué huyó. No le había impedido yo que creyera en su Cristo. Yo mismo hasta le habría levantado un altar en el *atrium*. ¿Qué daño podría hacerme un otro dios? Por qué no creer en El, yo, que no soy un gran creyente en los antiguos dioses?

»Sé á punto fijo que los cristianos no mienten, y ellos afirman que El resucitó de entre los muertos. Pues bien: un hombre no puede resucitar de entre los muertos.

»Ese Pablo de Tarso, que es ciudadano romano, pero quien asimismo, como judío, conoce las antiguas escrituras hebreas, me ha dicho que la vida de Cristo había sido anunciada por los profetas desde hacía miles de años.

»Todas estas son cosas extraordinarias; pero, ¿caso lo extraordinario no nos rodea por todas partes? Las gentes no han cesado aún de hablar de Apolonio de Tiane. La afirmación de Pablo, de que solo hay un solo Dios, y no una verdadera asamblea de dioses, me parece plausible. Tal vez Séneca sea de esta misma opinión, y antes que él muchos otros.

»Cristo vivió, se entregó para que lo crucificaran por la salvación del mundo y resucitó de entre los muertos. To-

do esto es perfectamente cierto. Y no veo, en consecuencia, por qué razón hubiera yo de aferrarme á la opinión contraria, ni por qué no habría de levantar á ese Dios un altar, si he de alzarle uno á Serapis, por ejemplo. Y hasta creo que no me sería difícil, aun el renunciar á los demás dioses, puesto que ningún espíritu razonador cree actualmente en ellos.

»Mas, parece que ni aun todo esto satisface á los cristianos. No basta, dicen, honrar á Cristo, menester es también vivir con arreglo á sus enseñanzas; y héteme aquí á la orilla de un océano que según sus mandatos, es necesario surcar.

»Y si yo les prometiese hacerlo, comprenderían que tal promesa era un simple conjunto de palabras vacías. Pablo me lo dijo así abiertamente.

»Tú sabes cuánto amo á Ligia y que nada hay que yo no hiciera por su amor. Sin embargo, aun cuando ella lo deseara, no podría yo alzar sobre mis hombros al Soracte ó al Vesubio, ni colocar en el hueco de la mano el lago Trasimeno, ni hacer que mis ojos, de negros que son, se volvieran azules como los de los ligures. Desándolo ella, desearíalo también yo; mas no por eso estaría en mis manos el poder de verificar el cambio.

»No soy filósofo, más tampoco soy tan intonso como acaso he podido parecerte más de una vez.

»Pues bien, te digo lo siguiente: no sé cómo los cristianos ordenan sus vidas, pero sé que donde principia su religión, concluye el poder de Roma, concluye la misma Roma, y concluye nuestro sistema de vida, y concluye la distinción entre conquistadores y conquistados, entre ricos y pobres, señores y esclavos, y concluye el gobierno, y concluye el César, y concluye la ley y el orden del mundo concluye. Y por sobre todo esto, surge la figura de Cristo lleno de una misericordia jamás conocida y de una bondad que contrasta con los instintos del hombre y con nuestros propios romanos instintos.

»Y es cierto que á mis ojos Ligia vale más que toda Roma y su señorío; y que, por mí, bien pudiera la sociedad de Roma desaparecer con tal que tuviera yo á Ligia conmigo.

»Pero eso ya es otra cosa.

»Un simple convenio de palabras no satisface á los cristianos; es menester que uno sienta que su enseñanza es verdadera y no dé albergue á ninguna otra en su alma. Y esto, de ello son testigos los dioses, ¿traspasa el límite de mi aptitud? ¿Entiendes lo que tal cosa significa? Es que hay algo en mi naturaleza que se subleva contra esta religión; es que si mis labios llegasen á glorificarla y mi voluntad á obedecer sus preceptos, mi alma y mi razón me dirían que estaba haciendo todo eso únicamente por amor á Ligia, sin la cual nada habria para mí en la tierra de más repulsivo que esta religión.

»Y, ¡cosa extrañal Pablo de Tarso se da cabal cuenta de esto y lo propio sucede al anciano *theurgus* (1) Pedro, quien á pesar de su sencillez y de su humilde origen, es el más alto entre todos y fué el discípulo de Cristo.

»¿Y sabes lo que están ellos haciendo ahora? Pues están rogando por mí y pidiendo en favor mío algo que llaman la gracia; mas yo no veo que sobre mí descienda nada, sino la intranquilidad y un anhelo cada día más vehemente de tornar á ver á Ligia.

»Te he contado ya que se marchó en secreto; pero al irse me dejó una cruz que ella misma había formado de varillas de madera de boj. Al despertar la encontré junto á mi lecho. La conservo al presente en mi *lararinm* y todavía, cuando me acerco á ella, no sabría decir por qué, páreceme que tuviese algo de divino y la miro con temor y reverencia. La amo, porque la mano de Ligia unió las piezas de que se forma, y la aborrezco porque ella es quien nos divide.

(1) Mago que evoca los dioses. (De *teurgia*, arte de evocar á los dioses).

»Se me figura en ocasiones que en todo este asunto obra encantamientos de algun género y que el *teurgo* (maggo) Pedro, aun cuando declara no ser sino un simple pastor, es más grande que Apolonio y que todos sus predecesores y que nos tiene envueltos á todos—á Ligia, Pomponia y á mí—en la red de esos encantamientos.

»Me has escrito que en mi carta anterior se traslucían la inquietud y la melancolía. Melancolía necesariamente debe haber, porque he perdido á Ligia otra vez; y hay de-tiempo porque en mí se ha verificado una transformación. Te digo sinceramente que nada repugna más á mi naturaleza que esa religión, y sin embargo, ya no me reconozco desde que encontré á Ligia.

»¿Es esto un encantamiento ó es el amor? Circe transformaba los cuerpos de los hombres al tocarlos, pero en mí es el alma la que ha cambiado. Y nadie ha podido operar este milagro sino Ligia, ó mejor dicho, Ligia por medio de esa admirable religión que profesa.

»Cuando volví á mi casa desde el albergue de los cristianos, nadie me aguardaba en ella. Los esclavos creían que yo me hallaba en Benevento, y no habría de regresar tan pronto; de ahí que todo se hallara en el mayor desorden. Encontré borrachos á los esclavos, quienes estaban dándose á sí mismo una fiesta en mi triclinio. Antes que á mí, habrían esperado ver á la muerte, y te aseguro que ésta les habría infundido menos terror que mi presencia á la sazón. ¿Y sabes cómo procedí? En el primer momento quise pedir varillas y hierros encendidos; más casi inmediatamente se apoderó de mí una especie de vergüenza y, —¿lo creerás?—de lástima por esos seres miserables. Entre ellos hay esclavos viejos á quienes mi abuelo Marco Vini-cio trajo desde el Rin en tiempo de Augusto.

«Me encerré, pues, en la biblioteca y allí vinieron á mi cerebro extraños pensamientos, á saber: que después de lo que entre los cristianos había visto y oído, no era pro-

pio que obrase yo para con los esclavos como hasta entonces: que también ellos eran personas.

«Y por espacio de dos días estuvieron llenos de mortal terror, en la creencia de que yo había retardado el tormento con el propósito de darme tiempo para discurrir el más refinadamente cruel; pero no los castigué, y no los castigué porque me sentí incapaz de ello. Les llamé al tercero día y les dije: «Os perdono; tratad ahora con un servicio esmerado, de reparar vuestra falta »

«Y cayeron de rodillas á mis pies, llorosos los semblantes, extendiendo hacia mí las manos entre ahogados gemidos, y me llamaron señor y padre; y yo —con vergüenza te escribo esto,—me sentí también conmovido. Parecía-me que en aquel instante veía el dulce rostro de Ligia y que con los ojos llenos de lágrimas me agradecía ese acto. Y, *proh pudor!* sentí á mi vez que mis párpados se humedecían. ¿Sabes lo que voy á confesarte? Esto: que no puedo ya vivir sin ella, que esta soledad me enferma, que me siento muy desgraciado y que mi tristeza es mucho mayor de la que pudieras tú imaginar.

«Y en cuanto á mis esclavos, una cosa me ha llamado la atención. El perdón que les otorgué no solo no les volvió insolentes, sino que ni siquiera perturbó la disciplina.

«Una cosa he podido comprobar, que jamás el terror les hizo prestar servicio más esmerado que el que ha seguido á la gratitud.

«Ahora, no solo me sirven bien, sino que parecen rivalizar entre ellos á quién adivina primero mis deseos.

«Y te hago mención de esta circunstancia, porque, cuando el día anterior á mi partida de la casa de los cristianos, dije á Pablo que su religión daría por resultado el que la sociedad se desplomara como se desploma un barril al que se le quitan los arcos, me contestó: «El amor es un arco más sólido que el terror.» Y ahora veo que en ciertos casos puede su opinión ser la verdadera.

«A lo menos, he tenido asimismo ocasión de verificarla en le relativo á los clientes, quienes, al saber mi regreso, acudieron presurosos á saludarme.

«Tú sabes que jamás he sido tacaño respecto de ellos; pero mi padre se mostraba por principio altanero con los clientes y me enseñó á tratarlos de igual manera. Más ahora, cuando ví sus raídos mantos y sus semblantes famélicos, experimenté un sentimiento rayano de la compasión. Les hice traer alimento y hasta conversé con ellos, —llamando por su nombre á unos y preguntando á otros por sus mujeres y por sus hijos,—y de nuevo en los ojos de muchos ví lágrimas, y de nuevo parecióme que Ligia estaba presenciando aquello, y que lo aplaudía sintiéndose á la vez dichosa. ¿Es que el juicio me estará flaqueando, ó que el amor ha introducido una verdadera anarquía en mis sentimientos? No sabría decirlo. Más, si estoy seguro de esto: A todas horas me imagino que ella me vé desde lejos; y temo ejecutar cualquier acto que pudiera afigirla ú ofenderla.

«¡Esta es mi situación, Cayo! Han operado un cambio en mi alma, y á veces creo haber mejorado por virtud de ese cambio.

«Pero en otras, me atormenta, pues temo que mi virilidad y mi energía me hayan abandonado, dejándome inútil, no solo para el consejo, para el discernimiento y para las fiestas, sino también hasta para la guerra. ¡Estos son, evidentemente, verdaderos encantamientos!

«A tal punto me hallo transformado, que he de confesarte asimismo lo que vino á mi mente en los días en que yacía herido en el lecho, á saber: que si Ligia se pareciese á Nigidia, á Popea, á Crispinilla ó á nuestras mujeres divorciadas, si fuese tan vil, tan inhumana y tan despreciable como ellas, no podría amarla como al presente la amo!

«Y puesto que la amo en tal manera precisamente por lo mismo que nos divide, ya adivinarás tú qué caos está

formándose en mi alma, cual es la obscuridad que me rodea, por qué motivo no alcanzo á divisar algunos de los caminos que á mi vista se presentan, y cuán distante me hallo de saber por donde he de empezar.

«Si la vida puede compararse á un manantial, del manantial mío fluye ahora en vez de agua inquietud.

«Vivo alentado tan solo por la esperanza de que acaso la veré de nuevo algún día; y en ocasiones pareceme que la he de ver seguramente.

«Pero nada sé, ni puedo tan siquiera presumir, acerca de lo que un año, ó en dos años más, me depare el destino.

«No saldré de Roma. Me sería insoportable ahora la sociedad de los augustianos; y además, el único solaz en medio de mi pena y mi desasosiego, es la esperanza de que me hallo cerca de Ligia y de que por conducto de Glauco, el médico, quien ha prometido visitarme, ó por medio de Pablo de Tarso, he de tener noticias suyas de tiempo en tiempo.

«Nó; yo no saldría de Roma ahora, aunque me ofrecierais el gobierno del Egipto.

«Sabe también que he ordenado al escultor que me haga un monumento de piedra en memoria de Gulo, á quien maté en un arranque de ira. Demasiado tarde he pensado en que fué él quien me llevó, de niño, en sus brazos y me enseñó después á poner una flecha en un arco. No sé por qué cada vez que á mi mente surge su recuerdo, toma las formas del pesar y el remordimiento.

«Si todo lo que antecede te sorprende, dígame que á mí no me sorprende menos, pero te escribo la pura verdad.

—Adiós.»

## CAPITULO XXIX

No hubo contestación á esta carta. No escribió Petronio, creyendo evidentemente que de un día á otro podría el César ordenar el regreso á Roma.

Y en efecto, la noticia de la vuelta del viajero imperial se extendió luego por la ciudad, con gran contentamiento de la plebe, ansiosa de juegos y de las obligadas distribuciones de los cereales y las aceitunas, que en cantidades enormes habían estado acumulándose ya en Ostia.

Helio, el liberto de Nerón, anunció por fin al senado el regreso del emperador.

Pero habiéndose embarcado Nerón con su corte en Miseno, efectuó su viaje lentamente; haciendo escala en las ciudades de la costa, con el fin de tomar descanso ó de exhibirse en los teatros.

Permaneció cerca de veinte días en Minturna y hasta pensó en volver á Nápoles y aguardar allí la primavera, que en esa ciudad era más temprana y cálida.

Durante todo este tiempo Vinicio vivió encerrado en su casa, pensando en Ligia y en todos esos nuevos fenómenos que le ocupaban ahora el alma y hacían afluir á ella ideas y sentimientos que antes habríanle parecido absurdos.

De cuando en cuando recibía solamente á Glauco el médico, cada una de cuyas visitas llenábale de alegría, porque en ellas Ligia era el tema habitual de las conversaciones de ambos.

Glauco ignoraba dónde había encontrado albergue la joven, pero estaba en aptitud de dar seguridades á Vinicio de que Ligia se hallaba en salvo y bajo el ojo vigilante y protector de los jefes.

Un día, también, movido á compasión por la melancolía de Vinicio, Glauco le refirió que Pedro había vituperado á Crispo la severidad con que éste increpara á Ligia su amor por el joven tribuno.

Vinicio, al escuchar esta confidencia, púsose pálido de emoción. Más de una vez había pensado que Ligia no era indiferente á su amor; pero á menudo asaltábanle dudas y temores.

Ahora por primera vez recibía la confirmación de sus

anhelos y esperanzas, de labios extraños y á mayor abundamiento, cristianos.

En el primer impulso de gratitud y de júbilo, quiso volar á la presencia de Pedro. Más, cuando supo que el Apóstol no se hallaba en la ciudad, pues estaba desempeñando su misión de propaganda en los alrededores, imploró á Glauco que le llevase hasta él, prometiéndole en cambio hacer liberales obsequios á los pobres de la comunión cristiana. Parecíale también que si Ligia le amaba, ya no podría haber obstáculo alguno que les dividiera, pues él estaba pronto para rendir su homenaje á Cristo en cualquier momento.

Y Glauco, aún cuando le insinuó persistentemente la necesidad en que se hallaba para ello de recibir el bautismo, no se aventuró al mismo tiempo á darle seguridades de que, con sólo esto, se conquistaría inmediatamente á Ligia, y antes bien le manifestó que era menester desear la religión por sí sola, por amor á Cristo y nó con otros fines.

—Es necesario también tener una alma cristiana,— agregaba.

Y aún cuando á Vinicio irritaba siempre todo obstáculo, había empezado á comprender que Glauco, en su calidad de cristiano, cumplía con su deber al hacerle tales prevenciones.

No se formaba todavía conciencia plena de que uno de los más trascendentales cambios operados en su sér íntimo era éste; que antes había considerado á los hombres y á las cosas midiéndolas con el rasero de su propio egoísmo, y ahora íbase acostumbrando gradualmente al pensamiento de que otros ojos podrían ver de manera diversa, otros corazones sentir de diferente modo y que la justicia no siempre tenía por objetivo el provecho personal.

A menudo sentía deseos de ver á Pablo de Tarso, cuyos discursos despertaban su interés y le llenaban de una extraña turbación.

En su mente concertaba argumentos encaminados á la refutación de sus enseñanzas, é interiormente resistíase á prestar asenso á sus ideas. Sin embargo, deseaba verle y escucharle.

Pero Pablo habíase marchado á Aricia, y como las visitas de Glauco eran cada vez más raras, Vinicio se consumía en una soledad permanente.

De nuevo empezó entonces sus antiguas excursiones, que ahora hacía de preferencia por las calles inmediatas al Suburra y por las callejuelas del Trans-Tíber, con el secreto anhelo de ver á Ligia, siquiera fuese á distancia.

Y cuando perdió hasta esa esperanza, el tedio y la impaciencia empezaron á morderle el corazón.

Por último llegó un momento en que se dejó sentir en él su índole anterior, con la pujante fuerza de la ola, que á poco de efectuar su sordo retroceso, se lanza impetuosa nuevamente hácia la playa.

Parecíale que había sido un necio, sin provecho alguno, al llenarse la cabeza de ideas que sólo causaban pesares, y que debía aceptar de la vida lo que la vida le brindara.

Y resolvió olvidar á Ligia, ó por lo menos buscar el placer y el disfrute de otras satisfacciones que no podía ella procurarle.

Presintió, empero, que esta prueba habría de ser final y decisiva: por eso entregóse á ella con toda la ciega energía impulsiva que le era peculiar.

La vida misma, que en él bullía con los bríos de la juventud, impeliólo á ese nuevo camino extremo.

La ciudad, adormecida y despoblada en el invierno, empezó á revivir ante la esperanza del ya próximo regreso del César.

Un solemne recibimiento le aguardaba.

Y entretanto, había llegado la primavera y disipádose la nieve de los Montes Albanos al soplo de los vientos del Africa. Los céspedes de los jardines hallábanse cubiertos de violetas. Las plazas ¡y el Campo de Marte veíanse á

diario llenos de gente que tomaba el sol, cuyo calor iba paulatinamente aumentando. A lo largo de la Vía Apia, sitio habitual para excursiones en coche á las afueras de la ciudad, había empezado el movimiento de carros ricamente ornamentados. Se hacían paseos á los Montes Albanos. Las mujeres jóvenes, con el pretexto de ir á adorar á Juno en el Lanuvia, ó á Diana en Aricia, salían de sus casas é iban fuera de la ciudad en busca de aventuras, de reuniones sociales ú otros placeres.

FIN DEL TOMO PRIMERO

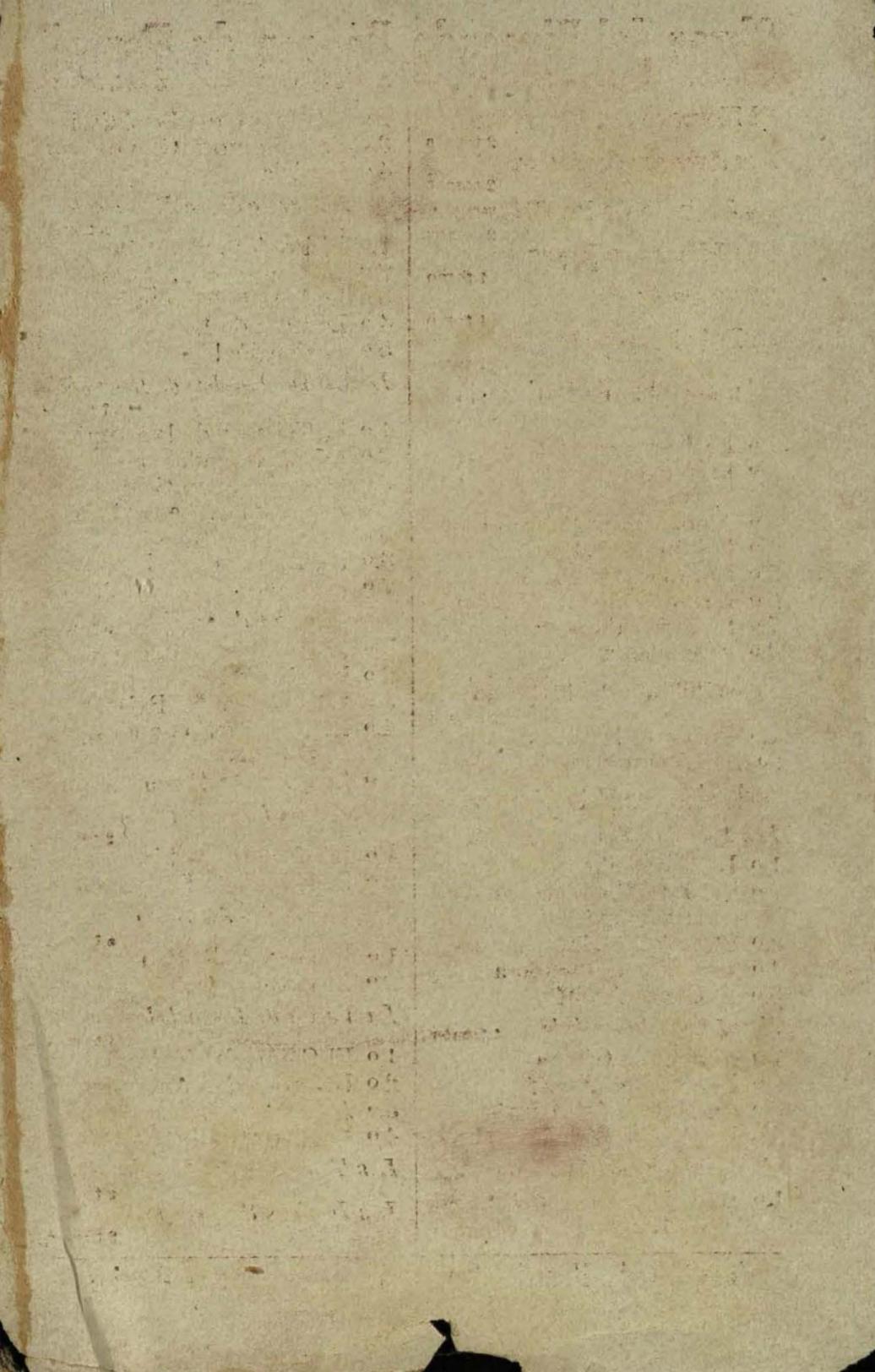


Univ. Murcia



2010096

603163



# Obras del Vizconde Ponson du Terrail

El Herrero del Convento 2 tomos

Los Amores de Aurora 2 tomos

La Justicia de los Gitanos 2 tomos

Las Máscaras Rojas 1 tomo

Clara de Azay 1 tomo

El Paje Flor-de-Mayo 1 tomo

La Juventud de Enrique IV 8 tomos

1.º La Hermosa Platera

2.º La Favorita del Rey de Navarra

3.º Amores de la Bella Nancy

4.º Los Juramentados

5.º Enrique y Margarita

6.º La noche de San Bartolomé

7.º La Reina de las Barricadas

8.º El Regicida

Aventuras de Enrique IV 2 tomos

1.º Galaor el Hermoso

2.º La traición del Mariscal Biron

Colección completa Rocambole

*Los Dramas de Paris* 5 tomos

1.º La Herencia Misteriosa

2.º Sor Luisa la Hermana de la Caridad

3.º Club de los Explotadores

4.º Turquesa la Pecadora

5.º El Conde Artoff

*Hazañas de Rocambole* 4 tomos

1.º Carmen la Gitana

2.º La Condesa Artoff

3.º La Muerte del Salvaje

4.º La Venganza de Bacará

*El Manuscrito del Dominó* 4 tomos

1.º Los Caballeros del Claro de Luna

2.º La Vuelta del Presidiario

3.º Testamento de Grano de Sal

4.º Daniela

*La Resurrección de Rocambole* 5 tomos

1.º El Presidio de Tolón

2.º La Cárcel de Mujeres

3.º La Posada Maldita

4.º La Casa de Locos

5.º ¡Redención!

*La Última Palabra de Rocambole* 7 tomos

1.º La Taberna de la Sangre

2.º Los Estranguladores

3.º Historia de un Crimen

4.º Los Millones de la Gitana

5.º La Hermosa Jardinera

6.º Un Drama en la India

7.º Los Tesoros del Rajah

*Las Miserias de Londres* 5 tomos

1.º La Maestra de Párvulos

2.º El Niño Perdido

3.º La Jaula de los Pájaros

4.º El Cementerio de los Ajusticiados

5.º La Señorita Elena

*Las demoliciones de París* 2 tomos

1.º Los Amores de Limosino

2.º La Prisión de Rocambole

*La Cuerda del Ahorcado* 4 tomos

1.º El Loco de Bedlan

2.º El Hombre Gris

*La Vuelta de Rocambole* 4 tomos

1.º El Compadre Vulcano

2.º Una Sociedad Anónima

3.º Amores de una Española

4.º Venganza de Rocambole

*Las Tragedias del Matrimonio* 2 tomos

*Los Dramas Sangrientos* 2 tomos

